Simply Books
the EDENS
GARNET FLATS
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
DEVNEY PERRY

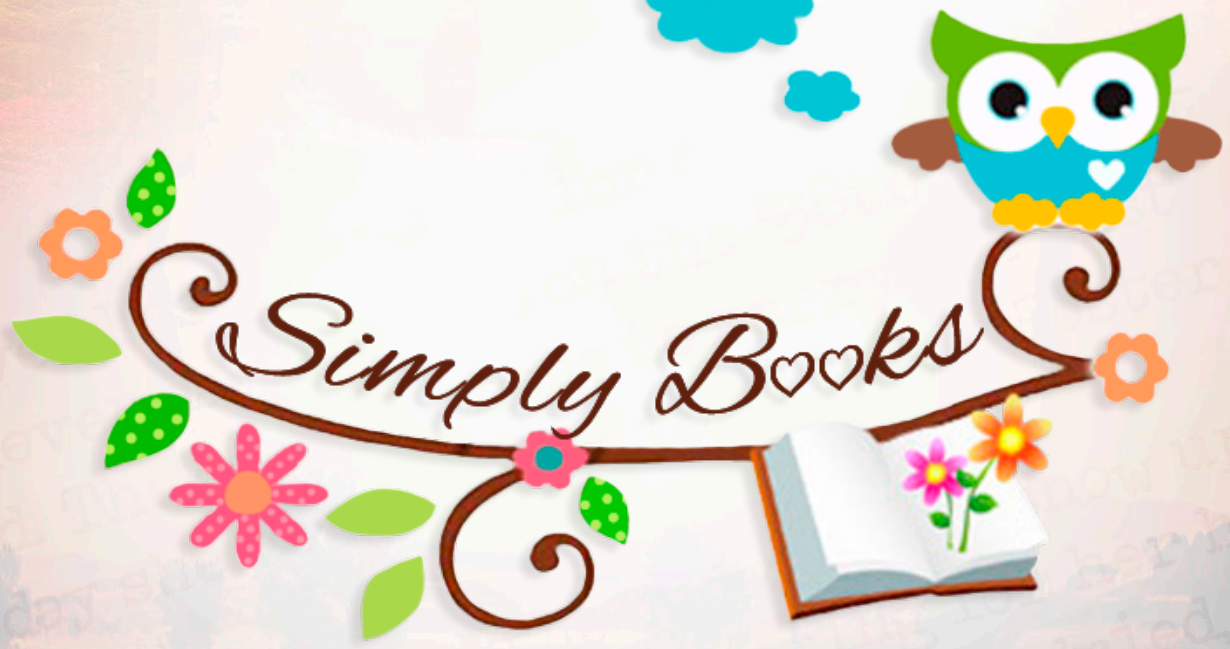
FLATS

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



¡Descubre tu próxima aventura!

DEVNEY GARNET PERRY

FLATS

IMPORTANTE

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan lo apoyes dejando tus reseñas en las páginas que existen para tal fin y que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!

DEVNEY GARNET PERRY

FLATS

CRÉDITOS

Traducción y corrección

Caro

Diseño

Bruja_Luna_

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

the EDENS

THE EDENS #3

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Simply Books

DEVNEY GARNET PERRY

FLATS

ÍNDICE

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

THE EDENS #3

IMPORTANTE ____ 3
CRÉDITOS ____ 4
SINOPSIS ____ 6
ROUND 1 ____ 7
1 ____ 8
2 ____ 20
ROUND 2 ____ 30
3 ____ 31
4 ____ 44
5 ____ 55
6 ____ 65
ROUND 3 ____ 75
7 ____ 76
8 ____ 87
9 ____ 102
10 ____ 110
11 ____ 120
12 ____ 129
13 ____ 143
ROUND 4 ____ 153
14 ____ 154
15 ____ 168
16 ____ 181
17 ____ 194
18 ____ 204
19 ____ 213
20 ____ 224
21 ____ 235
22 ____ 247
23 ____ 257
24 ____ 265
ROUND 5 ____ 275
25 ____ 276
26 ____ 288
27 ____ 297
Epílogo ____ 305
Epílogo II ____ 313
PRÓXIMO LIBRO ____ 318
ACERCA DE LA AUTORA ____ 319

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

SINOPSIS

the EDENS

THE EDENS # 3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Talia Eden amó a Foster Madden durante un año, dos meses y once días. Fue en el día 438 que su amor murió. El día que eligió casarse con su mejor amiga. El día en que juró no volver a pensar en Foster.

Hasta que, años más tarde, él tuvo la audacia de presentarse en su pequeña ciudad natal, Quincy, suplicando su ayuda.

La tinta de sus papeles de divorcio apenas se había secado, pero él llegó cargado de disculpas y promesas. Ella sabe que todo es una estrategia. Foster es el rey de los juegos y los secretos. Pero tiene delirios del tamaño de Montana si cree que ella lo ayudará a entrenar para una pelea de un campeonato mundial.

Excepto que Talia ha olvidado exactamente lo que hizo famoso a Foster. El hombre ha dedicado su vida a la victoria. Él es firme. Determinado. Y no dejará de luchar hasta que haya ganado su corazón.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Simply Books

FLATS

ROUND 1

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

the EDENS

THE EDENS #3

Simply Books

DEVNEY GARNET PERRY

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

1

Talia

—Trece. —El rotulador de borrado en seco chirriaba mientras añadía una marca en el interior de la puerta metálica de mi taquilla.

Trece.

—Un nuevo récord.

Trece días sin que un paciente me grite. Trece días sin que nadie pidiera al doctor Anderson, al doctor Herrera o al doctor Murphy en mi lugar. Trece días sin que Rachel, la enfermera a cargo del Quincy Memorial, me sermonee por, bueno… cualquier cosa.

Trece días buenos.

¿Qué posibilidades había de que esta racha durara hasta las Navidades de la semana que viene? Si llegaba a veintidós días seguidos, significaría que había pasado todo un mes de trabajo sin que se cuestionara mi inteligencia, mi educación o mis habilidades.

La puerta del vestuario del personal se abrió y Rachel se quedó en el umbral. *Oh, Dios. No arruines mi racha.*

—Hola, Rachel. —Forcé una sonrisa—. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien. —Su voz era vacía. Tenía más de cuarenta años y podría haber sido bonita si se hubiera relajado. O si se hubiera soltado el cabello. Pero en los tres años que había trabajado con Rachel, sólo había visto su cabello rubio, con vetas grises en las sienes, recogido en un moño.

¿Era corto? ¿Largo? Ni idea. Incluso las pocas veces que me encontré con ella fuera del trabajo, el cabello de Rachel tenía el mismo aspecto. ¿Era

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

por eso que estaba tan amargada? ¿Ese moño le daba dolor de cabeza? Su ceño estaba tan presente como su peinado. ¿Sonreía alguna vez?

—Tengo un problema con un gráfico, Talia.

—De acuerdo —dije.

No había ningún problema con un gráfico. Me he pasado tres años recibiendo lecciones de esta mujer sobre las casillas que había que marcar, cómo quería que los médicos introdujeran las notas y dónde buscaban las enfermeras los detalles de los pacientes.

El doctor Anderson, el doctor Murphy y el doctor Herrera tenían sus propias preferencias en cuanto a los gráficos. Ponían sus notas donde querían. ¿Rachel los había aleccionado alguna vez sobre sus gráficos? No. Tampoco los llamaba por sus nombres de pila. Yo era la doctora menos importante del personal y Rachel siempre encontraba la manera de recordarme que sólo era un residente.

Sólo era Talia.

Yo sólo era la chica que había crecido en este pequeño pueblo de Montana y que lo había amado lo suficiente como para regresar a casa después de estudiar medicina. Había vuelto a casa para devolver algo a mi comunidad y, quizás algún día, ganarme el respeto que el doctor Anderson se había ganado en sus décadas como médico favorito de Quincy.

No sólo era mi jefe, sino también el hombre que nos trajo a este mundo a mis cinco hermanos y a mí. Era un elemento básico en nuestra ciudad. ¿Rachel lo regañaba por su meticuloso historial? Lo dudo.

—¿Echamos un vistazo? —Devolví mi rotulador a la estantería de la taquilla, luego la cerré y seguí a Rachel hasta el puesto de enfermería más cercano.

Me senté y tecleó con furia los registros del hospital mientras yo me cernía sobre su hombro. Cuando tuvo la historia clínica, se movió para que yo pudiera leer la pantalla.

Era la ficha de Memphis. Mi cuñada había acudido a una revisión rutinaria del embarazo esta tarde. Revisé la información en busca de algo fuera de lugar. ¿Medicamentos prescritos? Nada. ¿Pedidos de laboratorio?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Sólo el análisis de orina estándar. ¿Ritmo cardíaco del bebé? Normal. La enfermera había ingresado los signos vitales de Memphis.

—¿Cuál es el problema? —le pregunté a Rachel.

—Tus notas.

—¿Notas? —Había añadido unas frases rápidas en las que decía que Memphis se encontraba bien y que su peso y su presión arterial estaban dentro de lo normal.

—No puedo leer esas notas y saber qué preocupaciones se discutieron con la paciente.

—Puedes leer esas notas y ver que la paciente no tenía ninguna preocupación que discutir. —Mantuve la sonrisa en el sitio, pero, maldita sea, a esta mujer le encantaba molestarme. Llevaba tres años así y se estaba haciendo vieja.

Todo este encuentro era una pérdida de tiempo. Y ella acababa de romper mi racha de trece días.

¿Por qué siempre era ella? ¿Era horrible que deseara que se retirara antes? Su personal de enfermería era maravilloso. Era un placer trabajar con ellos, y apostaría mi salario anual a que ni uno solo de ellos se habría sentido mal informado por las breves notas de resumen de la ficha de Memphis.

Pero nada de lo que hacía parecía ser suficiente para Rachel. Ella consideraba este hospital como suyo y yo era la doctora demasiado joven y sin experiencia que vagaba por sus pasillos, entrometiéndose en su terreno.

—¿Algo más? —pregunté—. Tengo planes para cenar.

Memphis había sido mi última paciente del día y Knox me había acompañado. Mi hermano nunca se perdía nada cuando se trataba de su mujer y sus hijos. Después de la revisión, me habían invitado a cenar, y rara vez rechazaba la comida de Knox. Era el dueño del mejor restaurante de la ciudad, y aunque las comidas en Knuckles eran siempre extraordinarias, la verdadera magia cobraba vida cuando cocinaba en casa para los que más quería.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

El almuerzo de hoy había sido una barra de granola rancia y un batido de proteínas. Hacía una hora que me rugía el estómago. Como si se tratara de una señal, retumbó.

Los ojos de Rachel bajaron a mi cintura mientras su labio se curvaba.

Esto era una prueba, ¿no? Tal vez Rachel simplemente me estaba sometiendo a una especie de novatada de médico residente. Tal vez ella quería asegurarse de que tenía la actitud para ser una de los médicos de Quincy. ¿Por qué otra razón sería tan desagradable? ¿Qué diablos había hecho yo para que le cayera tan mal?

Nada. La respuesta era nada. Así que esto tenía que ser una prueba.

Bueno, con ritual de novatadas o sin él, Rachel tendría que venir a mí con algo más que reproches y ceños fruncidos. Mi sueño era trabajar en el Quincy Memorial. Este era tanto mi hospital como el suyo. Mi familia había fundado Quincy, y generaciones atrás, los Eden habían donado dinero para ayudar a construir este hospital en primer lugar.

—Que tengas una buena noche, Rachel. —Mi tono contenía más dulzura que la bolsa de Halloween de un niño. Con un rápido saludo con la mano, me alejé del escritorio y me retiré a los vestuarios.

Estaba vacío, así que solté un gemido mientras hacía girar la combinación de la cerradura y abría la puerta de golpe. Luego agarré el paño de microfibra que guardaba en la estantería y borré las marcas de mis cuentas.

Cero.

—Grr.

Con suerte, Rachel daría marcha atrás cuando terminara mi residencia. ¿Era eso lo que necesitaba para que me tratara como a los demás médicos? ¿Una licencia médica completa?

Estuve cerca. Estuve muy cerca. Había tenido suerte después de la escuela de medicina. Muchos hospitales de pueblos pequeños no estaban acreditados para aceptar residentes, pero el doctor Anderson había pasado por el aro hace años para poder tener un residente de vez en cuando. El doctor Murphy había sido el primero. Luego yo me presenté y me tomó bajo su ala.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

No habíamos hablado del momento en que me presentaría al examen para obtener la licencia, pero supuse que sería esta primavera. Y al cabo de unos años, esperaba obtener también la certificación de la junta de medicina, al igual que el doctor Anderson.

Si obtuviera una certificación, ¿evitaría que los pacientes me miraran de reojo cuando entrara en una sala de examen? No ocurría siempre. Ocurría menos que hace un año. Pero seguía ocurriendo. Seguía escuchando las preguntas en voz baja.

¿Tiene la edad suficiente para ser médico? ¿Estás seguro de que sabe lo que hace? ¿No hay algún otro médico disponible hoy en día?

La mayoría de las críticas que recibí fueron de hombres, especialmente de los mayores. Incluso a los veintinueve años, algunos de los viejos amigos de Quincy me veían como la *niña* de Harrison Eden.

Era una buena médica, ¿verdad? El doctor Anderson me habría dicho si hubiera hecho un mal trabajo. No me dejaría tratar a la gente si pensara que les haría daño.

Mis inseguridades siempre se disparan después de una confrontación con Rachel.

Me pellizqué el puente de la nariz y conté en silencio. *Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.* Se acabó la charla de compasión. Con mi abrigo negro sobre mi camiseta azul, me colgué el bolso al hombro y me dirigí a la puerta.

Lo que necesitaba era una buena cena familiar. Knox y Memphis me esperaban en el vestíbulo, y una comida caliente en su casa más una hora de tiempo de calidad con mi sobrino Drake seguramente me levantaría el ánimo.

En lugar de ir por el pasillo que conducía a la salida de los empleados, abrí la puerta del vestíbulo. El mostrador de recepción estaba vacío. Jenny, la enfermera que trabajaba entre semana, probablemente se había marchado a las cinco. Esta entrada era para las citas programadas y las visitas ocasionales. Las puertas de aquí se cerrarían pronto, y si un paciente llegaba fuera del horario de atención, tendría que ir a la sala de urgencias a pedir ayuda.

Knox y Memphis estaban juntos en el centro del vestíbulo, hablando con un hombre que me daba la espalda.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

El hombre era de la misma altura que Knox. Tenía los hombros anchos y la cintura estrecha. Ni siquiera una sudadera con capucha podía ocultar su musculatura. Y maldita sea, su culo merecía una segunda mirada. No había muchos tipos en Quincy con ese tipo de físico, al menos ninguno que no estuviera relacionado conmigo. ¿Quién era ese tipo?

—Busco a una doctora que trabaja aquí —dijo el hombre—. Talia Eden.

Me quedé helada. *No. No*, esto no estaba sucediendo. No podía ser él. Excepto que reconocería esa voz en cualquier lugar. Aunque no la hubiera escuchado en siete años.

Una sacudida de pánico me recorrió el cuerpo y volé hacia el mostrador de recepción, prácticamente saltando detrás del mostrador. Mis rodillas crujieron contra el duro y brillante suelo, y me estremecí apretando los dientes para no hacer ruido.

Maldita sea. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué me buscaba?

—Podrías probar en Urgencias —dijo Memphis. La abrazaría por ello más tarde porque estaba segura de que me había visto desde su vista periférica cuando entré en el vestíbulo—. Quizá puedan localizarla por ti. Sólo tienes que salir por las puertas y bajar por la acera hasta el otro lado del edificio. No te puedes perder.

Me acerqué al mostrador, con cuidado de no rozar la silla y hacer ruido.

—Lo agradezco. —Se oyeron pasos, y luego el ruido de las puertas dobles al abrirse y cerrarse.

Uf. Exhalé el aliento que había estado conteniendo, pero el corazón se me quedó atascado en la garganta.

—No hay moros en la costa —¿dijo Knox.

Me asomé, con los ojos apenas por encima de la cornisa del mostrador.

—¿Se ha ido?

—Sí. —Knox asintió—. ¿Quieres decirme por qué te escondes de Foster Madden?

—No. —Definitivamente no. No había hablado de Foster Madden por una razón.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Me puse de pie y anduve de puntillas alrededor del escritorio, con los ojos pegados a las ventanas por si Foster volvía a hacer acto de presencia. Pero lo único que vi en las aceras fue nieve.

—Debería irme.

—¿Y la cena? —preguntó Memphis.

—La dejamos para otro día.

Antes de que pudieran detenerme, salí corriendo. Correr nunca había sido mi fuerte, las carreras de distancia lentas y constantes eran más mi velocidad, pero no había forma de arriesgarme a chocar con Foster. Así que salí del vestíbulo y, tras una rápida comprobación en la acera para asegurarme de que se había ido, me dirigí a mi auto.

Mis manos agarraron el volante con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos antes de salir del oscuro estacionamiento. Miré el espejo retrovisor no menos de doscientas veces mientras conducía por la ciudad, en busca de faros que pudieran estar siguiéndome a casa. No fue hasta que estuve dentro de la casa, apoyada en la encimera de la cocina con una copa de vino, que me permití respirar.

¿Qué estaba haciendo aquí? Su vida estaba en Las Vegas, exactamente donde lo había dejado. Exactamente donde se había quedado después de romper mi corazón. ¿Por qué me buscaba ahora? ¿Por qué, después de todo este tiempo, había venido a Montana?

Mi estómago cayó en picado. No quería verlo. No quería escuchar esa voz ni mirar sus ojos azules y tormentosos. Pasaron siete años y todavía no estaba preparada para enfrentarme a él de nuevo. Si lograba evitarlo el tiempo suficiente, ¿se iría?

—No —murmuré. A menos que Foster hubiera sufrido un cambio total de personalidad, acabaría localizándome. Su apodo era Puño de Hierro por una razón. Era tenaz y persistente. Inconmovible.

Pero al menos lo había evitado esta noche. No había podido tomarme por sorpresa. Bebí un trago de mi copa de vino y me la llevé a mi habitación, donde me quité la bata y me duché para quitarme el mal sabor de boca del día.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Cuando volví a la cocina, mi cabello oscuro estaba mojado y enredado en un nudo. Antes de abrir la nevera y sacar un cartón de huevos, cambié el uniforme por unos leggings y una sudadera raída de la Universidad de Washington. No era una comida de Knox Eden, pero por esta noche, una tortilla tendría que ser suficiente. Si hubiera ido a cenar, Memphis y Knox me habrían acribillado a preguntas.

Preguntas que no estaba preparada para responder.

Papá sabía lo de Foster, pero sólo porque había estado allí en las secuelas. Había volado a Las Vegas para ayudarme a mudarme y me había visto en mi peor momento. Mamá lo sabía porque papá no le guardaba secretos, pero la única vez que mencionó su nombre, le rogué que no lo volviera a mencionar.

Eso había sido durante los días difíciles. Mis heridas se habían curado, en su mayor parte, pero eso no significaba que estuviera preparada para revivir el dolor. Era demasiado duro. Demasiado humillante.

¿Por qué estaba aquí? Después de todo este tiempo, ¿no se había olvidado de mí?

Los huevos no me sentaron bien en mi estómago anudado, pero me obligué a comer. Sería la misma comida que tomaría en el desayuno, sin el vino. Estaba enjuagando mi plato cuando sonó el timbre de la puerta.

El cepillo de la vajilla se me resbaló de la mano, cayendo estrepitosamente en el fregadero.

Era él. No podía ver la puerta, pero de alguna manera, sabía que era Foster. El timbre sonó de nuevo, seguido de un golpe.

¿Por qué no me había secado el cabello? ¿Por qué no me había vestido con algo más? Una bata habría sido mejor que enfrentarse a él con la cara y los pies desnudos. Había un agujero en la rodilla de estos leggings y esta camisa les habría quedado holgada a mis hermanos.

Si no abriera la puerta, ¿se iría? ¿O se quedaría aquí toda la noche, sabiendo que estoy escondida dentro? Si lo ignoraba esta noche, ¿volvería a ir al hospital? El último lugar donde quería hablar con Foster era en mi trabajo.

PROHIBIDA SU VENTA

Así que levanté mi copa y bebí el resto de mi vino para tener valor líquido. En el momento en que tragué la última gota, enderecé los hombros y atravesé la casa.

Cuanto antes se resolviera esto, mejor. Averiguaría por qué estaba aquí, y luego lo enviaría por su camino. Con un poco de suerte, Foster se iría de Quincy por la mañana.

Mi corazón latía tan fuerte que dolía. Cada pulso resonaba en mis extremidades. Inspiré y contuve la respiración mientras avanzaba por la entrada, con mis pasos silenciosos. Cuando llegué a la puerta, me puse de puntillas y miré por la mirilla.

Foster estaba de perfil, con la mirada puesta en el porche cubierto. Se había dejado crecer la barba. Era una bonita barba. Corta y prolija, de modo que aún se podían distinguir las afiladas esquinas de su mandíbula. Pero mi Foster no había tenido barba, sólo barba incipiente los días que no se había afeitado.

Una puñalada de dolor me atravesó el corazón. Este no era *mi* Foster. No había ninguna versión de Foster que me perteneciera. Ya no.

Levantó un dedo y volvió a pulsar el timbre. Luego se pasó una mano por el cabello castaño, algo que evidentemente había estado haciendo mucho esta noche porque las puntas sobresalían en ángulos extraños.

Me dejé caer sobre los talones y esperé otros tres agónicos segundos, luego eché el cerrojo y le abrí la puerta a Foster Madden.

El hombre con el que había salido durante un año, dos meses y once días.

El hombre que había amado con todo mi corazón.

El hombre que había jurado olvidar.

La vista desde la mirilla no le había hecho justicia. Era tan hermoso como lo recordaba. Tal vez incluso más ahora que le había crecido esa maldita barba.

La edad no había hecho más que realzar sus rasgos. Era más grande de lo que había sido, años dedicados a perfeccionar su cuerpo hasta convertirlo en la máquina de combate perfecta. Su sudadera negra con capucha se extendía sobre su amplio pecho, amoldándose a sus hombros.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Su vaquero colgaba de sus estrechas caderas y se acumulaban en el dobladillo por encima de un par de botas de motero.

¿Cuántas veces había trazado la protuberancia en medio de su nariz con la yema del dedo? ¿Cuántas noches me había ahogado en esos profundos ojos azul marino? ¿Cuántos besos le había dado al suave mohín de sus labios?

—Talia.

Dios, esa voz. Rasposa y profunda. Mi nombre nunca había sonado tan bien como en la boca de Foster.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Estudió mi cara.

—No te sorprende verme.

—No. —Crucé los brazos sobre el pecho mientras el frío del exterior se filtraba a través de mi ropa—. Te vi en el hospital.

Su mandíbula se apretó.

—Me viste.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repetí—. ¿Y cómo sabes dónde vivo?

No es que fuera difícil de averiguar. Quincy no había entrado del todo en la era moderna, y el periódico local seguía imprimiendo una guía telefónica anual además de poner la información en línea.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo—. ¿Cómo estás?

Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás?

—¿Charlas? ¿De verdad? ¿Sabe tu mujer que estás aquí?

Levantó su mano izquierda, moviendo su dedo anular desnudo.

—No estoy casado.

¿Cuándo se había divorciado? Este era el problema cuando uno juraba olvidar a alguien. Significaba que en los últimos siete años, no me había permitido buscar a Foster ni una sola vez.

No había mirado sus cuentas en las redes sociales ni había tecleado su nombre en Google. No había visto ninguna de sus peleas, y si su nombre aparecía en ESPN, apagaba la televisión o salía de la habitación. A mis

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

hermanos les gustaba pagar el canal de la UFC. Más de una vez había mentido diciendo que estaba de guardia para evitar una de sus fiestas.

—¿Por qué estás aquí? —El gruñido en mi voz nos sorprendió a ambos.

El dolor nubló sus hermosos ojos. Su garganta se balanceó al tragar, y luego dejó caer la barbilla.

¿Qué esperaba? ¿Que le abriera los brazos y le diera la bienvenida a mi vida?

El dolor en sus ojos desapareció tan rápido como había aparecido. Y todo lo que quedaba era pura determinación. La mirada concentrada. La mandíbula flexionada. Era la mirada de Foster en el ring, normalmente antes de ganar.

Metió una mano en el bolsillo de su vaquero y sacó una única llave de plata. —Toma.

Se la quité cuando extendió la mano, con cuidado de que nuestros dedos no se rozaran. No era mío para tocarlo. Ya no.

—¿Qué es esto?

—Mi edificio.

—Tu edificio. —Entrecerré los ojos. Más vale que esté hablando de un edificio en Nevada.

La mano de Foster volvió a sumergirse en su vaquero y esta vez sacó un pequeño papel. Tomó mi otra mano y la abrió.

La electricidad subió por mi brazo. Las puntas callosas de sus dedos me produjeron un cosquilleo en la piel.

Sus ojos se encendieron, como si también hubiera sentido esa carga, mientras colocaba el papel en mi palma, y luego me soltó.

—Esa es la dirección.

Al ver el nombre de la calle, mi corazón saltó.

—Esto es en Quincy.

—Sí.

—¿Por qué tienes un edificio en Quincy?

—Ven mañana y lo descubrirás.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No.

Esta vez rebuscó en su otro bolsillo y sacó una pequeña bolsa de terciopelo en un tono familiar de verde azulado.

—Supongo que esto hará que sea un sí.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras me lo entregaba.

Foster no respondió y no esperó a que abriera la bolsa. Se dio vuelta y atravesó mi porche, trotando los pocos pasos hasta la acera. Luego rodeó el capó de una reluciente camioneta negra, arrancó el motor y se dirigió a la manzana.

Me alejé del umbral cuando sus luces traseras desaparecieron y cerré la puerta de una patada. Con cada segundo que pasaba, la bolsa se hacía más pesada.

No lo abras.

Foster contaba con mi curiosidad. No había respondido a ninguna de mis preguntas esta noche, sino que me dejó con más preguntas de las que había empezado.

No lo abras.

—Gah. —Estiré la parte superior de la bolsa y le di la vuelta, el objeto que había dentro cayó en mi palma junto a la llave.

Un anillo. Un diamante de dos quilates, con una esmeralda, incrustada en una banda de oro.

Me quedé boquiabierta cuando el diamante brilló con la luz del techo. ¿Cómo tenía este anillo? ¿Por qué?

En la otra mano, arrugué el papel hasta convertirlo en una bola apretada.

Luego, lo abrí.

Maldita sea. Debería ignorarlo. Debería fingir que no existía. Pero teniendo en cuenta que no lo había conseguido en siete años, dudaba que pudiera olvidar a Foster Madden por la mañana.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

2

Foster

El timbre del teléfono rebotó en las paredes de bloque de mi nuevo edificio. Lo saqué del bolsillo. Jasper.

—Hola —respondí.

—Hola. Sólo estoy comprobando. ¿Cómo te fue ayer?

—Podría haber sido peor. —Podría haber tenido un hombre que le abriera la puerta anoche. Sabía que no estaba casada, pero un novio habría hecho de esto un reto más. No imposible, sólo otro desafío—. No me cerró la puerta en la cara.

—Bueno, te lo habrías merecido si lo hubiera hecho.

Me reí.

—Esto es cierto.

Jasper no era sólo mi entrenador. Era mi mejor amigo y una de las únicas personas en el mundo que sabía la verdad sobre mi situación. Sobre Talia. Acerca de por qué había venido a Montana.

Esta era la pelea de mi vida.

Había cinco rounds en una pelea. Y después de la última noche en casa de Talia, tenía la sensación de que los necesitaría todos para ganar.

—¿Qué tal el gimnasio? —preguntó.

—Vacío. Sucio. No sé si se puede llamar a este lugar gimnasio. —Mi voz resonó en el espacio húmedo—. Supongo que eso me pasa por comprar un edificio por foto.

Desde el exterior, el edificio no era más que una caja cuadrada pintada de un gris apagado. *GYM* estaba escrito en la pared frontal en un odioso

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

tono anaranjado. Las letras no parecían tan feas en las fotos que había enviado mi agente inmobiliario.

Había un poco de parecido con las fotos. Pero las fotos habían mostrado un espacio luminoso y limpio con un equipo anticuado. O habían sido de hace una década o tenía un mago del Photoshop en plantilla.

En cualquier caso, debería haber sabido que algo iba mal cuando había quedado con él hacía una hora para recoger las llaves del gimnasio y había dudado ante la puerta principal.

Esperaba que el interior fuera mejor, pero con cada vuelta a la habitación, sólo empeoraba.

Los suelos de cemento estaban cubiertos de una capa de polvo. Todos los azulejos del techo estaban manchados con marcas de agua. La mayor parte de la pintura era del mismo color gris que el exterior, pero el anaranjado se había colado también en el interior y cubría toda una pared. A ninguno de los espejos del suelo al techo del fondo del gimnasio le faltaban grietas. Y había una corriente de aire que salía de una de las ventanas, o tal vez de todas ellas. La caldera estaba funcionando a toda máquina, el ventilador era casi tan ruidoso como las aspas de un helicóptero, y no hacía nada para detener el frío de diciembre.

—¿Qué tan malo es? —preguntó Jasper.

—Malo. El agente inmobiliario me entregó las llaves y salió corriendo. Dijo que tenía otra cita, pero tengo la sensación de que se fue antes de que pudiera golpearlo. Esas fotos que envió eran una mierda.

—¿Qué vas a hacer?

Suspiré y me pasé una mano por el cabello.

—Ponerme a trabajar. Tengo que conseguir que esto sea utilizable.

En este punto, no tenía muchas otras opciones. Este edificio iba a tener que funcionar temporalmente.

Con la Navidad dentro de cinco días, dudaba que pudiera encontrar otro lugar para vivir hasta después de Año Nuevo. El hotel estaba reservado; diez minutos después de cruzar la puerta del gimnasio, llamé Eloise Inn y pedí que se ampliara mi reserva. Pero el hotel estaba reservado hasta las fiestas. Me quedaban dos noches antes de que mi habitación pasara al

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

siguiente huésped. Y todos los moteles, VRBO y Airbnb en un radio de ochenta kilómetros estaban ocupados.

Después de las vacaciones, podría buscar una casa más bonita. Pero necesitaba un gimnasio. Mi entrenamiento se había retrasado lo suficiente estas últimas semanas lidiando con todo en Las Vegas.

Eventualmente, podría remodelar este lugar. O podría derribarlo y construir desde cero. Pero eso llevaría meses. No tenía meses. Así que me conformaría con este lugar. Haría habitable el pequeño departamento de una habitación del gimnasio. Y mientras tanto, convencería a Talia para que escuchara lo que tenía que decir.

Si había algo a mi favor, era el elemento sorpresa. Parte de la razón por la que había comprado esta mierda era porque estaba vacío. Había sido capaz de pagar en efectivo para hacerlo rápido. Eso había sido hace sólo una semana. Talia se había sorprendido por la dirección que le había dado anoche, lo que significaba que no se había enterado de que me había mudado a Quincy.

Confiaba en que la curiosidad natural de Talia la traería hoy aquí. Necesitaba verla de nuevo. Necesitaba verla cien veces. Tal vez entonces me daría cuenta de que esto no era un sueño.

Siete años había esperado esta oportunidad. Siete malditos años y no podía arriesgarme a estropearlo.

—¿Has hablado con Kadence? —preguntó Jasper.

—Anoche. —Me dirigí hacia la puerta abierta del departamento.

Estaba en tan mal estado como el gimnasio. El dormitorio estaba vacío. Me consideré afortunado de que un animal no hubiera decidido refugiarse del clima invernal en el armario. Pero la alfombra estaba manchada y el olor a orina de gato flotaba en el aire.

Observé el reducido espacio de la sala de estar y la cocina adjunta. Todavía no me había atrevido a abrir el frigorífico para ver lo que crecía dentro. El baño necesitaría unos cuantos litros de lejía antes de que mi piel entrara en contacto con la ducha o el inodoro.

En la lista de renovaciones, este departamento estaba a la cabeza.

—Es temporal —le dije a Jasper. Y a mí.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Estás seguro de esto?

—Por fin soy libre. —Había estado atrapado tanto tiempo que ni siquiera estaba seguro de cómo actuar por voluntad propia. Pero era el momento de construir la vida que había perdido. La vida que había tenido al alcance de la mano antes de joderlo todo.

—Te escucho —dijo Jasper—. ¿Qué puedo hacer?

—Nada. Ya lo resolveré.

—¿Me haces un favor? Entrena hoy.

—¿La limpieza cuenta? —Para tener este lugar listo, me rompería el culo.

—Eso funciona —dijo—. ¿Cómo está tu cabeza?

—No muy bien —admití.

Era la primera vez en mi vida que no tenía motivación para entrenar. Para pelear. Ahora que Arlo estaba muerto y ya no me presionaba para ganar, ganar y ganar, simplemente no me importaba.

Necesitaba encontrar esa motivación porque tenía una pelea el primer fin de semana de marzo. Tal vez Talia podría ayudar. Si pudiera conseguir que me escuchara.

—No te preocupes —le dije a Jasper—. Estaré listo.

—¿Cuándo debo ir?

Suspiré y volví al gimnasio, siguiendo mis propias huellas en el polvo.

—Dame algo de tiempo.

—No tienes tiempo.

—Lo sé —murmuré. No tenía tiempo para perderlo limpiando un viejo gimnasio y haciendo habitable un departamento de mierda. Sin embargo, aquí estaba.

Por Talia.

—Llámame pronto —dijo Jasper.

—Si no hablo contigo, Feliz Navidad.

—Lo mismo para ti.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Terminé la llamada y metí el teléfono en el bolsillo del vaquero. Luego me dirigí hacia la fea y jodida pared anaranjada. El color me daba migraña, pero tendría que esperar. Lo primero que tenía que hacer era limpiar el departamento.

Había hecho arreglos para que me entregaran los muebles el viernes. Había alfombras que arrancar y habitaciones que limpiar. Luego me encargaría del gimnasio.

Se me hizo un nudo en el estómago mientras caminaba hacia el extremo opuesto del espacio, mirando por una de las ventanas mugrientas. ¿Vendría hoy? ¿El anillo había despertado su interés lo suficiente?

Me sudaban las palmas de las manos mientras recorría de nuevo el edificio. Hacía años que no estaba tan nervioso. El teléfono sonó en mi bolsillo. El tono de Vivienne. Seguramente Jasper la había llamado y le había dicho que se presentara.

—Hola —respondí—. ¿Todo bien?

—Sí —dijo ella—. ¿Y tú?

—Estoy bien. Es... raro.

—Lo sé. Estaba pensando eso antes cuando estaba caminando por la casa. —Vivienne era la única en el mundo que lo entendería. Porque no era la única que acababa de ser liberada—. Pero es raro bueno, ¿sabes?

—Sí, Vivi. Es raro bueno.

—¿Cómo está Montana?

—Hace frío, pero me alegro de estar aquí. Estaré ocupado preparando el lugar.

—¿Cómo es?

Es horrible.

—Bien. —No le contaría sobre el estado real del gimnasio. Ella lo vería eventualmente, y si sabía que era malo, se preocuparía.

—¿Llamarás más tarde?

—Eso creo. Que tengas un buen día.

—Tú también. Buena suerte.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Junto a Jasper, Vivienne era mi mejor amiga. Ella sabía por qué estaba en Montana. Ella sabía que Talia siempre había estado en mi corazón.

A lo largo de los años, ella había sido la encargada de vigilar a Talia. Principalmente, Vivienne lo había hecho para ahorrarme la angustia de ver fotos de Talia con otro hombre. Así que revisaba al azar las publicaciones de Talia en las redes sociales. Buscaba en Google el nombre de Talia y veía si había cambiado su apellido.

El hecho de que Talía no estuviera casada había sido un milagro. Mi milagro.

El día que Vivienne y yo firmamos los papeles del divorcio, me animó a correr ese riesgo. Había hecho todo lo posible para ayudarme a llegar a Montana.

Aquí estaba y era hora de ponerse a trabajar.

—De acuerdo. —Aplaudí, el sonido llenó el gimnasio. Había pasado por la ferretería esta mañana para comprar algunos artículos de limpieza, sabiendo que tendría que hacer algún trabajo. No esperaba tanto trabajo y mis provisiones no durarían mucho, pero me servirían para empezar.

Di un paso hacia la puerta, pero se abrió. Y allí estaba ella.

—Talia. —Mi voz sonó ronca—. Has venido.

Asintió, mirándome de arriba abajo. Luego levantó la mano, con la bolsa de terciopelo colgando de sus dedos.

—Sabías que lo haría.

—Eso esperaba. —Sí, la había atraído con ese anillo. Y lo volvería a hacer.

Apartó la mirada y dejó que la puerta se cerrara detrás de ella. Luego entró y se acomodó un mechón de su cabello oscuro y sedoso detrás de una oreja. La noche anterior lo había recogido en un nudo. Hoy lo llevaba rizado en ondas que le llegaban casi a la cintura.

Joder, era preciosa. Habría jurado que no podía ser más impresionante, pero había logrado lo imposible.

El aire salió de mis pulmones. Mi corazón latía demasiado rápido. Ver a Talia era como recibir un golpe en el pecho. Anoche había sucedido lo

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

mismo. ¿Cuántas veces había deseado ver su rostro, estar en la misma habitación y respirar el mismo aire, sólo una vez más?

Debajo de su abrigo negro, llevaba una bata azul bebé que hacían resaltar sus ojos de zafiro. Un hombre podría encontrar el secreto de la vida en esos ojos.

Talia se dirigió al centro de la habitación, mirando a todas partes menos a mí.

—Eres doctora. —Joder. Bien, Madden. Qué manera de decir lo obvio.

—Sí.

—Ese fue siempre tu sueño. —No me sorprendió en lo más mínimo que lo hubiera hecho realidad.

Talia se levantó la manga de su abrigo y tocó su reloj.

—Estoy en un descanso y necesito volver al hospital. ¿Qué quieres, Foster?

A ti.

—Quería verte. Decirte que estaba en la ciudad. Pensé que tal vez podríamos ponernos al día. Ir a cenar o algo así. El restaurante del hotel es muy bueno. Anoche comí allí.

—Ese es el restaurante de mi hermano. —Cruzó los brazos sobre el pecho, todavía caminando en círculos alrededor del gimnasio—. ¿Por qué compraste este edificio?

—Porque necesito un centro de entrenamiento. El otro gimnasio de la ciudad es público. Necesitaba algo que pudiera hacer a medida para mí. Poner un ring. Bolsas pesadas. Esteras. Ese tipo de cosas. Además, tiene un departamento que me sirve, hasta que pueda comprar una casa.

Los impresionantes ojos azules de Talia se abrieron de par en par. Dejó de caminar y señaló el suelo.

—¿Vas a vivir aquí? ¿En Quincy?

—Sí.

—¿Por qué?

¿No era obvio?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Siempre hablabas de Quincy. De cómo tu familia fundó el pueblo. Cómo era un lugar donde las raíces eran profundas. Decidí que si iba a mudarme, ¿por qué no a Montana? Era hora de un cambio. Hora de salir de Las Vegas.

—Un cambio. —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Qué piensa Vivienne de este cambio?

—¿Importa? No es mi esposa.

Había tanto que decir. Tanto que explicar. Pero había fuego en los ojos de Talia, y si estaba enfadada, no me escucharía. Quizás no estaba preparada para lo que tenía que decir. Y yo necesitaba que me *escuchara*. Que escuchara la verdad.

—¿Qué tal si cenamos esta noche? —pregunté.

Levantó la barbilla.

—¿Cuánto tiempo has estado planeando este movimiento?

—No mucho tiempo.

—Me sorprende que nadie lo supiera —se burló—. Que Foster Madden se mude a Quincy es una gran noticia.

Por eso me aseguré de mantener el secreto de la compra de este edificio.

—¿Cuándo compraste este anillo? —Levantó de nuevo la bolsa—. ¿Era de ella?

—No, nunca fue de Vivienne. —Ese anillo siempre había sido para Talia.

Había permanecido guardado en mi caja fuerte hasta que finalmente pude dárselo anoche.

—Hay mucho que hablar. Si tienes que volver al trabajo, entonces esta noche. ¿Qué te parece? ¿Cenamos?

Sus brazos se apretaron más sobre su pecho y comenzó a caminar de nuevo.

—No. No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero verte, Foster. No te quiero en mi ciudad.

PROHIBIDA SU VENTA

—Demasiado tarde.

Sus fosas nasales se ensancharon.

Mierda. Siempre me ha gustado la naturaleza firme de Talia. Cuando otros entrarían en pánico, ella mantendría la calma. Era parte de la razón por la que sabía que sería una increíble doctora. Pero de vez en cuando, se enfadaba. Y cuando alguien presionaba los botones correctos, Talia Eden tenía un temperamento inigualable.

Así que antes de que explotara y la enfadara de verdad, cambié de tema.

—Hay mucho que hacer para arreglar este lugar. Ese muro anaranjado tiene que desaparecer. Pero creo que el edificio en sí funcionará. Voy a colocar el ring aquí. —Marcando un contorno en el polvo, recorrí un cuadrado en el centro del piso, luego señalé alrededor de la habitación mientras hablaba—. Pondré esteras en esa esquina. Colgaré bolsas pesadas de esa viga. Traeré una cinta de correr y una bicicleta estática.

—No puedes hablar en serio.

—Lo estoy haciendo. Tengo una pelea en marzo y me cuesta concentrarme en Las Vegas. Un cambio de escenario debería ayudar. Tal vez algunas caras nuevas. Siempre fuiste buena para mantenerme concentrada. Tal vez podría solicitar tu ayuda.

Sacudió ligeramente la cabeza. Era la misma mirada que tenía la gente después de confundirla. Tenía la cabeza dando vueltas.

—¿Me estás pidiendo que te ayude a prepararte para una pelea?

No, la estaba invitando a cenar.

—Algo así. Podríamos hablar de ello esta noche.

—¿Qué?

—Cena, Tally. —Fue un error usar su apodo. Lo supe en el momento en que su expresión se apagó. La confusión desapareció. Se acabó el enfado.

Me cerró la puerta más rápido de lo que pude parpadear.

—Vete de Quincy, Foster. —Caminó—. No te quiero aquí.

El aire frío corrió hacia el interior cuando abrió la puerta de un tirón y salió al exterior.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Mierda. —Me pasé una mano por la cara. El terciopelo azulado me llamó la atención.

El anillo.

Se le había caído al suelo.

Me agaché y lo levanté, sosteniéndolo en la mano durante un largo momento.

¿Estaba presionando demasiado? ¿Demasiado rápido? Ese era el único camino que conocía. Pero era exactamente cómo había perdido a Talia en primer lugar.

—Primer round.

El primer round había terminado. Y me habían pateado el maldito trasero.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

ROUND 2

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

Simply Books

DEVNEY GARNET PERRY

3

Talia

Tally.

Nadie me llamaba Tally. Ni mis padres, ni mis hermanos, ni mis amigos. Todos usaban mi nombre completo.

Excepto Foster.

A él le pareció muy apropiado, no sólo por mi nombre, sino porque yo solía contar con marcas de conteo. Había visto todos sus combates y asaltos de sparring con un cuaderno en mi regazo lleno de pequeñas líneas.

Golpes asestados hasta intentos de golpes. Patadas frente a puñetazos. Takedowns y tiradas.

Los recuentos habían sido una forma de frenar mis nervios. Si me ocupaba de llevar la cuenta, me preocupaba menos que le dieran una patada en las costillas o un puñetazo en la cara.

Al igual que el recuento de mis días buenos en el hospital. Esas marcas, incluso cuando tenía que borrarlas, me daban un enfoque positivo. Un objetivo.

Tally.

No había sido Tally en mucho tiempo. Hasta ayer.

Fue como retroceder en el tiempo, a los días en que Foster había sido la parte más importante de mi vida. Los días en que había estado tan cerca, que bien podría haber sido el latido de mi corazón.

Y el anillo...

¿Por qué? ¿Por qué había comprado ese anillo? Especialmente si no había sido para su esposa. ¿Cuándo lo había comprado?

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Era exactamente igual al anillo que recordaba, pero eso era imposible. Él no habría comprado un anillo para mí cuando se casó con Vivienne. Pero aun así, era tan familiar. Desesperadamente familiar.

Nunca olvidaré el día que vi ese anillo.

El jefe de Foster le había pedido que hiciera un recado, que recogiera un par de pendientes que era un regalo para su hija. Así que había ido con él a Tiffany's porque en aquellos días habíamos sido inseparables.

Mientras esperábamos a que la vendedora sacara los pendientes, Foster y yo paseamos por la tienda. Me retó a un juego. Me pidió que eligiera mi anillo favorito y él intentaría adivinar cuál era.

Lo encontró a la primera.

Porque entre todos los anillos elaborados y brillantes, él sabía que yo elegiría algo sencillo y delicado.

Un anillo que pudiera ponerme y quitarme con facilidad. Un anillo que pudiera llevar en una cadena alrededor del cuello en el trabajo sin que la piedra se clavara en mi piel. Un anillo que se viera hermoso en mi dedo, incluso cuando mi piel estuviera agrietada y seca por el frecuente lavado de manos y los guantes desechables.

Eso había sido una semana antes de que me dijera que se iba a casar con Vivienne.

Una semana antes había destrozado mi corazón.

No podía mudarse aquí. No podía vivir en Montana. Nos cruzaríamos. No había forma de que no nos cruzáramos en Main o en una tienda. Quincy era demasiado pequeño para evitar a un hombre como Foster. De alguna manera, tenía que convencerlo de que se fuera.

Pero primero, necesitaba aclarar mi cabeza. Necesitaba ordenar mi corazón. Así que esta mañana, después de ducharme y desayunar rápidamente, salí de casa y llegué al lugar donde siempre había encontrado la paz.

Mi hogar.

Conduciendo mi Jeep Wrangler negro, bajé por el camino hasta casa de mamá y papá, pasando por debajo del arco del Rancho Eden. Más allá de las vallas que bordeaban la carretera, los prados cubiertos de nieve se

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

extendían por kilómetros. Los árboles de hoja perenne cubrían las estribaciones de las montañas, con sus ramas espolvoreadas de blanco.

Un tractor verde con una paca redonda en sus horquillas rodaba por el pasto más allá de mi ventana. Detrás de él trotaba una fila de vacas Angus negras, cada una de las cuales llevaba la marca Eden en las costillas: una *E* sobre una curva con la forma de una mecedora.

Me encantaba el rancho. Me encantaban los espacios abiertos, el legado familiar y los animales. Durante toda mi infancia, había planeado ser veterinaria. Quería especializarme en animales grandes para poder ayudar en el rancho con el ganado y los caballos.

Hasta que en mi primer año de instituto una noche de invierno cambió mi destino.

Mi profesora, la señora Haskins, estaba entonces embarazada de ocho meses y sólo le faltaban unos días para tomar la baja por maternidad. Era marzo y una enorme tormenta de nieve había llegado a la ciudad. La previsión meteorológica no había previsto su gravedad. En un momento vimos cómo caían copos pesados al suelo y al siguiente, una auténtica tormenta de nieve. La mayoría de las carreteras estaban cerradas sólo para viajes de emergencia, y como mi familia vivía en el campo, era imposible que mis padres vinieran a buscarnos en auto.

Así que mi hermana gemela, Lyla, y yo reunimos a nuestros hermanos pequeños, Mateo y Eloise, para esperar. La señora Haskins nos ofreció su casa como lugar para quedarnos hasta que la tormenta amainara.

Recorrimos las dos manzanas que separan su casa y nos metimos dentro. Su marido trabajaba para el departamento de transportes y estaba conduciendo un quitanieves, así que se alegró de nuestra compañía.

Hasta que empezaron las contracciones.

Llamamos al 9-1-1 para pedir una ambulancia, pero para cuando llegaron, yo ya tenía en mis brazos a una recién nacida babosa.

Nunca había tenido tanto miedo en mi vida.

Tal vez había tenido el valor de ayudar porque había estado muy centrada en el camino de la veterinaria. Había visto a papá sacar muchos terneros. Pero a partir de ese momento, mi camino había cambiado.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Mamá siempre dijo que convertirme en médica había sido mi vocación.

¿Y si me hubiera equivocado? ¿Y si debería haberme quedado aquí, haber trabajado aquí? No tendría que lidiar con las Rachel del mundo. Y no habría conocido a Foster.

Me sacudí esas dudas mientras me acercaba a la casa. El rancho bullía de actividad esta mañana, los hombres contratados se preparaban para salir a trabajar. Cuando pasó una camioneta con un par de hombres en la cabina, saludé con la mano y estacioné junto al nuevo Cadillac de mamá.

Cada año, papá le compraba el último modelo. Esta vez, le había comprado un Escalade porque ella había insistido en tener mucho espacio para guardar los asientos de sus nietos.

—Talia. —Griffin estaba cruzando el porche de mamá y papá cuando salí de mi Jeep.

—Hola. —Sonreí, encontrándome con él en la base de los escalones.

En una mano, Griff tenía una taza de viaje. La otra la tenía en el aire, dejando espacio para un abrazo lateral. Olía a viento y a jabón con un toque de hoguera, probablemente de la estufa de su casa. Cada día que pasaba, me recordaba más y más a papá.

—Pareces cansada. ¿Estás bien? —preguntó. Griff se había encargado, como hermano mayor, de asegurarse de que todos estuviéramos bien. De nuevo, era muy parecido a papá.

—Estoy bien —mentí. Las ojeras que tenía eran de las dos noches sin dormir que pasé dando vueltas en torno a Foster—. ¿Qué estás haciendo?

—Acabo de dejar a los niños. —Me dejó ir y señaló sobre su hombro—. Mamá va a hacer de niñera hoy mientras yo salgo a cortar leña. ¿Y tú? ¿No trabajas hoy?

—No. Estoy de guardia todo el fin de semana, así que tengo el día libre. —Mi horario era errático en el mejor de los casos. Los turnos estándar estaban reservados para el doctor Anderson, y el resto de nosotros llenábamos los huecos—. Pensé en salir y llevar a Neptune a dar un paseo. Papá dijo que tenías a la mayoría de los caballos aún reunidos desde que los reensillaron.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Sí, están todos en el pasto de partos. Haré que uno de los chicos la lleve a los establos y la ensille para ti.

—Puedo hacerlo.

—Te ahorrará la molestia. Entra. Agarra café y uno de los panecillos de mamá. Neptuno estará listo en treinta.

—De acuerdo. —Sonreí—. Eso me dará tiempo con los niños.

—Hasta luego. —Griff se dirigió al granero.

El rancho Eden era uno de los más grandes del estado, ya que generaciones de nuestra familia lo habían construido. El corazón de Griffin pertenecía a Winslow y a sus dos bebés. Pero más allá de su familia, mi hermano amaba esta tierra.

No podía imaginarlo con traje y corbata, trabajando en una oficina. Su lugar era un par de Wranglers desteñidos y unas botas de vaquero desgastadas, con un abrigo Carhartt y una Stetson polvorienta en la cabeza.

El olor a heno y a ganado se desprendía de la suave brisa mientras subía los escalones del porche de la casa de mi infancia. Mis padres se habían jubilado en los últimos años, pero esta casa siempre me pareció el cuartel general del rancho. Detrás de su casa de madera estaba el granero que había construido mi abuelo. Junto a él estaban los establos y la tienda, adiciones que papá había hecho cuando estaba al mando.

Empujé la puerta de entrada y aspiré azúcar, arándanos y limón. ¿Olía mejor dentro o fuera? Los dos estaban en casa.

—¡Hola!

—Talia, ¿me traes el cubo de harina de cinco galones que hay junto a la puerta? —gritó mamá.

—Claro. —Me quité el abrigo y lo colgué en un gancho de hierro de la entrada, luego levanté el cubo por el asa y lo llevé por el pasillo—. ¿Dónde lo quieres?

—Junto a la despensa, por favor. —Señaló con un dedo cubierto de masa.

Lo dejé en el suelo y me moví alrededor de la isla para inspeccionar lo que fuera que estaba haciendo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Pastel? Huele bien.

—Me estoy adelantando a la preparación de la Navidad. Esto irá al congelador. —Me besó la mejilla y luego fue al fregadero a lavarse—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Pensé en salir y dar un paseo.

Lo que más me gustaba de la casa de mis padres era que la cerradura de la puerta principal no se había girado en décadas. No esperaban llamadas telefónicas antes de que apareciéramos. Estaban acostumbrados a recibir visitas sin previo aviso y ni una sola vez me hicieron sentir que interrumpía.

Este era nuestro hogar, sin importar la edad que tuviéramos.

Fui al armario donde guardaba las tazas de café y saqué una taza.

—Adivina con quién me topé ayer en la tienda —dijo mamá, agarrando su propia taza.

—¿Quién? —pregunté mientras rellenaba su taza y luego la mía.

—Bonnie Haskins.

—¿No es una broma? —Me reí—. Estaba pensando en ella en el camino.

—Tenía a Marie con ella. Esa chica está creciendo como la hierba.

Marie, el bebé que había traído al mundo durante aquella tormenta de nieve. Llamada así por mi segundo nombre.

La última vez que vi a Marie fue en el hospital. Había venido para su examen físico deportivo anual.

—Es tan linda.

—Va a romper los corazones de los chicos de su escuela.

—No te equivocas. —Sonreí y di un sorbo a mi café.

Esta era la razón por la que vivía en Quincy. Para que Marie Haskins creciera delante de mis ojos. Para que Hudson, Emma y Drake fueran mimados por su tía Talia.

Una pequeña risa sonó desde la sala de estar.

—He oído que hoy haces de niñera.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Tu padre está de guardia hasta que tenga esta tarta en el horno. Pero por lo demás, vamos a pasar un día divertido. He comprado pintura de dedos.

—Los malcrías.

—Claro que sí.

—Voy a ir a saludar. —Dejé el café en la encimera y me dirigí al salón, donde papá estaba en el suelo con tres bebés. Emma, de siete meses, estaba tumbada en una manta con los dedos de los pies en las manos, intentando meterse un pie en la boca.

Su hermano de un año y medio, Hudson, estaba golpeando dos bloques. Mientras que Drake, el hijo de mi hermano Knox, se paseaba alrededor de papá, riéndose cuando éste intentaba hacerle cosquillas.

—Esto parece divertido.

Hudson me echó una mirada y los bloques se olvidaron. Se puso de pie y levantó las manos.

—Upa. Upa.

—Hola, amigo. —Lo abracé y le besé la mejilla. Luego, otro niño chocó contra mi pierna, así que me agaché y levanté a Drake también. Mis hermanos siempre se burlaban de mí por tener fiebre de bebés. Yo quería tener hijos. Algún día. Y hasta que llegara ese día, estos bebés eran mi solución—. ¿Cómo están mis chicos hoy?

Drake contestó con balbuceos.

—Ah. Bueno, eso suena excelente. —Dejé los dos y me senté en el suelo—. Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Qué harás hoy?

—Salir a dar un paseo con Neptune. —Jugué con los bloques de Hudson, ayudándolo a hacer una pila.

—Es un bonito día. El sol brilla. —No importaba la temperatura, si hacía frío o calor, papá consideraba que cualquier día con sol era un día dorado.

—Pensé en pasarme por el hotel esta tarde —dije—. Para ver si Eloise necesita ayuda antes de las prisas navideñas. Hablé con Lyla esta mañana

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

y estaba extrañamente tranquila, teniendo en cuenta lo ocupada que ha estado.

Papá se rio.

—Yo pensé lo mismo cuando hablé con ella ayer. Pero sabes que no durará. Estará muerta para cuando llegue la Navidad la semana que viene.

Toda la ciudad estaba engalanada para las fiestas con guirnaldas y luces y árboles recortados. Lyla era la dueña de la cafetería de Quincy y la otra noche se había pasado tres horas pintando a mano el escaparate de Eden Coffee con copos de nieve.

Desde que abría a las seis de la mañana hasta que cerraba a las siete de la tarde, los clientes se agolpaban en su puerta. La mitad eran lugareños que habían hecho pedidos especiales de pasteles navideños. La otra mitad eran turistas que venían a disfrutar de las fiestas.

Lyla estaría agotada para cuando terminara el Año Nuevo. También Eloise y Knox. Pero tendrían ayuda. Los Eden se ayudaban mutuamente, sin dudarlo.

—¿Qué hay de nuevo en el hospital? —preguntó papá.

—Nada en realidad. —No había mucho que pudiera decirle, pero en ocasiones, me quejaba de Rachel.

Hudson lanzó un puñetazo a mi pila de bloques y luego soltó una risita, así que los apilé de nuevo.

—¿Estás bien? —Los ojos de papá se estrecharon en mi cara—. Algo te está molestando.

No tenía sentido negárselo a papá. Siempre había sido capaz de leer mis estados de ánimo. Y prefería que se enterara por mí y no por la prensa de Quincy. Knox no había mencionado el encuentro con Foster en el hospital a principios de esta semana, pero lo más probable era que surgiera más pronto que tarde. No tenemos muchos luchadores famosos de la UFC en Montana.

—Foster Madden está en la ciudad.

—¿Qué? —Se enderezó, bajando la voz—. ¿Por qué? ¿Qué quiere?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

No habíamos hablado de Foster en años. Knox se burlaba de mí por ser demasiado reservada para mi propio bien. Pero me alegraba de no haber tenido que explicar la situación de Foster a todo el mundo. Era una historia que no tenía el corazón para compartir varias veces.

Lyla sabía que había estado saliendo con alguien en la universidad y que habíamos roto cuando me fui a la facultad de medicina. Eloise sabía lo mismo. Y mis hermanos, bueno... evitaban la vida amorosa de sus hermanas.

—Dice que se va a mudar aquí —dije—. Compró ese gimnasio vacío en Lower Clark Fork Road.

El anterior propietario se había arruinado cuando yo estaba en el instituto, y el gimnasio llevaba años vacío. No había suficiente gente en Quincy para mantener dos gimnasios, especialmente cuando el Parque de Bomberos tenía nuevos equipos y clases de fitness.

—¿Has hablado con él? —preguntó papá.

—Sí.

—¿Y?

Me encogí de hombros.

—No quiero que viva aquí. Pero supongo que no tengo muchas opciones.

La boca de papá se aplanó.

—Sabes, pensé en comprar ese edificio para derrumbarlo. Maldita sea.

—Es... extraño. —Tenía la sensación de que, aunque no hubiera habido ningún edificio, Foster habría venido de todos modos. Forcé una sonrisa y pasé mis dedos por el cabello rubio de Drake—. Estaré bien. Fue hace mucho tiempo. Sólo un susto. Pero me voy a dar una vuelta. A tomar el aire. Luego estaré como nuevo.

—¿Quieres compañía? —preguntó.

—Yo diría que tienes las manos llenas. —Me incliné para besar la frente de Emma, luego me puse de pie—. Te veo después de un rato.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Tras una rápida parada en la cocina para despedirme de mamá, me dirigí al exterior, agarré un par de guantes y un gorro de mi auto. Luego me subí la cremallera del abrigo hasta el cuello y me dirigí a los establos.

—Tu caballo está listo, Doc. —Un jornalero me saludó tocando el ala de su sombrero mientras salía del edificio.

—Gracias. —Sonreí y entré. Neptune estaba en el puesto más cercano—. Hola, chica.

Resopló y se pegó a mi mano mientras le acariciaba la mejilla gris moteada.

Neptune era uno de los ocho caballos que papá había comprado hacía años. Eloise había insistido en ponerles nombre a todos, y en ese momento había estado haciendo un proyecto escolar sobre el sistema solar. Así que cada uno de los hermanos, más mamá y papá, teníamos un caballo con el nombre de un planeta.

—¿Cómo está mi niña bonita? —canturreé, abriendo la puerta para guiarla fuera.

Caminamos un poco, saliendo de los establos y dando vueltas por el corral antes de que yo hiciera algunos ajustes en mi montura. Luego puse el pie izquierdo en un estribo y me levanté, acomodándome en el asiento antes de que atravesáramos una puerta, el jornalero me la había abierto, y entráramos en un campo.

Papá tenía razón. Era un bonito día. El sol cortaba el frío del aire. Los rayos se reflejaban en la nieve y, a lomos de mi caballo, mi estado de ánimo mejoró al instante.

—Foster está aquí —le dije a Neptune porque mi caballo era el que mejor escuchaba—. No tengo ni idea de lo que espera de mí, aparte de que quiere salir a cenar y hablar.

Neptune resopló.

—Sí. Eso es lo que yo también pienso. Es todo una mierda. Sin ánimo de ofender. —Aflojé las riendas, dejando que Neptune tomara velocidad hasta el trote—. ¿Qué podría tener que decir después de tanto tiempo?

Neptune no tenía una respuesta esta vez.

Yo tampoco.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Cabalgamos en silencio durante horas, por un sendero errante en la nieve hasta que el aire fresco despejó la niebla de mi mente.

Tomé el largo y familiar camino hacia mi lugar favorito en el rancho.

Garnet Flats.

En primavera, los prados eran de un verde exuberante con flores silvestres rojas, amarillas, blancas y moradas. En verano, la cálida savia de los árboles de hoja perenne impregnaba el aire con el aroma del pino. En otoño, las hojas cambiarían, coloreando las estribaciones de la montaña antes de dormir durante un invierno blanco. Cien acres de pura belleza.

Mi sueño siempre había sido construir un hogar aquí. Experimentar las estaciones a través de cada amanecer y atardecer. Mientras miraba la nieve, mis ojos se inundaron.

Ese sueño había incluido a Foster una vez.

Por primera vez en mi vida, me dolió estar aquí.

Con un empujón de mi pierna y un tirón de las riendas, me alejé del prado. Neptune y yo volvimos a los establos al galope, y para cuando llegamos, ambas estábamos sin aliento.

Después de guardar mi montura, ocuparme de Neptune y llevarla de vuelta al pasto de partos para que se reuniera con los demás caballos, me dirigí de nuevo a casa de mamá y papá. No quería volver a casa, así que no lo hice. Mañana, el trabajo sería una distracción bienvenida, pero por hoy, usaría a mi familia.

Pinté con los dedos con mi sobrina y mis sobrinos. Mamá me preparó un sándwich de jamón y queso a la plancha para el almuerzo antes de ayudarla a acostar a los niños para la siesta. Y cada vez que papá me miraba a los ojos, yo sonreía, haciendo lo posible por asegurarle que estaba bien.

No fue hasta que el sol se hundió en el horizonte que me despedí y me subí al Jeep. Luego fui por el camino más largo a casa para poder saborear la puesta de sol rosa y anaranjada detrás de las montañas escarpadas que rodeaban el valle de Quincy. Y para cuando giré por mi calle, ya era casi de noche.

No estaba lo suficientemente oscuro como para no ver la camioneta negra con matrícula de Nevada delante de mi casa.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Hombre exasperante y obstinado. —Apreté los dientes y giré por el callejón para poder estacionar en mi garaje. Después de marchar hacia el interior, atravesé la casa y abrí de golpe la puerta principal para encontrar a Foster en mi porche—. ¿Por qué estás aquí?

—Cena. —Levantó una bolsa de plástico de nuestro restaurante mexicano local. En la otra mano tenía una botella de vino blanco.

—Dios, eres terco.

—Hace un poco de frío para un picnic. ¿Me vas a dejar entrar?

—No. —Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No veo cómo eso es de tu incumbencia.

—Eso es un no. Vamos, Tally… Talia —corrigió—. Es sólo una cena.

Nunca sería sólo una cena. No con Foster.

—No.

—Bien. —Se metió el vino bajo el brazo y utilizó la mano para rebuscar en el bolsillo, sacando esa maldita bolsa azul—. Olvidaste esto en el gimnasio.

—¿En serio? Deja el anillo. —¿No se daba cuenta de lo difícil que era para mí verlo?

—Es tuyo.

—¿Cuándo lo compraste?

Me sostuvo la mirada.

—Justo después de que te fueras.

—¿Por qué? Te casaste con otra mujer. —Antes de que pudiera responder, agité ambas manos—. No importa. No quiero saberlo. Ese anillo nunca ha sido mío y no lo quiero.

—Tally.

—¡No! —Mi voz pasó por encima de él y se adentró en la noche—. No me llames Tally como si supieras algo de mí. No me llames Tally como si fuéramos viejos amigos. No me llames Tally como si no me hubieras mentido todos los días que estuvimos juntos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—De acuerdo. —Suspiró—. Yo sólo... Quiero explicarme. Por favor.

—¿Por qué? No puedo creer una palabra de lo que dices.

—Sí, puedes.

—No, no puedo. No lo haré. Soy una mujer inteligente, Foster. Soy confiada. Soy leal. Y tú me hiciste cuestionar *todo* sobre mí. Me hiciste dudar de mi intuición. De mi corazón. De mí *misma*. Así que no, no quiero cenar. No quiero escuchar tu explicación. No te quiero aquí. Vete.

¿Cuánto tiempo habían estado reprimidas esas palabras? Esperé ese dulce alivio, la buena sensación que debería haber llegado después de gritarle a Foster. Pero mi corazón... me dolía. ¿No debería sentirse bien ahora? ¿Cuántos años había guardado esta ira en mi interior? ¿Por qué no era catártico liberarla?

—Lo lamento. —Foster tragó con fuerza—. Lo lamento mucho.

—No es suficiente —susurré—. No es suficiente con lamentarlo.

—Tienes razón. —Asintió—. Es que... siempre has sido mi Tally. Es como pienso en ti. Es como te llamo en mi cabeza.

Había pensado en mí. Había dicho mi nombre en su cabeza. El dolor se duplicó. Luego se triplicó con la disculpa escrita en su rostro y el arrepentimiento que rebosaba en sus ojos.

Esto tenía que terminar. Tenía que ser yo quien lo terminara esta vez. Así que me alejé un paso, agarrando la puerta.

—Dejé de ser tu Tally el día que te casaste con mi mejor amiga. ¿Quieres darle ese anillo a alguien? Dáselo a Vivienne.

Debería haberse sentido bien al cerrarle la puerta en la cara.

Pero no lo hizo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

4

Foster

El sudor se resbalaba por mi cara mientras arrastraba la última placa del techo fuera del gimnasio, para arrojarla al contenedor que había alquilado la semana pasada. El aire frío era un bienvenido descanso del calor interior.

Cada músculo de mi cuerpo ardía. Jasper no tendría que preocuparse de que me perdiera las sesiones de entrenamiento o de cardio. Renovar este edificio era uno de los trabajos físicos más duros que había hecho en años.

Me tomé un momento para refrescarme, con el cuerpo acalorado y el pecho hinchado. Pero los descansos largos no eran una opción, así que volví a la carga, examinando mi progreso. Por suerte, esta limpieza sólo había requerido energía. No me había topado con ningún problema estructural importante que requiriera una construcción.

En la última semana, el gimnasio se había convertido, bueno... en un gimnasio. O en lo que era.

El suelo de cemento no estaba en mal estado después de que me pasara horas de rodillas limpiando el polvo y la suciedad. Quienquiera que hubiera sido el dueño de este lugar antes que yo había puesto alfombras con algún tipo de cinta adhesiva. Un idiota. Quitar el adhesivo me había llevado horas.

El techo caído había hecho que el espacio se sintiera estrecho, probablemente parte de la razón por la que el estúpido propietario anterior no había sido capaz de mantener a los miembros, así que había arrancado las baldosas y la rejilla colgante. Ahora tenía un aire industrial, con los conductos a la vista. Los cables eléctricos los ocultaría con unos revestimientos que había comprado ayer. Luego empezaría con la pintura.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Dos cubos de veinte litros estaban en un rincón junto a mi escalera, rodillos y brochas.

La mayoría de las herramientas que había comprado eran de la ferretería de Quincy. Si iba a vivir aquí, quería apoyar a los negocios locales. Pero había algunos artículos especiales que no tenían en stock, así que además de romperme el culo aquí, había pasado un montón de horas al volante de mi camioneta, conduciendo hasta Missoula para ir a Home Depot.

El viaje de ida y vuelta de cuatro horas no encajaba exactamente en mi agenda, pero no había tenido muchas opciones. Así que me puse en camino a las cinco de la mañana y, cuando abrieron las puertas a las siete, fui su primer cliente.

El tiempo añadido en mi camioneta no había sido del todo malo. El viaje me había dado tiempo para pensar. También mis largas horas de trabajo aquí.

Había pasado una semana desde que fui a casa de Talia con comida mexicana y vino. Una semana desde que me había gritado y cerrado la puerta en las narices.

Una semana desde que vi el dolor que le había causado.

No quería retroceder, no era mi estilo, pero ella necesitaba tiempo. Así que le di tiempo.

La Navidad había llegado y se había ido. Había sido un día malditamente solitario, así que en lugar de pensar en mi situación actual, había pasado las vacaciones terminando el departamento. Convirtiéndolo en un hogar.

Había quitado la moqueta del dormitorio y del salón. Luego había limpiado el subsuelo de cemento. Tuve que usar una navaja para raspar todo el pegamento. Mi primer viaje a Missoula había sido para el anti manchas y el suelo laminado. Después de que el espacio desnudo había sido preparado, había transportado los muebles. Solo.

Las palmas de mis manos tenían ampollas por el rodillo de pintar. El cuello se me dolía por trabajar en los techos. La parte baja de la espalda me gritaba por haber pasado demasiadas horas de manos y rodillas.

Este proyecto era parte de mi penitencia.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Por Talia, soportaría todos los dolores y molestias.

No ayudaba a mi cuerpo el hecho de que hubiera estado durmiendo en mi nuevo sofá desde que dejé el hotel antes de Navidad. La ropa de cama aún estaba en su embalaje. El colchón estaba envuelto en plástico y el marco necesitaba ser ensamblado. Estaba en la lista, sólo que más cerca de la parte inferior que de la superior.

La lavadora y la secadora de repuesto, junto con una nueva nevera, no estarían aquí hasta el viernes, así que hasta que llegaran, viviría con mi maleta y me alimentaría de comida para llevar. Además, tendría que acostumbrarme a dormir en el sofá. Mi espalda también lo haría.

El dolor era una parte más de mi expiación. Todo estaba en juego. Mi vida. Mi futuro.

Talia.

¿Me escucharía alguna vez? ¿Me perdonaría cuando supiera la verdad? ¿O ya era demasiado tarde?

El miedo me había mantenido despierto por la noche. Me empujaba a seguir adelante. Miedo por haberla perdido hace siete años y a que no pudiera recuperarla.

Siete años era mucho tiempo.

¿Y si hubiéramos cambiado demasiado?

Ese pánico familiar se introdujo en mi mente, haciendo que mis entrañas se revolvieran. Apreté los puños y aparté la preocupación. No iba a perderla. No de nuevo. No la perdería, y punto.

Yo era Foster Madden, el Puño de Hierro, campeón mundial de peso medio.

Ese título, por el que había trabajado toda mi vida, era una puta broma. Renunciaría a él sin pensarlo para volver atrás en el tiempo. Para tomar mejores decisiones.

Excepto que no podía dejarlo. Todavía no. Esta pelea en marzo era la última de mi contrato con la UFC. Mi agente estaba en conversaciones para conseguirme otro contrato de dos peleas, pero ¿debería ser ese mi próximo movimiento?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Mucho dependía de este traslado a Montana.

Además, mi cuerpo pagaba las facturas. Daría unos cuantos puñetazos y patadas más para asegurarme de que, cuando llegara el momento de la jubilación, estaría financieramente seguro.

Entré en el departamento y me dirigí al fregadero de la cocina para lavarme las manos. Una vez secas, metí la mano en la nevera de camping que había comprado la semana pasada, saqué una bebida deportiva, y bebí hasta que la botella se vació.

Entonces, al igual que en el gimnasio, observé el espacio, en su mayor parte vacío. Frente al sofá había un televisor sobre un soporte. Ni siquiera me había molestado en conectarlo. La conexión inalámbrica aún no estaba instalada, otro punto de mi lista. La mesa de centro estaba llena de botellas de bebida vacías y envoltorios de barritas de proteínas.

Si no preparaba pronto esta cocina para poder cocinarme algunas comidas decentes, y si seguía trabajando así de duro, bajaría demasiado de peso antes de marzo. *No me importa.* Ya me preocuparía de la báscula otro día.

Saqué otra botella de Gatorade y una barra de granola con chispas de chocolate de una pila del mercado, y luego salí hacia el gimnasio, con el calor que me golpeaba en una ola. La ventana con corrientes de aire se había sellado, pero la caldera parecía estar funcionando tan fuerte como siempre. Tal vez era sólo yo, mi cuerpo produciendo este calor, pero fui al termostato y lo bajé cinco grados. Otra vez.

La maldita cosa probablemente estaba rota. Otra cosa que arreglar. Otro día.

Me metí casi toda la barra de granola en la boca, masticando mientras señalaba aquella fea pared anaranjada.

—Tú y yo. Hoy vamos a bailar.

Me comí el resto de la barrita, hice una bola con el envoltorio, lo metí en una bolsa de basura abierta, luego dejé la bebida en el suelo y fui a por la pintura.

El gris nube no era exactamente original para un color de pared, pero alegraría el espacio respecto al tono actual y sería fácil de mantener limpio.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

En algún momento, quizá colgaría fotos y la bandera americana. Compraría algunos estantes para guardar el equipo. Pero mis cinturones de campeón se quedarían en una caja.

Cuando se trataba de un gimnasio, no había muchas opciones de estilo. Los aros de boxeo y los aparatos eran todos iguales. Los sacos pesados y las colchonetas sólo tenían un número determinado de colores. Pero yo haría todo lo posible para diferenciar este espacio de Angel en Las Vegas. Empezando por la pared de trofeos.

Tal vez si hubiera estado menos preocupado por esos trofeos, por el dinero que representaban, no me habría vuelto tan jodidamente codicioso.

¿Por qué no había seguido siendo pobre? Al menos, sin el dinero, habría sido mi propia persona.

La culpa me había atormentado durante siete malditos años y sus garras estaban más afiladas que nunca.

Acababa de agarrar un bote de Kilz, listo para pintar la pared anaranjada, cuando la puerta se abrió a mi espalda. Sólo había una persona que sabía de mí y de este gimnasio, así que me di la vuelta, con el corazón acelerado.

Excepto que no era Talia la que entraba por la puerta. Era un hombre mayor con cabello canoso.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté, dejando la pintura en el suelo y crucé la habitación.

Asintió.

—Puedes venderme este edificio y dejar Quincy.

¿Eh?

—¿Dice eso otra vez? —Muy pocas calorías, demasiado ejercicio y muy poco sueño. Tuve que haber escuchado eso mal.

—Puedes ayudarme saliendo de mi ciudad.

Maldita sea. Supongo que lo había oído bien. Di un paso adelante, dispuesto a echar a este tipo a la calle, pero entonces fijé mis ojos en los suyos, de un azul brillante.

Talia los tenía azules.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Nunca nos habíamos conocido en persona, pero había visto fotos de su padre. Me llevó un momento comparar las fotos antiguas con el hombre que tenía delante.

—Harrison Eden. —Acorté la distancia entre nosotros y extendí una mano—. Encantado de conocerte por fin.

Se quedó mirando mi mano, con las cejas arqueadas. Talia debió de aprender esa mirada de su padre.

Dejé caer la mano a mi lado.

—Te agradezco que hayas venido hoy. Aprecio apoyes a Talia. Pero no voy a dejar Quincy.

La mandíbula de Harrison se tensó.

—¿Incluso si mi hija no te quiere aquí?

—Talia y yo tenemos mucho que hablar.

—¿Como la forma en que rompiste su corazón? Yo estuve allí. Después. Fui a Las Vegas para ayudarla a mudarse. La destruiste. Ella no es de las que olvidan.

—No, no lo es. Pero la he amado desde que tenía veintitrés años. —No tenía sentido tener pelos en la lengua. Estaba trasladando toda mi vida a Montana por Talia, y su padre bien podría saber el motivo.

—¿Amado? —se burló—. Tuviste una forma curiosa de demostrarlo. De donde yo vengo, lo que le hiciste no fue amor.

—No te ofendas, Harrison, pero no sabes nada de mí ni del pasado.

—Entonces ilumíname. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho. Era mayor, pero el hombre estaba hecho.

—Talia lo escucha primero. Si ella decide compartir, es su elección. Hasta entonces, tendrá que lidiar conmigo en su ciudad.

—Ella tiene una buena vida aquí. La vas a arruinar.

—¿Una buena vida? Está sola. —Dos noches seguidas había ido a su casa y la había encontrado sola. Sin marido. Sin prometido. Sin novio.

—Tiene a su familia.

Sacudí la cabeza.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No es lo mismo.

Tener padres, hermanos, hermanas no era lo mismo que tener un compañero de vida. Un confidente. Un amigo. Lo que más lamento es que la persona que había sido mi compañera durante tanto tiempo fuera Vivienne. Debería haber sido Talia.

—Talia tiene una carrera exigente —dijo Harrison—. Sentará la cabeza cuando esté preparada.

Excusas. Ambos sabíamos que estaba poniendo excusas.

—Sé que la he lastimado. —Levanté las manos, luego robé las palabras de Talia de la semana pasada—. Lamentarlo no es suficiente. Pero lo diré. Una y otra y otra vez. Hasta que ella sepa que lo digo en serio.

Harrison estudió mi rostro, como si buscara una mentira. Pero ya había mentido lo suficiente para dos vidas. Todo lo que encontraría aquí eran verdades.

Sin decir nada más, se dio vuelta y salió por la puerta.

Esperé hasta que la puerta de su auto se cerró de golpe y el sonido de su motor desapareció antes de entrar en el departamento y recoger mis llaves del mostrador.

El muro anaranjado tendría que esperar.

La visita de Harrison había sido para echarme de la ciudad. Pero Talia no debía de haberle hablado de mi terquedad.

Le había dado una semana. El tiempo se acabó.

El viaje a la ciudad duró diez minutos. Aparte de las luces traseras de Harrison en la distancia, no vi otro vehículo. Otra razón por la que el gimnasio probablemente había fracasado. Estaba demasiado lejos del camino trillado.

Había pasado mi vida adulta en gimnasios y centros de fitness. Los mejores eran los que no podías ignorar. Aquellos por los que pasabas a diario de camino a comprar un café con leche alto en calorías o comida en McDonald's.

La carretera seguía la curva del río Clark Fork. El sol brillaba en lo alto, reflejándose en el agua y en las orillas cubiertas de nieve a cada lado. Mi

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

viaje a Quincy era mucho más pintoresco que estar atrapado en el tráfico de Las Vegas.

Harrison llegó a la señal de stop más adelante y giró a la derecha en la intersección, bajando por Main Street. Giré a la izquierda, cayendo en una corta fila de autos que iban todos al extremo opuesto de la ciudad.

Hacia el hospital.

Estacioné en el lugar para visitantes. El Jeep de Talia estaba en una sección reservada para el personal. Ella había tenido un modelo de Jeep similar en Las Vegas, uno que no me había sorprendido ver llegar la otra noche cuando había estado esperando en su casa.

Quizás no habíamos cambiado tanto después de todo.

Me apresuré a entrar, comprobando la hora en el reloj sobre el mostrador de la recepcionista.

—Hola.

—H-hola. —La joven se dio vuelta y se sonrojó mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Estaba hecho un lío en este momento, pero no era demasiado orgulloso para usar la forma en que esta camiseta se aferraba a mi pecho y mis brazos si eso me hacía ganar el paradero de Talia.

—Me preguntaba si podrías ayudarme. Estoy buscando a una doctora. ¿Talia Eden? Es una vieja amiga y estaba de paso por la ciudad, así que quería sorprenderla y saludarla.

—Bien. Sí. Claro. —Se sentó un poco más recta en su silla—. La vi pasar hace unos minutos. Creo que se dirigía a la cafetería para almorzar.

—Eres un encanto. —Señalé hacia el pasillo—. ¿Por ahí?

—Sigue recto por el pasillo y estará a tu izquierda.

—Gracias. —Guiñé un ojo y me alejé del escritorio, cepillando la parte delantera de mi camisa. Luego levanté un brazo para oler mi axila—. Ah, mierda.

Debería haberme duchado antes. No había pensado en impresionar a una mujer en, bueno... años.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

El sonido de los tenedores y el parloteo me saludaron al entrar en la cafetería. A mi izquierda había una cocina abierta con una parrilla y una freidora. Debajo de una lámpara, había un puñado de barquitos de papel llenos de filetes de pollo y patatas fritas. A mi derecha había una máquina de refrescos y un montón de patatas fritas. Detrás de la puerta de cristal de una nevera había una variedad de sándwiches precocinados, yogures y vasos de fruta.

—Me llevaré uno de esos —le dije a la cocinera, señalando con la cabeza los filetes de pollo.

—¿Ranch o kétchup?

—Kétchup. —Talia siempre había sido parcial al ranch—. Gracias.

Agarré mi comida y una botella de agua de una nevera, luego me dirigí al empleado de la caja registradora. Tenía la cabeza cubierta por una redecilla azul casi del mismo tono que su uniforme. Saqué mi cartera de un bolsillo, pagué mi comida y pasé junto a él a las mesas del pequeño comedor adyacente.

Talia estaba sentada sola en una mesa. Llevaba su uniforme azul con una bata de laboratorio blanca por encima. En una mano tenía una patata frita. En la otra, pollo.

Me reí. Nunca en mi vida había conocido a una mujer que comiera como Talia. Inhalaba la comida. Masticaba con furia y no se pasaba las comidas charlando. Cuando se sentaba ante su plato, era para comer. Rápido.

Había dos sillas en su mesa, así que me senté en la vacía y abrí el vaso de plástico con kétchup.

Los ojos de Talia se abrieron de par en par. Su boca dejó de moverse. Se sentó más erguida y masticó un par de veces más antes de tragar. Luego dejó caer la fritura y la tira de pollo en su propio bote de papel.

—Esto tiene que terminar.

—Lo hará. Después de que me escuches. —Mojé una de mis patatas fritas en kétchup y me la metí en la boca.

—Este es mi lugar de trabajo. No voy a hablar contigo aquí.

—Entonces supongo que tendrás que dejarme entrar esta noche cuando vaya con la cena.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Sus fosas nasales se ensancharon y extendió las manos sobre la mesa.

—No.

—¿A las seis?

—Foster.

Dios, me encantaba oírla decir mi nombre. Incluso cuando estaba enfadada.

—En realidad, será mejor a las seis y media. Tengo que pintar algo. Podría llevarme el resto de la tarde.

—Recuerdo que tu oído solía ser mucho mejor.

Sonreí y comí otra patata frita.

—¿Todavía te gusta la pizza?

—Grr. —Gruñó y se puso de pie de un empujón tan fuerte que la silla que tenía detrás estuvo a punto de caerse. Talia la atrapó y luego recogió su comida—. Eres obstinado. Si te presentas en mi puerta, planea congelarte porque no te dejaré entrar.

—Entonces ven al gimnasio.

—¿Por qué? —Su voz era demasiado fuerte. Se dio cuenta y miró a su alrededor, haciendo una pequeña mueca cuando una mesa de enfermeras la miró con extrañeza—. ¿Por qué tienes tantas ganas de hablar? Nada de lo que digas cambiará el pasado.

—No puedo cambiarlo. Pero me gustaría explicarlo.

—¿Entonces qué? Digamos que voy a cenar. ¿Y?

—Entonces... si todavía quieres que me vaya de Quincy, me iré.

Talia estudió mi rostro durante unos largos instantes, de forma muy parecida a como lo había hecho antes su padre. Evaluando. Diseccionando. Buscando la mentira.

—Te irás si te pido que te vayas.

—Me iré. —Si después de hablar, si vivir en Quincy le causaría demasiado dolor, entonces me iría.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Volver a mudarme no era el plan. Pero ya lo resolvería. Después de esta noche, si realmente sentía que habíamos terminado y no había ninguna posibilidad, me iría.

—Bien. Seis y media. —Giró, con su cola de caballo azotando el aire.

Me metí otra patata frita en la boca.

Y le sonreí a la hermosa mujer que salió furiosa de la cafetería.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

5

Foster

Soy Vivi. Deja un mensaje. Bip. Espera. ¿Pensaste que era el pitido real? Te atrapé.

Me reí.

—Hola, soy yo. Esperaba encontrarte. Tengo planes para cenar esta noche, así que no llamaré a la hora habitual. No estoy seguro de cuándo estaré libre. Así que si no consigo hablar contigo, pasa una buena noche. Te llamaré mañana por la mañana.

Colgué y dejé el teléfono sobre la mesa del centro. El olor del limpiacristales y de la solución que venía con el Swiffer WetJet llenaba el departamento. Desde el momento en que regresé del hospital, había pasado cada minuto limpiando.

Pintar lo dejaría para después.

—¿Qué más? —Jesús, este lugar estaba vacío. Mañana por la mañana, iba a pedir un juego de comedor. Comer en la mesa de café no era una opción a largo plazo. Y necesitaba persianas para las ventanas.

Es cierto que la vista más allá del cristal era hermosa. Ya había caído la oscuridad, los días son cortos en esta época del año, pero la puesta de sol de esta noche había sido impresionante. El cielo amarillo y anaranjado me había recordado a mi sorbete favorito de limón y mandarina. Había dejado de limpiar el tiempo suficiente para hacer una foto y enviársela a Kadence y Jasper.

Aun así, incluso con la puesta de sol, tal vez unas cortinas o persianas harían que se sintiera más hogareño. La decoración no era mi fuerte. Vivienne se había hecho cargo de nuestra casa en Las Vegas, y no me cabía

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

duda de que cuando viniera de visita pondría los ojos en blanco y exigiría mi tarjeta de crédito para poder comprar.

Me dirigí al gimnasio, acercándome a una ventana que daba una mejor vista de la carretera. Eran las seis y cuarenta y cinco y aún no había rastro de Talia. Antes había ido a la ciudad a comprar una pizza. No había ido y venido mientras yo estaba fuera, ¿verdad?

O tal vez no iba a venir en absoluto.

No, ella vendría. Ella me quería fuera de la ciudad lo suficiente como para aparecer esta noche.

¿Qué diablos iba a decir? Había pasado años soñando con esta oportunidad. Uno pensaría que tendría mi discurso preparado.

—Mierda. —Me pasé una mano por la barba. Sentía que mi cuerpo se deshacía y mi corazón latía demasiado rápido.

¿Cómo le diría la verdad? ¿Cómo empezaría? No había una forma suave de hacerlo. Tal vez podría empezar por el quid de la cuestión.

Que fui un maldito tonto.

Lo que daría por un poco de equipo ahora mismo. Sólo algo para golpear. Eso era cuando estaba más centrado. Cuando tenía un objetivo.

Me dirigí al centro de la habitación, al espacio donde había colocado el ring una vez que llegó. Cerré los ojos y levanté las manos, cerrándolas en puños. Luego moví los pies, poniéndome en una buena posición de combate, antes de dejar volar mi jab.

Pop. Pop. Seguí ambos golpes con un gancho de derecha.

Doblé mis rodillas, poniendo todo el peso en mis talones y lo hice de nuevo. Jab. Jab. Gancho. Luego añadí un uppercut y me estremecí cuando tuve un tirón bajo mi omóplato.

—Ah. —Rodé mi brazo izquierdo en un amplio círculo, aflojando los músculos.

Jasper me iba a matar si me lesionaba mientras renovaba este lugar.

Reboté sobre las puntas de los pies un par de veces, sin ser precisamente ágil con las botas, pero los movimientos me resultaban

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

familiares. Luego volví a hacer la misma combinación. Jab. Jab. Gancho. Uppercut. Esta vez hubo un tirón.

—Gracias a Dios.

Me moví en círculo hasta que se calmaron algunos de los nervios. Entonces respiré largamente, llenando mis pulmones hasta que ardieron.

Sólo hay que ponerlo ahí.

Lo que sea necesario.

Mi único trabajo esta noche era compartir con Talia lo que debería haberle dicho hace años.

La verdad.

Los faros iluminaron la pared y me apresuré a salir por la puerta, esperando en el rellano mientras Talia estacionaba junto a mi camioneta.

—Siento llegar tarde —dijo mientras rodeaba el capó—. Un tipo se ha cortado la mano mientras trabajaba en su taller esta tarde y me han llamado a urgencias

—¿Está bien?

Ella asintió.

—Era un corte bastante profundo. Hice lo que pude para coserlo. Tendrá una cicatriz.

—Pero todavía tiene una mano.

—Sí.

Le abrí la puerta.

—Entonces diría que fue una victoria.

Me miró fijamente y, por primera vez desde que llegué a Quincy, no había ira ni resentimiento en sus ojos. Talia sólo parecía... agotada.

Se deslizó junto a mí, entrando en el gimnasio y tomando el mismo camino que antes, recorriendo la habitación.

—Has estado ocupado.

—Ha sido todo un trabajo. —Cerré la puerta, quedándome atrás y dejándole mucho espacio.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón
the EDENS
THE EDENS #3
PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Se acercó a la pared anaranjada, y arrastró los dedos por la superficie. Tenía los hombros caídos y la cola de caballo suelta.

—Estás cansado —dije.

—Me ha costado mucho dormir esta semana. —Se acercó a los cubos de pintura, examinando el punto de color en las tapas—. No querías quedarte con el anaranjado, ¿no?

—Es horrible. —Hice una mueca—. ¿Deberíamos hacer esto otra noche?

—No. —Se puso de pie y se giró, con la columna vertebral rígida—. ¿De verdad te irás si te pido que te vayas?

—Sí. —Levanté la barbilla hacia el departamento, guiando el camino—. ¿Te importa si comemos en el sofá? Es eso o estar en la barra de la cocina.

—El sofá está bien. —Adentro, se quitó su abrigo y lo colocó sobre un reposabrazos—. No tuve tiempo de ir a casa y cambiarme.

Me dirigí a la cocina, para abrir la caja de la pizza.

—Tu uniforme está bien.

—No me pongo mucho más estos días. —Se sentó, soltándose el cabello—. Menos mal que me veo decente de azul.

¿Decente? Era jodidamente impresionante.

Me quedé helado, con miedo a parpadear porque me lo perdería mientras se arreglaba la coleta.

Ella estaba aquí, en mi casa. Era real, con la ropa de un largo día de trabajo. Tenía las uñas cortas porque nunca había sido una mujer que se preocupara por la manicura. No llevaba joyas porque no las necesitaba para brillar.

Me miró y me atrapó observándola.

Aparté la mirada y agarré los platos de papel que había comprado con la pizza.

—No tengo nada elegante.

—No necesito lujo.

No, no lo necesitaba.

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Excepto que yo había pensado que ella había necesitado de la fantasía. O tal vez sólo era yo. Había sido mi propio deseo oculto de una vida cara lo que me había llevado al límite.

Serví un par de rebanadas, las llevé y las dejé sobre la mesa de café.

—¿Agua? ¿O Gatorade?

—Agua, por favor.

Saqué dos botellas de la nevera, luego un par de servilletas de papel, y me uní a ella en el sofá.

—¿No usas la nevera? —preguntó.

—La abrí la semana pasada. Me llevó un día entero con las ventanas abiertas para eliminar el olor. Así que en lugar de intentar averiguar qué murió dentro, compré una nueva. Debería llegar el viernes.

—Ah. —Asintió, tomando un bocado.

Yo hice lo mismo.

Masticó.

Mastiqué.

Dio otro mordisco.

Yo también.

No me miró.

Pero lo único que podía mirar era su perfil.

Me vino a la mente un recuerdo de nosotros dos en una pequeña pizzería de Las Vegas. No había pasado mucho tiempo desde que empezamos a salir. Antes de ese día, no me había dado cuenta de que una mujer podía tener una mascada sexy.

Pero la forma en que se movían sus labios, la flexión de su mandíbula y sus mejillas, me trajo otro recuerdo, este de ella tomándome en su boca. Mi polla se agitó detrás de mi vaquero y me moví para ocultar el creciente bulto.

—¿Cómo estuvo Seattle? —pregunté.

Ella me miró, con las cejas levantadas.

—No estoy aquí para una conversación casual, Foster.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Sígueme la corriente mientras comemos.

Suspiró.

—Seattle fue lluvioso. La escuela me consumía mucho tiempo, así que no salía mucho, pero luchaba con los días grises del invierno.

—Siempre te gustó el sol. —Era la razón por la que se había mudado a Las Vegas para estudiar—. ¿Recuerdas la vez que fuimos de excursión, y al bajar, encontramos aquella serpiente de cascabel en el camino?

—Oh, no me lo recuerdes. —Se estremeció—. Odio las serpientes.

—Nos hizo esperar hasta que se deslizó. Para cuando llegamos al auto, estaba calcinado.

—Te dije que usaras protector solar.

—Siempre hay una botella en mi camioneta. He aprendido la lección.

La comisura de su boca se levantó mientras masticaba. No era una sonrisa, sino el comienzo de una.

Ahí está ella. Ahí está mi chica.

Tal vez si pudiera hablar de los buenos momentos, ayudaría a aliviar el escozor de los malos.

—Me alojé en The Eloise la semana pasada. Bonito lugar. Vi a tu hermana en la cafetería.

Sus ojos se abrieron de par en par, y cuando habló, sus palabras fueron amortiguadas por la comida.

—¿Lyla?

—Tenía otra chica en el mostrador, así que no hablé con ella. No se parecen tanto como pensaba. —Habiendo visto a la gemela de Talia sólo en fotos, había pensado que serían más idénticas.

—¿Qué quieres decir?

—Ella estaba realmente sonriendo. Se reía. No tenía el ceño asesino fruncido.

—Mi ceño asesino está reservado para ti. Los demás me consideran bastante agradable. Y me han dicho que mi trato con los pacientes es incomparable.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Me reí, y algunos de mis nervios se calmaron. Tal vez esto no sería tan difícil, no si pudiéramos burlarnos el uno del otro.

—¿Quieres otro trozo? —Me puse de pie, recogí la caja y la llevé a la mesa de café. Luego tomé otra rebanada mientras ella hacía lo mismo—. ¿Te gusta el hospital de aquí?

—Sí. Pero todavía estoy tratando de probarme a mí misma.

—¿A quién?

—A todo el mundo. Soy Eden. Mi familia fundó esta ciudad hace generaciones. La mayoría de la gente me conoce desde que era una niña, incluido mi jefe y la mayoría de las enfermeras titulares. No todos me miran y ven a la adulta en la que me he convertido.

La derrota en su voz fue suficiente para que yo también frunciera el ceño. ¿Cómo es posible que alguien no la mire y vea a una mujer brillante y capaz?

—Solía cuidar a los hijos del doctor Herrera cuando estaba en el instituto —dijo—. De vez en cuando, me llama niña. El paciente de esta noche, el tipo que se cortó la mano, preguntó si había alguien más para coserlo. Cuando le dije que no, me dijo que no quería ofenderme, pero que me recuerda como animadora cuando su hijo estaba en el equipo de fútbol.

Imbécil. ¿Era por eso que parecía tan cansada?

—Lo siento.

—Así es la vida en un pueblo pequeño. Pero es un buen pueblo. Un gran lugar para que los niños crezcan.

Contaba con ello.

Talia terminó de comer antes que yo. Dejó su plato a un lado, hizo una bola con su servilleta y, cuando se enfrentó a mí, la parte de conversación casual de nuestra velada había terminado.

—¿Por qué compraste ese anillo?

Dejé mi propio plato a un lado.

—Porque no podía soportar la idea de que estuviera en la mano de otra mujer. Ese anillo es tuyo. Siempre lo ha sido. Así que lo compré. Me prometí que si volvía a verte, te lo daría.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Gastaste miles de dólares sólo por si nos volvíamos a ver?

—Sí. —Ese anillo era la compra más cara que había hecho hasta ese momento de mi vida—. Me gustaría que lo tuvieras.

—No puedo. —Sacudió la cabeza—. Yo sólo… No puedo. Véndelo. Da el dinero a la caridad.

Nunca.

O ella se lo quedaba.

O yo lo haría.

—Entonces… —Se movió de nuevo, enderezándose. Me he pasado la vida leyendo el lenguaje corporal. Buscando el golpe. Buscando la señal de mi oponente. Talia estaba rígida, como si estuviera preparada para recibir un golpe—. Tu explicación.

Sólo hay que ponerlo ahí.

Lo que sea necesario.

Abrí la boca, dispuesta a ahondar en el pasado, pero mi teléfono sonó sobre la mesita, el timbre a todo volumen porque no había querido perder ninguna llamada mientras trabajaba en este lugar.

—Mierda. Lo siento.

La cara de Vivienne apareció en la pantalla. Tenía la lengua fuera y los ojos cruzados. Ella lo llamaba su cara de boba.

La rechacé y volví a mirar a Talia. Pero sus ojos no esperaban los míos. Estaban fijos en la pantalla. En la foto de Vivi.

—¿Hablas con ella a menudo?

Mierda. La respuesta honesta no era una que le gustara.

—Sí. Todos los días.

—Pero estás divorciado.

—Vivienne es mi amiga. Ya no estamos casados, pero es parte de mi vida. —Ella había sido mi aliada durante años de infierno.

Una arruga se formó entre las cejas de Talia.

—Oye. —Me acerqué más, tratando de alcanzar su hombro, pero antes de que pudiera tocarla, salió disparada de su asiento y agarró su abrigo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No puedo hacer esto —dijo mientras salía volando por la puerta del departamento.

Mierda.

—Talia, espera. —Salté para seguirla y troté para alcanzarla en el gimnasio. Cuando intenté tocar su codo, ella lo apartó de un tirón. Así que alargué mis zancadas, pasando por delante de ella para bloquear la puerta.

—Muévete. —Se desvió hacia la derecha.

Yo también me moví.

—Dijiste que me dejarías explicarte.

—Quítate de en medio. —Ella se apartó de nuevo, y yo la seguí—. Grr. Sólo déjame ir, Foster.

—No te he dejado ir en siete años. No voy a empezar esta noche.

Se balanceó sobre sus talones.

—Por favor, Tally. Quédate. Vamos a hablar. —Tomé su sorpresa como mi apertura, acercándome. Entonces levanté mi mano, pasé las yemas de mis dedos sobre su pómulo. Una corriente subió por mi brazo mientras ella jadeaba.

Sus ojos se fijaron en los míos, con los charcos azules arremolinados.

Sí, ella también lo sintió. Por supuesto que lo sintió.

Lo que teníamos no era el tipo de conexión que desaparecía con el tiempo. Era la chispa que duraba toda la vida. Era un relámpago. Te golpeaba en el trasero para que te dieras cuenta de lo raro que era.

Me incliné más cerca, inclinándome hasta que nuestras respiraciones se mezclaron. Mis dedos se deslizaron por su cabello. Ella no me apartó. No dio un paso atrás. Sus ojos permanecieron fijos en los míos mientras yo cerraba la brecha entre nosotros.

Un centímetro más y esa boca sería mía. Un centímetro más y conseguiría el beso que ansiaba con cada fibra de mi ser.

Sólo un centímetro más y…

El timbre de mi teléfono resonó en el departamento. Mi reacción fue la de la costumbre. Levanté la mirada.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Y como perdí la concentración, Talia encontró su oportunidad. Se escabulló bajo mi brazo y salió por la puerta.

—Demonios. —Dejé que se fuera. Dejé que se adelantara mientras atendía la llamada de Vivienne y guardaba la pizza. Luego conduje hasta Quincy.

Esta ronda aún no había terminado.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

6

Talia

La nieve del Jeep se estaba derritiendo. Goteaba en el suelo del garaje a borbotones.

Llevaba tanto tiempo sentada en el asiento del conductor, escuchando el *plop, plop, plop,* que las luces de la cabina se habían apagado. El calor de mi viaje a casa casi había desaparecido. Tenía los dedos fríos, pero no podía despegarlos del volante para entrar.

Había demasiado espacio en la casa. Demasiada luz. Demasiadas distracciones.

Pero aquí, en la oscuridad con los plops, tal vez sería capaz de ordenar mis sentimientos.

El Jeep, estacionado en el garaje, se había convertido en una especie de santuario. Un capullo en el que podía bloquear todo excepto el huracán emocional que se desataba en mi pecho.

La última vez que me había sentado aquí así, había sido hace seis meses.

Había habido un grave accidente en la autopista a las afueras de la ciudad. Los dos conductores habían sido llevados a urgencias, y yo había estado allí con el doctor Herrera. Se llevó al paciente más grave, una mujer embarazada, y me dejó con el otro.

Era un hombre que había perdido una pierna en el accidente. Hice exactamente lo que me indicó Herrera: detener la hemorragia, limpiar la extremidad y vendarla.

El hombre lloró todo el tiempo, con tanta fuerza que sacudió la cama y dificultó el trabajo. Pero sus lágrimas no eran por la pierna que le faltaba. Sus lágrimas eran por la mujer del otro auto.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Sollozaba diciendo que nunca se perdonaría el exceso de velocidad. Por enviar mensajes de texto. Rezó entre lágrimas, pidiendo a Dios que le quitara las piernas y los brazos, su vida si era necesario, para salvar la de ella.

Lloró hasta que la medicina hizo efecto y se quedó dormido. Lo desperté a la mañana siguiente para decirle que la mujer y su bebé estarían bien. El doctor Herrera los había salvado a ambos.

Nunca olvidaré la cara de ese hombre en ese momento. El alivio. La gratitud. Las lágrimas, esta vez silenciosas, que corrieron por su rostro. Tres horas más tarde, tuvo un ataque cardíaco masivo y murió.

El doctor Herrera me había asegurado que no podía hacer nada. Sin embargo, me había sentido fracasada.

No había perdido muchos pacientes en mi corto tiempo como médica. En un pueblo del tamaño de Quincy, no teníamos muchos traumas, no como los hospitales de las grandes ciudades. Ese hombre había sido el tercer paciente mío en morir.

Había tres marcas en la parte inferior de la puerta de mi taquilla, no escritas con borrador, sino con un Sharpie.

Ese día, después de volver a casa, me había sentado en el garaje, en este Jeep, y me había tocado llorar.

Esta noche no hubo lágrimas. Tal vez vendrían después de que el shock hubiera pasado.

Foster casi me había besado.

Casi dejé que me besara.

Había tardado años en recoger los pedazos de mi corazón roto. Pero los había juntado todos, cosiéndolos minuciosamente de nuevo. Mis instructores siempre me habían elogiado por mi técnica de sutura.

Sí, había momentos en los que sentía el pinchazo de esas viejas heridas. Pero el tiempo las había curado. También la distracción. La escuela de medicina había sido mi salvadora, seguida de mi residencia.

Excepto que aquí estaba, aturdida, porque un casi beso me había sacado de lugar.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

¿No debería haberse desvanecido esta atracción? En todo caso, se sentía más poderosa. Más urgente. Más desesperada. El magnetismo entre nosotros era tan potente como siempre.

Casi me había besado.

Y casi lo dejaba.

¿Qué me pasaba? ¿Qué había pasado con Vivienne? ¿Por qué no se había olvidado de mí?

La curiosidad me corroía. Cada vez era más difícil no teclear su nombre en mi teléfono para ver los resultados de la búsqueda. Pero había aguantado siete años. No iba a ceder. Todavía.

Foster había venido hoy al hospital y había prometido respuestas. Dios, quería esas respuestas. No saber me estaba comiendo viva. Y sin embargo, cuando tuve la oportunidad esta noche, salí corriendo. Una mirada a la cara de Vivienne y el dolor me hizo salir corriendo del gimnasio.

Mi teléfono sonó y di un salto, golpeando mi pierna contra el volante. Lo saqué del portavasos de la consola, con el nombre de Lyla en la pantalla.

—Hola —contesté.

—Hola. ¿Qué estás haciendo?

—Oh, nada.

Todavía no le había hablado de Foster. Tal vez debería haber encontrado el momento durante las Navidades, pero había estado agobiada en la cafetería y yo había evitado la conversación. Con todo el mundo.

Lyla sabía que había salido con un hombre llamado Foster. Sabía que habíamos roto en mi último año de carrera, pero le había hecho creer que era por mi traslado a Seattle.

Se enfadaría cuando se enterara de toda la historia. Se enfadaría por no haberme apoyado en ella después de que me rompiera el corazón.

Pero yo no era como Lyla.

Yo lloraba sola en garajes oscuros. Ella no tenía miedo de derramar cien lágrimas en su cafetería, incluso si había empleados o clientes alrededor para presenciar su llanto. Lyla compartía su vida a diario en Instagram. Mi última selfie había sido hace meses.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Si estaba enamorada de un chico, la mayor parte de Quincy lo sabía incluso antes de que tuvieran su primera cita. La última vez que había tenido una cita había sido durante mi último año en la facultad de medicina, cuando otro chico del programa me había invitado a salir. Fingí un malestar estomacal en medio de la cena cuando me insinuó que volvería a su casa después del postre.

Le contaría a Lyla lo de Foster. Eventualmente. Pero no esta noche.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Acabo de llegar a casa de la tienda. —Lyla bostezó—. Quería saludar.

—Hola. —Sonreí al escuchar la voz de mi hermana—. ¿Quieres hacer algo este fin de semana? No estoy trabajando ni de guardia, para variar.

—Claro. Siempre que pueda estar en la cama a las nueve.

—Iré a la tienda el sábado por la tarde. Podemos pasar el rato hasta que cierres y luego ir a cenar a Knuckles. Yo compraré el vino.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

—Adiós. —El sábado le hablaría de Foster. Probablemente.

Cerré los ojos. *Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.* Se acabó la hora del garaje.

Con un largo suspiro, salí del Jeep y entré a duras penas. Encendí las luces mientras avanzaba por la casa y me quité el abrigo y los zapatos antes de dirigirme a mi dormitorio.

Pero no me quité la bata y la tiré a la lavandería para ducharme. En lugar de eso, entré en mi armario, agarré el taburete del rincón y bajé la caja que no había tocado desde que me mudé hace tres años.

La dejé en el suelo de mi habitación y me senté mientras quitaba la tapa. El olor a plástico, papel y aire viciado me llenó la nariz mientras sacaba mis anuarios del instituto. Debajo de ellos había un desorden de fotos y recuerdos.

En la parte superior de la pila había un programa de *Wicked* de cuando llevé a mamá al espectáculo un fin de semana en Seattle. Había volado a visitarme mientras el musical pasaba por la ciudad. Debajo del programa había un collar de conchas marinas de mi viaje de fin de carrera a Cabo. Había un dólar que mi tío abuelo me había regalado antes de morir.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Levanté el desorden de fotos. La mayoría eran antiguas, tomadas por mamá o papá cuando yo era niña.

Había un sobre de la tienda de fotografía que había cerrado hacía años en Main. Ahora era un estudio fotográfico, la dueña se especializaba en retratos de personas mayores y sesiones fotográficas de recién nacidos. Había acudido al hospital hacía unos meses porque había tenido migrañas, así que le había hecho una receta.

Todo lo que había en esta caja, las fotos o las baratijas, estaba relacionado con una persona de Quincy.

Salvo una única foto, enterrada en el fondo.

Una foto que debería haber tirado hace siete años pero que no había podido dejar escapar.

Era una foto de Foster y yo en el lago Mead. Vivienne la había tomado con la cámara impermeable desechable que había llevado consigo; no había querido arriesgarse a que se le cayera el teléfono al agua.

Habíamos alquilado tablas de pádel y pasamos una tarde en el agua. Foster estaba sentado en su tabla, con las piernas colgando en el agua. Yo estaba de pie en la mía, sosteniendo mi remo. Mi bikini rojo era casi del mismo color que su pantalón corto. Vivi se había burlado de nosotros por haber coordinado nuestros atuendos.

Foster y yo nos sonreíamos. Hablando. No me había dado cuenta de que Vivi había hecho la foto hasta que fue a un mercado y volvió a casa con una pila de fotos. La mayoría eran fotos de paisajes. Había algunas de Vivi y de mí que había tomado Foster. Otra foto había sido de Foster y yo besándonos.

Las dejé en una pila dispersa en el piso de Vivi el día que me mudé. Quería que ella tuviera que tirarlas. Quería que tuviera que limpiar el desastre que había hecho.

Pero ésta no había estado con las otras. Había estado metida en un cuaderno de mi mochila, escondida para que la encontrara el día antes de empezar en la Universidad de Washington.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Tal vez debería haberla tirado. Pero me sentí tan aliviada de que ese pedacito de él hubiera sobrevivido. Así que la guardé, la enterré bajo los recuerdos de mi infancia y no me permití volver a mirarla.

Saber que estaba aquí había sido suficiente.

Me llevé una mano al esternón, frotando el dolor.

Estábamos tan apegados el uno al otro. Tan *adictos*.

Foster había estado entrenando para una pelea y su cuerpo se había desgarrado. Habíamos pasado gran parte de ese verano haciendo senderismo, tomando el sol y disfrutando del uno al otro antes de que me mudara a Seattle.

Había planeado ayudarme con la mudanza. Foster había insistido en que conduciría el U-Haul, y luego volaría de vuelta a Las Vegas después de que yo hubiera desempacado.

No habíamos hablado de su traslado permanente. Supuse que lo haría cuando estuviera listo. Después de que me instalara en la escuela. La larga distancia durante unos meses no me había preocupado lo más mínimo. Siempre que salía el tema, él decía: *No te preocupes, cariño. Ya lo solucionaremos.*

Así que no me había preocupado. Había tenido tanta confianza en *nosotros*.

Hasta que una noche vino al departamento, se plantó en mi dormitorio con las cajas que ya había empaquetado y soltó la bomba.

No podía estar más conmigo, no cuando tenía sentimientos por Vivienne.

No cuando iba a casarse con ella.

A veces, todavía no podía creer que fuera real. Incluso después de todo este tiempo. Incluso después de haberse casado con ella.

¿Era por eso que había ido al gimnasio esta noche? ¿Porque en el fondo necesitaba que fuera una mentira?

Fue gracias a Vivienne que conocí a Foster. Ella había crecido en Las Vegas. Nos conocimos en nuestro primer año en la UNLV porque vivíamos en el mismo dormitorio y ambas nos especializamos en biología.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Su plan había sido enseñar. El mío, estudiar medicina.

En mi segundo año, me había mudado a un piso con dos mujeres de la residencia, pero siempre me había sentido como la tercera rueda. Vivienne había estado en una situación similar, así que en el tercer año nos mudamos juntas.

Su padre tenía un gimnasio en Las Vegas, de los que entrenan a boxeadores y luchadores de artes marciales mixtas. Un día Vivienne me convenció para que la acompañara a entrenar.

Entré y Foster estaba en un ring. Estaba luchando con otro tipo, ambos chorreando sudor. Al principio no me fijé en él, estaba demasiado ocupada observando el lugar.

Vivi y yo éramos las únicas mujeres en el edificio.

Entonces sonó un cronómetro y la lucha en el ring se detuvo. Foster se quitó el protector bucal y se rio. Entonces su sonrisa se dirigió hacia mí y ese fue el comienzo.

Nos llevó tiempo estar juntos. Hubo meses de coqueteo en el gimnasio antes de que me pidiera salir. Pero después de ese primer beso, fue mío. Durante más de un año, fue mío.

¿Por qué demonios tenía esta foto? Había colocado mis dedos en el borde superior, dispuesto a partirla por la mitad, cuando el timbre de la puerta resonó en la casa.

Dejé caer la foto como si estuviera en llamas.

Me puse de pie, alejándome de la caja cuando el timbre volvió a sonar.

Era Foster. Y en ese momento, se sentía más seguro abrir la puerta, enfrentarse a él, que sostener esa foto. Saber que no tenía la fuerza para romperla por la mitad.

Así que me apresuré a bajar las escaleras y llegar a la puerta principal.

Estaba de pie con los brazos cruzados y la mandíbula en esa línea inflexible. Cuando abrí la cerradura y giré el pomo, entró antes de que pudiera objetar, obligándome a retroceder mientras cerraba la puerta de una patada.

—Foster...

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Me hizo callar acercándose. Tan cerca que tuve que inclinar el cuello para mantener su mirada.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Lo has sentido? ¿En el gimnasio?

—No.

—Sigues siendo una horrible mentirosa. —Se inclinó más abajo, tan cerca que su aliento acarició mi mejilla.

Su mano recorrió mi brazo, e incluso a través del algodón de mi blusa y la camisa de manga larga que llevaba debajo, sentí un cosquilleo. Era como una chispa que recorre una mecha, moviéndose cada vez más rápido, hasta que llega a los fuegos artificiales y *pum*.

Foster se inclinó más cerca, con su boca a un suspiro de la mía.

¿Por qué no podía apartarlo?

—¿Sientes eso? —susurró.

¿Sentirlo? Me estaba quemando viva.

—He venido a hablar. —Se acercó a mi cabello.

Mi mirada se dirigió a sus labios.

—Mierda. —Gruñó, y entonces su boca estaba sobre la mía, suave y flexible y exactamente como la recordaba.

Me estrechó entre sus brazos y me abrazó con fuerza mientras su lengua me acariciaba el labio inferior antes de deslizarse en su interior. El roce de su barba hizo que el deseo se agolpara en mi interior.

El aroma de su colonia se arremolinaba a mi alrededor, rico y masculino. Como a cedro recién cortado y cuero. Su sabor era otro recuerdo, Foster con un toque de chicle de canela.

Sus labios se movieron sobre los míos mientras nuestras lenguas se enredaban al unísono. Gimió contra mi boca, con una vibración sexy y profunda en su pecho. Su abrazo se hizo más fuerte.

Foster me besó como si nuestras vidas dependieran de ello.

Lo besé con toda la frustración, el anhelo, la angustia y la esperanza que había guardado.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Dios, ¿qué estábamos haciendo? ¿Por qué era tan débil cuando se trataba de este hombre? Pero no me detuve. No hasta que sentí su excitación clavarse en mi cadera.

Fue el punto de inflexión. O terminábamos este beso. O la ropa caería al suelo.

Aparté la boca y me retorcí para zafarme de sus brazos. Los dos jadeábamos, con los ojos fijos. Su mirada buscó la mía, tal vez en busca de perdón. Entonces me agarró, pero le aparté la mano.

—No lo hagas.

Se congeló.

Me alejé un paso.

—No me beses de nuevo.

—Talia...

—Tienes que irte. Por favor. —Mi voz se quebró—. Tienes que dejar Quincy.

Su mandíbula se tensó.

—No.

—Prometiste que te irías si te lo pedía.

—Prometiste escucharme.

Levanté la barbilla.

—¿Y qué pasa si digo que no importa? Se acabó, Foster. Se ha acabado.

Arrastró el pulgar por su húmedo labio inferior.

—Ese beso no era de dos personas que han terminado.

No, no lo era. Pero fue sólo química. Atracción. Esa adicción tóxica que me había arruinado una vez.

—¿Me engañaste con Vivienne?

Se lo había preguntado hace años, la noche que me dejó.

—Nunca.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Quise tanto creerle en ese entonces. Quería tanto creerle ahora. Estudié su rostro, buscando la mentira. Pero no pude verla. Tampoco la había visto hace años.

—No me crees, ¿verdad? —preguntó.

—Una vez creí todo sobre ti. Eso cambió cuando te casaste con mi mejor amiga.

La mandíbula de Foster se apretó mientras negaba.

—No sabes lo que ha pasado.

—Estuve allí. —Extendí una mano—. Lo *viví*. Nada de lo que digas cambiará el pasado. Nada de lo que digas hará que te perdone.

Apretó los dientes.

—¿Nada? Y me llamas terco. Había olvidado lo exasperante que puedes ser.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Me estás dando la vuelta a esto?

—Te pido que sólo escuches.

—Y yo te pido que te vayas. Supongo que ninguno de los dos va a conseguir lo que quiere.

—¿Quieres que me vaya? Bien. Me voy. —Antes de que pudiera hablar, se dio vuelta y abrió la puerta de un tirón.

Mi corazón se quebró cuando se cerró de golpe detrás de él. El silencio que siguió fue ensordecedor.

Le había pedido que fuera. Yo había querido esto, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué tenía ganas de ir al garaje a llorar?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

ROUND 3

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

DEVNEY GARNET PERRY

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

7

Foster

Estaba de mal humor.

—Estás de un humor de mierda. —La voz de Jasper llenó la cabina de mi camioneta.

—Soy un maldito rayo de sol comparado con el día de ayer. —O el día anterior a ese. O el día anterior a ese.

En los tres días transcurridos desde que salí furioso de la casa de Talia, había llevado un ceño fruncido permanente.

—Supongamos que las cosas con tu chica no van bien —dijo Jasper.

—Algo así —murmuré.

Le había dicho que me iba, pero había sido una declaración furiosa en el calor del momento. De ninguna manera iba a dejar Quincy. No después de todo lo que había pasado para llegar aquí.

No después de ese beso.

—He presionado demasiado. —Mis manos se relajaron en el volante mientras conducía hacia la ciudad.

Me di cuenta de ello después de haber estado echando humo durante los últimos tres días. Me había metido en la vida de Talia y, en lugar de darle tiempo para asimilar el impacto, había ejercido más presión.

Me esforzaba tanto por lo que se avecinaba. El calendario avanzaba demasiado rápido.

—Está enfadada —le dije a Jasper.

—No puedo culparla por eso.

No, no podía culpar a Talia.

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Tengo que conseguir que recuerde lo que tuvimos.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Como si lo supiera —me burlé—. ¿Alguna idea?

—Tienes que estar muy desesperado si me pides consejo con las mujeres.

Me reí.

—Es cierto.

Jasper y yo nos conocíamos desde hacía años. Había empezado a venir al gimnasio un año después de que Talia se fuera. Era un buen luchador y compañero de sparring, pero donde destacaba era en el entrenamiento. Ninguna persona en la tierra me presionaba como Jasper lo hacía. Contratarlo había sido una obviedad.

Pero cuando se trataba de mujeres, Jasper era más del tipo *ámalas y déjalas*. Estuvo casado durante un corto período de tiempo a los veinte años, antes de que nos conociéramos. No hablaba de su ex. No hablaba de por qué se habían divorciado. Pero lo que sea que haya sucedido lo había alejado de cualquier cosa que se pareciera a una relación.

El mayor compromiso de Jasper fue con mi carrera.

—¿Qué tal el gimnasio? —preguntó Jasper.

—Está llegando. El ring llegó esta mañana. —El equipo de reparto lo había transportado al espacio abierto del gimnasio y lo había colocado. Lo había pedido el día en que compré el edificio y había pagado una pequeña fortuna para que me lo enviaran, teniendo en cuenta que el plazo normal de entrega era de tres meses.

El espacio abierto del gimnasio estaba ahora lleno. Las colchonetas habían aparecido ayer junto con las bolsas pesadas. La cinta de correr llegaría mañana. Mi lista de cosas por hacer estaba disminuyendo.

Pronto podría centrarme en la preparación de esta pelea en marzo.

—Sólo han pasado once días —dijo Jasper.

—¿En serio? —¿Once? Hice las cuentas en mi cabeza—. Parece más tiempo.

—Probablemente porque no has estado durmiendo. ¿Estoy en lo cierto?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Tal vez.

Dormir había sido un lujo. Había demasiado trabajo por hacer. Pero el interior del gimnasio ya estaba pintado. Adiós a la pared anaranjada. Había sacado el resto de la basura y el contenedor ya no estaba. El departamento estaba despejado y serviría de hogar durante un tiempo.

Me había roto el culo para hacerlo rápido.

—¿Qué es lo siguiente? —preguntó.

Suspiré y me detuve en la intersección antes de girar por la calle principal.

—Un par de días más para terminar. Tengo que volver a limpiar. Abastecer la nevera.

Se habían instalado una lavadora y una secadora nuevas junto con la nevera. La falta de sueño, los días agotadores, habían valido la pena.

—El exterior necesita ser pintado y la mayoría de las ventanas tendrán que ser reemplazadas más pronto que tarde. Pero es suficiente hasta la primavera. —Bostezo.

—Descansa un poco —dijo Jasper—. No me sirves de nada si estás muerto de pie.

—Lo haré, jefe. Nos vemos pronto.

—Adiós.

Jasper estaría aquí la próxima semana, listo para azotar mi trasero en forma de pelea.

Tiré el teléfono en el asiento del copiloto y estacioné fuera de la cafetería.

El cielo era de un azul brillante y sin nubes. El sol de la tarde se reflejaba en las guirnaldas navideñas colgadas sobre la carretera. Dos hombres, cada uno en una escalera, desenvolvían las guirnaldas de pino enroscadas en las farolas.

Restaurantes, oficinas y tiendas minoristas se alineaban a ambos lados de Main. Eloise Inn, el edificio más alto de la ciudad, tenía una gran corona de flores en su fachada de ladrillo que probablemente no tardaría en caer. Y en la joyería contigua a la cafetería, una mujer estaba quitando los adornos

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

rojos y verdes de la escena del país de las maravillas invernal que tenía en su escaparate.

Echaría de menos las decoraciones navideñas. Esperaba estar aquí el año que viene para verlos de nuevo.

Después de apagar la camioneta, salí al exterior y me golpeó una ráfaga de aire fresco de montaña con sabor a pino. Mi estado de ánimo mejoró al instante.

—Bonito día, ¿verdad? —El hombre que había estacionado junto a mí bajó la barbilla mientras abría la puerta de su todoterreno.

—Seguro que sí. —Le devolví el saludo con la cabeza y fui a la acera, llenando mis pulmones con ese aire fresco mientras me subía la cremallera del abrigo.

Por mucho que hiciera sol, seguía haciendo mucho frío. Pero al menos las vistas no me decepcionaron. Si tenía que renunciar a las montañas rocosas y áridas del Mojave, no se me ocurría un sustituto mejor que los imponentes picos añiles con gorros blancos que rodeaban Quincy.

La nieve se había retirado de las aceras, pero todos los tejados estaban cubiertos de blanco. Esto sólo hizo que la tarde fuera más brillante.

Era difícil estar de mal humor en el centro de Quincy.

Un chillido de risa de un niño me llamó la atención. Seguí el sonido hasta una cara conocida.

Era el hombre que había visto en el hospital cuando había venido a buscar a Talia. Había estado en el vestíbulo con una mujer embarazada, probablemente su esposa.

Llevaba a un niño pequeño de mejillas sonrosadas. Ambos llevaban gorras negras a juego.

El niño llevaba un par de botas, pantalón para la nieve y un abrigo verde brillante. Se revolvió para que lo dejaran en el suelo, y en el momento en que esas botas tocaron el pavimento, se puso en marcha, corriendo hacia el mismo destino que el mío.

Eden Coffee.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Me había quedado sin café en el gimnasio y, después de bostezar por décima vez consecutiva, había decidido ir a la ciudad. Pero en lugar de la tienda de comestibles, había venido aquí. La hermana de Talia tenía una gran vitrina de pasteles y mi estómago gruñó.

El hombre sonrió a su hijo y abrió la puerta para que ambos pudieran entrar.

¿Quién era? Había algo más familiar en él que el encuentro en el hospital.

Me dirigí hacia el edificio verde.

Eden Coffee estaba escrito en letras doradas en la puerta de la tienda. Había un poco de escarcha y niebla en los bordes de las ventanas de cristal negro. En la fachada había un cartel de pizarra para sándwiches y alguien había escrito las especialidades del día: café con leche y panecillo de arándanos.

El café aromático y la vainilla dulce me recibieron cuando entré, con una campana tintineando sobre mi cabeza.

La primera vez que vine aquí, mientras me alojaba en The Eloise, esperaba algo occidental. Rústico. Pero las paredes estaban pintadas del mismo verde que el exterior del edificio. Tenía un ambiente moderno y actual, no muy diferente al de una cafetería de moda en la ciudad. Mesas y sillas de madera se alineaban en las paredes, algunas ocupadas esta tarde.

El hombre y el niño estaban en el mostrador. El niño estaba apretado contra la vitrina de cristal, sus guantes le impedían dejar huellas dactilares mientras le sacaban el gorro de la cabeza, revelando un lío estático de cabello rubio.

Lindo niño.

—Hola. —Lyla salió de la parte trasera, doblando la esquina. Llevaba un delantal verde con una capa de harina en la parte delantera. La misma harina estaba en su nariz.

Aunque fueran gemelas, cualquier tonto podría distinguirla a ella y a Talia.

O tal vez sólo había estado tonto por Talia durante demasiado tiempo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Cómo está mi pequeño Drake hoy? —Lyla levantó al niño y le besó la mejilla—. ¿Quieres que la tía te haga algo especial?

Espera. ¿Tía? Así que ese hombre tenía que ser…

Mierda. ¿Cómo se me pudo pasar? Tenía que ser el hermano de Talia. Griffin o Knox. Nunca había visto a ninguno de los dos, pero Talia me había mostrado fotos hace años. Excepto que él no tenía barba en las fotos. Todos habían sido más jóvenes.

Pero tenía el mismo cabello castaño oscuro que Talia. Y cuando sonrió a su hijo, los mismos ojos azules brillantes se arrugaron. También se parecía a Harrison.

Tal vez debería haber ido a la tienda de comestibles. No estaba seguro de tener la energía para lidiar con un hermano mayor enojado.

Excepto que en algún momento ocurriría, así que cuadré los hombros y me alejé de la puerta. La última vez que había entrado, Lyla había estado ocupada. Sólo había hablado con el tipo durante un breve minuto en el hospital.

Supongo que debo considerarme afortunado de que no me haya interrogado ese día. O de haberme golpeado en la cara. Por lo que le había hecho a Talia, me merecía dos ojos negros.

Pero esto era inevitable. La amaba, y tendría que demostrar a todos que era digno. Que esta vez era diferente. Y ya que los últimos tres días habían sido una mierda, podría añadir esto.

Mi estado de ánimo no podía ser peor.

Mis botas golpearon el suelo, llamando la atención de los Eden.

Lyla sonrió y entregó al niño, Drake, a su padre.

—Hola. Bienvenido. ¿Qué puedo hacer por ti?

No había nada más que una pregunta honesta en su mirada. Nada que dijera que iba a escupir en mi café.

Bien.

—Americano, por favor. Doble.

—¿Para aquí o para allá?

La miré de reojo. ¿Era eso? ¿Simplemente tomaría mi pedido?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Eh... para llevar.

—Ya lo tienes. —Ella asintió y rodeó el mostrador, poniéndose inmediatamente a trabajar.

—Tú eres Foster Madden. —El hombre desplazó al chico a un lado para poder extender la mano—. Te vi en el hospital el otro día.

—Sí. —Me preparé mientras estrechaba su mano. *Aquí vamos.*

—Knox Eden. Encantado de conocerte. Soy un fan.

¿Un fan?

—Oh, um, ¿gracias?

—Vi tu pelea el verano pasado. —Knox se rio—. Me alegré bastante cuando ganaste. No podía soportar al otro tipo.

La pelea en la que había noqueado a mi oponente, un imbécil bocazas de Los Ángeles, en el primer asalto.

—Sí, él es algo.

—No parece haberle enseñado mucho. Lo vi en una entrevista hace un tiempo, todavía hablando de una revancha.

¿Quería hablar de la pelea? ¿En serio?

—¿Qué te trae a Quincy? —preguntó—. Estás en el viejo gimnasio en la carretera de Lower Clark Fork, ¿verdad?

Espera. ¿Qué estaba pasando?

—Lo siento. —Knox confundió mi ignorancia—. Chismes de pueblo. Si alguien nuevo se muda, todo el mundo habla de ello. Estabas buscando a mi hermana. Talia.

Bien. Ahora estábamos entrando en materia.

—Sí, lo estaba.

—No sabía que se conocían.

¿Qué mierda?

¿Se enteró de mí por los chismes? No por Talia. Chismes de pueblo. ¿No sabía que conocía a su hermana? Sí, conocía a su hermana. Ella era el amor de mi maldita vida.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Mi cabeza daba vueltas como si hubiera sido yo la que se hubiera visto sorprendido por un golpe de derecha. Knox, su hermano, no tenía ni idea de quién era yo más que un luchador profesional de MMA.

—La universidad —dije, haciendo acopio de toda la calma para no desesperar.

—Aquí tienes tu café. —Lyla puso un vaso de papel en el mostrador—. ¿Algo más?

—No, gracias. —Saqué mi cartera del bolsillo y le di un billete de veinte.

¿Cómo es posible que Talia no le haya hablado a su familia de mí? Habíamos estado juntos durante más de un año. Ella había sido la persona más importante en mi vida. Todo el mundo en mi vida había sabido de Talia. Amigos. Mis padres. Arlo.

¿Pero no se lo había dicho a su hermano? ¿A su hermana gemela?

No se estaban haciendo los tontos, ¿verdad?

Talia me había molestado la otra noche. Me había hecho enojar tanto después de ese beso. ¿Pero esto? Esto era furia. Este maldito dolor.

¿Realmente yo significaba tan poco para ella que me había mantenido en secreto ante sus hermanos?

—Aquí tienes. —Lyla me tendió el cambio.

La puerta tintineó detrás de mí cuando agarré los billetes. Necesitaba salir de esta tienda. Alejarme de cualquiera que se apellide Eden.

Sin confiar en mí para hablar, dejé un par de dólares en su tarro de propinas. Luego recogí mi café, levantándolo hacia Knox como despedida.

—Nos vemos —dijo.

Me giré, dispuesto a escapar, cuando un bello rostro me detuvo en seco.

Talia miraba fijamente, con sus ojos azules muy abiertos, entre su hermano, su hermana y yo. Hoy no llevaba bata. Llevaba vaquero y un abrigo gris con un ribete de piel en la capucha. Las botas le llegaban al tobillo y llevaba un par de calcetines gruesos de color crema atados por encima.

Estaba vestida de invierno. Su cabello caía en ondas sobre sus hombros. Sus mejillas eran del mismo tono rosado que sus labios.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

La mujer tenía mi corazón en sus manos.

Todo este tiempo, había pensado que la razón por la que no se había casado era porque tal vez, sólo tal vez, yo había significado lo suficiente. Lo suficiente como para que me recordara. Lo suficiente como para que ningún hombre pudiera compararse.

Excepto que a ella no le había importado lo suficiente como para decirle a su hermano mi nombre.

Un gemido de felicidad brotó de Drake y se retorció para que lo dejaran en el suelo, luego se lanzó directamente a las piernas de Talia.

Lo levantó y le besó la mejilla.

—Hola, amigo.

Otro día, en otro momento, la imagen de ellos juntos me habría hecho sonreír. Eso era lo que había esperado una vez. Una familia con ella.

Excepto hoy, que estaba de un humor de mierda.

Y Talia era la razón.

Así que no me molesté en saludarla ni en sonreírle. Caminé alrededor de ella, directamente hacia la puerta.

El aire frío me congeló la nariz mientras me dirigía a mi camioneta. Tenía las llaves en la mano cuando una voz me llamó por mi nombre.

—Foster.

Reduje la velocidad, apreté los dientes y me enfrenté a ella. Maldita sea esta mujer. Aunque estaba molesto, sólo con verla me daba un vuelco el corazón.

Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo cuando se detuvo en la acera.

—Pensé que te fuiste.

—No. —Me llevé el café a la boca y tomé un sorbo.

—Oh. —Talia dejó caer su mirada hacia sus botas—. ¿Qué dijiste?

—¿A quién? ¿Tu hermano? No mucho. Pero supongo que eso es todo lo que le contaste también. —No podía ocultar la frustración en mi voz. Mi

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

sangre estaba tan caliente como el café en mi mano—. No tiene ni idea de que estuvimos juntos, ¿verdad? ¿Y Lyla?

Ella tragó con fuerza.

—Knox sabe que estuve saliendo con alguien en la universidad y que no funcionó.

—Alguien. —Yo sólo era un alguien. Tuve que obligarme a relajar la mano antes de aplastar la taza en mi puño—. Ni siquiera le dijiste mi maldito nombre.

—Le dije a Lyla. Y a mis padres.

—Cierto. Me olvidé de tu padre. Al menos sabe lo suficiente como para ir al gimnasio y molestarme por aparecer en Quincy.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Importa? Te aseguraste de contarle lo malo. Pero no te molestaste en compartir lo bueno.

El año que habíamos estado juntos había sido la mejor época de mi vida. Había acariciado cada recuerdo. Había reproducido innumerables momentos. Sólo para tenerla cerca. Para asegurarme de que siempre la tuviera presente.

Tal vez ella había pasado estos años sólo repitiendo el final.

La culpa era mía. Fue mi culpa. Pero joder, me dolió.

—¿Te avergonzabas de mí? —Porque había sido pobre. Sin educación. Porque había usado mis puños para ganarme la vida.

—¿Qué? No.

Quería creerle.

—¿Entonces por qué?

Ella dudó.

—Es complicado.

—Sí —murmuré—. Supongo que sí.

Dejé a Talia en la acera y subí a mi camioneta. Me costó mucho esfuerzo no mirarla mientras me alejaba.

—Mierda. —Golpeé con un puño el volante mientras giraba en Main.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Maldita sea, deseaba que Jasper estuviera aquí. Porque hoy, lo que más necesitaba era una pelea. Cualquier cosa para adormecer el dolor y distraerme de la realidad.

La estaba perdiendo. La estaba perdiendo de nuevo.

O tal vez no había sido mía para empezar.

PROHIBIDA SU VENTA

8

Talia

Foster estaba molesto. Cuando comparé nuestros pecados, los suyos superaban a los míos diez veces. Él no podía estar enojado. Entonces, ¿por qué no desaparecía esta culpa? Me había estado atormentando durante tres días.

—De acuerdo, escúpelo —dijo Lyla en el momento en que abrió la puerta principal de la cafetería—. ¿Quién era ese tipo tan sexy de antes?

—Alguien del pasado. —Suspiré, jugando con el trapo que había estado usando para limpiar las mesas—. Es complicado.

La misma explicación que le había dado antes a Foster en la acera. Sonaba tan trillada y patética como la primera vez.

—No quieres hablar de ello, ¿verdad? —Se dirigió a la mesa, agarró una de las sillas y la levantó sobre la mesa.

—En realidad no.

Frunció el ceño pero no me acosó para que le diera detalles mientras trabajábamos en silencio para cerrar la tienda.

Terminé de limpiar las mesas y subir las sillas mientras ella trabajaba detrás del mostrador, limpiando la máquina de café expreso y llevando la bollería no vendida a las neveras.

La luz más allá de las ventanas se desvaneció rápidamente hasta que la oscuridad se asentó y el resplandor que brillaba a través de los cristales era el de las farolas del centro.

Lyla limpiaba la cocina mientras yo barría y fregaba el suelo, y las dos hacíamos un corto trabajo de cierre.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Una parte de mí envidiaba a Lyla por ser dueña de esta tienda. Ella establecía sus propios horarios. Sus decisiones eran suyas. Había libertad aquí que nunca tendría como médica. No es que pudiera imaginarme haciendo otra cosa con mi vida. Pero hacía que momentos como este fueran especiales. Nunca me quejé de limpiar la cafetería o de doblar las sábanas en The Eloise o de lavar los platos en Knuckles o de mover las vacas en el rancho.

Mi familia estaba llena de empresarios y había sido así durante generaciones. El rancho era la empresa más grande, pero el nombre de Eden salpicaba toda la ciudad. Si no éramos dueños de un negocio en ese momento, lo más probable era que alguno de nuestros parientes lo hubiera sido en el pasado.

En los últimos años, mamá y papá habían presionado para jubilarse vendiendo algunas de sus inversiones. Dándonos a cada uno de los hijos la opción de intervenir.

Sólo Mateo y yo no nos habíamos hecho cargo de un negocio. Mi hermano menor estaba volando aviones en este momento, pero esperaba que encontrara el camino de vuelta.

Montana tenía una forma de atraernos a casa.

Había tomado la decisión de vivir mi vida aquí, al lado de mis padres, hermanos, abuelos, tíos y primos.

Y ahora Foster.

Estaba en Quincy. Me negaba a reconocer el alivio que había sentido cuando me había dicho que no se fue. Tampoco me permitía imaginar el dolor en su rostro cuando me había preguntado si me había avergonzado.

Nunca. Nunca me avergoncé de amar a Foster. Pero debería haberle contado a todo el mundo sobre él. Debería haber sido honesta sobre nuestra ruptura.

Lyla salió de la cocina con una toalla en la mano.

—He terminado en la cocina. ¿Qué más hay que terminar aquí?

—Nada. —Pero en lugar de recoger mi abrigo para que pudiéramos ir a cenar, giré una de las sillas y me desplomé en el asiento—. ¿Ese tipo? Es Foster. El hombre con el que salí en mi último año de carrera.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿De verdad? —Lyla rodeó el mostrador, agarró otra silla para sentarse a mi lado—. Estaba ocupada y no capté su nombre cuando hablaba con Knox. Es hermoso.

—Lo sé. —Gemí. Foster sólo se había vuelto más sexy con la edad. Esto sería mucho más fácil si no siguiera siendo el hombre más guapo que jamás había visto.

—¿Por qué está aquí? ¿Crees que quiere reavivar las cosas?

—Está aquí… —Por mí. Para hacer las paces. Para hablar. Tal vez para buscar el perdón. No había salido a decir que quería volver a intentarlo, pero ese beso de la otra noche era imposible de ignorar—. Esto es un desastre.

—Rompieron porque te mudaste, ¿verdad? —preguntó—. Si está viviendo aquí, tal vez el momento sea el adecuado esta vez.

—Él lo terminó —susurré.

—¿Qué quieres decir con que lo terminó? —Ella se sentó más recta—. ¿Qué pasó?

La historia de nuestra relación se precipitó de mi boca, como si hubiera estado esperando años para ser liberada. Cuando terminé, había tanto dolor en el rostro de Lyla como en el de Foster.

—Nunca me dijiste nada de esto —dijo.

—No es precisamente fácil discutir cómo tu novio se casó con tu mejor amiga.

—Compañera de universidad —corrigió. Lyla siempre se había referido a Vivienne como mi compañera de piso, no como mi mejor amiga, porque ese título lo había reclamado en el útero—. Entiendo que no es fácil hablar de ello, pero deberías habérmelo dicho.

—Lo siento.

—Knox tampoco sabía lo de Foster. ¿Alguien lo sabe?

—Papá. Se suponía que Foster me ayudaría a mudarme, pero después de la ruptura, los planes cambiaron. Papá fue a ayudarme con el U-Haul. Estaba bastante molesto. Él sabe lo que pasó y sabes que no le guarda secretos a mamá.

—A diferencia de ti —se burló Lyla—. Estoy enfadada contigo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No estás sola —murmuré.

—No nos ocultamos cosas como ésta. —Se levantó de la silla y agarró un bote de limpiacristales y un trapo del mostrador. Se puso a trabajar en la vitrina que yo ya había limpiado, borrando las huellas dactilares y las manchas invisibles hasta que el cristal chirrió.

—Lo siento, Lyla.

Se dio vuelta, con los ojos rojos.

—Te lo cuento todo. No eres sólo mi hermana, eres *mi* mejor amiga. Me ayudas en los días malos. Ni siquiera me diste la oportunidad de estar ahí durante los tuyos.

—Yo…

—Silencio. Estoy en racha. —Empezó a pasearse—. Eres brillante. Eres una doctora increíble y ayudas a mucha gente. Pero apestas al dejar que alguien te ayude. ¿Sería tan difícil no ser perfecta?

Ay.

—No soy perfecta. Ni mucho menos.

—Sé que no eres perfecta. No sabes cocinar ni de lejos. No es que lo admitas nunca. No es que alguna vez admitas cómo te sientes realmente. Aquí estás, después de trabajar toda la semana en el hospital, limpiando mi cafetería.

—No me importa.

—Esa no es la cuestión y deja de interrumpirme. —Levantó un dedo—. No necesito que me ayudes a limpiar. Pero sé que quieres hacerlo, así que te dejo. ¿Entiendes la diferencia?

Mantuve la boca cerrada.

—Esa era una pregunta real que tienes que responder.

—Sí. —Sonreí—. Debería haberte hablado de Foster hace mucho tiempo. Prometo decírtelo la próxima vez que un hombre me rompa el corazón. —No sólo porque debía apoyarme en mi hermana, sino porque era importante para Lyla que tuviera la oportunidad de aparecer en mis días malos.

—Gracias. —Asintió—. Entonces, ¿qué vas a hacer con Foster?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Ignorarlo?

Se rio.

—Una mujer soltera no ignora a un hombre con ese aspecto.

—Dios. —Dejé caer mi cara entre las manos—. No lo sé. No *lo sé*. Me besó hace tres días y no puedo dejar de pensar en ello.

—¿Fue bueno?

—¿Recuerdas cuando teníamos quince años y recibiste tu primer beso?

Lyla se dirigió a su silla, tomando asiento con una sonrisa soñadora.

—Jason Palmer.

—Te obligué a contarme todos los detalles de esa noche. —Nos habíamos escabullido al granero para que nadie nos oyera hablar. Yo había sentido curiosidad, excitación y un poco de celos. Lyla siempre había sido más atrevida con los chicos—. Me dijiste que era mejor que el arco iris.

—Me encanta el arco iris. —Me sonrió tristemente—. Este beso con Foster no fue sólo bueno.

—Fue mejor que el arco iris

—Oh, chica. Como tu hermana, estoy obligada a odiarlo por lo que te hizo. Pero como tu mejor amiga, te apoyaré en lo que decidas. ¿Qué vas a hacer?

—¿Pedirle que se vaya? —Me encogí de hombros—. No puedo. Es demasiado tarde.

Lyla se acercó y puso su mano sobre la mía.

—¿Demasiado tarde para el arco iris?

—El arco iris desapareció en la tormenta. —La tormenta de Foster y Vivienne.

—Entonces, tal vez puedas conseguir algún cierre. Él quiere explicarse. ¿Qué hay de malo en dejar que lo intente?

¿Qué hay de malo? Me enamoraría. Y él me destruiría.

Nos sentamos juntos en silencio durante unos momentos, hasta que me levanté y puse mi silla sobre la mesa. Luego, juntas, nos dirigimos a

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Knuckles y cenamos en silencio. Cuando Lyla empezó a bostezar durante el postre, le hice una señal para pedir la cuenta.

—Te quiero —le dije, dándole un abrazo mientras estábamos entre mi Jeep y su auto en el callejón detrás de la cafetería.

—Yo también te quiero. Buenas noches.

—Buenas noches.

Lyla fue por una dirección mientras que yo giré en la otra. Excepto cuando llegué a la calle que llevaba a mi barrio, que seguí recto hasta encontrarme en Lower Clark Fork Road, siguiendo la oscura curva del río que salía del pueblo.

Tal vez Lyla tenía razón. Tal vez necesitaba un cierre con Foster. Tal vez entonces el dolor y la frustración desaparecerían. Tal vez entonces podría olvidar de verdad.

Y maldita sea, yo también tenía algunas cosas que decir.

Foster estaba enfadado conmigo.

Con cada kilómetro, mi corazón se aceleraba. Mi propia rabia crecía hasta que mi agarre del volante me castigaba. Las luces del interior del gimnasio se colaban por las ventanas en la noche. Estacioné, salí del Jeep y me apresuré a entrar, sin darme la oportunidad de cuestionar esta visita. Para enfriar mis emociones.

El calor me golpeó en la cara cuando entré.

El gimnasio no se parecía en nada a lo que había sido a principios de semana. En el centro del espacio había un ring de boxeo elevado. Las colchonetas y el faldón de la base eran de un azul brillante. Las cuerdas negras se extendían de esquina a esquina. Y en su centro, vistiendo nada más que pantalón corto, estaba Foster.

Su cuerpo, esos músculos trabajados, brillaban de sudor. Su pecho se agitaba con una respiración dificultosa.

El deseo se acumuló entre mis piernas. Mi núcleo se apretó. *Mierda.* Venir aquí esta noche fue un error. Era demasiado tentador.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Verlo entrenar siempre había sido muy excitante. Durante sus peleas, me sentaba en el borde de mi asiento, esperando que ganara. Con pánico a que perdiera.

Pero las noches que ganaba, que era la mayoría de las veces, no conseguíamos salir del estacionamiento antes de arrastrarlo al asiento trasero de su camioneta y arrancarle la ropa.

—¿Qué quieres, Talia? —La voz de Foster tenía un filo.

Quería mirarlo y no sentir nada. Quería poder romper esa foto en cien pedazos. Quería dormir por la noche y que su rostro no rondara mis sueños.

Quería que dejara de estar enfadado conmigo, porque maldita sea, no podía estarlo.

Me dirigí al ring, trepé por su borde. Luego me agaché y me deslicé entre las cuerdas y caminé directamente hacia su espacio.

—No puedes enfadarte conmigo. —Le clavé un dedo en el pecho desnudo y me encontré con nada más que músculo sólido.

Miró mis botas y las motas de nieve que habían caído. Su mandíbula se apretó.

—Quítate los zapatos. El ring es nuevo.

Mis fosas nasales se ensancharon, pero me agaché, me quité una bota para lanzarla por encima de las cuerdas, seguida de la otra. Cada una de ellas aterrizó con un ruido sordo en el suelo de cemento. Era un poco más baja sin las botas, así que me puse de puntillas y le volví a clavar el dedo.

—Tú has hecho esto. Yo no. Así que no puedes enfadarte conmigo.

—No te has molestado en hablarle a tu familia de mí. —Colocó las manos en sus estrechas caderas—. Estuvimos juntos durante un año. Admítelo. Estabas preocupada por lo que diría papá cuando trajeras a casa a un tipo como yo.

—Oh, vete a la mierda. —Golpeé con ambas manos sus pectorales, empujando tan fuerte como pude. Ni siquiera se balanceó sobre sus talones—. ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Cómo puedes pensar que me avergonzaría? Vete a la mierda por pensar que alguna vez me importó el dinero.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¡Porque lo tenías! —Extendió los brazos—. Me escondiste, Talia. Me escondiste.

—Te amaba. —Lo empujé de nuevo, dándole todo mi peso—. Tenía veintiún años, vivía en Las Vegas, a miles de kilómetros de casa. Mis padres sabían tu nombre. Todo el mundo sabía que salía con un chico. Pero no, no entré en los detalles de mi vida amorosa con mis hermanos.

—Son excusas, Talia. ¿Qué pasa con tu hermana?

—Ella sabía lo suficiente. No sabía lo que iba a pasar con nosotros. No sé por qué no se lo dije, ¿de acuerdo? No fue para hacerte daño. O para ocultarte. Me fui y nunca hablamos de ello.

—Hemos hablado de ello.

—¿De verdad? ¿Cuándo? Me estaba mudando a Seattle y todo lo que dijiste fue: "Ya lo resolveremos". —Le eché esas comillas en la cara.

—Nos sabíamos.

—¿Fue antes o después de que *te casaras con* Vivienne? —Esta vez, cuando empujé, le di todo mi peso. Le di siete años de ira y desamor. Y esta vez, tuvo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio.

—Te amé durante cuatrocientos treinta y siete días. —No le di espacio. Lo apiñé, cerrando el puño—. Un año, dos meses y once días.

Hacía mucho tiempo que no daba un puñetazo. Pero estábamos en un ring. Y maldita sea, yo quería esta pelea. Así que lancé un golpe a su nariz.

Lo bloqueó con un movimiento de muñeca.

—¿Qué diablos?

—Pensé que habías dicho que tenías una pelea pendiente. —Lancé otro golpe, los músculos de mi brazo se tensaron—. Querías mi ayuda, ¿verdad? Bueno, aquí tienes.

—Talia, deja esta mierda.

—No. —Esta vez lancé un puñetazo con mi brazo derecho, apuntando a su riñón.

Lo apartó con el codo, retrocediendo y dando la vuelta al ruedo.

Pero yo seguía, lanzando puñetazos inútiles que nunca aterrizaban en su piel.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Te odio por elegir a Vivienne. —Otro puñetazo.

—Te odio por no amarme como yo te amé. —Luego otro golpe.

—Te odio por ser tan jodidamente difícil de olvidar. —Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras lanzaba el siguiente golpe. Mis ojos se inundaron y Foster estaba borroso, pero seguí golpeando—. ¿Avergonzada de ti? Habría hecho cualquier cosa por ti.

—Talia, para. —Me agarró la mano, pero la solté de un tirón, y esta vez cuando lancé mi puñetazo, descontrolado y despiadado y con todas mis fuerzas, dejó que chocara con su pecho.

El dolor estalló en mi mano, los nudillos me dolían.

—Hijo de puta.

—Mierda. —Foster lo agarró, completamente imperturbable por el hecho de que lo había golpeado tan fuerte como era posible, y tiró mis dedos hacia atrás, inspeccionando mi mano.

—Está bien. —La arranqué, retirándome al otro lado del ring y dándole la espalda mientras sacudía los nudillos. Una vez que el dolor se desvaneció, sollocé y me sequé los ojos.

Bien, Talia. Acabo de perder la cabeza por completo.

Tiré de las cuerdas, dispuesta a escapar, pero la mano de Foster se cerró alrededor de mi codo, deteniéndome.

—Tally, lo siento. —Era tan sincero como sus otras disculpas. Poco a poco, se fueron colando dentro.

—Nunca me avergoncé de ti —susurré—. Nunca.

Foster no había hablado mucho de su infancia mientras estuvimos juntos. Una vez me había llevado a conocer a sus padres en un almuerzo y ambos parecían agradables. Pero no habíamos ido a la casa de sus padres. No habíamos pasado mucho tiempo en el departamento de Foster, porque estaba en un barrio peligroso.

—¿Quieres mirarme? —preguntó.

Respiré entrecortadamente y me giré. Un pequeño bloque de letras negras corría en línea vertical a lo largo de sus costillas. Antes, había estado

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

demasiado ocupada mirándolo fijamente como para fijarme en ellas. Luego había estado demasiado ocupada golpeando.

Pero ahora, no se podían pasar por alto.

GARNET FLATS

—¿Qué es eso? —Señalé las palabras, encontrando su mirada—. ¿Por qué tienes ese tatuaje?

Era el único tatuaje en su cuerpo.

Cerró los ojos durante un largo momento, con los hombros caídos.

—Me dijiste una vez que a tu bisabuela le encantaba cazar granates.

—Tatarabuela —corregí.

Ella, junto con mi tatarabuelo, había fundado Quincy. Nuestra familia había vivido aquí desde entonces. La gente bromeaba diciendo que no se podía tirar una piedra en Main sin golpear un Eden.

No era del todo inexacto.

La gente llamaba a nuestra familia inmediata la realeza de Quincy, ya sea en broma o por envidia. Realmente odiaba ese término. Sólo éramos personas que amaban esta ciudad lo suficiente como para quedarse y construir nuestras vidas en la comunidad. Éramos una familia que apreciaba nuestras raíces y nuestras historias, como la de mi tatarabuela.

Le encantaba buscar granates. Cuando murió, había acumulado una gran colección. La mayoría se había convertido en joyas, transmitidas de generación en generación. Yo tenía un par de pendientes de granate. Lyla y Eloise tenían collares.

Garnet Flats era la zona del rancho donde había encontrado la mayoría de sus granates, de ahí el nombre. Papá solía llevarme allí a buscar los míos en los veranos. Mamá nos preparaba un picnic y teníamos una cita padre-hija. Nunca había encontrado una gema propia, pero aquel lugar se había convertido en mi sitio especial.

Había sido una de las muchas historias que le había contado a Foster sobre Quincy. Sobre el rancho. Siempre había parecido fascinado por mi hogar en Montana, diciendo que no podía esperar a verlo.

Ahora estaba aquí.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Y mi lugar especial estaba marcado en su piel.

—Nunca he oído a nadie describir un lugar como tú lo has hecho —dijo—. Podía cerrar los ojos y estar allí, de pie contigo en los prados. Podía ver las montañas y oler los árboles. Podía imaginar la casa que querías construir. La vida que querías vivir.

—¿Por qué está tatuado en tu cuerpo?

—Como recordatorio.

—¿De qué?

Me dio una sonrisa triste.

—De lo que he perdido.

Las lágrimas volvieron a aparecer.

—Tus sueños eran mis sueños, Tally. Los perdí cuando te perdí a ti. —Colocó un dedo bajo mi barbilla—. ¿Te perdí?

Sí. Debería haber sido una respuesta fácil. Había elegido a Vivienne. Entonces, ¿por qué no podía decirlo? ¿Por qué no podía alejarme?

Sus ojos buscaron los míos mientras se alzaba sobre mí, acercándose cada vez más. Y al igual que la otra noche, no lo aparté.

Quería el arco iris.

Los labios de Foster rozaron los míos. El toque encendió un fuego en mis venas.

Me levanté en puntas de pie, lanzando una mano alrededor de su cuello para tirar de él hacia adelante.

No dudó. Me rodeó con sus brazos y me levantó de mis pies, inmovilizándome contra su pecho.

Un movimiento de su lengua y el mundo fuera de este ring desapareció. El mundo no existía. El pasado era una bruma. Mis piernas rodearon su cintura, encerrándonos juntos.

Deslizó su boca sobre la mía, su lengua profundizó el beso para enredarse con la mía, y me fundí en el olvido. Era un arco iris y estrellas y una sinfonía de deseo. Sus labios eran el cielo, suaves pero firmes. Sus dientes mordían y chupaban con la presión justa para hacerme gemir.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Sus manos se dirigieron a mi culo y me elevaron hasta que mi cara estuvo por encima de la suya y mi cabello nos rodeó. Entonces nos dejamos caer, y Foster cayó de rodillas. Su agarre no se vaciló. Sus labios no se separaron de los míos hasta que se apoyó en sus talones y yo me senté sobre sus muslos.

—Mierda, Tally. —Empujó mi abrigo, quitándomelo de los hombros.

Agité los brazos, frenética para quitármelo. Entonces tiró del dobladillo de mi jersey, arrastrándolo hacia arriba hasta que me lo quitó y voló por el espacio.

El calor de su piel se pegó a la mía mientras su boca se aferraba a mi cuello, chupando y besando, mientras mis manos recorrían su piel, los músculos de sus hombros y su pecho. Sus manos se extendieron sobre mi columna, la fuerza de su cuerpo envolviendo el mío.

Había cambiado con los años. Se había vuelto más fuerte, más voluminoso, transformándose de un joven fuerte a este Adonis. El cuerpo de Foster fue perfeccionado para el pecado y el sexo.

—Más. —Jadeé mientras sus dedos bajaban los tirantes de mi sujetador.

Foster se inclinó, llevándome hacia abajo hasta que mi espalda estuvo contra las alfombras. Se cernió sobre mí y sus labios dejaron un rastro en mi piel mientras me besaba a lo largo de la mandíbula y en el cuello.

Mis dedos se enredaron en su cabello mientras él se dirigía a mis pechos. El calor húmedo de su boca se filtró a través de las copas de encaje de mi sujetador cuando se metió un pezón en la boca.

—Oh, Dios. —¿Qué demonios estaba haciendo? ¿A quién diablos le importaba?

Lyla podía quedarse con su arco iris. Yo quería esto.

Fuegos artificiales.

Todo mi cuerpo estaba a punto de arder.

—Di mi nombre. —Gruñó contra mi piel mientras me besaba por el vientre hasta el dobladillo del pantalón.

—Foster.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Buena chica.

Levanté las caderas mientras él abría el botón y bajaba la cremallera. Luego arrastró el vaquero por mis piernas, despojándome de los vaqueros y los calcetines, dejándome solo con el sujetador y braga.

Éramos un frenesí, desesperados por liberar las piezas restantes. Trabajé en mi sujetador mientras él se bajaba el pantalón y el bóxer. Antes de que pudiera quitarme la braga, me las arrancó del cuerpo y tiró el encaje roto por encima del hombro.

Luego reclamó mi boca una vez más mientras su excitación palpitaba contra mi empapado núcleo. No hubo juegos previos. Ninguno de los dos necesitaba nada más que nuestras bocas fusionadas, lenguas retorciéndose.

Foster metió la mano entre nosotros, arrastrando la punta de su polla contra mi clítoris y provocando un estremecimiento en mi cuerpo antes de colocarse en mi entrada y empujar dentro.

Grité en su boca, saboreando el estiramiento. La mueca de dolor por su tamaño. El placer que sentí cuando introdujo su enorme polla más profundamente.

—Joder, Talia. —Gimió contra mis labios.

—Muévete. —Envolví mis piernas alrededor de él, aferrándome a sus hombros.

Se retiró y nos balanceó juntos, encontrando un ritmo que me robó el aliento. El constante golpeteo de sus caderas contra las mías me llevó al límite. El sonido de nuestros latidos y nuestras respiraciones erráticas llenaban el espacio vacío.

Foster aprovechó la fuerza de su cuerpo, sin retener nada mientras se movía dentro de mí, porque a los dos siempre nos había gustado follar duro. Su mano acarició mi culo, recorriendo la curva de mi muslo hasta llegar a mi rodilla. Entonces la apartó de donde yo la tenía enredada en su cadera. La levantó más arriba, casi hasta mi hombro. El ángulo lo hizo penetrar tan profundamente que jadeé.

Foster había aprendido los secretos de mi cuerpo hace mucho tiempo y el hombre tenía una gran memoria.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Sientes esto? —Empujó y se detuvo, la base de su polla presionando contra mi clítoris.

—Foster. —Agarré sus hombros, mi espalda se arqueó sobre la alfombra.

Se retiró sólo para volver a clavarse en mi interior.

—¿Sientes esto, Talia?

Mis piernas empezaron a temblar. La liberación se acercaba, mi aliento se entrecortaba.

—Contéstame. —Cambió su ritmo, juntándonos en un lento empuje. Agonizantemente lento—. ¿Sientes esto?

No la química. No la lujuria. No los fuegos artificiales.

La emoción imposible, enterrada debajo de todo, que me negaba a nombrar.

—¿Tú...?

—Sí —susurré. Sí, lo sentía.

Los labios de Foster encontraron los míos para otro beso, su lengua chupando, su polla golpeando ese punto dulce en el interior, hasta que las estrellas aparecieron en mis ojos y me corrí, rompiéndome en mil pedazos, gritando su nombre. Mi orgasmo desencadenó el suyo y se corrió con un rugido mientras yo palpitaba y se apretaba alrededor de su longitud.

Tardé minutos, horas, en volver a flotar a la tierra. Quizá porque me aferré a la neblina y al placer, sabiendo que la realidad iba a escocer. Foster me abrazó con fuerza hasta que el sudor de nuestros cuerpos se enfrió y se quitó de encima, cayendo en un montón sin huesos a mi lado.

La luz de los fuegos artificiales se desvaneció.

El arco iris desapareció.

Cerré los ojos, sin querer ver mi ropa desparramada ni mi braga rota al otro lado del ring. Eran la prueba de mi debilidad.

Pero no podía quedarme en esta alfombra para siempre, así que me puse de pie y recogí mi vaquero, y me los puse. Me metí los calcetines y el sujetador en un bolsillo y me puse el jersey. Luego bajé del ring para ponerme las botas y el abrigo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Talia. —Foster no se había movido de donde yacía en el ring, desnudo. Abrió los ojos, girando la cabeza para detenerme con esa mirada azul tormentosa—. ¿Te perdí?

—Perdiste la mujer que fui.

—¿Y la mujer que eres ahora?

Me gustaría tener una respuesta. No la tenía. Así que lo dejé en el ring y conduje a casa. Y en lugar de llorar en mi garaje, dejé que las lágrimas cayeran en la ducha.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

9

Foster

Primero de enero. Un nuevo año. Un nuevo comienzo.

Y por primera vez en mucho tiempo, comenzaba un año como mi propio hombre.

A menos que Talia me tenga. Entonces sería de ella hasta el final de mis días.

Le había dado el día de ayer para pensar en la noche del sábado. Yo también me había tomado ese tiempo para pensar. Siempre habíamos sido ardientes juntos. Y mierda, se había sentido bien perderme en su cuerpo. Sentir su pulso a mi alrededor. Ver ese deseo en sus ojos. Oírla decir mi nombre mientras explotaba.

Mis esperanzas eran altas. Las posibilidades de perdón eran escasas, pero aun así...

Esperaba desesperadamente.

Talia había dicho que había perdido a la mujer que había sido. Bueno, estoy seguro de que no voy a perderla de nuevo. No si podía evitarlo.

Así que empezaría este año con honestidad. Con una confesión que hace tiempo que debería haber hecho.

Había pasado la mayor parte del día en el gimnasio, limpiando y rompiéndome el culo para darle los últimos retoques al lugar. Los últimos equipos estaban montados y había conseguido hacer un entrenamiento decente.

Luego había ido a la ciudad esta tarde para hacer las compras, y había pasado por el hospital de camino a casa para ver si Talia estaba trabajando. Su Jeep había estado en su plaza habitual, lo que significaba que había

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

tenido más tiempo para gastar. Era la primera vez en mi vida que me alegraba de tener que lavar la ropa.

El sol se había puesto hacía horas. La espera había sido una agonía y finalmente me había llevado fuera de mi casa y a la ciudad. A la casa de Talia.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando estacioné frente a su casa. Las luces estaban encendidas en el interior, proyectando un resplandor sobre su césped cubierto de nieve. Había nevado esta mañana y su acera estaba espolvoreada de blanco.

En la esquina de su porche había una pala azul, así que bajé de mi camioneta, me subí la cremallera del abrigo y me puse a trabajar. El sonido de raspado de la pala llenó la fría y oscura noche mientras me demoraba unos minutos más.

Mientras me daba un poco más de esperanza.

Estaba en la última escalera del porche cuando se abrió la puerta. Talia estaba de pie en el umbral, sin maquillaje, con el cabello húmedo y vestida como en mi primera noche en Quincy. Pantalón. Y una sudadera de gran tamaño.

Una sudadera con capucha de la UNLV.

Tenía una a juego.

—¿Qué estás haciendo? —Ella rodeó su cintura con los brazos.

—Limpiando tu acera. —Dejé la pala a un lado y examiné mi trabajo—. Probablemente me llevó el doble de tiempo que a ti.

—Genial. Gracias por hacerlo por mí.

—De nada. Supongo que tendré más práctica viviendo en Montana.

Esperé a que me contradijera o a que discutiera y exigiera que dejara Quincy. Pero se quedó callada. Tal vez después de la noche del sábado, se dio cuenta ahora de por qué no me iba.

Mi respiración se agitó mientras nos mirábamos fijamente. Había mil palabras no pronunciadas entre nosotros, tan densas que eran una nube propia.

—Acerca de la otra noche…

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No tenemos que hablar de ello.

—Tenemos. No usé condón. —No es que haya tenido que comprar uno. No había necesitado condones en mucho tiempo.

—Estoy tomando anticonceptivos.

—De acuerdo. —Había una pizca de decepción en mi voz. Un bebé con Talia no habría sido una sorpresa desagradable—. Yo, um... no he estado con nadie en un tiempo. —El hecho de que hubiera conseguido durar más de cinco segundos había sido un maldito milagro. Estar dentro del cuerpo de Talia era el cielo en la tierra.

—Por tu divorcio. Sí.

—Algo así —murmuré. No, no había sido por el divorcio. Pero esa aclaración vendría después—. ¿Vas a hacer que me quede aquí fuera toda la noche? No hace precisamente calor.

—Puedes entrar, pero sólo porque si te da hipotermia, seré yo quien te trate. Ya he pasado bastante tiempo en el hospital hoy y mañana tengo un turno de doce horas.

Me reí, esperando ver también una sonrisa en su cara. Pero parecía que se había golpeado el dedo del pie.

—¿Qué?

—No te rías.

Mi sonrisa vaciló.

—¿Por qué?

—Porque me gusta. —Talia se movió y me indicó que entrara.

Cuando cerró la puerta, me quité las botas y el abrigo y lo colgué en un gancho de la entrada. Luego la seguí al interior de la casa, aspirando una larga bocanada de su aroma. Aroma de coco y cítricos.

Me había ido a dormir como un hombre feliz el sábado por la noche porque había tenido ese olor en mi piel. Menos mal que no había cambiado de jabón con los años. Lo habría echado de menos.

—Lindo lugar —dije cuando entramos en la sala de estar.

—Gracias.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Su casa era encantadora y acogedora. Las paredes estaban pintadas de un color tostado suave que complementaba el sofá y el sillón de cuero. La mesa de centro de nogal tenía seis posavasos de mármol, uno de los cuales contenía un vaso de vidrio lleno de agua helada. Siempre le había preocupado que los anillos de condensación arruinaran los muebles, así que había guardado posavasos en todas partes.

La chimenea contra la pared estaba hecha del mismo ladrillo que se había utilizado para la escalera del porche. Los suelos de madera parecían originales, con algún que otro rasguño que les daba carácter. Una gruesa alfombra ocupaba la mayor parte de la habitación, y los toques de verde oscuro en el dibujo coordinaban con la planta en la esquina.

La casa era antigua, probablemente construida antes de que el concepto abierto se pusiera de moda, así que cada habitación estaba separada por paredes y puertas arqueadas. Y encima del sofá, en lugar de cuadros o láminas, había una pared llena de fotos. La foto del centro era de su familia.

Era más antiguo, una versión más grande del ejemplar que tenía en su departamento de Las Vegas.

Talia se dirigió al sofá y se sentó contra un extremo, doblando las piernas en el cojín como si se acurrucara sobre sí misma. Como si estuviera preparándose para lo que se avecinaba.

Tomé el extremo opuesto del sofá, dejándole algo de espacio mientras apoyaba los codos en las rodillas.

—Bonita sudadera.

Miró hacia abajo, como si hubiera olvidado cuál se había puesto.

—Me compraste la misma, ¿recuerdas? Pensaste que sería bonito si hacíamos juego.

—Las mangas eran demasiado cortas, así que nunca te lo pusiste.

—No, las mangas estaban bien. —Había sido una de las dos mentiras piadosas que le había dicho—. No me lo puse porque no quería que la gente pensara que me lo había ganado. Que iba a ir a la universidad.

—¿Qué? —Ladeó la cabeza—. ¿Por qué?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Apenas terminé el instituto. Obtuve mi diploma y supe que nunca lograría pasar por otra clase de matemáticas o inglés. La idea de la universidad... era para gente como tú. No para mí. Y cuando me puse esa sudadera, me recordó todo lo que nunca tendría. Todo lo que no sería capaz de darte. Un chico pobre de un barrio cuya mejor habilidad era lanzar sus puños. Un tipo que tenía suerte de tener veinte dólares en el bolsillo y que sabía que nunca sería capaz de darte el mundo.

Ella apretó las rodillas contra su pecho.

—Nunca necesité el mundo.

—Pero quería dártelo de todos modos.

Por aquel entonces, me había dejado llevar por las posesiones materiales. Había definido el éxito como dinero y estatus. Todo lo que mis padres no habían tenido. El resentimiento que se habían guardado por no tenerlo.

Si pudiera retroceder en el tiempo, me patearía el trasero.

Talia no había necesitado autos ni una casa lujosa. Lo único que necesitaba era dormirse en mis brazos cada noche y despertarse con mi cara cada mañana.

—No hablaste mucho de tu infancia —dijo.

—No. —Y sólo la había presentado a mi familia una vez. En un almuerzo, no en una cena, en un esfuerzo por ser lo más breve posible.

Mientras que ella siempre había hablado de su familia, yo había evitado ese tema a toda costa. Era como si nuestras posiciones se hubieran invertido. Ella me había contado todo, pero no me había compartido en sentido contrario. Y yo había contado todo sobre ella, pero no había compartido nada con ella.

—No teníamos mucho dinero cuando era niño —dije—. Papá trabajaba en una tienda de neumáticos, cambiando llantas y parchando agujeros. Mamá trabajaba como camarera en un bar deportivo de la zona. Juntos ganaban un sueldo decente, aunque normalmente volvían a casa con la mitad porque se dejaban el resto en el casino.

—¿Tenían un problema de juego? No tenía ni idea.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—No es algo de lo que me guste hablar. Causó muchos problemas entre mis padres. Se peleaban todo el tiempo. Se enfadaban cuando uno perdía demasiado. La siguiente vez, sería el otro.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Es lo que son.

Ninguno de mis padres cambiaría. Lo había aceptado. Y estos días, en lugar de estar enfadados el uno con el otro, a menudo también lo estaban conmigo. Les molestaba mi riqueza porque no la compartía con ellos, no como ellos querían.

Cada vez que les daba dinero, lo malgastaban en semanas. Los dos autos que le había comprado a papá los había vendido. Lo mismo ocurrió con las joyas que le regalé a mamá.

Trabajé demasiado duro para ellos como para jugarse mi dinero. Así que les compré una casa que estaba a mi nombre para que no se pudiera vender. Recibían bonitos regalos en los cumpleaños y en Navidad, y yo no preguntaba qué pasaba con esos regalos.

—Al crecer, nuestra casa no era tranquila —le dije a Talia—. El volumen normal era un grito. Creo que por eso me metí en las peleas. Era un desahogo. Una forma de acallar el ruido. Tenía un amigo en el instituto que empezó a boxear y un día me llevó a Angel.

El gimnasio Angel, propiedad de Arlo Angel. Él había sido mi salvador en ese momento de mi vida. Me había tomado bajo su ala y me había entrenado personalmente durante años. Probablemente porque había visto talento natural y una jodida carga de agresividad reprimida.

—No respeté a mi padre —le dije a Talia—. No escuché a mi madre. Pero Arlo… era mi héroe. Tomó a un niño enojado y le dio un futuro. Me dijo que podía ser grande, así que luché por serlo. Necesitaba eso. Necesitaba a alguien que creyera en mí. Necesitaba algo por lo que luchar. —Y durante demasiado tiempo, la aprobación de Arlo había sido la fuente de mi motivación.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Es comprensible —dijo ella—. Es un hombre carismático.

—Era —corregí—. Murió en noviembre. Un infarto.

Talia jadeó.

—Oh, no tenía ni idea. Lo siento mucho.

—Yo no. Pasaron muchas cosas con Arlo. Ninguna de ellas buena.

—¿Qué quieres decir? Lo amabas.

Exhalé un largo suspiro. Contar esta parte de la historia nunca fue fácil. Probablemente por eso sólo la había compartido con Jasper.

—Dejé de luchar por Arlo cuando te conocí.

—¿Eh? —Sus cejas se juntaron—. No lo entiendo. Estabas peleando en su gimnasio.

—Él no era la motivación. Ya no es la mayor parte. Al principio, luché porque necesitaba el desahogo. Luego luché para que estuviera orgulloso. Luego te conocí. Ya no se trataba de mí, sino de ti. No tenía educación. No tenía esperanzas de ser un abogado o un banquero o un hombre de negocios. Mi talento estaba en el ring. Así que luché para ganar, porque ganar significaba la sonrisa más brillante en tu cara. Significaba oírte aclamar mi nombre. Y significaba dinero.

Todo se había reducido al dinero. Tonto como había sido, pensé que el dinero había importado.

—Me contaste sobre tu familia. Sus negocios. El rancho. El hotel. Sabía que venías del dinero. Y me prometí que nunca te haría dar un paso atrás. No te arrastraría hacia abajo.

Talia se sentó más recta, soltando las rodillas.

—¿Estás diciendo que me rompiste el corazón porque actuabas como una especie de mártir? ¿Me dejaste ir para que encontrara a alguien "mejor"?

—No. —Apreté los dientes. Sólo pensar en ella con otro hombre me había hecho caer en espiral más de una vez en los últimos siete años—. Iba a luchar en cualquier lugar que me dejaran. Iba a luchar cada vez, a ganar cada centavo. Hasta que mi cuerpo se rompiera. Nunca iba a dejarte ir.

—Pero lo hiciste. Elegiste a Vivienne.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Me encontré con sus ojos azules rebosantes de dolor y traición. Un millón de disculpas no me quitarían la culpa. Una vida no sería suficiente para compensar el daño que le había causado.

—Nunca me perdonaré por lo que pasó, Tally. Por lo que te hice.

—Pero... ¿por qué? —Su voz sonaba tan pequeña—. ¿Qué nos pasó? Éramos felices. Pensé que éramos felices. ¿No lo éramos? Deberías haberme dicho que sentías algo por Vivienne.

—No sentía nada.

Sus manos se cerraron en puños sobre sus rodillas.

—*Te casaste con* ella.

—Porque Arlo me chantajeó con ello. O hacía exactamente lo que él quería, incluyendo casarme con Vivienne. O se volvía contra mí.

—¿Con qué?

—Con organizar una pelea y ganar cincuenta mil dólares.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

10

Talia

—¿Q-qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Fue organizada? ¿Cuándo? ¿Qué pelea?

Había asistido a todos sus combates y había perdido dos veces. Ambas veces, había sido por decisión y tan ajustada que podría haber ido en cualquier dirección. Foster había recibido una paliza, pero había entregado lo mismo. No se había contenido. Nadie podría haber visto ninguno de los dos combates y decir que había dejado ganar al otro.

Foster daba todo lo que tenía cuando estaba en el ring. Siempre.

—No fue una pelea que viste. Unos seis meses antes de que nosotros...Tragó con fuerza.

—Antes de que rompiéramos.

—Sí. Uno de los chicos del gimnasio me propuso una pelea clandestina. —Foster se estremeció ante la admisión.

—No. —*Dios mío, no*—. No lo hiciste.

Incluso como alguien que no había estado arraigada en el mundo de la lucha, sabía que las peleas clandestinas no eran más que problemas. No había sucedido a menudo, pero de vez en cuando, había oído un susurro en el gimnasio de Arlo sobre un ring de lucha clandestino. La mayoría de las veces, la charla se producía después de que un luchador resultara malherido.

Una vez le pregunté a Vivienne sobre eso. Me dijo que esas peleas eran peligrosas, pero que los chicos las hacían por dinero.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

No sólo era ilegal, si se los descubría, los participantes podían ser arrestados por agresión, sino que arriesgaban su posición en la UFC. Si Foster hubiera hecho esto, habría puesto su carrera en peligro. Y su vida. Las reglas en las peleas ilegales eran… flexibles.

Vivienne me había contado que uno de los chicos del gimnasio había ido a una pelea clandestina y que su oponente le había hecho un corte de ojo. El hombre lo terminó perdiendo.

—No estoy orgulloso. —Su voz era ronca, áspera por el roce de la honestidad brutal—. Fue, sin duda, el mayor error de mi vida. Lo he lamentado cada día desde entonces.

Foster llevaba una expresión estoica la mayor parte del tiempo. Se enfrentaba al mundo con los hombros erguidos y la guardia preparada. Pero cuando bajaba las manos, cuando te daba su vulnerabilidad, estabas dentro. Hasta el fondo.

—Lo hiciste por dinero —dije.

—Lo hice por dinero.

—¿Porque pensaste que lo necesitaba? —Salí del sofá, con la rabia en el pecho. Todo ese dolor, todas las lágrimas y la angustia, ¿porque él había pensado que yo necesitaba dinero?—. Levántate. Necesito golpearte de nuevo.

Foster obedeció inmediatamente.

—Eso es un insulto —espeté. Pero cuando me encontré con su mirada, nublada por la humillación, mi ira se desvaneció.

Me dejaba golpearlo, una y otra vez. Pero no me haría sentir mejor. No llenaría el agujero de mi corazón.

—Te necesitaba a ti. No al dinero.

—Me costó perderte para darme cuenta de eso.

Me tragué el nudo en la garganta, negándome a llorar. Esta noche no.

—¿Cómo se involucró Arlo?

—Arlo siempre estuvo involucrado. —Foster suspiró y se hundió en su asiento. Esperó a continuar hasta que yo también estuviera sentada, con las manos metidas debajo de las rodillas para evitar que se movieran—. La

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

primera pelea que acepté fue pequeña. No era una gran paga, mil dólares, pero era más de lo que ganaría en el gimnasio trabajando todo el día. Y un complemento decente a lo que ganaba con las peleas de la UFC que me daban en ese momento.

Había sido un nuevo y prometedor talento, pero necesitaba experiencia de lucha para que la UFC le diera combates mejor pagados. Había estado trabajando en la liga, y para pagar sus facturas, Foster había trabajado como instructor en Angel. Esos días, Foster había estado en uno de dos lugares. En el gimnasio, o conmigo.

Excepto que eso no era realmente cierto, ¿verdad? Porque también se había escabullido a estas peleas ilegales.

Pelea de gallos. Así lo había llamado Vivienne.

—La segunda pelea fue más grande —dijo—. Mejor pagada. Pensé que lo haría, tal vez dos más, y me iría. La pelea era en un almacén y habían montado un vestuario improvisado. Estaba sentado en una mesa, esperando mi turno y vendando mis manos, cuando la puerta se abrió. Y entró Arlo. Pensé que se había enterado y que venía a romperme el culo, a sacarme de allí. Pero sólo sonrió. Dijo que ya era hora de que me decidiera a ganar algo de dinero.

—¿Qué? —Parpadeé—. Lo sabía.

Arlo siempre había parecido tan recto. Tan respetuoso con las normas. Reprendía a los luchadores cuando daban golpes bajos durante los combates. Y cuando le pregunté a Vivienne sobre esas peleas clandestinas, me dijo que su padre las odiaba.

Había sido un tipo amable, una bestia de hombre, con una gran sonrisa. ¿A cuántos, incluido a mí, había engañado?

—Oh, Arlo lo sabía —se burló Foster—. Tenía mucha experiencia en ese mundo. Conocía a todos los organizadores. Conocía a los luchadores. Sabía cómo hacer sus apuestas y salir con un montón de dinero.

—Pero, ¿el gimnasio? Si lo atrapaban…

—Habría sido expulsado de la liga. Al igual que todos sus luchadores. Por eso nunca nos invitó a las luchas clandestinas. Encontramos nuestro camino allí sin él. Y una vez que entramos en ese mundo, no se nos permitió

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

ir a Angel. No quería arriesgarse a que un luchador fuera atrapado y descubrieran que era del gimnasio. Diablos, ninguno de los chicos del gimnasio sabía que él estaba involucrado o haciendo dinero con ellos. Arlo se mantendría oculto entre bastidores, observando y apostando. La próxima vez que ese luchador se presentara en Angel, Arlo lo cancelaba.

—Pero tú no.

—Yo era la excepción.

—¿Por qué?

Foster se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez porque éramos cercanos. Tal vez porque creía que con el tiempo llegaría a la cima de la UFC. Las peleas clandestinas daban dinero, pero nada como mi contrato de ahora.

Millones. Tenía que estar ganando millones con sus peleas y acuerdos de patrocinio.

—Y Arlo quería una parte —dije.

Foster asintió.

—Quería esa gloria. Llamarse a sí mismo el mentor de Foster Madden.

—No sólo un mentor. Te casaste con su hija.

—Me divorcié de su hija.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo nos divorciamos Vivienne y yo? —Esperó a que asintiera—. Exactamente tres semanas después de la muerte de Arlo.

Lo que significa que tuvieron que pedir el divorcio justo después de la muerte de Arlo. Aparentemente, en los últimos siete años, su matrimonio se había desmoronado. ¿Qué papel había jugado Vivienne en este plan?

—¿Así que Arlo te estuvo chantajeando todo este tiempo? —pregunté.

—Nunca me dejó olvidar mi error. El día que ese hijo de puta murió, lo celebré con pastel y mi vodka favorito.

—¿Y la pelea? La que organizaste.

Foster se pasó una mano por la barba.

PROHIBIDA SU VENTA

—Es la única pelea que he perdido intencionadamente. Siete años y no pasa un día sin que me sienta mal por ello.

Por cincuenta mil dólares. No era una cantidad pequeña, pero parecía un precio bajo para su moral.

—Si hubiera esperado… —Sacudió la cabeza—. Si me hubiera quedado en el camino, lo habría conseguido con creces. Pero, maldita sea, era joven y Arlo lo lanzó en el momento justo. Estabas empezando a planear tu mudanza, y él plantó esas semillas de duda. Lo difícil que sería estar separados. Que harías nuevos amigos. Que conocerías a otros hombres. La cantidad de boletos de avión para visitarte en Seattle.

Yo había temido lo mismo, dejar a Foster atrás, preocupándome de que demasiada distancia creara una brecha entre nosotros. Preocupada de que nos distanciáramos.

—Por favor, no te lo tomes como que te estoy echando la culpa de ir a la escuela —dijo—. Arlo jugó con mi mayor debilidad.

Conmigo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—Como he dicho. No estoy orgulloso.

Había mantenido estas peleas en secreto. Durante seis meses. Casi la mitad del tiempo que habíamos estado juntos.

Cerré los ojos, dejando que todo se asentara. Reproduciendo los momentos bajo una nueva luz.

—Había noches en las que venías a mi casa después del gimnasio con cortes. Una vez tenías las costillas magulladas. Me dijiste que era de un combate. Pero no lo era, ¿verdad?

—No.

—Me has mentido.

—Sí, lo hice. Lo siento.

Tantas disculpas. Se estaban volviendo pesadas.

—Había estado aceptando peleas clandestinas más o menos una vez al mes —dijo Foster—. Ganando mil dólares, tal vez dos, en cada una. Acababa de traer cajas al departamento para empezar a empaquetar. Fue entonces

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

cuando Arlo se acercó. Dijo que había una paga mayor. Cincuenta grandes por una sola pelea. Eso era más del triple de lo que podía ganar en mi categoría con la UFC. Sumado a lo que ya había ganado, habría sido la última. Pero para que yo consiguiera esos cincuenta, no era con una victoria. El organizador de la pelea traía a un contendiente y si ganaba...

—El organizador perdería más que si te pagara cincuenta.

—Sí. Así que luché duro contra el bastardo. Lo di todo hasta el último asalto, cuando fingí cansancio y dejé que me golpeara contra las cuerdas. Entonces recibí un gancho en la sien y me desperté en una pesadilla.

Tragué saliva, un escalofrío me recorrió ante la idea de que lo dejaran inconsciente.

—¿Y dónde estaba yo durante esto?

—Con Vivienne. Sabía que no podría enfrentarme a ti después, así que le pedí que planeara una noche de chicas.

Recordaba aquella noche de chicas. Lo habían invitado a una despedida de soltero y sabía que sería tarde, así que se quedaría en su casa después. Otra mentira. Pero le había creído. No había temido que me engañara. No me había enfadado porque fuera a un club de striptease. Confié en él por completo, lo suficiente como para creer que realmente había salido con amigos.

En cambio, había estado lidiando con una conmoción cerebral.

Se me aceleró el pulso y se me hizo un nudo en el estómago. Era difícil escuchar la verdad. Saber que había sido ingenua. Darme cuenta de que me habían engañado. Me levanté del sofá, incapaz de quedarme quieta cuando tenía ganas de llorar o de gritar o de arrastrarme fuera de mi propia piel.

—¿Por qué Arlo necesitaría chantajearte? —pregunté—. Tú le has echado la bronca. ¿Estaba tratando de conseguir más dinero?

—Intentaba que me quedara. Después de esa pelea, le dije que había terminado. Con todo. Incluso con la UFC. Me sentía tan sucio y barato que no quería volver a pelear. Así que le dije a Arlo que lo dejaba y me mudaba a Seattle.

—¿Ibas a mudarte conmigo?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Bueno, sí —dijo como si estuviera afirmando lo obvio—. Te dije que lo resolveríamos. No estaba seguro del momento, pero siempre iba a Seattle. ¿Realmente pensaste que sería capaz de estar lejos de ti tanto tiempo?

Sí. No. Tal vez.

—Era un tema que ambos evitábamos con demasiada frecuencia.

—No me gustaba hablar de que estuviéramos separados. —Suspiró y volvió a frotarse la barba. ¿Era ese su hábito de nerviosismo ahora? ¿O sólo algo que hacía mientras pensaba en qué decir?—. Arlo no quería que me fuera. Por la razón obvia.

—Dinero.

—Por cada centavo que gané, él se llevó una parte. ¿Esa pelea que hice? No ganó ni un centavo esa noche. Porque el objetivo era que me atrapara. A partir de ese momento, cada vez que me pagaban, él sacaba la mano. Patrocinios y endosos, le daba una parte. Todo lo que quería, lo tomaba porque tenía la información para hundir mi carrera.

—Sin embargo, tú también tenías información sobre él.

—¿Que apostó en las peleas? Sí. Podría haberlo jodido. Pero la gente no habla de esas peleas por una razón. Es una buena manera de que te maten a golpes.

Me estremecí.

—¿Te habrían matado?

—Peor. Podrían haber ido a por ti. Arlo sabía que eras importante. Cuando le dije que estaba fuera, no discutió. Sólo me dijo con calma que lo reconsiderara. Habló de lo peligroso que podía ser Seattle para una mujer. Cómo nunca había ninguna garantía de que la gente estuviera a salvo.

—¿Me amenazó? —Ese hijo de puta.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No sé lo que habría hecho, pero no iba a correr ese riesgo. No en lo que respecta a ti. Así que me quedé. Jugué el juego de Arlo.

—Hasta que murió.

—Hasta que murió —repitió.

—¿Qué pasa con los otros luchadores? ¿No te preocupa que alguien aparezca? ¿Tome el lugar de Arlo y que te chantajee por dinero?

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Negó.

—La verdad es que no. Como he dicho, la gente se mantiene hermética. La mayoría de los luchadores están ligados a familias a las que no se traiciona. Y yo no usé mi verdadero nombre. Sólo formé parte de él durante un corto periodo de tiempo. Sólo un puñado de peleas. Esa pelea fue la última. No hay fotos. No se permitían cámaras. Si alguien fuera a chantajearme además de Arlo, ya se habría presentado.

Foster parecía muy seguro. Tal vez mis dudas se debían a que acababa de enterarme de todo esto, pero parecía el tipo de esqueleto que nunca sale de su armario.

—Lo siento, Tally. —Me miró con lágrimas en los ojos. Con un arrepentimiento tan profundo que era como mirar a un agujero negro—. Lo siento muchísimo. Tomé la decisión equivocada. Si pudiera volver atrás, hacerlo todo de forma diferente, lo haría. Por favor, sé que…

Más honestidad brutal. Sentí que mi corazón se había dado vuelta. Mi cabeza era un caos. Me acerqué a la ventana y miré hacia la noche oscura. ¿Qué sentir? ¿Qué pensar?

—Deberías haberme dicho la verdad.

—No quería que te involucraras en esto.

—No lo hagas. —Me alejé del vaso—. No te atrevas. ¿De verdad pensabas tan poco en mi capacidad para manejar la verdad? ¿Y si alguien hubiera venido a por mí en Seattle? No habría tenido ni idea. Me hiciste parte de ese chantaje y me dejaste en la oscuridad. Fuiste un cobarde. *No* digas que me estabas protegiendo.

Foster salió disparado del sofá.

—¿De verdad crees que quería que te mezclaras con esa basura? Por supuesto que te estaba protegiendo de ella, Talia. Te protegería de cualquier cosa que pudiera causarte dolor.

—Excepto tú mismo.

Retrocedió, su cuerpo se tensó como si le hubiera abofeteado.

—Mierda. —Me pellizqué el puente de la nariz.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Tienes razón. La única persona que acabó haciéndote daño fui yo. Pero tenía miedo. Cuando digo que era peligroso, no estoy minimizando eso. Estos no son hombres que obedecen las reglas de la sociedad. Si se los cruza, llevan su venganza al extremo. ¿Crees que habría sido capaz de vivir conmigo mismo si alguien hubiera ido a por ti? ¿Golpearte? ¿Violarte? —Sacudió la cabeza—. No puedo ni pensar en eso.

Me estremecí, tampoco quería pensar en ello.

—¿Y Vivienne? ¿Estaba a salvo porque era la hija de Arlo?

Foster se burló:

—Ni siquiera se dio cuenta de que había estado nadando con tiburones toda su vida.

—¿Por eso te casaste con ella? ¿Por Arlo?

Bajó la cabeza, dándome un asentimiento apenas perceptible.

—Sí.

—¿Y Vivienne siguió la corriente?

¿Siempre lo había amado en secreto? ¿Había estado esperando a que rompiéramos para hacer su jugada? ¿Había sido siquiera mi amiga? ¿O siempre se trató de Foster?

Mientras que Foster me había roto el corazón, tener a mi mejor amiga pisoteando los pedazos destrozados lo había convertido en polvo. Su traición era algo que nunca olvidaría.

Y ella había ganado. La odiaba por haber ganado. Por poder llamarse a sí misma su esposa.

Foster se pasó una mano por el cabello.

—Ella... Es complicado.

Realmente estaba empezando a odiar esa frase, aunque yo había sido la primera en usarla.

—Arlo quería que estuviéramos juntos —dijo. —El matrimonio fue su idea.

—Oh, y estoy seguro de que se resistió —dije con tono inexpresivo. Vivienne habría seguido adelante porque había conseguido a Foster. Tal vez también quería el dinero.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Ella tampoco quería nuestro matrimonio.

—Claro —me burlé—. Y estoy segura de que dio una gran pelea de camino al altar.

—Se siente muy mal por lo que pasó.

Vivienne se sentía tan mal que se había casado con él de todos modos. Se había acostado con él. Había llevado su anillo. Había tomado su nombre. Sí, debía sentirse muy mal.

¿Por qué la defendía? ¿Por qué era tan leal a ella? ¿Acaso la mayoría de la gente no rompía los lazos con su ex?

¿Hablaban de mí durante sus llamadas telefónicas? ¿Le había contado cómo me lo había follado en el gimnasio el sábado?

Mi cuerpo se tensó y mis manos se agitaron. Mis sentimientos hacia Foster eran un revoltijo, pero cuando se trataba de Vivienne, una emoción sonaba claramente.

Furia.

—He terminado con esta conversación.

—Hay más que hablar…

—Buenas noches. —Con eso, atravesé la sala de estar y subí las escaleras hasta mi dormitorio.

Y dejé que Foster encontrara solo la salida.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

11

Foster

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

¿No se supone que las confesiones te hacen sentir mejor? Esperaba sentirme más ligero después de confiar en Talia. Pero no hubo alivio. Me sentía jodidamente miserable.

El pozo en mi estómago se sentía a kilómetros de profundidad. La cabeza me palpitaba y no podía concentrarme. El desayuno de esta mañana había subido diez minutos después de haber bajado.

Me recordó mucho a los días posteriores a nuestra ruptura. Los días en los que apenas había podido salir de la cama. Mentirle, decirle que me iba a casar con Vivienne, había sido insoportable. Pero la verdadera agonía había llegado después, cuando fui al departamento de Vivienne y encontré la habitación de Talia vacía.

Las paredes estaban desnudas. La alfombra, limpia por aspiradora. El olor a coco y a cítricos ya se estaba desvaneciendo.

Vivienne me había encontrado en esa habitación, de pie en medio del espacio. Perdido y con el corazón roto, sabiendo que nunca volvería a ver a Talia. Sabiendo que la culpa era mía.

Había permanecido en esa habitación vacía durante horas, reviviendo la ruptura. Escuchando las mentiras que habían salido de mi boca. Preguntándome cómo podía haberlas creído tan fácilmente.

Tengo sentimientos por Vivienne que no puedo seguir ignorando.

Ella es la indicada.

Le pediré que se case conmigo.

Una completa mentira para alejar a Talia.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Nunca me perdonaría por esas palabras. Por esas mentiras. Pero de pie en ese dormitorio vacío, me había prometido que si alguna vez tenía la oportunidad de hacer las cosas bien, le diría a Talia la verdad.

Después de que me echara de su casa la noche anterior, me pasé las horas de medianoche dando vueltas en el sofá. Repitiendo la conversación. Reviviendo la vergüenza. Dándome cuenta de lo furiosa que estaba con Vivienne.

Cuando finalmente renuncié a dormir, pasé la mañana ordenando el departamento y limpiando el gimnasio, que ya estaba limpio. Diez kilómetros en la cinta de correr no habían ayudado a despejar mi cabeza. Tampoco una ducha y un almuerzo antes de subirme a la camioneta para ir a la ciudad.

El sol atravesaba el cielo despejado. El río se deslizaba por las suaves rocas más allá de la carretera. Era un hermoso día de enero en Montana.

¿Haber venido aquí había sido un sueño de tontos? ¿Había sido todo en vano? Siete años había pasado deseando esta oportunidad.

¿Estaba condenado desde el principio?

Talia tenía razón. Ella había merecido la verdad hace siete años. Pero las amenazas que Arlo había hecho, todavía resonaban en mi mente. La seguridad de Talia lo era todo. Por eso había mentido, no porque no creyera que ella pudiera manejar la situación. Pero en lugar de compartir la carga, me la había cargado.

Otro error.

Había más cosas que contarle a Talia. Más que explicar. Pero Vivienne había pedido la oportunidad de hacerlo. Era parte de este acuerdo.

Vivienne quería contar su versión de la historia, y yo le había prometido la oportunidad de intentarlo.

Así que guardaría el secreto de Vivi, nuestro secreto, a menos que significara perder a Talia. Entonces Vivienne tendría que lidiar con mi promesa rota.

Mi teléfono sonó y apareció el nombre de Vivienne en la consola de la camioneta.

—Hola. ¿Dónde estás?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Casi allí. —Tenía una sonrisa en su voz—. Diez, quince minutos.

—Conduce con cuidado. Todavía hay algo de nieve y hielo en las carreteras fuera de la ciudad.

—Jasper está conduciendo y está siendo muy cuidadoso —dijo, y luego bajó la voz—. ¿Hablaste con Talia?

—Sí.

—¿Y? ¿Cómo fue?

—No muy bien.

Ella suspiró.

—Nos odia, ¿verdad?

¿Pensaba que Talia me odiaba? No. Estaba enfadada, pero ¿odio? Dudo que Talia hubiera tenido sexo conmigo en el gimnasio si me odiara. No es que vaya a compartir ese detalle con mi ex mujer. ¿Pero Talia odiaba a Vivienne? Tal vez.

—Necesita tiempo asimilarlo —dije—. Y necesita toda la verdad.

—No se lo has dicho, ¿verdad? —preguntó Vivienne—. Lo prometiste.

—Lo sé. No se lo he dicho.

—Gracias. —Vivienne tenía sus propios errores que corregir. No le robaría ese momento a menos que no tuviera otra opción—. ¿Todavía quieres que nos encontremos en el hotel?

—Sí. Voy a tomar un café, luego nos vemos allí.

—De acuerdo. Adiós.

Mis dedos golpearon el volante durante el resto del trayecto hasta la ciudad, la energía nerviosa necesitaba una salida.

Hoy era otro comienzo. Estaría bien, ¿verdad? No era una decisión horrible. Estaba haciendo lo más inteligente al mudarnos aquí.

Mis afirmaciones se quedaron en nada.

Por favor, no dejes que esto sea un error.

Llegué a la ciudad y estacioné cerca del hotel antes de cruzar corriendo la calle y pasar tres puertas hasta Eden Coffee. Necesitaba más cafeína si quería aguantar el resto de la tarde y la noche.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Un grupo de adolescentes se agrupó en el mostrador cuando entré, niños que probablemente disfrutaban del último día de vacaciones de invierno antes de que la escuela comenzara de nuevo mañana.

¿Le gustaría esta ciudad? ¿Le gustaría el gimnasio? Había estado tan concentrado en poner la casa en forma que no me había preocupado por esas preguntas. Pero ella estaba casi aquí y ahora nada de lo que había hecho parecía suficiente.

Los muebles que había comprado eran bonitos pero no eran caros. El dormitorio era la mitad de grande que el que tenía en Las Vegas. Había una sola sala de cine en esta ciudad, y no se parecía en nada al cine de dieciocho salas que había cerca de nuestro barrio.

—¿El cine de aquí tiene M&M's? —le pregunté al adolescente que estaba delante de mí en la fila. Le encantaba agarrar palomitas y echarle M&M's.

—¿Eh? —El adolescente me miró de arriba abajo.

—No importa —murmuré.

Entraríamos con dulces a escondidas en el cine de Quincy si fuera necesario. Tendríamos una buena vida. Una vida sencilla.

Y quizás, si pudiera conseguir un milagro más, esa vida incluiría a Talia.

Los adolescentes se apartaron del camino, con los brazos cargados de pasteles y cafés con leche.

—Americano, por favor —le dije a la camarera, mirando a su lado. ¿Estaba Lyla aquí? Pero si la hermana de Talia trabajaba hoy, no estaba delante.

Acababa de sacar un billete de veinte del bolsillo cuando una mano me apretó el hombro. Me di vuelta y sonreí cuando vi a Jasper a mi lado.

—Hola. —Le di un rápido abrazo y una palmada en la espalda—. Fuiste rápido. Pensé que te vería en el hotel.

—Dejé a Vivi para que se registrara y luego estacioné. Pensé que te encontraría aquí y también necesito un café. Fue un viaje muy largo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Dímelo a mí. —Me reí—. Me alegro de verte. Gracias por venir. Y gracias por conducir con Vivi. Me sentí mejor sabiendo que tú también estabas en el auto.

—No tienes que agradecerme.

Asentí.

—Sí, lo sé.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—Realmente estamos haciendo esto. Volver a lo básico. En todo. La vida. El entrenamiento.

Sonrió.

—Eres demasiado viejo y demasiado rico para lo básico.

—Probablemente. —Me reí—. Pero vale la pena intentarlo.

—¿Podría tomar un café solo? —le preguntó a la camarero.

Miré hacia la puerta, dispuesto a llegar al hotel.

—Vivienne dijo diez o quince minutos. Hiciste rápido.

—Estaba ansioso por salir de ese auto —dijo, agarrando su café de la camarera y dándome un gesto de agradecimiento cuando pagué la taza.

—¿Cómo te va con Talia?

—No muy bien —admití mientras salíamos y nos dirigíamos al otro lado de la calle—. Pero la lucha aún no ha terminado. No me voy a rendir.

—¿Aquí es donde creció? —Miró a su alrededor—. Es pintoresco. Definitivamente no es como Las Vegas.

—Lo que aumenta el atractivo.

—¿Crees que te inquietarás en una ciudad tan pequeña? —preguntó.

—No. —Nunca me habían gustado las luces de neón ni las multitudes. El tráfico era un dolor de cabeza y había demasiados malos recuerdos en Las Vegas—. El Parque Nacional de los Glaciares está cerca. Este verano tendremos que ir de excursión. Hay un par de bares en Main, uno en cada extremo. No es exactamente un club nocturno, pero tienen cerveza fría. Quizá me dedique a la pesca. —Nunca había ido a pescar.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Me apunto al senderismo y a la cerveza fría. No me convence la pesca, pero pregúntame más tarde.

—Lo haré.

Jasper sólo estaría en Quincy temporalmente. Había encontrado un alquiler de vacaciones para quedarse mientras me ayudaba a entrenar, una cabaña con estructura en forma de A en las afueras de la ciudad. Una vez terminada la pelea en marzo, esperaba que se quedara en Las Vegas mientras yo volvía a Montana. No estaba seguro de cómo funcionaría eso para futuros entrenamientos, pero lo mantendría como mi entrenador mientras quisiera el trabajo.

El Yukon de Jasper estaba estacionado junto a mi camioneta. Aceleré mis pasos mientras nos acercábamos al hotel, ansioso por entrar.

Estábamos a punto de llegar a las puertas del hotel cuando dos mujeres doblaron la esquina del edificio de ladrillo.

Me detuve.

Mierda. Lyla no había estado en la cafetería, porque había estado con Talia.

¿Por qué no estaba Talia en el hospital? Anoche había dicho que hoy tenía un turno de doce horas. No debería estar en el centro. No *podía estar en el centro*, todavía no. No quería que se topara con Vivienne, sobre todo después de cómo había reaccionado anoche.

—¿Qué? —Jasper se detuvo cuando se dio cuenta de que no me movía. Luego siguió mi mirada mientras Lyla y Talia pasaban por la puerta principal del hotel, caminando hacia nosotros.

Talia levantó la vista y, en el momento en que sus ojos azules se encontraron con los míos, mi corazón dio un vuelco. Estoy seguro de que siempre lo haría en lo que respecta a esta mujer.

Iba vestida con uniforme y zapatillas. Llevaba una bata negra con cremallera y el cabello recogido en una coleta. Su zancada cambió, se ralentizó un par de pasos y luego acortó la distancia entre nosotros.

—Hola.

—Hola. —Quédate dentro, Vivi. Quédate dentro del hotel. Por favor.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Talia y yo nos miramos fijamente, el resto del mundo se volvió borroso, nebuloso en los bordes.

—¿Estás bien hoy? —pregunté.

Levantó un hombro.

—No lo sé. Estoy enfadada. Estoy frustrada. Es mucho para asimilar.

Y había más.

—¿Podemos hablar? ¿Esta noche? Por favor. —Quería al menos advertirle que Vivienne estaba en la ciudad.

—Bien. Estaré en el hospital hasta las siete.

—Iré a las ocho.

Jasper se aclaró la garganta y aparté los ojos de los de Talia. Él y Lyla nos estaban estudiando a los dos.

Lyla tenía el ceño fruncido. La mirada que me dirigió era la que esperaba desde el principio. Talia debió haberle hablado de mí. Gracias a Dios. Prefiero ser un enemigo que un desconocido sin nombre.

—Talia Eden, te presento a Jasper Vale —dije—. Mi entrenador y amigo.

Extendió una mano, estrechando la suya. Luego hizo lo mismo con Lyla.

—Jasper.

—Lyla. —Sonrió para él, pero cuando volvió a enfrentarse a mí, esa mirada gélida estaba de vuelta. Lyla podría echarme la bronca más tarde. Cuando no estuviéramos a menos de quince metros de Vivienne.

—¿Esta noche? —le pregunté a Talia de nuevo.

Asintió y luego ella y Lyla dieron un paso, dispuestas a pasarnos.

Pero una voz sonó detrás de ellas. La puerta del hotel fue empujada por una niña.

Mi pequeña.

—¡Papá!

Kadence corrió por la acera, con su cabello castaño volando detrás de ella, con una sonrisa radiante que había iluminado cada uno de mis días oscuros.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Empujé mi café hacia la mano libre de Jasper justo a tiempo para atrapar a mi hija cuando se lanzó a mis brazos.

—Hola, bichito. Te he echado de menos. Mucho, mucho.

—Yo también te he echado de menos. —Me abrazó tan fuerte alrededor de mi cuello que me asfixió.

Había ojos sobre nosotros, pero me aferré a Kadence. Nunca más pasaría tanto tiempo sin ella. Las llamadas diarias y los FaceTimes no habían sido suficientes.

Le besé la sien y luego la dejé en el suelo, agachado para que estuviéramos frente a frente.

—¿Cómo fue el viaje?

—Muy, *muy* largo.

—¿Dónde está tu madre?

Kadence señaló sobre su hombro.

—Adentro.

Miré más allá de ella, sin ver a Vivienne.

—¿Sabe que has venido aquí?

—No, pero te vi por las ventanas, así que pensé que estaba bien.

—Kadence, no puedes salir del edificio sin decírselo.

—Fue un accidente.

Esa era su excusa para todo en estos días. *Fue un accidente*. Estábamos trabajando en la diferencia entre accidentes y errores.

Le toqué la mejilla y me puse de pie, tendiendo mi mano para la suya. Si Vivienne se daba cuenta de que Kaddie no estaba, se asustaría.

—Vamos a entrar. —Estaba a punto de dar un paso, cuando vi a Talia.

El color había abandonado sus mejillas. Tenía los ojos muy abiertos y la boca entreabierta, con la sorpresa grabada en su hermoso rostro.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Talia se quedó mirando a Kadence como si mi hija fuera más una sorpresa que todo lo que le había contado anoche.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Espera. ¿No había sabido lo de Kaddie? Había hablado de mi hija, ¿no? Estaba seguro de que la había mencionado. Nuestras conversaciones pasaron por mi mente demasiado rápido para analizarlas, pero el hundimiento de mis entrañas me lo decía. Sobre todo, habíamos hablado del pasado. Me había centrado en explicar la época *anterior al* nacimiento de Kaddie.

Había asumido que Talia lo sabía. Tenía que saberlo.

¿Cuántas veces había buscado a Talia en Google a lo largo de los años? ¿Cuántas veces había entrado en la página web del Quincy Memorial Hospital solo para ver su foto en el directorio de personal? ¿Cuántas veces había accedido a su cuenta de Instagram para ver la foto del perfil?

En algún momento de los siete años, ella había hecho lo mismo por mí, ¿no?

Mis cuentas en las redes sociales eran públicas porque mi representante y mi agente me habían animado a conseguir seguidores. Para tener presencia. La mayoría de mis fotos eran de mí en el gimnasio, entrenando, pero de vez en cuando añadía algo personal.

Y normalmente esas fotos o historias eran de Kadence.

Si Talia no sabía lo de mi hija, eso significaba...

Me había bloqueado por completo.

—No lo sabías —murmuré.

Talia ni siquiera parpadeó.

Mierda.

PROHIBIDA SU VENTA

12

Talia

Su hija era adorable. Había perdido los dientes de leche delanteros y nunca había habido una sonrisa desdentada más preciosa.

Una hija.

Tenía una hija.

Puse mi mano sobre mi corazón, presionando fuerte porque me dolía. Oh, Dios, me dolía.

—Lo siento —dijo Foster—. Pensé que lo sabías.

Su hija tiró de su mano.

—Papá, ¿vamos?

—Sí. —Sus ojos estaban llenos de más disculpas pero no dijo otra palabra mientras dejaba que lo arrastrara hacia el hotel. El entrenador, Jasper, lo siguió.

Una hija.

Foster y Vivienne tenían una familia.

—Talia. —Lyla me tocó el codo.

No podía hablar. No podía respirar. No podía moverme.

¿Cuándo terminará esto? ¿Era esto una especie de broma de mal gusto? ¿Su manera de torturarme?

Lyla se puso delante de mí, obligándome a establecer contacto visual.

—¿Qué puedo hacer?

Sacudí la cabeza y logré hablar:

PROHIBIDA SU VENTA

—Trabajo. Tengo que volver al trabajo.

—De acuerdo. —Enlazó su brazo con el mío, dando un paso y tirando tan fuerte que no tuve más remedio que caminar.

Hoy me había tomado un descanso para almorzar y había venido a la cafetería para hablar con Lyla. Habíamos decidido dar un paseo por el centro de la ciudad porque su camarera, Crystal, era muy dulce pero cotilleaba constantemente. Ni Lyla ni yo confiábamos en que no nos escuchara.

Así que mi hermana y yo habíamos paseado por el centro, por detrás de la cafetería y por los alrededores del hotel, mientras le contaba a Lyla todo lo que Foster había revelado la noche anterior.

Las peleas clandestinas. El chantaje de Arlo. El dinero. Mi sospecha de que Vivienne había estado enamorada de Foster desde el principio, por lo que había seguido el plan de su padre.

Había ganado a Foster. Y no sólo había conseguido reclamar el título de esposa, también le había dado una hermosa hija.

Una hija que una vez soñé tener.

—Maldita sea. —Las lágrimas inundaron mis ojos mientras cruzábamos la calle, y parpadeé para alejarlas.

—Bueno, le daré crédito a Foster por algo —dijo Lyla mientras rodeábamos su edificio hacia el callejón donde había estacionado mi Jeep—. Te ha sacado de tu caparazón emocional.

Reduje la velocidad de mis pasos, obligándola a hacer lo mismo.

—¿Qué? No tengo un caparazón emocional.

—¿No? —Me dedicó una sonrisa triste.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo esto hoy?

—Tienes razón. Olvida que he dicho algo.

Era poco probable.

—Sólo porque sea privada no significa que tenga un caparazón emocional —dije.

—No he dicho eso para buscar pelea. —Levantó las manos—. No es que nos peleemos nunca. No es que tú te pelees con nadie. O que llores con

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

alguien. Somos hermanas gemelas y la última vez que tuvimos una discusión decente fue en el instituto.

Me quedé boquiabierta.

—Lo siento. Mal momento. Es que… No puedo evitar pensar que desde que ha venido a la ciudad, has sido más abierta conmigo en días que en años.

—¿Lo estás alabando por romper mi corazón? —Sacudí la cabeza, mientras la frustración burbujeaba dentro de mi pecho—. ¿Estás tratando de hacerme enojar?

—¿No? Sólo estoy haciendo una observación.

—Increíble. —Me alejé, sacando las llaves del bolsillo de mi abrigo.

—¡Sólo estás demostrando mi punto! —dijo a mi espalda.

Levanté una mano y la aparté.

—¿Ves?

Me giré, caminando hacia atrás unos pasos.

—Querías una buena pelea. Ahora tienes una. No me llames durante al menos dos días.

Lyla se encogió de hombros mientras una sonrisa exasperante aparecía en su rostro.

—Tres días —grité, luego me di vuelta y me dirigí furiosa hacia mi Jeep. Cerré la puerta con demasiada fuerza y me golpeé la mano con el volante—. Ay. Maldita sea.

Gracias a mi hermana, al menos no estaría llorando cuando llegara al hospital.

¿Un cascarón emocional? ¿Cómo podía decir eso? Me reía, sonreía y bromeaba todo el tiempo. Era feliz. Era una persona felizmente contenta.

Me rechinan las muelas mientras me dirijo al trabajo. Entré furiosa en los vestuarios para guardar el abrigo y las llaves, y me lavé las manos antes de dirigirme al pasillo, dispuesta a ahogarme en el trabajo durante las próximas horas.

—Hola, Rachel —dije cuando me detuve en la estación de las enfermeras—. Sólo quería que supieras que he vuelto.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Estaba sentada detrás del mostrador, con los ojos pegados a la pantalla del ordenador. Su mirada se dirigió hacia mí antes de mirar el reloj de pared por encima de su hombro.

—¿Un almuerzo largo?

No la llames perra. No la llames perra. Forcé una sonrisa.

—Sólo una hora. Como siempre. Por favor, avísame cuando llegue mi cita de las dos.

—¿No lo hago siempre? —Rachel volvió a prestar atención a la pantalla y me echó.

La actitud de esta mujer acabó con mi paciencia. ¿Pero qué debía hacer? ¿Denunciarla? Eso sólo empeoraría las cosas.

Esta no era la cafetería de Lyla. Si mi hermana tenía problemas con un empleado, podía despedirlo, poner un cartel de se busca ayuda y tener un nuevo camarero en dos semanas.

Rachel, a pesar de todos sus defectos de personalidad, era una buena enfermera y directora. Pelear con ella no me serviría de nada. Así que me alejé.

—Porque soy una maldita profesional —murmuré para mis adentros.

El doctor Anderson venía caminando por el pasillo, vestido con su habitual pantalón caqui y una bata blanca de laboratorio del mismo color que su cabello.

—Hola, doctor Anderson.

—Hola, Talia.

Talia. Yo llamaba a todos los médicos del Quincy Memorial *Doctor*. Y ellos me decían Talia. Las enfermeras también. No sólo Rachel, todos.

Nadie me llamaba doctora Eden. ¿Por qué? ¿No era digna de ese título? ¿No era digna del respeto? ¿Era por eso que Foster había ocultado la verdad sobre las peleas clandestinas y el chantaje? ¿Era por eso que papá se había enfrentado a Foster en el gimnasio en lugar de dejar que yo me encargara?

¿Todos me veían débil? ¿Incapaz?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Ya me voy —dijo—. Salgo temprano para llevar a mi esposa a cenar. Es nuestro aniversario, y me gustaría pasar por la joyería para comprar algo y por el mercado para comprar flores.

—Feliz aniversario —dije, fingiendo más sonrisas y una conversación educada aunque sólo quería ir a esconderme en el armario de suministros—. ¿A dónde vas a cenar?

—A Knuckles.

—Buena elección. Aunque soy parcial. —En realidad no. El restaurante de Knox era el mejor del estado. Y tenía ganas de pelear con cualquiera que no estuviera de acuerdo.

—¿Está todo listo aquí?

—Sí. Tengo un par de revisiones rutinarias esta tarde. Por lo demás, haré las rondas y me encargaré de todo lo que surja.

—Excelente. El doctor Murphy está en Urgencias hasta las siete. Luego el doctor Herrera está de guardia esta noche si necesitas ayuda.

Doctor *Murphy*. Doctor *Herrera.*

Doctor. Doctor. Doctor.

—¿Te importaría revisar a algunos pacientes por mí esta tarde? —preguntó.

—En absoluto.

El doctor Anderson me hizo un rápido resumen y, con un gesto de la barbilla, se marchó y me dejó sola.

El hospital no tenía ni el presupuesto ni la demanda de un doctor permanente. Los turnos de día y de noche se escalonaban, y los horarios variaban. Había al menos un doctor en el edificio desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. En días como hoy, cuando teníamos citas programadas, uno de los médicos estaba en esta ala con salas de pacientes y exámenes, mientras que el otro estaba en la sala de urgencias para atender a los pacientes sin cita previa.

Cuando empecé mi residencia, todos mis turnos habían coincidido con los del doctor Anderson para que pudiera supervisar y observar. Como mi

PROHIBIDA SU VENTA

mentor y profesor, habíamos trabajado juntos en los casos. Pero a medida que avanzaba en ese primer año, me dio más libertad.

Ahora, con tres años de antigüedad y tan cerca de hacer mis exámenes y obtener mi licencia, a menudo trabajaba sola las horas de la tarde y de la noche. Se había convertido en mi momento favorito en el hospital.

Las mañanas eran agitadas. La hora del almuerzo solía ser demasiado corta. Pero a las cuatro o cinco, luego de la rotación de las enfermeras y el cierre de la ventana de citas, todo era tranquilo.

Mi última cita era con una mujer que había venido para su examen anual y una mamografía. Después de despedirme, la dejé para que se cambiara mientras yo recorría el pasillo, alejándome de las salas de examen y atravesando las puertas que conducían a las habitaciones de los pacientes que se quedaban a dormir.

El olor a ajo, tomate y pasta me llenó la nariz cuando pasé junto a una auxiliar de enfermería que llevaba una bandeja de comida. La cena de esta noche debe ser espaguetis.

Me detuve en la tercera puerta de la izquierda, llamando antes de empujarla para abrirla.

—Hola, Dante.

El adolescente acostado en la cama parecía tan miserable como ayer.

—Hola.

En su mesa estaba su propia bandeja de comida. El plato estaba protegido con una tapa metálica y el vaso de leche cubierto con un envoltorio de plástico.

—Los espaguetis son la mejor cena de la semana. ¿Necesitas ayuda con eso?

—Supongo —murmuró.

Fui al fregadero a lavarme las manos por enésima vez en el día, y luego lo ayudé a destapar la comida.

—¿Cómo te sientes?

—Como si tuviera dos piernas y un brazo rotos.

Le entregué un tenedor para su brazo intacto.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Podría ser peor. Podrías tener el cuello roto.

—Sí. —Dante pinchó su pasta.

—¿Cómo está tu dolor?

Miró la pizarra blanca de la pared donde se representaba la escala de dolor en la parte inferior.

—Tres.

—Llama si supera el cinco.

—De acuerdo —murmuró—. Mi mamá está enojada.

—Es su trabajo como tu madre estar enojada.

Dante había llegado ayer a Urgencias con una miríada de huesos rotos. Era un estudiante de segundo año de instituto. Él y un amigo habían pasado juntos el día de Año Nuevo. Habían decidido tirarse en trineo desde el tejado de Dante hasta un montón de nieve en la entrada. Él había hecho el viaje pionero, que lo había llevado a la parte trasera de una ambulancia, con destino: Quincy Memorial.

El doctor Murphy había estado ayer en Urgencias. Las fracturas fueron limpias, así que le acomodó los huesos y le puso férulas durante la noche. Y hoy, después de otra serie de radiografías para asegurarse de que todo estaba alineado, le pusieron escayola.

Se quedaba esta noche en observación, pero mañana estaría de camino a casa.

El padre de Dante era bombero en la ciudad. Su madre era contable. Dante era el mayor de cinco hijos y, según el recuento del doctor Anderson de antes, sus padres se intercambiaban los turnos aquí en el hospital. Su madre iba a dar a luz en cualquier momento.

—¿Quieres ver la televisión mientras comes? —pregunté, agarrando el mando a distancia.

—Mi madre dijo que no puedo hacer nada hasta que piense en la idiotez que hice.

Apreté los labios para ocultar una sonrisa.

—¿Y? ¿Pensaste?

—Oh, sí. —Asintió—. Soy un idiota.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Todo el mundo comete errores.

Señaló con la cabeza hacia sus piernas.

—Esto es un gran error.

Había cosas mucho peores en un cuerpo humano para romper que los huesos.

—Te curarás. No te preocupes. Estarás como nuevo en poco tiempo.

Las comisuras de su boca se volvieron hacia abajo. Sus ojos oscuros se inundaron.

—Me voy a perder la temporada de baloncesto.

—Apuesto a que el entrenador Payne te dejará sentarte en el banquillo y animar a tu equipo. —El entrenador de baloncesto del instituto era una de las personas más agradables de Quincy y quería a sus jugadores.

Dante suspiró.

—Sí, supongo.

—Come la cena —dije, encendiendo la televisión—. Le diré a tu madre que un rato de televisión fue ordenado por el médico para aliviar el estrés y controlar el dolor.

Las lágrimas en sus ojos sólo parecían multiplicarse mientras hacía girar algunos espaguetis alrededor de su tenedor.

Pobre chico. Había aprendido una dura lección esta semana.

—¿Te importa si me siento contigo? —pregunté, consultando mi reloj. Siempre había trabajo que hacer, pero me quedaría hasta que llegara su madre.

—Está bien. —Se encogió de hombros y comió otro bocado.

Acerqué la silla de invitados.

—¿Qué te apetece ver? ¿ESPN? ¿Disney? ¿Cartoon Network?

—ESPN.

Me desplacé por la guía y encontré el canal adecuado.

La atención de Dante se centró al instante en la pequeña pantalla y en el resumen de las noticias deportivas.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

ESPN no era un canal que yo mirara, sobre todo porque no tenía ganas de estar al día de los deportes profesionales. Pero también porque conllevaba un riesgo demasiado alto de ver a Foster en la televisión.

La madre de Dante tenía razón. Deberíamos haber dejado la televisión apagada.

Como si el universo supiera que estaba sintonizado, los locutores cambiaron el tema del fútbol a la UFC. El programa pasó a una entrevista en la que un reportero sostenía un micrófono en la cara de un hombre.

El hombre llevaba una sudadera y una camiseta sin mangas, con los brazos musculosos cubiertos de tatuajes. Entre los pitidos que utilizaban para tapar sus palabrotas, hablaba mal de una pelea.

—Scott Savage va a patear el culo de ese chico bip. ¿Me oyes? Es viejo. El hombre necesita retirarse. Scott Savage lo va a mandar a la jubilación.

—Este tipo es un idiota —se burló Dante—. Siempre habla de sí mismo en tercera persona. Con sus dos nombres. ¿Quién hace eso? Espero que Foster Madden le patee el culo.

¿Scott Savage era el oponente de Foster para su próxima pelea? Ya lo odiaba. *Bastardo engreído.*

—Yo también.

El rostro de Foster apareció en la pantalla, durante un minuto, mientras el locutor recapitulaba la fecha de la pelea y las estadísticas de cada hombre.

Foster, en ESPN.

Era surrealista verlo en la pantalla. Siempre había creído que lograría grandes cosas. Había creído tanto en él que la pérdida de esa fe no hizo más que multiplicar el vacío cuando se fue.

Dejé caer mi mirada al suelo e ignoré la televisión. Fue fácil, como ponerme unas orejeras en los oídos.

Tenía una hija.

Una niña encantadora que era un espejo de Vivienne, desde sus ojos color chocolate hasta el tono de su cabello, castaño con mechas rojas que brillaban como hebras de cobre bajo el sol.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Mi mano se acercó a mi corazón. Por mucho que apretara, el dolor no desaparecía. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Kadence. Lindo nombre para una linda niña.

Un nombre que habría conocido si lo hubiera buscado.

Tal vez debería haberlo buscado hace años. Pero definitivamente debería haber investigado cuando llegó a Quincy. Antes de dejarlo entrar en mi casa. Mi cuerpo.

Dios mío, fui una idiota. Una maldito idiota.

Por supuesto que tenían una hija. ¿Hijos? ¿Tenían más de un hijo? Habían estado casados el tiempo suficiente para tener una familia.

Foster y Vivienne. Y Kadence.

Los Madden.

Mi corazón se retorció de nuevo.

—¿Estás bien? —Dante miraba fijamente mi perfil, con el tenedor flotando sobre su plato.

—Estoy bien. —Levanté el mando a distancia y subí el volumen. Luego me limpié el rabillo del ojo y me senté más erguida, quedándome hasta que su madre entró en la habitación, sin importarme que estuviera viendo la televisión mientras cenaba.

El dolor en el pecho se mantuvo durante el resto de mi turno. Cuando estaba en los vestuarios, mirando las marcas en el interior de mi taquilla, el dolor aumentaba.

¿Para qué servía llevar la cuenta de los días buenos? ¿Debía borrar las líneas? ¿Tirar el rotulador a la basura? Había estado tan decidida a ganarme a las enfermeras, a mis colegas y a nuestros pacientes. Demostrar mi valía.

Ni siquiera me llamaba doctora Eden. Tal vez no me lo había ganado.

Apreté los dedos sobre las marcas, dudando un momento, antes de borrarlas. Luego me puse el abrigo, cerré la taquilla y salí a la fría y oscura noche.

Las calles de Quincy estaban tranquilas. Pequeños copos de nieve flotaban en el cielo, captando los rayos de mis faros. Cuando llegué al desvío de Main que me llevaría a casa, dudé, casi continué derecho. Estuve a punto

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

de conducir hasta el rancho para pasar la noche y dormir en casa de mamá y papá.

Pero me giré, sabiendo que la camioneta de Foster estaría frente a mi casa.

Y así fue.

El hombre estaba sentado en la escalera superior de mi porche.

Después de meter el Jeep en el garaje, entré a trompicones, con los pasos tan pesados como mi corazón. Encendí las luces mientras me dirigía a la puerta principal, me deslicé fuera y me uní a él en la escalera. Nos sentamos con los codos apoyados en las rodillas y las miradas dirigidas al frente.

Mi ira de la noche anterior se había desvanecido. O tal vez sólo estaba enmascarada con este entumecimiento. Cerrarme parecía ser la única manera de no sentir demasiado.

Podía estar tranquila, sentado en la noche, al abrigo de la nieve. En mi barrio no había farolas. La única luz provenía de las casas, doradas, alegres y cálidas. Yo era la única persona soltera que vivía en este barrio. Todas las demás casas pertenecían a una familia.

Podría haber sido pacífico.

Excepto esta noche, nunca me había sentido tan sola.

—¿Dónde está tu hija? —le pregunté.

—Con Vivienne en el hotel. —Arrastró una palma sobre su barba—. Pensé que lo sabías.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pensé que me habías buscado en algún momento.

—Nunca.

Nunca. La gravedad, la magnitud, de esa palabra parecía tan interminable como el cielo nocturno.

—Kadence comienza la escuela aquí mañana.

Me senté más erguida.

—¿Qué?

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Esa es parte de la razón por la que estoy aquí. No quiero que crezca en Las Vegas. No quiero que forme parte de ese mundo.

—¿Así que has venido aquí? ¿A *mi* mundo?

—Quincy es donde estás.

Foster había venido a Montana por mí. Lo sabía desde hacía semanas, pero esta noche, lo vi de otra manera. No sólo él se había mudado. Había mudado a su hija. A su familia.

—Me dijiste que si te escuchaba y seguía queriendo que te fueras, que te irías. No te ibas a ir, ¿verdad?

Se encontró con mi mirada.

—Nunca.

Nunca.

—Nunca he estado, ni estaré, enamorado de Vivienne —dijo—. Nunca he dejado de amarte.

—Foster…

—Y nunca lo haré.

Me llevé la mano al pecho por lo que me pareció la centésima vez en el día. Presioné, presioné y presioné. Pero eso no impidió que mi corazón se rompiera. Líneas irregulares comenzaron a abrirse, justo en mi centro.

Había una razón por la que no había salido con nadie. Había una razón por la que no había seguido con mi vida. Por qué no tenía un marido o una familia propia. Por qué estaba casada con mi carrera.

Sus *ojos* reflejaban los míos.

Por eso esto me dolía tanto. Le había dado mi corazón y nunca lo había recuperado.

Me levanté del escalón, me dirigí a la acera, y luego pisé la nieve del patio, mis zapatillas se hundieron. El hielo se deslizó bajo el dobladillo de mi pantalón, derritiéndose contra mi piel.

Esta nieve fresca había añadido una capa perfecta de blanco, como el azúcar en polvo que Lyla espolvoreaba sobre sus pasteles.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Tuve cuidado con mis pasos, haciendo todo lo posible por no dejar marcas innecesarias en la superficie inmaculada, y luego me tumbé de espaldas, con las piernas estiradas y los brazos a los lados.

Las batas no eran precisamente ropa de nieve. Mis piernas se enfriaron al instante, pero no me importó. Hice un ángel de nieve, levantando los brazos y extendiendo las piernas, mientras mantenía los ojos fijos en las pocas estrellas que se atrevían a brillar más allá de las nubes.

Foster me siguió, uniéndose a mí en la nieve. Permaneció inmóvil durante unos momentos, con los ojos en el cielo, hasta que sus piernas se movieron. Luego sus brazos. Hizo su propio ángel, y luego abandonó el cielo para mirarme a la cara.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté—. ¿Tu hija?

—Hay más para contar de lo que dije anoche.

—Responde a la pregunta.

En el fondo, sabía la respuesta, o tenía una idea aproximada. Era doctora en una pequeña ciudad, lo que significaba que veía a muchos niños en las salas de examen. Niños que necesitaban sus revisiones anuales. Niños que recibían vacunas para el jardín de infantes. Niños con golpes y moretones. Niños que habían perdido los dientes delanteros, normalmente a los seis o siete años.

Foster exhaló.

—Cumplió siete años el mes pasado.

Siete.

Habíamos estado separados siete años. Lo que significaba que si el cumpleaños de la niña era en diciembre, Vivienne había estado embarazada antes de que yo me fuera.

—Nunca te engañé, Talia.

Otro nunca.

¿Fui una tonta al creerles?

—¿Me dejarás explicarte? —Se acercó a mí, con sus fríos dedos rodeando los míos—. Por favor.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

No respondí. Tiré de mi mano y me levanté, dejando a Foster en el patio mientras entraba.

Cuando me desperté a la mañana siguiente y me asomé a la ventana, nuestros ángeles de nieve habían desaparecido. Borrados por la tormenta y los centímetros de nieve que habían caído durante la noche.

Borrados, como si nunca hubieran existido.

Lloré durante una hora antes de ir a trabajar.

Quería que volvieran los ángeles.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

13

Foster

Miré el reloj del microondas.

—Mierda. Llego tarde.

—Toma. —Jasper abrió la nevera, agarró una botella de agua y me la lanzó—. Hasta mañana.

—Hasta mañana. ¿Quieres cerrar antes de irte? —Tomé la botella, saludé con la mano y salí corriendo hacia la puerta, sin esperar su respuesta mientras salía a toda prisa hacia la camioneta.

Jasper llevaba aquí desde las nueve de la mañana, dándome una paliza. En Las Vegas, empezábamos nuestros días más temprano, alrededor de las seis y terminábamos cerca del almuerzo. Pero en Quincy, nuestras horas de entrenamiento serían dictadas por el horario escolar de Kadence.

Así que Jasper venía a las nueve, después de dejar a Kaddie en la escuela, y terminábamos a las dos, lo que me daba el tiempo justo para darme una ducha rápida antes de ir a la ciudad a recogerla.

Hoy era el primer día oficial de entrenamiento desde que me había mudado, y Jasper no se había contenido. Después de una intensa rotación de cardio y calistenia, habíamos pasado dos agotadoras horas en el ring haciendo ejercicios de derribo. Todo para prepararme para la pelea con el maldito Scott Savage.

Normalmente, sólo pensar en el nombre de ese imbécil me daría una oleada de adrenalina. Una emoción ante la idea de poner a ese pedazo de mierda en su lugar. Pero mi cabeza, mi corazón, no estaban en ello. Algo que Jasper había comentado numerosas veces hoy cada vez que me sorprendía mirando a lo lejos, pensando en Talia.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Hacía seis días que no hacíamos ángeles de nieve en su jardín.

Le había dado tiempo, esperando tontamente que entrara en razón. No lo hizo. Cada día que pasaba, mis esperanzas se desvanecían.

La única parte brillante de los últimos seis días había sido Kadence.

Mi teléfono sonó mientras conducía, el nombre de Vivienne apareció en la pantalla.

—Hola.

—Hola. ¿Cómo estuvo el entrenamiento?

—Fue un día largo —dije—. Se me hace un poco tarde.

—Está bien. Esperaré. —Vivienne quería estar al teléfono cuando recogiera a Kadence. Si no podía estar aquí en persona, esta era la siguiente mejor opción.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Odio esto. La echo de menos. Las llamadas telefónicas no son suficientes.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Es temporal.

Ella suspiró.

—Lo sé, pero aun así apesta.

La semana pasada había sido una semana corta en la escuela. Vivienne se había quedado en Quincy, asegurándose de que Kaddie se instalara en el departamento. Habían dormido juntas en el dormitorio y habían deshecho las maletas de Kaddie, llenando su armario y sus cajones. Colgaron algunas fotos en las paredes y trataron de que pareciera un hogar.

Entonces Vivienne se había ido el sábado. La habíamos llevado en auto las dos horas que separan Missoula del aeropuerto y, luego de una llorosa despedida, voló a Las Vegas mientras Kadence y yo volvíamos a casa, a Quincy.

Ella había llorado durante casi una hora en ese viaje. Y yo no había podido distraerla porque tenía que mantener la vista en la carretera.

Para el próximo viaje de Vivienne, alquilaría un avión para que pudiera volar directamente a Quincy y aterrizar en el pequeño aeropuerto local que no ofrecía vuelos comerciales. Al menos eso nos ahorraría el viaje.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Estamos cometiendo un error? —preguntó.

—Espero que no. —Suspiré. Intentábamos ser buenos padres. Intentábamos tomar las decisiones correctas para nuestra hija. Quincy tenía la promesa de una vida y una infancia maravillosas.

—¿Está bien?

—Está bien, Vivi. También te extraña.

—Es temporal —repitió—. Pronto estaré allí.

Mientras yo estaba aquí con Kaddie para que pudiera empezar la escuela, Vivienne estaba en Las Vegas. Estaba empacando la casa para ponerla en el mercado. Ella vendería Angel. Estaba planeando una boda.

Ella también estaba superando el chantaje de Arlo.

—Mira, antes de recoger a Kadence, tengo que hablar contigo de algo —dije.

—Bien. ¿Qué pasa?

—Tengo que decirle a Talia la verdad. Toda la verdad. —Incluyendo la parte de la historia de Vivienne. Si Talia me hubiera dejado explicar la otra noche, lo habría hecho.

—No. Me lo prometiste.

Apreté la mandíbula.

—La estoy perdiendo, Vivi. No puedo perderla.

—Iré este fin de semana. ¿Puedes esperar? ¿Por favor?

Mierda.

—Bien.

—Gracias.

—Sí —murmuré.

El resto del trayecto hasta la ciudad transcurrió en silencio. Me uní a la fila de padres para recoger a los niños. Entonces apareció mi hija, trotando hacia la camioneta, con su mochila rebotando y su abrigo colgado de un brazo.

Hacía cinco grados en el exterior.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Hola, papá. —Sonrió mientras subía al asiento trasero.

—Hola. ¿Por qué no llevas tu abrigo?

Ella gimió.

—No hace tanto frío.

—Kadence Rose Madden —dijo Vivienne—. Ponte el abrigo.

—¿Ahora mismo? —Sus ojos suplicaron mientras se acomodaba en su asiento infantil.

—No, sólo abróchate el cinturón. —Puse la calefacción a tope, aunque todavía estaba ardiendo por el gimnasio.

—Cuéntame todo sobre tu día, cariño —dijo Vivienne.

—Estuvo bien, supongo. —Kadence se tocó el lado de su cabello donde los mechones eran más cortos, ocultos en su mayoría a menos que supieras dónde mirar.

El movimiento se había convertido en un hábito suyo, que me hacía estremecer.

—¿Qué había para comer? —pregunté mientras me alejaba de la escuela.

—Pizza.

—Me gusta la pizza. ¿Estaba rica?

—Estuvo bien.

—¿Hiciste algunos amigos? —preguntó Vivi.

Kadence se encogió de hombros.

—Más o menos.

La estudié por el retrovisor. Sus ojos estaban en su regazo. Mi hermosa niña con un hermoso espíritu que estaba aprendiendo demasiado joven que la gente, especialmente otros niños, podían ser crueles.

Sólo había una escuela primaria en Quincy. Una escuela media. Una escuela secundaria. Kadence se graduaría con la mayoría de los niños que había conocido la semana pasada. En una comunidad más pequeña, esperaba que tuviera la oportunidad de establecer relaciones más estrechas

PROHIBIDA SU VENTA

con sus compañeros de clase. Que Vivienne y yo pudiéramos conocer mejor a los padres. Que aprendiéramos en quién confiar.

Y en quién no confiar.

—Bien, Vivi, será mejor que te dejemos ir —dije, frenando cuando el hospital se vislumbró en la distancia.

—Me llamarás más tarde, ¿verdad?

—Sí.

—Adiós, mamá —dijo Kadence—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Vivienne sollozó. Se puso a llorar después de que colgáramos. Y sospeché que su plan de quedarse en Las Vegas hasta el verano cambiaría pronto. No aguantaría seis meses tan lejos de nuestra hija, por mucho que la visitara.

Entré en el estacionamiento del Quincy Memorial y vi el Jeep de Talia en su lugar habitual. No importaba lo que pasara entre nosotros, siempre quería verla. Había pasado demasiado tiempo sin ella en mi vida. Pero hoy, una parte de mí esperaba que no nos encontráramos. Por su bien, no por el mío.

Sería más fácil para Talia ver a Kadence después de que Vivienne le explicara este fin de semana.

—¿Tienes deberes? —le pregunté a Kadence mientras estacionaba la camioneta en un lugar para visitantes.

—Palabras de ortografía. Pero las conozco todas.

Me volví para guiñarle.

—Seguro que sí.

Ella me devolvió el guiño.

Agarré el abrigo y su mano mientras caminábamos por la entrada del hospital. Un día, Kaddie no querrá que la tomara de la mano, así que lo haría todas las veces que me dejara.

Nos registramos en el mostrador de recepción y luego esperamos en el vestíbulo hasta que nos llamó una enfermera. Pesó Kaddie y midió su estatura antes de acomodarnos en una sala de exploración.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Así que esto es sólo una revisión de una niña sana? —preguntó la enfermera mientras tomaba el pulso a Kaddie.

—Así es.

El viernes había llegado a casa un folleto en su mochila en el que se anunciaba que pronto empezaría el baloncesto de primer y segundo grado. Kadence quería jugar y, como nos íbamos a mudar aquí, necesitaría un chequeo. Así que llamé y pedí una cita con el doctor Anderson.

No Talia. Todavía no. Pero algún día.

Este fue el comienzo de otro asalto en la lucha. Mi táctica hasta ahora había sido inútil. Así que era el momento de retroceder, de intentar otra estrategia.

Darle espacio. Dejar que contemple el pasado desde un ángulo diferente.

Talia había pasado siete años pensando en mí, bajo una luz contaminada. Tenía que adaptarse a este nuevo matiz.

La verdad.

—¿Alguna preocupación? —preguntó la enfermera.

—No. —Sacudí la cabeza.

—Genial. —La enfermera tecleó unas cuantas cosas en el ordenador y se puso de pie—. El doctor Anderson estaba terminando con otro paciente, luego vendrá.

—Te lo agradezco. —Asentí mientras ella salía de la habitación.

Kadence empezó a balancear las piernas sobre la mesa de exploración, el papel bajo su trasero se arrugó.

—¿Quieres leer un libro mientras esperamos? —pregunté, señalando la cesta de libros que había en el suelo.

—No.

El papel era de un diseño de globos aerostáticos. Había una vitrina de Hot Wheels colgada en una pared. Junto al fregadero había un tarro de piruletas y otro de depresores linguales.

—¿Qué deberíamos cenar? —le pregunté a Kaddie.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta.

No fue el doctor Anderson quien entró en la habitación.

Talia. Mi corazón dio un salto.

Llevaba su uniforme y una bata blanca de laboratorio con un estetoscopio alrededor del cuello. Tenía su cabello sedoso recogido en una coleta, con las puntas colgando sobre un hombro.

—Hola. —Me dedicó una sonrisa tensa—. El doctor Anderson se retrasó y me preguntó si podía hacer la revisión de Kadence.

—Por supuesto. —Contuve la respiración cuando entró en la sala de examen, cerrando la puerta detrás de ella.

—Hola, Kadence. —Extendió su mano a mi hija—. Soy Talia.

—Hola. —Kaddie le dedicó una tímida sonrisa, totalmente ajena al dolor en el rostro de Talia cuando sus manos se tocaron.

Por suerte, ése fue el único momento en el que Talia pareció molesta. Dirigió el examen, charlando con Kadence y haciéndole preguntas sobre la escuela. Profesional y compasiva. Exactamente el tipo de doctora que siempre había sabido que sería.

—La señora Edwards es una profesora muy buena —dijo Talia—. No le digas a nadie que te he dicho esto, pero es la mejor profesora de primer grado. Tienes suerte.

Kadence sonrió, mirando en mi dirección.

—Bien, ya hemos terminado. —Talia se sentó en el taburete rodante, agitando el ratón del ordenador—. ¿Ya te has vacunado contra la gripe?

Asentí.

—Lo hicimos.

—Entonces ya está todo listo. —Talia no me había mirado ni una sola vez desde que empezó el examen. Su atención se había centrado por completo en su paciente.

Por mí estaba bien. Podría haberla besado por todas las sonrisas amables que le había dado a mi hija. Kaddie se merecía esa atención.

—Da las gracias —le dije a mi hija.

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Gracias, Talia.

—Doctora Eden —corregí.

Talia se había ganado ese título. En este edificio, lo usaríamos.

—Doctora Eden —repitió Kadence.

Talia me miró por primera vez, y había algo en su expresión que no pude leer.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Ella lo hizo a un lado—. La salida está al final del pasillo y a tu izquierda.

—Espera. —Me puse de pie antes de que pudiera desaparecer—. ¿Puedo tener un minuto?

—Umm…

—Bueno, gracias. —Le indiqué a Kadence que se bajara de la camilla—. Ponte los zapatos y quédate en el pasillo un minuto, ¿si, bichito? Necesito hablar con la doctora Eden un segundo.

En cuanto Kaddie salió, cerré la puerta. Entonces, tomé la cara de Talia en mis manos y, antes de que pudiera detenerme, sellé mis labios sobre los suyos. Lamí su labio inferior y ella gimió, abriéndose para mí.

Incliné mi boca sobre la suya, saboreando el interior. Dios, ella sabía bien. Era lo mejor de este maldito mundo. El fuego corrió por mis venas cuando su lengua se enredó con la mía. Sus manos se acercaron a mis brazos, agarrándose con fuerza.

No podíamos terminar. Todavía no. No si me besaba así.

La besé rápida y profundamente, y luego la dejé ir.

Bueno, tal vez no le estaba dando espacio.

—¿Por qué ha sido eso? —preguntó, apartándose. Su mano fue hacia sus labios, no para limpiar mi beso, sino para tocarlo.

—Para dar las gracias.

—¿Por un examen?

—Por ser amable con Kadence. Este ha sido un año duro para ella.

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

Simply Books

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Sólo estaba haciendo mi trabajo. —Hizo un movimiento hacia la puerta, pero le agarré la mano antes de que pudiera escapar.

—Recuerdo todo lo que me contaste sobre Quincy. Cómo la gente salía de sus casas sin cerrar las puertas. Cómo el pueblo se engalanaba con los colores de la escuela cada vez que un equipo llegaba a un campeonato. Vine aquí por ti, Tally. Me quedaré por ti. Pero también vine por Kadence. Porque haría cualquier cosa para darle tu infancia en lugar de la mía.

Talia estudió mi rostro durante un largo momento y luego asintió, zafándose de mi agarre para abrir la puerta. Pero tuvo que retroceder cuando otra mujer, con la mano levantada para llamar a la puerta, estuvo a punto de chocar con ella.

—Oh, lo siento, Rachel.

—Talia. —Los labios de Rachel se fruncieron en una fina línea—. No soy una niñera.

—Sólo estábamos...

Antes de que Talia pudiera terminar de explicarse, Rachel hizo una mueca y se alejó.

¿Qué diablos?

Los hombros de Talia cayeron derrotados. Lo disimuló rápidamente, sonriendo a Kaddie antes de alejarse.

¿Qué demonios fue eso? Kadence estaba de pie contra la pared, sin moverse, sin causar problemas, sólo esperando como le había pedido. No fue necesario hacer de niñera durante los dos minutos que había tardado en besar a Talia.

—Vamos. —Extendí mi mano y tomé la de Kaddie, guiándola hacia la salida. Pero antes de que atravesáramos la puerta que nos llevaría al vestíbulo, miré por encima de mi hombro justo a tiempo de ver a Talia corriendo para alcanzarnos.

Tenía el abrigo de Kaddie en la mano.

Ambos lo habíamos olvidado.

—Toma. —Se lo entregó, y luego dio un paso atrás. Luego otro.

—Gracias, doctora Eden. —Bajé la barbilla.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Volvió a tener esa extraña expresión. Casi de confusión.

—Nadie, um... me llama doctora Eden.

—¿No te gusta?

—No, no me importa. Supongo que aquí sólo soy Talia. La mayoría de la gente en Quincy me conoce desde que era una niña.

—¿Y? —Igual podían tratarla con el respeto que se había ganado.

Levantó un hombro.

—Adiós, Foster.

—¿Doctora Eden? —La detuve antes de que pudiera darse la vuelta.

—¿Sí? —La esquina de su boca se levantó. Si a ella le gustaba oírme llamarla doctora Eden, a mí me gustaba decirlo. Estaba muy orgulloso de lo que había logrado.

—Nunca serás *sólo Talia*. No para mí.

Esos brillantes ojos azules se iluminaron. Y por mucho que odiara perder la sonrisa de su cara, no me importó ni un poco que se la diera a Kadence en su lugar.

—Nos vemos, señorita Madden.

Kaddie soltó una risita.

Talia se rió.

Y así como así, estaba de vuelta en esta lucha.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

ROUND 4

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

the EDENS

THE EDENS #3

DEVNEY GARNET PERRY

14

Talia

Nunca serás sólo Talia. No para mí.

En los cuatro días que habían pasado desde que Foster y Kadence llegaron al hospital, había repetido sus palabras cien veces. Mil. Y cada vez, mi corazón dolía un poco menos. Mi ira se desvanecía un poco más.

El tiempo era curativo.

También las verdades.

—Buenas noches —le dije a la enfermera del mostrador de la recepción cuando pasé por delante de su mesa—. Que tengas un buen fin de semana.

—Tú también, Talia —dijo con un saludo.

¿Debo corregirla? ¿Debo pedirle a todos que me llamen doctora Eden? No. Eso sólo lo haría incómodo. ¿Y para qué? ¿Mi orgullo? ¿Mi ego? Todo lo que quería era que la gente confiara en mí como su doctora. Su colega. No necesitaba el título.

Pero tampoco me importaría.

Es curioso que la única persona que había insistido en llamarme doctora Eden había sido Foster. Un hombre que me conocía íntimamente. Un hombre que había susurrado mi nombre mientras estaba dentro de mi cuerpo. Pero había insistido en llamarme doctora Eden. Insistió en que Kadence hiciera lo mismo.

¿Era por eso que lo había besado? ¿O porque cuando se trataba de Foster, no tenía control?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Dios, ese beso. Una mujer podría sobrevivir con un beso así cada día. Sólo pensar en ello me hacía palpitar el corazón. Resistirse a él era imposible.

Foster Madden tenía una presencia tan poderosa como un trueno.

Yo era la mujer que siempre había amado su tormenta salvaje.

¿Qué estábamos haciendo? Durante muchos años, mis próximos pasos habían sido planificados. El camino se extendía ante mí que no me había preocupado por lo que me esperaba al final.

Licenciatura. Facultad de Medicina. Residencia. El final del camino estaba a la vista. Los años habían pasado como un borrón. ¿Y ahora qué?

¿Qué pasa con Foster?

Una y otra vez, había reproducido lo que me había contado sobre Arlo. Sobre Las Vegas y las peleas. Sobre estar atrapado. Dijo que había más que discutir. Lo había.

Kadence.

Foster había prometido que nunca me engañó con Vivienne. ¿Era una tontería creerle? Durante una semana, había buscado dudas en mi corazón y no había encontrado nada.

¿Quién era esa niña? La mejor pregunta no era quién... sino de quién. Si no era Foster, ¿quién era su padre?

Me alejé del hospital y me dirigí al centro de la ciudad y estacioné detrás del hotel junto a la camioneta de mi hermano.

Knox me había enviado un mensaje esta noche para ver si quería comer en Knuckles. Quizá se había enterado de que Lyla y yo no nos hablábamos. O quizás Lyla le había hablado de Foster.

Llevaba una semana evitando a mi familia porque no quería que hicieran de mediadores entre Lyla y yo. Pero ya era hora de dar la cara, y cuando se trataba de mis hermanos, todos elegíamos favoritos.

Mateo era el mío. Pero como actualmente estaba volando aviones en Alaska y relativamente fuera de contacto, iba a mi segundo favorito, Knox. A pesar de que *su* favorita era Lyla.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Entré en el hotel, habiendo cambiado mi uniforme en el vestuario por un vaquero y un jersey azul marino.

Eloise estaba en la recepción con el teléfono intercalado entre el hombro y la oreja para poder escribir con las dos manos.

Golpeé el mostrador y saludé para que supiera que estaba aquí.

—Un minuto —dijo.

La dejé para que terminara la llamada y me dirigí a la sala de estar junto a la chimenea del vestíbulo y me quedé de pie junto al hogar, empapándome de su calor.

Este hotel había pertenecido a nuestra familia durante generaciones. Mamá lo había gestionado cuando yo era más joven, trabajando aquí mientras papá se encargaba del rancho. Pero en los últimos años, Eloise había reclamado The Eloise como suyo. Qué apropiado.

Había una vela de vainilla encendida en la mesa de café, cuyo aroma se mezclaba con el fuego. Habían quitado los adornos navideños, pero ella había conservado las pequeñas luces doradas que rodeaban las ventanas que daban a Main.

Probablemente, Eloise había encendido ella misma el fuego para que el vestíbulo fuera acogedor en una fría noche de enero. Este era su hotel, aunque su nombre aún no figurara oficialmente en la escritura. Mi hermana menor se había convertido en una gran mujer de negocios.

Sonaron pasos detrás de mí y me giré. Tal vez Eloise podría unirse a nosotros para la cena- Mi sonrisa cayó.

Vivienne.

Verla era inevitable. Sabía que este momento iba a llegar. Eso no lo hacía más fácil. ¿Qué estaba haciendo ella aquí en el hotel?

—Hola. —Su voz era temblorosa mientras se detenía detrás de un sofá.

Parecía adulta. Supongo que yo también lo parecía. Su cabello castaño era más corto que en la universidad y le caía por encima de los hombros. Su rostro era igual de bello, con los rasgos más definidos. Llevaba un bolso Chanel colgado del hombro. Su abrigo era de Prada. Tenía un aspecto impresionante y rico, como la ex mujer de un famoso luchador de la UFC.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Un brote de rabia, de amargura nacida de la traición, hizo que mis músculos se tensaran. Apreté las manos, con la espalda rígida.

Tocó el cuero y luego retiró las manos, metiéndolas en los bolsillos de su abrigo, para volver a sacarlas y guardarlas. Debería estar nerviosa.

—Me alegro de verte.

Arqueé una ceja.

Foster había sido chantajeado en este matrimonio. ¿Pero cuál era su excusa? Ella sabía cuánto lo amaba. ¿Cuántas noches habíamos pasado en nuestro departamento, riendo y cotilleando? ¿Cuántas veces se había burlado de mí por tener corazones en los ojos?

Y ella lo había tomado. Ella había tomado mi lugar.

Vivienne abrió la boca y luego la cerró, luchando por las palabras. Puede que ella no las tenga, pero yo sí.

—Eras mi mejor amiga. Te conté más que a mi hermana gemela. Te *quería*. ¿Cómo pudiste? —Sin esperar su respuesta, me alejé de la chimenea, manteniendo los ojos fijos en Eloise que seguía en la recepción.

—Talia, por favor. —Vivienne se acercó, extendiendo su mano.

Me aparté, no quería que me tocara.

—Lo siento.

—Todo el mundo lo lamenta hoy en día —dije.

—Nadie más que Foster. —Sus hombros cayeron—. Siempre te ha amado. Siempre. Lamentó todo lo que pasó. Ódiame si lo necesitas. Pero a él no.

—¿Estás defendiendo a tu marido? —Odiaba que pudiera reclamar ese título.

—Por favor, déjame explicarte.

—Todo el mundo tiene disculpas y explicaciones. Estoy harta de las explicaciones que llegan siete años tarde. Vete a la mierda.

Su bonito rostro palideció.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Maldita sea. Una sensación de asco se deslizó bajo mi piel. Yo no era mala. No me gustaba ser mala. Así que era el momento de irme porque estaba enfadada, y diría cosas que sólo nos harían sentir peor a los dos.

—Estaba embarazada —dijo Vivienne.

Hasta aquí llegó mi huida. Me enfrenté a ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Obviamente. He conocido a tu hija.

Vivienne se acercó y miró por encima del hombro hacia la puerta antes de bajar la voz.

—Kadence no es… no es la hija biológica de Foster.

Alivio. Dulce alivio de que mi suposición no había sido errónea. Que Foster no me había engañado. ¿Pero quién? Si no era Foster, ¿quién? Estaba en la punta de la lengua para preguntar, pero mantuve los labios cerrados.

—Kadence no lo sabe —dijo Vivienne—. No necesita saberlo. Foster es su padre. Ella lo quiere. Él la quiere. Y te ama a ti. Si aún sientes algo por él, por favor dale una segunda oportunidad.

La súplica en sus ojos me hizo descruzar los brazos.

—Solía hablar de ti —dijo ella—. Todo el tiempo. Especialmente en esos primeros años. Talia esto y Talia aquello. Era como si quisiera decir las cosas en voz alta para no olvidar lo mucho que te gustaba el helado de fresa o tener a Bravo de fondo mientras estudiabas. Cómo sólo llevabas sus camisetas a la cama y tarareabas cuando te secabas el cabello.

Foster había hablado de mí mientras yo me esforzaba por no pensar en su nombre.

—Me ponía muy celosa —dijo Vivienne.

—Porque estabas enamorada de él.

—No —se burló—. No te ofendas, pero qué asco. Foster es mi mejor amigo en el mundo, pero bien podría ser mi hermano. Tal vez si no hubiera sabido que ya te había entregado su corazón, sería diferente. Pero nunca lo fue. No lo amo.

—¿Entonces por qué estabas celosa?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Porque te amará durante toda su vida. Lo perdones o no. Por eso estoy celoso.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Me destruyó.

Vivienne asintió.

—Lo siento. Siento lo que hizo mi padre. Siento no haber reconocido antes el monstruo que había en él. También lamento mi papel y no haber presionado más para cambiar la situación. Lo siento mucho, Talia. Ojalá pudiéramos volver atrás. Hacerlo mejor. Pero para eso está aquí. Para arreglar nuestros errores.

Ella lo amaba. Tal vez no un amor romántico, sino el amor de familia. Ella abogaría por el caso de Foster, se arrodillaría y rogaría, porque lo amaba.

Había tenido años para amarlo. Para ser su amiga. Vivienne lo conocía mejor que yo. No era la única que estaba celosa.

—Hola. —Eloise apareció a mi lado, con una sonrisa.

Aparté mi mirada de Vivienne y abracé a mi hermana.

—Hola.

—¿Qué pasa? —Miró entre Vivienne y yo, probablemente tratando de averiguar por qué estaba hablando con ella. Tal vez Vivi era una invitada aquí de nuevo.

—Sólo hablábamos —dije—. Voy a cenar en Knuckles.

—Oh, qué divertido. —Eloise señaló hacia el mostrador de recepción— . Estoy atendiendo el mostrador durante unas horas más, si no me uniría a ustedes.

—Te traeré un postre —le dije, y luego lancé una última mirada a Vivienne.

Tenía lágrimas en los ojos. Tal vez había pensado que una disculpa borraría el pasado. Tal vez tenía razón. Pero no esta noche.

Así que me alejé, caminando con Eloise hacia el escritorio, donde la dejé trabajar mientras yo continuaba a Knuckles.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

El restaurante de Knox estaba lleno de gente, como la mayoría de los viernes por la noche. La conversación y las risas llenaban la sala de pared a pared mientras seguía a la camarera hasta una cabina que Knox había reservado para mí. El ambiente oscuro y malhumorado encajaba con el mío.

—¿Puedo ofrecerte algo más que agua para beber? —preguntó.

—Vino. Tinto. Cualquier tinto en cualquier copa grande, grande.

Se rió.

—Lo tienes, Talia.

—Gracias. —Me quité el abrigo y me metí en la cabina, hundiéndome en el asiento y cerrando los ojos.

Era demasiado duro. Había sido demasiado dura con Vivienne. Aunque no fui yo quien se casó con el novio de su mejor amiga.

La mesa se movió y abrí los ojos, esperando a mi hermano.

Pero fue Foster quien ocupó el lado opuesto de la cabina. Mi corazón dio un salto. Siempre saltaba, el órgano traidor.

—¿Qué estás haciendo?

Respondió arrancando la carta de vinos de donde estaba apoyada contra la pared de ladrillo.

—Foster —dije.

—Talia.

Miré por encima del hombro. ¿Estaban Vivienne y Kadence cerca?

—Salieron a cenar juntos. Vivienne está de visita el fin de semana antes de volver a Las Vegas.

—¿Y no te vas a unir a ellos?

—No.

La camarera volvió con mi vino, sorprendida por la presencia de Foster.

—Oh, lo siento. Knox dijo que iba a comer contigo esta noche.

—Él es...

—No. —Foster le dedicó su sonrisa más encantadora—. Cambio de plan. Yo también tomaré vino tinto. Lo que sea que Talia esté tomando.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Foster —le advertí, pero me ignoró.

—¿Cuál es el especial esta noche? —le preguntó a la camarera.

Lo contó todo, y después de que él pidiera uno para los dos, nos dejó solos, probablemente para informarle a Knox de que yo tenía una cita.

—Eres agotador. —Tomé un largo trago de mi copa de vino.

Sonrió y se estiró sobre la mesa para tomar mi mano libre entre las suyas.

—Vivienne dijo que hablaron.

—Fui mala con ella. —*Mierda*—. Y ahora me siento culpable.

—Estará bien. —Su pulgar acarició mis nudillos—. ¿Qué te ha dicho?

—Me habló de Kadence.

—Bien. —Suspiró, como si esa fuera la respuesta que esperaba que le diera—. Era importante para ella que fuera ella quien te lo dijera.

—¿Por qué?

Enhebró sus dedos entre los míos, mirándolos como si hubiera olvidado cómo era tener nuestras manos entrelazadas.

—Los dos nos arrepentimos. Vivi carga con mucha culpa porque fue su padre quien nos puso en esta situación.

—¿Qué pasó con ella y Arlo? —Vivi lo había llamado monstruo en el vestíbulo, pero cuando había vivido en Las Vegas, lo había adorado—. Dijo que estaba embarazada. ¿Quién es...?

—Yo. Soy el padre de Kadence. Ella es mía. —La voz de Foster tenía un tono de voz muy agudo antes de tragar con fuerza y aclararse la garganta—. Y no lo es.

La camarera apareció en ese momento, entregando la copa de vino de Foster. Él dio las gracias con la cabeza y bebió un sorbo. Todo ello mientras mantenía su mano entrelazada con la mía.

No intenté quitársela. En ese momento, parecía que la necesitaba.

—Vivienne estaba embarazada de cinco meses cuando te fuiste. Cuando Arlo me chantajeó después de esa pelea.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Cinco meses? —Busqué en mis recuerdos cualquier señal. No se le había notado, lo cual era normal en el primer embarazo. Y el estilo de Vivienne había tendido hacia el boho chic con tops fluidos y piezas en capas. No recordaba que estuviera enferma. No recordaba que saliera con nadie.

—Ella estaba viendo a un tipo. Se conocieron en el gimnasio, pero yo no lo conocía. Supongo que entraba y salía, estuvo allí poco tiempo. Probablemente porque era un hecho conocido que si alguien tocaba a la hija de Arlo, estaba muerto.

—¿Si?

—Oh, sí. —Foster resopló—. Sólo un tipo con ganas de morir habría perseguido a Vivi en Angel. Arlo quería que ese fuera su lugar seguro. Si alguien la miraba demasiado tiempo, uno de nosotros echaría al tipo.

—Pero no este.

Foster negó.

—Ella lo mantuvo en secreto y él dejó de venir al gimnasio. Decía que era algo casual, que casi siempre se veían y se enrollaban. Luego se quedó embarazada. Se asustó. No estaba segura de cómo decírselo a nadie, ni siquiera a este tipo. Supongo que él había hecho algunos comentarios sobre que no quería tener hijos.

—Oh. —Vivienne había pasado por todo eso mientras vivíamos juntas. ¿Qué clase de amiga era que no me había dado cuenta?—. Ella no me dijo nada.

—Lo mantuvo en secreto para todos. Creo que primero se armó de valor para decírselo a este tipo. Una noche fue a su casa para decírselo, pero se encontró con una mala situación. Este tipo tenía un compañero de piso. La chica del compañero de piso era una bocazas. Vivi dijo que era muy dramática. Vivienne oyó un alboroto en el departamento, así que se asomó al interior. El tipo y su compañera de cuarto se estaban turnando para golpear y patear a esta mujer.

Yo jadeé.

—Oh, Dios mío.

—Vivienne fue directamente a Arlo. Fue la semana de mi pelea.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Fue por el bebé que se casó contigo, ¿no? —Había asumido que estaba enamorada de él.

—El tipo de Vivi estaba en una banda.

—¿Qué banda?

—Del tipo en el que los miembros acaban muertos la mayoría de las veces. Del tipo que tiene conexiones estrechas con los cárteles de droga.

Me quedé boquiabierta.

—¿Y Vivienne no lo sabía?

Foster negó.

—Ni una pista. No hasta que Arlo lo expuso. Cuando le dijo que estaba embarazada y le contó lo que había visto en ese departamento, Arlo se puso furioso.

—Y fue entonces cuando decidió que te ibas a casar.

—Sí. Me tenía agarrado por las pelotas. Así que siguió retorciéndose. Arlo quería que Vivienne estuviera a salvo. Quería que ella tuviera dinero. Seguridad. Y sí, ella podría haberse mudado con él. Arlo podría haber cuidado de ella. Pero, ¿por qué, cuando yo era una solución a largo plazo con suficiente potencial de ingresos para ella, el bebé, y él? Quería que su hija se casara con el hombre de su elección. Vio su miedo y la oportunidad de tomar el control, así que lo aprovechó.

—¿Por qué Vivienne estaría de acuerdo? —Podría haber mandado a Arlo al infierno y no haberse casado con Foster.

—Estaba aterrorizada. Quería quedarse con el bebé. Y Arlo, ese manipulador hijo de puta, tomó todo lo que sabía sobre esa banda y se lo echó en cara. Se aseguró de que no sólo estuviera asustada, sino petrificada. Le dijo que si no se casaba conmigo, ese tipo podría descubrirlo. Podría tratar de lastimarla antes de que pudiera tener el bebé. Que la mejor manera de evitarlo era hacer creer al mundo que el bebé era mío.

¿El costo? Mi corazón.

—¿Crees que era verdad? ¿Crees que este tipo le habría hecho daño?

—Tal vez. —Lo más importante es que Vivienne lo creía. Así que siguió los deseos de su padre. Arlo sabía que nunca le haría daño a Vivi. Sabía que

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

podía mantenerla, y si era su yerno, era sólo otra forma de clavarme esos ganchos en la columna.

—¿Y el tipo de la banda? ¿Qué pasó con él?

—Un mes antes de que naciera Kadence, se presentó en el gimnasio buscando a Vivi. Estaba muy drogado. Apestaba a alcohol. Le dije que me había casado con ella. Mentí y dije que habíamos estado saliendo durante años.

—¿Te creyó?

Foster se encogió de hombros.

—Nunca lo volvimos a ver. Hace unos dos años, Arlo vino al gimnasio con una esquela.

—Murió.

Foster asintió.

—Dos heridas de bala en el pecho.

Me tensé.

—¿Quién sabe de esto?

—Yo. Vivi. Jasper. Arlo. —Exhaló—. Y tú. Me gustaría que la lista fuera lo más corta posible.

Porque Kadence era su hija y no la perdería.

—Algún día Kaddie tendrá que saberlo —dijo—. Pero incluso entonces, no cambiará el hecho de que soy su padre. Ella es *mi* hija.

—Ella es tu hija. —Al igual que Drake era el hijo de Knox, incluso si no era la sangre de Eden en las venas de Drake. Era nuestro. Como Kadence era de Foster.

—Así que Arlo convenció a Vivienne para que se casara contigo —dije—. Pero si ese tipo le creyó y desapareció, ¿por qué no anuló el matrimonio? ¿O por qué no después de que su ex muriera? ¿Por qué siguió casada contigo?

—Arlo nunca dejó que ninguno de nosotros olvidara las cartas que tenía. Le recordó a Vivienne que arruinaría mi carrera si nos divorciábamos. Me pintaría como un criminal, y como Kadence no es mía, presentaría una demanda de custodia para quitármela. Alegando que Vivienne era incapaz.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Podía hacer eso?

Foster se encogió de hombros.

—Habría sido una mierda, y habríamos luchado contra ello. Pero, a pesar de todo, habría sido un puto desastre. Y la persona que habría sufrido más sería...

—Kadence.

—Sí. —Me dedicó una sonrisa triste—. Vivienne y yo no estábamos dispuestos a arriesgar su felicidad simplemente para probar a Arlo. Nunca soltó los hilos. Cada año las enrollaba más fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—Además de arruinarme, nunca me dejó olvidar lo que podía hacer contigo.

Mis ojos se desorbitaron.

—¿Yo? Yo no estaba.

—Tal vez en Las Vegas. —Foster se golpeó el corazón—. Pero no aquí. Arlo lo vio claramente. No podía arriesgarme.

Así que Foster y Vivienne le habían hecho el juego a Arlo. Todos habían permanecido callados hasta el día en que murió.

Mi cabeza volvió a darle vueltas a la verdad, tratando de dar sentido a lo que me había convencido desde que dejé Las Vegas. Tal vez había habido un camino mejor. Un camino que no hubiera sido tan duro para todos nosotros.

¿Habría hecho algo diferente en el lugar de Vivienne? ¿O en el de Foster?

No había forma de saberlo.

—No sé qué decir a todo esto. —Tal vez debería haber estado lívida. Pero maldita sea, estaba cansada de estar enojada. Estaba cansada de estar herida y confundida. No tenía energía para nada de eso esta noche—. Ojalá me lo hubieras dicho.

—¿Y si nos olvidamos? —preguntó Foster, con su pulgar acariciando mi mano—. ¿Y si olvidamos el pasado? ¿Y si olvidamos el mundo, sólo por esta noche?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Me gustaría olvidar. Sólo por esta noche. —Las palabras se me escaparon de los labios. La sonrisa que se extendió por la cara de Foster hizo que valieran la pena.

La camarera apareció, con dos platos en la mano con las famosas hamburguesas con queso y patatas fritas de Knox. Los dejó en la mesa, obligando a Foster a soltar mi mano.

—¿Algo más? —preguntó.

—Salsa ranch —dijo Foster—. Por favor.

No le gustaba eso. Pero a mí sí.

Agarré la botella de Ketchup, abrí el tapón, justo cuando Foster sacó los tomates de su plato y los puso en el mío.

—Podrías haberlo pedido sin tomates.

—Pero te gustan. —A él no le gustaban. Pero a mí sí—. ¿Recuerdas nuestra primera cita?

Me reí.

—¿Te refieres a la vez que me emboscaste en mi restaurante favorito? Tus tácticas no han cambiado.

—A mí me funcionó entonces. —Se rio—. Pensé: ¿por qué no intentarlo de nuevo?

Llevábamos meses coqueteando en Angel. Había durado tanto que empecé a pensar que había malinterpretado todo entre nosotros porque Foster no había insinuado ni una sola vez una cita.

En lugar de eso, simplemente lo tomó. A la manera de Foster.

Se había enterado por Vivienne de que me gustaba estudiar en una cafetería con temática de los años cincuenta, no muy lejos de nuestro departamento. Las cabinas eran amplias. Rara vez estaba lleno. Y aunque el olor a grasa se me pegaba tanto en el cabello que tenía que ducharme cada vez que llegaba a casa, el aroma me recordaba a mi hogar, de cuando regresaba de la escuela y encontraba a mamá en la cocina, friendo hamburguesas para la cena porque papá siempre decía que podía comer una hamburguesa con queso en cada comida durante el resto de su vida y morir feliz.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Foster se había colado en mi mesa en aquella cafetería una noche, exactamente igual que esta noche, y habíamos hablado durante horas. Habíamos sido casi inseparables desde ese momento.

—Quiero empezar de nuevo, Tally.

Sonaba tan fácil. Tan simple. Foster y yo, empezando de nuevo.

—¿Realmente crees que es posible?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? A menos que tengas miedo de intentarlo.

—¿Me estás provocando?

Foster sonrió, arrogante y seguro.

—¿Funciona?

Luché contra una sonrisa y tomé un trago de mi vino. Tal vez. Tal vez funcionaría.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

15

Foster

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Mierda, qué frío hace. —Jasper se frotó las manos, soplando sobre ellas mientras rebotaba sobre las puntas de los pies en el ring.

—Necesito comprar más calentadores. —Me froté las sienes. Si sólo este dolor de cabeza desapareciera.

Pero no lo hizo. Porque el dolor de cabeza estaba directamente relacionado con mi horno, el horno que había dejado de funcionar hacía cinco días. Había llegado a casa después de mi cena con Talia a un gimnasio helado.

Probablemente debería haberlo esperado, ya que la maldita cosa había estado funcionando desde que compré este lugar. Debería haber hecho que alguien lo inspeccionara antes.

El tipo que había venido a verlo el sábado se había reído, diciendo que tenía suerte de que hubiera funcionado tanto tiempo.

No se podía reparar. Si hubiera sido en Las Vegas, probablemente habría tenido uno nuevo ese mismo día. Pero esto era Quincy y tenían que pedir un reemplazo porque los dos que tenían a mano estaban reservados. Mi calentador no llegaría hasta el viernes.

Así que durante los últimos cinco días, he estado calentando el gimnasio y el departamento con calefactores eléctricos.

—Por supuesto que esto no ocurre en primavera o verano —le dije a Jasper—. Tiene que ocurrir en la maldita semana más fría del año.

La máxima de hoy se pronosticó en tres. Tres malditos grados bajo cero.

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Tengo los dedos de los pies entumecidos —refunfuñó.

—Los míos también. —La mayoría de los calefactores estaban en el departamento, asegurándose de que se mantuviera lo suficientemente caliente para Kadence. Los de aquí apenas cortaban el frío. El gimnasio era simplemente demasiado grande y la temperatura demasiado baja.

—No estoy hecho para Montana —dijo.

Me burlé.

—Yo tampoco estoy seguro de estarlo.

Esta mañana había llevado a Kadence a la escuela vestida como un malvavisco con su abrigo, botas, gorro y guantes. La nieve era una novedad para ella, parte de la aventura. Pero incluso ella se había quejado del frío, y en el trayecto a la escuela esta mañana había estado hosca y callada.

—De acuerdo. —Rodé los hombros y salté, preparándome para cualquier otra cosa que Jasper hubiera planeado para la sesión de entrenamiento de hoy. Habíamos estado en ello durante horas, presionándonos duro simplemente porque si no nos movíamos, nos congelaríamos—. ¿Qué sigue?

—Quiero practicar algunos agarres. He estado estudiando los vídeos de las peleas anteriores de Savage y he observado un patrón en sus últimos asaltos. Cuando se cansa, se hunde en sus talones. Podría ser una oportunidad para derribarlo.

—Muy bien. —Me soné el cuello y me puse en posición de combate, con los brazos levantados.

Jasper reflejó mi posición, enfrentándome.

Dejé de preocuparme por el frío. Dejé de pensar en cualquier cosa fuera de este ring. Me concentré en mi oponente, listo para golpear, fingir una patada levantando la rodilla y luego mover mi pierna contra la suya, con la esperanza de desequilibrarlo.

Pero antes de que pudiera moverme, el timbre de mi teléfono llenó el aire.

—Ah. Lo siento. —Me apresuré a ir al lado del ring. El nombre de la escuela estaba en la pantalla—. ¿Hola?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Habla Foster? —preguntó una mujer.

—Sí.

—Soy Denise, la enfermera de la escuela. Kadence está conmigo y tiene treinta y ocho de fiebre.

Empecé a arrancarme las espinilleras antes de que terminara su frase.

—Ya estoy yendo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jasper mientras colgaba, quitándome la otra espinillera.

—Kadence está enferma. Tengo que irme.

—¿Qué puedo hacer?

—No tengo Tylenol para niños. —*Mierda*—. O un termómetro.

¿Por qué no había comprado medicinas, por si acaso? Me metí entre las cuerdas y me apresuré a ir al departamento para ponerme una sudadera y pantalón cortos. Cuando salí con las llaves, Jasper estaba poniéndose las zapatillas, vestido de forma similar a la mía.

—Iré a la tienda a buscar provisiones. Nos vemos aquí.

—Gracias. —Asentí y corrí hacia la puerta.

El aire exterior era una bofetada de frío en la cara, el viento me golpeaba la piel, así que aceleré, y encendí la calefacción de la camioneta mientras recorría la ciudad y llegué a la escuela.

Kadence estaba esperando en la recepción con la enfermera cuando irrumpí por la puerta principal.

—Hola, bichito. —Me arrodillé y le presioné una palma en la frente mientras con la otra le quitaba la mochila de los hombros y la colgaba sobre los míos—. ¿No te sientes bien?

Sacudió la cabeza.

Miré a la enfermera.

—¿Tengo que registrar su salida o algo?

—Nos encargaremos de ello. Que te sientas mejor, Kadence.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Forzó una sonrisa, pareciendo que estaba a punto de llorar. Supongo que su estado de ánimo esta mañana no era por el frío, sino por sentirse mal.

Pero ella había logrado casi pasar todo el día. ¿Por qué no me había dicho que no se sentía bien? ¿O hacer que la escuela me llamara antes?

—Vamos a casa. —La levanté, le di las gracias a la enfermera y llevé a mi hija hasta la camioneta. Cuando se abrochó el cinturón de seguridad, le di un beso en la sien y me apresuré a ir al lado del conductor.

—¿Papá? —preguntó cuando me incorporé a la carretera.

—¿Sí?

—¿Voy a faltar a la escuela mañana?

La miré por el espejo retrovisor.

—No lo sé. Depende de cómo te sientas. ¿Por qué?

Las comisuras de su boca se volvieron hacia abajo.

—Se suponía que íbamos a hacer una fiesta de palomitas.

—¿Por eso no me dijiste que te sentías mal esta mañana?

Su barbilla cayó.

—Hoy es el cumpleaños de Maggie y ha traído magdalenas.

Mi dulce niña.

Me sentí muy mal de que se perdiera la diversión y estaba tan jodidamente feliz de que quisiera estar en la escuela, de que estuviera haciendo amigos.

—Si te lo pierdes mañana, te traeré palomitas, ¿sí? Lo más importante es que te sientas mejor.

Se desplomó contra la puerta, y para cuando llegamos al gimnasio, ya estaba dormida.

Jasper aún no había vuelto de la tienda, así que llevé a Kadence al interior, le quité el abrigo y la metí en la cama. Luego saqué el teléfono del bolsillo y llamé a la primera persona que se me ocurrió, esperando que no hubiera cambiado de número.

—¿Hola? —respondió Talia.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Hola.

—¿Foster?

La sorpresa en su voz fue otro golpe en mi estómago.

—Has borrado mi número.

—Oh, um... sí.

Ella había borrado mi información de contacto mientras que yo había mantenido la suya a salvo y memorizado su número 406 por si acaso. Eso era cosa mía, no de Talia. Y en este momento, no tenía tiempo para preocuparme por los errores del pasado.

—Kadence está enferma. Tiene fiebre.

—¿Qué temperatura?

—Treinta y ocho.

—¿Le has dado algo?

—Todavía no. —Me acerqué a una ventana, buscando el Yukon de Jasper por la carretera—. ¿Debo llevarla al hospital? Estoy empezando a asustarme.

—¿Nunca ha estado enferma antes?

—Sí, lo ha estado. Pero a mí no se me dan bien estas cosas. Vivienne es la madre tranquila.

Hubo un tintineo de fondo, como si hubiera agarrado un juego de llaves.

—Iré en un minuto.

—¿No estás trabajando?

—Hoy no. Nos vemos en un rato.

El aire se me escapó de los pulmones cuando terminé la llamada. Luego me paseé por el departamento, llamando a Vivienne, y cuando no contestó, dejé un mensaje.

Cada vez que pasaba por delante de un calefactor, hacía demasiado calor. Cuando me acercaba a una ventana o a la puerta, hacía demasiado frío.

PROHIBIDA SU VENTA

Kadence no se había quejado ni una sola vez del departamento o del gimnasio. Mi niña era un soldado. Pero su habitación era pequeña, y a pesar de los esfuerzos de Vivienne por colgar fotos y decorar, no era un hogar. Este lugar no era un hogar.

—Hola. —Jasper entró en el departamento con una bolsa de plástico de la compra en una mano. Estaba tan metido en mi cabeza que no me había dado cuenta de que estaba llegando.

—¿En qué demonios estaba pensando al vivir aquí? —Lancé un brazo al aire—. Debería tener una casa. Un verdadero hogar con dos dormitorios y un maldito calefactor que funcione.

—Tal vez deberías quedarte conmigo unos días hasta que consigan que la calefacción funcione.

—Voy a llamar al hotel. —La casa que había alquilado era bonita, pero era pequeña y no habría espacio para los tres. No era mucho más grande que este departamento—. Gracias por la oferta. Y por ir a la tienda.

—Cuando quieras.

Me pasé una mano por el cabello, con la mirada puesta en el dormitorio.

—Odio cuando está enferma. Me siento impotente.

—Estará bien. —Jasper puso la bolsa en la encimera justo cuando se cerró la puerta de un auto. Ambos miramos hacia la ventana, observando cómo Talia salía de su Jeep—. Parece que has llamado a los refuerzos.

—Sí.

—Llama si necesitas algo. —Salió del departamento y saludó en voz baja a Talia.

—Hola. —Cruzó el umbral y mis pulmones se llenaron de aire. Podía respirar de nuevo.

—Hola. Gracias por venir.

—No hay de qué. —Se dirigió directamente al mostrador y revisó la bolsa que Jasper había traído—. No le has dado nada todavía, ¿verdad?

—No, todavía no.

—Bien. —Trabajó con eficiencia, vertiendo un poco de medicina roja en el pequeño vaso de plástico. Luego, con el termómetro en la mano, se dirigió

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

al dormitorio y se sentó en el borde de la cama mientras convencía a Kadence de que se despertara—. Hola, señorita Madden. Tu padre dice que no te sientes muy bien.

Sacudió la cabeza.

—Uh-uh.

—¿Puedes sentarte por mí?

Kaddie obedeció, con los párpados caídos.

Talia le tomó la temperatura, que seguía siendo alta, y luego ayudó a Kaddie a tomarse el Tylenol. Luego arropó a mi hija antes de retirarnos a la cocina.

—Gracias —dije, cerrando la puerta de Kadence—. Vivienne siempre estuvo a cargo de este tipo de cosas. Me pongo un poco nervioso.

—¿Y ella no está... aquí?

—Ha vuelto a Las Vegas. No es un arreglo ideal, pero es sólo temporal. Se mudará tarde o temprano, pero queríamos que Kadence entrara en la escuela aquí lo antes posible.

—Ah. —Talia asintió, tirando de las mangas de su abrigo sobre sus dedos—. Hace frío aquí.

—La calefacción se rompió. —Me restregué las manos por la cara—. No lo arreglarán hasta el viernes. He intentado aguantar, pero voy a llamar al hotel para ver si tienen una habitación..

—Estoy segura de que cualquier bicho que tenga no está relacionado. Está en una escuela nueva. Los nuevos amigos vienen con nuevos gérmenes.

—Pero el frío no puede ayudar. Hay corrientes de aire y es muy estrecho. Si sigue enferma el viernes, quiero que descanse, y si van a poner un calefactor nuevo, será ruidoso. Y para ser sincero, estoy harto de dormir en el sofá.

Talia miró el sofá y las mantas que había doblado en un asiento esta mañana.

—¿Conoces a alguien que tenga un lugar para alquilar? —pregunté—. ¿O en venta?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Estamos en enero. Quincy no tiene precisamente un mercado inmobiliario en auge, especialmente en invierno.

Suspiré. El imbécil de mi agente inmobiliario debería haberme informado sobre el estado del gimnasio. O debería haber pedido una visita virtual. Tal vez si hubiera sabido que iba a traer a mi hija a vivir aquí, me habría advertido de ello. Maldita sea, debería haber comprado una casa.

—Deberían venir a mi casa —dijo Talia.

—¿Eh? —Parpadeé. ¿Había oído eso bien?—. ¿En serio?

—Puedes quedarte en el hotel si quieres, pero necesitarás una cocina. Resulta que tengo una cocina y dos habitaciones para invitados. También llamaré a mi agente inmobiliario para ver si tiene algo en el mercado.

Todavía estaba atascado en la invitación.

—¿De verdad nos dejarías quedarnos?

—Si quieres. —Se encogió de hombros—. Pero si prefieres quedarte aquí, entonces…

—Diez minutos. —Levanté una mano, ya avanzando hacia el dormitorio—. Sólo dame diez minutos para empacar algunas cosas.

—¿Qué tal si la dejas dormir? —Talia sacó las llaves del bolsillo de su abrigo—. Ven cuando se despierte. Pasaré por la tienda y compraré algo de sopa para la cena.

¿Era esto un sueño?

—De acuerdo.

—Nos vemos en un rato. —Me saludó con la mano y se fue, dejándome clavado en el sitio. Entonces miré a mi alrededor, observando realmente el departamento. Era mucho mejor de lo que había sido. Estaba limpio y ordenado. Pero no había vida aquí. Esto era digno de un soltero, no de una niña.

Y si Talia estaba dispuesta a dejarme estar más cerca, aprovecharía la oportunidad. Por mí y por Kadence.

Mientras Kadence dormía, yo me movía por el departamento, empacando en silencio. Vivienne llamó y después de hablar unos minutos, me aseguré de que los calefactores estuvieran enchufados y cerca de los

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

lavabos, con uno en el baño, para esperar que las tuberías no se congelaran. No había más remedio que dejarlos funcionando, aunque yo no estuviera aquí. Pero si el edificio se quemaba, bueno... No se me rompería el corazón.

Cuando Kadence se despertó de su siesta, ya casi había oscurecido. Tenía su maleta y la mía preparada y cargada en la camioneta, así que lo único que tuve que hacer fue llevarla fuera y abrocharle el cinturón de seguridad.

—¿A dónde vamos? —Bostezó, abrazando su mantita verde favorita.

—Vamos a quedarnos con Talia por un tiempo. Hasta que consigamos que la calefacción funcione en el gimnasio.

—De acuerdo. —Volvió a bostezar, sin expresar una sola palabra de protesta. No es que esperara una. No se había quejado del gimnasio, pero tampoco lo había elogiado.

Las luces de la casa de Talia fueron una vista bienvenida cuando estacionamos. También lo fue la mujer que estaba en el porche, dispuesta a hacernos pasar.

Llevé a Kaddie primero, dejándola con Talia, mientras me apresuraba a sacar nuestras maletas. Luego cerré la puerta detrás de mí y me quité las botas antes de seguir el sonido de las voces en la cocina.

Una barra separaba la cocina de un rincón para comer. Kadence estaba sentada en un taburete, con la atención puesta en Talia mientras se movía por la habitación, sirviendo con cucharones la sopa de una olla en el fuego en un pequeño cuenco.

Tal vez debería haber sido incómodo, la primera noche como invitado en su casa, pero cuando comimos sopa de fideos de pollo y nos pareció algo que habíamos hecho cientos de veces.

Pero eso era Talia. Éramos nosotros. Incluso cuando estaba enfadada o frustrada conmigo, no había sido incómodo. Estábamos demasiado en sintonía con el otro. Fluíamos, siempre lo hicimos.

Después de la cena, Kadence se dio un baño caliente antes de instalarse en la habitación de invitados. Talia le comprobó la temperatura y le dio otra dosis de Tylenol. Y cuando mi hija se vistió con su pijama rosa de

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

dinosaurio favorito, le cepillé el cabello húmedo y me acurruqué junto a ella en la cama, esperando a que se durmiera antes de salir de la habitación.

Talia estaba en la cocina, con el lavavajillas en marcha y las sobras guardadas. El viento se había levantado después de la cena, azotando la nieve contra la casa.

—¿Está dormida?

—Está agotada. —Bostecé, frotándome la nuca. La torcedura que me había provocado demasiadas noches en el sofá era permanente—. Espero que pueda descansar.

—Yo también. Tu habitación está al lado de la de ella. Estaré arriba si necesitas algo. Siéntete como en casa.

Asentí.

—Gracias.

—Nos vemos por la mañana. —Ese aroma a coco y lima llenó mi nariz mientras pasaba, dirigiéndose a la escalera.

Inspiré largamente, reteniendo el aire, obligando a mis pies a permanecer exactamente donde estaban.

Ella no me había invitado aquí esta noche para nada más que un lugar decente para quedarnos. Y por mucho que quisiera seguirla al piso de arriba, para averiguar de qué color eran las sábanas de su cama, me quedé en el mostrador, agarrando el borde con fuerza. No fue hasta que oí el sonido de una puerta que se cerraba en el piso de arriba que me dirigí por el pasillo al dormitorio contiguo al de Kaddie.

La cama era lujosa y cálida cuando me metí debajo de las sábanas. Dada la cantidad de noches inquietas que había tenido últimamente, debería haberme desmayado. En lugar de eso, escuché el aullido del viento y miré al techo. ¿Qué estaba soñando Talia esta noche?

Una luz se encendió, proyectando un resplandor hacia mi puerta abierta. Me levanté de la cama en bóxer y me dirigí a la cocina. Talia estaba junto al fregadero, llenando un vaso de agua.

Al verla se me secó la boca.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Llevaba una camiseta de gran tamaño que en su día había sido de color verde oscuro, pero tras innumerables lavados, el color se había desvanecido con el tiempo. Estaba de espaldas a mí, pero no necesitaba girarse. Ya sabía lo que había en la parte delantera de esa camiseta. Apenas pasaba la curva de su trasero. Sus tonificadas piernas estaban desnudas. Llevaba el cabello recogido en un nudo desordenado y algunos mechones se le escapaban por su cuello.

Joder, pero era perfecta. Nunca habría otra mujer usando una de mis viejas camisetas.

Tal vez ella había borrado mi número de teléfono. Pero no había tirado esa camiseta.

—¿No podías dormir? —pregunté.

Se sobresaltó, se volvió hacia mí y se llevó una mano al corazón.

—Lo siento. —Entré en la habitación, amando el brillo de la lujuria en sus ojos cuando miró mi pecho desnudo—. Me preguntaba a dónde había ido esa camiseta.

Su mirada se posó en el trébol blanco desgastado de la parte delantera.

—Tu camiseta de la suerte.

—Mi camiseta de la suerte. —Entré directamente en su espacio, sin darle la oportunidad de objetar mientras enmarcaba su cara con mis manos—. Ladrona.

—Lo abandonaste en mi cajón.

—Entonces supongo que tendré que volver a robarla. —Aplasté mi boca contra la suya, rodeándola con mis brazos.

Talia se levantó sobre las puntas de los pies, su lengua se enredó con la mía mientras yo me introducía en su boca, saboreando su dulce sabor con un toque de pasta de dientes de menta.

Dios, esta mujer. Sabía bien. Se sentía bien. La sujeté con más fuerza, un brazo sobre su hombro mientras el otro rodeaba sus costillas.

Ella hizo lo mismo, abrazándome con tanta fuerza que era como si no quisiera soltarse nunca. No había espacio entre nosotros cuando la levanté,

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

colocando su culo sobre la encimera. Entonces la besé más profundamente, sin dejar ningún rincón de su boca sin tocar.

El fuego se extendió por mis venas. Levantó las piernas y me rodeó las caderas para acercarme.

Mi polla palpitaba mientras se apretaba en su centro, deseando tanto hundirse en su interior. Lo único que nos separaba eran su braga y mi bóxer. Gruñí en su garganta. Me tragué su gemido. Con cada golpe de su lengua, con cada mordisco de nuestros labios, luché contra el impulso de enterrarme en ese calor húmedo.

Talia se aferró a mí, con las yemas de sus dedos dejando hendiduras en mi espalda, mientras arremolinaba su lengua contra la mía.

Siempre le había gustado clavarme las uñas en la espalda. Siempre había querido tener esas marcas tatuadas permanentemente. Tal vez ahora lo haría.

Otra noche, adoraría su cuerpo durante horas. Otra noche, cuando mi hija no estuviera enferma y durmiendo en la otra habitación.

Alejé mi boca, dejé caer mi frente sobre la suya mientras ambos jadeábamos.

—Talia.

—No te sueltes. —Sus brazos se apretaron más.

—Nunca —susurré, abrazándola con mi cara enterrada en el pliegue de su cuello, hasta que finalmente relajó los brazos y la ayudé a bajar del mostrador.

Sus labios estaban hinchados, su rostro estaba sonrojado, su cabello se salía de la coleta y, usando mi camiseta de la suerte, estaba perfecta.

—¿Por qué nos invitaste a quedarnos? —pregunté, apartando un mechón de pelo de su frente.

Me tocó la barba, ligeramente, como si intentara decidir si le gustaba o no.

—No lo sé.

—¿Te arrepientes?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No. —Me pasó el pulgar por el labio inferior y luego se deslizó junto a mí, mirando hacia atrás cuando estuvo en el lado opuesto de la habitación. Era una distancia segura, fuera de mi alcance antes de que cambiara de opinión y la llevara a la cama. Mujer inteligente.

—Buenas noches, Foster.

—Buenas noches, Tally.

PROHIBIDA SU VENTA

16

Talia

Me quedé mirando mi taquilla. Hoy no había marcas para el recuento. La última vez que había marcado un buen día fue cuando Foster había traído a Kadence para su revisión. Eso había sido hace nueve o diez días. ¿Mi nivel de exigencia para un buen día era demasiado alto?

Había una gripe que recorría la ciudad y había hecho que la gente estuviera especialmente irritable, incluidos el personal y los pacientes. Probablemente era el mismo bicho que Kadence se había contagiado en la escuela.

Agarré las llaves y las metí en el bolsillo antes de irme, más que dispuesta a salir del hospital. Estaba oscuro mientras conducía el Jeep hacia mi casa.

Hacia Foster y Kadence.

Todavía no estaba segura de lo que me había pasado ayer cuando les había ofrecido quedarse en mi casa. ¿Una ruptura de mi cordura? Excepto que había sido tan... fácil.

En la universidad, Foster casi se había mudado a mi departamento. Mi casa era más grande y más bonita que la suya, y a Vivienne no le había importado su compañía. Se había adaptado a mi vida sin problemas.

Tenerlo en mi casa era tan cómodo como llevar una de sus viejas camisetas a la cama.

Esta mañana entré en la cocina y lo encontré esperando con una taza de café con mi crema favorita.

PROHIBIDA SU VENTA

Me había dado un beso de despedida en la mejilla y no había preguntado si estarían allí cuando volviera a casa. Sólo sabía que lo estarían.

No me quedé en el garaje, sino que me apresuré a entrar. Estaba de pie junto a la encimera de la cocina, en el mismo lugar donde me había besado la noche anterior.

La imagen de él con sólo ese bóxer me hizo palpitar el corazón. Y, Dios, la forma en que me había abrazado.

Foster me había sujetado como si yo fuera su atadura a la tierra.

No había mucho que no hiciera para que me abrazara así todos los días.

Incluso perdonar.

Quizás ya lo había hecho.

—Hola —dije, entrando en la habitación.

—Hola. —Se giró y sonrió—. ¿Cómo estuvo tu día?

¿Cuándo fue la última vez que llegué a casa y alguien me preguntó por mi día? Años. Había sido Foster. Porque no había vivido con nadie desde Vivienne. No me había dado cuenta de lo solitaria que se había vuelto mi vida. Incluso aquí en Quincy, con familiares en todas las direcciones, no era lo mismo que llegar a casa con una persona propia.

—¿Qué es esa mirada? —preguntó.

—Nada. ¿Tengo tiempo para cambiarme y darme una ducha rápida?

—Quince minutos. —Señaló el temporizador del horno.

—Vuelvo enseguida. —Subí corriendo las escaleras, me quité la bata y la puse en el cesto. Luego me até el cabello en un moño y me metí en la ducha, apresurándome a limpiar el día de mi piel.

Vestida con un pantalón y una camiseta de manga larga, llegué a la cocina con cinco minutos de sobra.

—Háblame de tu día —dijo Foster.

—Bah. He tenido mejores. Todo el mundo está malhumorado últimamente. Suele ocurrir en esta época del año. Los días cortos y las noches largas hacen que el personal del hospital esté de mal humor. Y tuve un paciente que me gritó. —En mi defensa, le había gritado a las dos

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

enfermeras antes de que yo entrara en su sala de exploración, así que al menos había tenido compañía.

—¿Qué? —Se puso más alto, su expresión fue instantáneamente asesina.

—No es la primera vez, ni será la última. —Me reí—. Afloja esa mandíbula, asesino.

Una sonrisa se extendió por su sexy boca.

—Había olvidado lo mucho que me gusta que me llames asesino.

A mí también me gustaba.

—Huele bien aquí. No necesitabas cocinar.

—No te preocupes. Además, mi dieta está a punto de volverse extraña mientras me preparo para esta pelea.

—¿Tienes que bajar de peso? —Con un metro ochenta y cinco y ya con una gran musculatura, no era fácil bajar kilos. Siempre había temido esa parte antes de sus peleas, cuando se esforzaba tanto y comía con tanto cuidado para asegurarse de llegar a un número en la báscula.

—Unos cuantos. Pero no mucho. —Se acercó y acarició mi rostro. Su pulgar rozó mi pómulo—. Lamento tu día.

—Está bien. —Me incliné hacia su caricia—. ¿Y tú? ¿Dónde está Kadence?

Levantó la barbilla hacia la sala de estar.

—Se ha apoderado de tu televisor.

—¿Cómo se siente?

—Mejor. No tiene fiebre desde anoche.

—Bien. —Cerré los ojos, saboreando el cosquilleo en mi piel. Entonces su boca estaba sobre la mía, un simple roce de sus labios que me dejó con ganas de más.

Me puse en puntas de pie, pero antes de que pudiera profundizar el beso, el temporizador del horno sonó.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Gruñó contra mi boca y se apartó para agarrar un guante de cocina de la encimera y abrir de un tirón la puerta del horno. Luego sacó una sartén con pollo, patatas y judías verdes.

—¿Quieres ir a buscar a Kadence?

—Claro. —Me giré, dispuesta a dirigirme a la sala de estar, pero me quedé helada.

Kadence estaba de pie en la puerta, observando.

—Oh, hola. —*Mierda.*

Tenía las cejas juntas, probablemente porque acababa de ver a su padre besarme.

El calor de Foster golpeó mi espalda. Entonces su brazo estaba alrededor de mis hombros, arrastrando mi espalda hacia su pecho.

—Hoy hemos hablado de ti.

—¿De mí?

Tarareó.

Eso fue todo. Esa fue su explicación. Un zumbido. Luego me soltó y aplaudió.

—Bien, siéntate y vamos a comer. Kaddie, ¿qué quieres beber?

—Leche —contestó, dirigiéndose a la mesa del comedor, donde él ya había puesto servilletas y cubiertos.

—¿Tally?

—Yo... agua. Puedo buscarla.

—Agarra una para mí también, amor.

Amor. Nunca nena o cariño o querida. La única palabra cariñosa que me había dicho era *amor.*

Foster pasó junto a mí, llevando dos platos a la mesa.

Me despegué de los pies y busqué nuestras bebidas, llevándole a Kaddie su leche primero. Cuando nos sentamos juntos, esperé que hubiera un poco de incomodidad o torpeza después de ese beso. Pero Foster se limitó a cortar el pollo de Kaddie, y luego se dedicó a su propia comida, que era el doble de grande que la que había servido para mí.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Papá dice que eres como Dex —dijo Kaddie, con la boca llena de comida mientras hablaba.

—¿Quién es Dex?

—El novio de mamá... No, espera. —Miró a Foster—. ¿Cuál es esa palabra otra vez?

—Prometido.

Me atraganté con una patata.

—Tally. —Foster salió volando de su silla y rodeó la mesa para golpearme en la espalda.

Tosí y le hice un gesto para que se fuera, desprendiendo la comida y masticándola. Luego me la tragué con un trago de agua antes de mirarlo fijamente, que seguía rondando a mi lado.

—¿El prometido de Vivienne?

—Dex.

Kadence asintió.

—Dex.

—Dex —repetí.

Foster guiñó un ojo y volvió a su asiento.

—Kadence se perdió una fiesta de palomitas en la escuela hoy, así que después de la cena, pensamos que podríamos ver una película y comer palomitas. ¿Te apuntas?

—Um, sí. Me gustan las palomitas.

—A mí también. —Kadence me sonrió mientras masticaba.

—Tu padre dijo que te sentías mejor. —Apoyé la palma de la mano en su frente, sólo para comprobar que no estaba caliente.

—Papi dijo que todavía tengo que quedarme en casa y no ir a la escuela mañana.

—Probablemente sea una buena idea. Sólo para asegurarnos de que estás descansado. —Cambié mi atención a Foster—. ¿Alguna noticia sobre el calefactor?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—El tipo me llamó más temprano. Dijo que está todo listo para mañana. Luego, nos quitaremos de encima.

Kadence murmuró mientras pinchaba una judía verde.

—Habla, bichito —dijo Foster—. ¿Qué tienes en mente?

—¿Tenemos que volver al gimnasio? —se quejó—. Este lugar es mucho mejor.

Apreté los labios para ocultar una sonrisa. No se equivocaba.

—Sí. —Foster suspiró—. Tenemos que volver.

—Pero no hasta el fin de semana —dije. Quería regresar del trabajo con la casa llena.

—Bieeeeen. —Kaddie hizo un pequeño baile en su silla.

Y cuando encontré la mirada de Foster, esos ojos azules brillaban, arrugados a los lados. Felices.

Terminamos la comida, entretenidos con la recapitulación de Kadence del programa que había visto hoy en Netflix sobre un príncipe dragón. Lavé los platos mientras Foster llevaba a Kadence a bañarse. Luego nos acomodamos en el sofá, con Kadence en el centro, envuelta en una manta y con el bol de palomitas en el regazo. Sólo aguantó una hora de película antes de quedarse dormida.

Foster se levantó y se inclinó para estrecharla en sus brazos. Luego se alejó por el pasillo, derritiendo mi corazón cuando le besó la cabeza. Salió unos instantes después, haciendo rodar su hombro.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Sólo un nudo.

—Siéntate. —Señalé el suelo frente a mí y crucé las piernas en el sofá.

Obedeció, exhalando profundamente cuando mis manos llegaron a sus hombros. Entonces gimió, un rugido bajo y profundo que salió de su pecho y reavivó el pulso en mi centro. Dejó que le diera un masaje en el nudo durante un rato y, cuando mis manos dejaron de moverse, se relajó aún más, estirándose hasta apoyar la cabeza en el sofá.

—Así que… —Mis dedos jugaron con las puntas de su cabello oscuro—. Dex.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Dex —dijo—. Es un buen tipo. Ama a Vivi. Es dulce con Kadence.

—¿Y Vivienne está comprometida? Se acaba de divorciar.

—Llevan dos años juntos.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Qué? ¿Te ha engañado?

Foster se rio.

—¿Por qué es gracioso?

Se movió y se puso de pie, extendiendo una mano.

—Ven aquí.

Desplegué las piernas y tomé su mano para que me ayudara a levantarme. Pero en lugar de llevarme a algún sitio, como la cocina, que estaba más alejada del pasillo por si Kadence se despertaba, me echó en sus brazos.

—Baila conmigo. —Sus labios rozaron mi frente mientras empezaba a balancearse. Dos pasos y su pie se posó sobre el mío—. Mierda. Lo siento.

Me reí.

—Sigues siendo un bailarín horrible.

Para ser un hombre que se movía como un rayo en el ring, no sabía bailar para salvar su vida.

Sonrió contra mi cabello.

—No he tenido mucha práctica.

—¿No bailaste con Vivienne? —La pregunta salió demasiado rápido, antes de que pudiera disimular la envidia en mi tono—. No importa. No quiero saberlo.

Tal vez ella no lo había amado. Tal vez él no la había amado. Pero ella había sido su esposa. Y él, su marido.

—Nunca he bailado con Vivienne.

Alivió el escozor. Había tenido casi todo lo demás, pero al menos esto era mío.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿De qué has hablado hoy con Kadence? —pregunté mientras bailaba con nosotros en un lento círculo alrededor de la sala de estar.

—Que eres mi Dex.

—No es exactamente lo mismo si Vivienne se casa con Dex.

Tarareó. Otro tarareo sin explicación posterior.

—Dex y Vivi llevan mucho tiempo juntos, pero él acaba de conocer a Kadence. No los presentamos hasta después del divorcio. Pero ella sabe que Vivi lo ama. Sabe que Vivi y yo siempre la querremos, aunque no estemos casados.

—¿El divorcio fue duro para ella?

—Sí y no. Sí, porque significa que hemos tenido muchos cambios. Sí, porque ocurrió justo después de la muerte de Arlo, y le guste o no, era su abuelo. No, porque la primera vez que vio a Dex besar a Vivienne, Kadence se acercó a mí y me preguntó por qué nunca había besado así a mamá.

Me incliné hacia atrás para estudiar su rostro.

—¿No besaste a Vivienne?

Dejó de moverse, fijando sus ojos en los míos.

—No en la boca.

Pero llevaban siete años casados. ¿Cómo era posible?

—Esta noche, cuando me besaste en la cocina, Kadence nos vio. Tenía esa mirada en su rostro.

—Lo está reconstruyendo.

Que Vivienne amaba a Dex y que por eso lo había besado.

Que Foster me quería.

Kadence estaba atando cabos.

—Vivienne es mi amiga —dijo Foster—. Nada más. No besé a Vivienne. No estoy enamorado de Vivienne. Y nunca he tenido sexo con Vivienne.

Esta vez, fui yo quien le pisó el pie.

—¿Qué?

the EDENS
THE EDENS #3
NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón
PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—No era un matrimonio real, Talia. Teníamos una sentencia de prisión. Cuando empezó con Dex, no lo vi como un engaño, porque sólo ha sido mi compañera de celda.

Su compañera.

Así que si no había estado con Vivienne, ¿entonces con quién?

—He esperado mucho tiempo por ti, amor. Esperaré todo el tiempo que necesites. Eres mía. —Y estaba aquí en Quincy para reclamarme.

—Yo no… —¿Cómo decía esto?—. Yo…

—No me lo digas. —Foster puso su dedo sobre mi boca—. La idea de que estés con otro hombre… No puedo pensar en ello. No puedo oírlo. Así que no me lo digas.

No había nada que contar.

Patético, ¿verdad? Me había roto el corazón en mil pedazos, y todavía no había sido capaz de seguir adelante. No había sido capaz de dejarlo ir. En cambio, me había concentrado en la escuela y el trabajo, bloqueando incluso la idea de alguien nuevo porque en el fondo, nadie sería Foster.

Rodeé su muñeca con mi mano, apartándola de mis labios.

—No ha habido otro hombre.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué?

Decirlo de nuevo era demasiado duro, así que me encogí de hombros.

—Mierda. —Las manos de Foster se acercaron a mi cara, sus dedos se enroscaron en mi cabello mientras dejaba caer su frente sobre la mía. Todo su cuerpo se hundió, como si acabara de soltar siete años de preocupaciones.

—Di algo —susurré.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos, qué?

Una de sus manos se desenredó de mi cabello y las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla. Las chispas de su toque se extendieron a medida que bajaba más y más, sobre mi clavícula y hasta la cima de mi pecho. Luego

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

me rozó las costillas, pasando por la cadera hasta que me rozó el muslo y movió esos dedos entre mis piernas, presionando lo suficiente para que yo jadeara.

—Orgasmos.

No estaba segura de quién se movió primero. Podría haber sido él, capturando mi boca. O podría haber sido yo, echando mis brazos alrededor de sus hombros y trepando por su cuerpo como un maldito árbol.

Las luces fueron ignoradas. La televisión se quedó en la película de Kadence. Y el mundo se olvidó mientras Foster me cargaba por la casa.

Mis piernas rodearon su cintura mientras su lengua se retorcía con la mía. Su pierna chocó con la mesa de centro mientras bordeábamos el salón. Mi culo rozó la barandilla cuando empezó a subir las escaleras. Se detuvo a mitad de camino, inclinando su boca mientras nuestro beso se volvía frenético.

Un gemido retumbó en su pecho. Un gemido se me escapó de la garganta cuando aparté la boca.

—Cama. Deprisa. —Me aferré más a sus hombros mientras nos apresuraba a subir las escaleras, mirando a ambos lados—. A la izquierda.

Caminó por el pasillo y su boca volvió a encontrar la mía.

Mi espalda chocó con una pared, su cuerpo me atrapó en el lugar mientras me devoraba. Hasta que me quedé sin aliento y tiré de su camisa. Foster me apartó de la pared, entró en mi dormitorio y cerró la puerta de una patada.

Tres pasos y estábamos cayendo sobre la cama, su peso golpeando el mío mientras su excitación presionaba mi núcleo.

Otro gemido. Nuestras bocas seguían fundidas mientras nuestras manos vagaban, tirando y quitándole al otro la ropa.

Primero me quitó la camiseta y la tiró por encima del hombro. Su camiseta fue la siguiente, arrancada de detrás de su cuello con los brazos encordados y arrojada al suelo. Los pantalones. Sujetador. Bóxer. Braga. Pieza a pieza, la ropa fue cayendo al suelo hasta que no hubo nada más que el calor desnudo de Foster contra mi piel. Y su boca húmeda mientras dejaba caer beso tras beso sobre mi cuerpo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Su lengua se hundió en mi ombligo mientras me besaba a lo largo del vientre, cada vez más abajo, hasta que estuvo justo encima del lugar donde más lo necesitaba.

—¿Te has tocado pensando en mí?

—Sí. —Pasé mis dedos por su cabello, instándole a bajar, pero no se movió. Lamió un camino a través de mi vientre.

—Dime cómo.

Le solté el pelo, dispuesta a tocarme, pero me apartó la mano.

—Foster.

—Dime, Talia. —La aspereza de su voz, me hizo temblar—. ¿Qué hiciste primero?

—Me tocaba el clítoris.

Me besó el hueso de la cadera y luego se movió, apoyándose en su lado mientras tocaba mi clítoris.

—¿Cómo?

—Despacio al principio. —Jadeé mientras él hacía lo mismo—. Sólo ligeramente.

Canturreó.

—¿Luego qué?

—Iba más abajo.

Foster movió su mano, sus dedos se hundieron en mis pliegues empapados.

—Sí —siseé—. Más.

Obedeció, mi voz se convirtió en su orden.

—Vuelve a mi clítoris.

Excepto que esta vez, en lugar de hacerlo con su dedo, se movió, sus manos fueron a mis rodillas.

—Sepáralas.

Estaba totalmente expuesta, el aire frío rozando mi carne sensible. Hasta que su lengua estuvo allí, lamiendo mi humedad.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Oh, Dios, bebé.

—Joder, sabes dulce, Tally. —Agitó su lengua contra mi clítoris, haciendo que mi espalda se arquee sobre la cama.

Mi gemido llenó la habitación, mis piernas temblaban.

Este hombre y su perversa lengua. Me lamió de nuevo, con un gruñido vibrando contra mi piel. Y luego se zambulló, como un hombre hambriento, y se dio un festín. Su barba rozaba la sensible piel del interior de mis muslos. Su lengua fue implacable, lamiendo y chupando hasta que me retorcí bajo él.

—Foster. —Me aferré a la ropa de cama a los lados, mis piernas se abrieron aún más.

—Eres mía, amor. Dilo.

—Soy tuya.

—Esa es mi chica buena. —Deslizó un largo dedo en el interior, acariciando ese punto sensible, y me corrí.

Un fuerte gemido, totalmente incontrolado, salió de mi garganta y él levantó la mano, para taparme la boca con la palma.

Pulso tras pulso, el orgasmo se estrelló en mí mientras las estrellas aparecían detrás de mis ojos. La lengua de Foster no se detuvo hasta que me desplomé en la cama, agotada.

—Ese fue uno —murmuró, besando el interior de mi rodilla.

Sonreí, con los párpados demasiado pesados para abrirlos.

—Mírame —ordenó mientras se cernía sobre mí, con los codos apoyados en mi cabeza. Sus caderas se acomodaron en la cuna de las mías, su polla presionando mi carne sensible. Luego esperó a que abriera los ojos.

—Te amo. —Se balanceó contra mi núcleo—. Mierda, te amo.

Mi corazón se detuvo.

Abrí la boca, con una oleada de pánico, cuando no había palabras que decir.

Lo amaba. Había amado a Foster durante lo que parecía toda mi vida. Yo sólo…

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

¿Por qué no podía decirlo?

Pasó sus nudillos por mi mejilla y luego tarareó. Un zumbido que decía que estaba bien. Que lo entendía. Que estaría aquí cuando yo estuviera preparada.

Me levanté de la almohada y mi boca encontró la suya. Luego pasé mi lengua, probándome a mí misma. Un empujón de sus caderas y se enterró hasta la raíz, robándome el aliento. Me estiré en torno a él, respondiendo a sus caricias, necesitando más y más y más.

Foster anticipó cada necesidad. Con cada toque, me llevó más alto. Hasta que arañé su espalda, mis uñas se clavaron profundamente, y me destrozó.

Enterró su rostro en mi cuello, derramando su propia liberación dentro de mí. Cuando la neblina se disipó, me envolvió en sus fuertes brazos y me abrazó, retorciéndonos de modo que yo quedara sobre su pecho.

—Dilo otra vez —murmuré, con el sueño arrastrándose por los bordes.

—Te amo.

Esta vez fui yo quien tarareó.

Tal vez si lo dijera una y otra vez, sería capaz de decirlo. Tal vez si lo dijera una y otra vez, dejaría de pensar en los años que hemos perdido.

Quizá si lo dijera una y otra vez, dejaría de preocuparme que el amor no fuera suficiente.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

17

Foster

El puño enguantado de Jasper conectó con mi cara.

Mi cabeza se desvió hacia un lado, y una ráfaga de dolor se extendió por mi mejilla. *Hijo de puta.* Era la tercera vez que me golpeaba hoy.

—¿Qué te pasa? —Volvió a presionar—. Estás distraído.

—Lo siento. —Toqué mi mandíbula, moviéndome alrededor del ring. Mis manos estaban arriba para proteger mi rostro, pero sí, estaba distraído.

Jasper dejó caer los brazos a los lados y frunció el ceño, sacando su protector bucal.

—¿Vas a ser capaz de hacer esta pelea con Savage?

—No lo sé —admití, sacando mi propio protector bucal y metiéndolo en la cintura de mis pantalón corto—. Joder, no lo sé. No tengo la cabeza en ello.

No, mi cabeza estaba en casa de Talia, junto con mi corazón.

Había pasado casi una semana desde que nos fuimos de su casa. Kadence y yo habíamos empacado nuestras cosas y regresado al gimnasio el sábado. El calefactor era nuevo, la calefacción funcionaba perfectamente y era silencioso como un ratón en comparación con el antiguo.

Habíamos pasado el fin de semana pasado en el departamento, limpiando y holgazaneando. Kadence había improvisado con un kit que había comprado en el mercado. Jasper había venido el domingo con pizza y habíamos visto el partido en el sofá mientras Kaddie jugaba con su Nintendo Switch. Había sido un fin de semana agradable y relajado.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Excepto que, como mi hija había señalado, la casa de Talia era mucho mejor que el gimnasio.

Y la extrañaba.

No la había visto desde que salimos de su casa. Nos habíamos enviado mensajes de texto. Ayer, estaba tan desesperado por oír su voz que la llamé cuando Kaddie se había ido a dormir.

Esto era un progreso. Un buen progreso. Nos lo tomábamos con calma. Hablando. Enviando mensajes de texto. Reconstruyendo lo que había roto.

Entonces, ¿por qué no podía deshacerme de esta sensación de que todo estaba a punto de desmoronarse? ¿Que la perdería de nuevo?

Las dudas habían hecho casi imposible que me concentrara en nada, incluida esta próxima pelea.

—Tal vez esta tiene que ser la última —le dije a Jasper.

Levantó las cejas.

—¿Quieres retirarte?

Me encogí de hombros y me dirigí a la esquina, agarré mi botella de agua y bebí un largo trago.

—¿Honestamente? Tal vez. No me estoy haciendo más joven. Montana está muy lejos de Las Vegas. Aquí ha sido más fácil alejarse.

Y ese era el problema. Porque lo último que quería hacer era volar a Las Vegas. Tal vez por eso no podía deshacerme de este sentimiento. Tenía este miedo de que si dejaba Montana, perdería a Talia.

Jasper se dejó caer en la colchoneta para estirarse.

—Me dijiste cuando subiste aquí que necesitabas algo por lo que luchar. Una razón. Siempre has necesitado eso. Algo motivador al que aferrarte.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Ese era exactamente mi problema. Tenía suficiente dinero para toda la vida. Había ganado los cinturones. Mi nombre era sinónimo de victoria. ¿Y ahora qué?

Mi pelea no era en Las Vegas, ya no.

Mi lucha era aquí, por el corazón de Talia.

—¿Qué pasa si pierdes? —preguntó Jasper.

—Me voy a molestar. —Quizá no necesitaba ganar, pero eso no significaba que disfrutara perdiendo.

—Tienes que pedirle que vaya contigo.

—¿A quién? ¿A Talia?

Jasper asintió.

—Te preocupa salir de aquí, ¿verdad?

—Sal de mi cabeza.

Se rio.

—Lo entiendo. Viniste aquí, lo pusiste todo en este lugar. Lo pusiste todo en juego, esperando que ella te aceptara de nuevo.

Y lo hizo. Más o menos. Probablemente. Le había dicho que la amaba y ella no había sido capaz de responder. Había habido algo de vacilación, indecisión, en sus ojos. Pero ella sólo necesitaba tiempo.

—¿Cuál es tu punto? —pregunté.

—Si Talia está aquí, tu cabeza estará aquí. Así que es bastante obvio. Tienes que convencerla para que te acompañe a Las Vegas y esté allí para la pelea. Supongo que si tu chica está sentada en primera fila, no hay manera de que pierdas.

No, joder. No dejaré que me vea perder. Una sonrisa se extendió por mi cara.

—No te estoy pagando lo suficiente.

Se rio.

—No, no lo haces. ¿Has visto la temperatura de esta mañana? Cinco bajo cero. No estoy hecho para cinco bajo cero.

—Vamos. —Me acerqué y le tendí una mano para ayudarlo a ponerse de pie—. Es mi turno de golpearte en la cara.

—Ni hablar. —Sonrió, poniéndose el protector bucal. Luego se dirigió al cronómetro que teníamos en el ring. En cuanto sonó el pitido, Jasper levantó las manos—. Cinco minutos.

Una ronda completa.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Fue como si una nueva ola de energía hubiera infundido mi cuerpo mientras nos enfrentábamos. Mi cabeza se puso en su sitio, y todo lo que había más allá del ring se volvió borroso. Y esa sensación de incomodidad desapareció.

Llevaría a Talia a la pelea. Derrotaría a Scott Savage aunque sólo fuera para ver la cara de Talia cuando saliera victorioso. Entonces volveríamos a casa. Vendríamos a Montana. Y si tenía otro contrato, lo negociaría. Y si no, bueno... el retiro sería un buen premio de consolación.

Jasper fingió una patada, levantando la rodilla rápidamente. Pero antes de que pudiera lanzar un combo de jab y puñetazo invertido, un movimiento que le había visto hacer cientos de veces, hice mi propio amago como si fuera a dar una patada, pero moví las caderas en un instante, cambiando la patada por un gancho.

Mi pie le golpeó en un lado de la cabeza, sólo un toque antes de apartarlo. Entonces fue mi turno de sonreír.

—¿Ves? Estaré bien.

Scott Savage era una bestia. No tenía mi velocidad ni mi técnica. Prefería luchar de pie, y mi mayor preocupación era que consiguiera un derribo afortunado y nos pasáramos la mayor parte de la pelea luchando en la lona. Incluso entonces, podría vencerlo.

Me basaría en mi entrenamiento. Años de boxeo. Años de Jiu-Jitsu. Y estaría confiando en mi corazón. Porque Jasper había dado exactamente con lo que necesitaba.

Si Talia estuviera sentada en primera fila, no dejaría que me viera perder.

Jasper y yo bailamos alrededor del ring, ambos con los pies ligeros. Cuando el cronómetro sonó a los cinco minutos, ambos estábamos sudando y sin aliento.

Me dirigía a la esquina para tomar otra copa cuando se abrió la puerta y una ráfaga de aire frío entró. Entonces tuve que llevarme una mano al pecho para evitar que el corazón se me saliera cuando Talia entró.

Ella había venido a mí para un cambio.

Me gustaba mucho. Mucho.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Hola. —Ella saludó y se dirigió hacia las cuerdas—. ¿Interrumpo?

—No. —Me agaché, esperando a que estuviera lo suficientemente cerca. Entonces enganché mi dedo bajo su barbilla y la atraje para darle un suave beso—. Hola.

—No sabía si ibas a entrenar o no. —Miró por encima de mi hombro—. Hola, Jasper.

—Hola. —Levantó la barbilla.

—No tengo que quedarme —dijo Talia, bajando la voz—. Hoy no estaba trabajando y...

—Me has echado de menos.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, amor.

La mirada de Talia recorrió mi pecho desnudo.

—Me olvidé de esto.

—¿De qué?

Movió una mano hacia mi cuerpo.

—Tú. Que eres sexy es cuando estás luchando.

Menos mal que le parecía sexy. Con suerte eso haría que aceptara mi invitación a Las Vegas.

—Bésame.

Ella obedeció al instante, poniéndose de puntillas. Y en lugar de un roce de nuestros labios, metí la mano entre las cuerdas, sujeté la solapa de su abrigo y la sostuve contra mí mientras mi lengua se introducía en su interior.

La garganta de Jasper se aclaró detrás de nosotros, pero yo lamí y chupé y no dejé que Talia se fuera hasta que sus mejillas estuvieron completamente sonrojadas.

Talia se mordió el labio inferior, tratando de contener una sonrisa.

—Creo que esa es mi señal para irme. —Jasper pasó junto a nosotros, riendo mientras salía del ring. Luego se dirigió a un banco y se puso su

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

sudadera, antes de guardar su cabello sudado bajo una gorra de béisbol. Con las zapatillas puestas, se dirigió a la puerta.

—Diviértanse

—¿Estás bien? —pregunté mientras Jasper se iba.

Ella levantó un hombro.

—Estoy peleada con Lyla. Más o menos. No lo sé. Pero no he hablado mucho con ella y es raro.

—¿Qué ha pasado?

—Oh, no es nada. Drama de hermanas. —¿No era nada? Antes de que pudiera preguntar, cambió de tema—. En otras noticias, mi madre quiere conocerte.

—A mí también me gustaría conocerla.

—Podría ser incómodo.

Me encogí de hombros.

—La incomodidad no durará siempre. Al final se acostumbrarán a mí.

—Sí. —Había dudas en su voz. O no quería que conociera a su familia.

O... ella todavía no creía que me quedaría. Dudaba de mí.

El malestar nadaba en mis venas como un veneno.

La Talia de antes no se había contenido. Me había dado todo. Confiaba. Creía. Esa mujer todavía estaba ahí dentro. En algún lugar. Y de alguna manera, tenía que sacarla. Demostrarle que esto era real.

—¿A qué hora tienes que recoger a Kadence de la escuela? —preguntó.

Dejé de lado mis temores y miré el reloj.

—En una hora más o menos. ¿Por qué?

—Necesitas una ducha. —Levantó una ceja y se alejó, fuera de mi alcance. Cuando llegó a la puerta del departamento, su abrigo de invierno estaba en el suelo. Una mano liberó la cremallera de su sudadera, sacudiéndola de sus brazos y dejándola caer al suelo. Y cuando se echó la mano a la espalda para desabrocharse el sujetador, salté por encima de las cuerdas y troté para alcanzarla.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Mis manos se dirigieron a sus caderas, arrastrándola hacia el baño, mientras mi boca se aferraba a su pulso, dándole una buena chupada.

—Foster. —Ella gimió, extendiendo la mano hacia atrás, sus dedos enroscándose en mi pelo.

—Quítate esto. —Le di un golpe en el dobladillo de su vaquero—. Ahora.

Se desabrochó los botones y se lo bajó por las caderas mientras yo empujaba mi propio pantalón al suelo.

Mi polla se liberó, palpitando mientras la presionaba en la raja de su culo.

Talia siseó, arqueándose hacia mí.

—¿Estás mojada para mí? —Mi mano se deslizó por su cadera, por su vientre. Me sumergí en sus pliegues—. Estás jodidamente empapada.

Arrastré mis dedos por su humedad, extendiéndola por su coño. En el momento en que cruzamos el umbral del baño, la hice girar, la levanté y la senté sobre la encimera.

Mi cepillo de dientes eléctrico se cayó de su cargador. Un cepillo cayó con estrépito en el fregadero.

Separé las rodillas de Talia, enganchando mis manos bajo ellas para arrastrarla al borde de la superficie, sus manos vinieron a mis hombros para sujetarse con fuerza, y entonces me alineé en su entrada y empujé hasta el fondo.

—Joder. —Gemí mientras ella se apretaba a mi alrededor—. Te sientes tan bien. Tan jodidamente bien.

Se agarró los pechos, sus pezones sonrosados estaban duros y pedían mi boca.

Así que me incliné y chupé, retirándome para volver a embestir.

—Más. —Gimió—. Más duro.

—Dime que me has extrañado —dije, besando a través de su pecho hasta llegar a su otro pecho.

—Te he extrañado —susurró mientras le chupaba el pezón. Con fuerza.

Dejé que se soltara de mi boca y me puse de pie, metiendo la mano entre nosotros para colocar mi pulgar justo encima de su clítoris.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Ven a Las Vegas conmigo. Para mi pelea.

Sus ojos volaron hacia los míos.

—¿Qué?

—Mi pelea. Ven conmigo.

Se inclinó, sus labios buscaron los míos.

—¿Tenemos que hablar de esto ahora?

Antes de que pudiera besarme, antes de que perdiera los nervios, me aparté y asentí. Mi pulgar se acercó a su clítoris pero aún no lo tocó.

—Di que sí.

—Foster. —Se agitó pero la tenía atrapada.

—Te necesito conmigo, Tally. Ven. —Lentamente, salí, provocándola sólo con la punta. Cuando sus ojos se fijaron en los míos, avancé, centímetro a centímetro, hasta que me enterré profundamente. Tan profundo que tal vez ella se diera cuenta de que nada nos separaría. No otra vez.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y sus paredes internas se agitaron alrededor de mi cuerpo.

Mi pulgar rozó su clítoris antes de apartarlo.

—Di que sí y te daré exactamente lo que necesitas.

—Sí. —Tragó con fuerza, sus manos se clavaron en mis hombros—. Sí.

—Buena chica. —Me retiré, y luego embestí, ganándome un suspiro. Luego rodeé su clítoris con la presión justa para hacer temblar sus piernas.

Las manos de Talia se movieron hacia el mostrador y sus brazos se apoyaron mientras su cabeza se inclinaba hacia un lado. Detrás de ella, su cabello fluía al ritmo de mis empujes. Sus labios se separaron y, con cada empujón de mis caderas, me gané una rápida inhalación. Sus pechos se balanceaban y sus pezones estaban increíblemente duros. La perfección. Era jodidamente perfecta.

—Míranos. Mírame follándote. —Quitando mi mano del camino, nos balanceé juntos, mi polla desapareciendo en su cuerpo. La vi tomarme centímetro a centímetro. Y cuando estaba metido hasta la empuñadura, me encontré con la mirada de Talia—. Tú y yo. Siempre hemos sido tú y yo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Me sostuvo la cara con las manos y atrajo mis labios hacia los suyos. El beso fue corto. Se separó, jadeando, mientras yo aceleraba mi ritmo. Entonces gritó mi nombre, con la boca abierta y pegada a la mía, cuando estalló su orgasmo. Se estrechó, más fuerte que nunca, con esas paredes internas apretándome como un puño.

—Tally. Sí. —Mi cuerpo se tensó hasta que me rompí. Me corrí dentro de ella, aferrándome a ella mientras se aferraba a mí. Y cuando ambos estuvimos agotados, aparté ese sedoso y oscuro cabello de su cara y me dejé ahogar en esos hermosos ojos azules.

—Será mejor que te metas en la ducha —dijo, sin aliento, con las yemas de los dedos acariciando mi barba.

La rodeé con mis brazos, con nuestros cuerpos aún conectados, y la abracé con fuerza.

—Un minuto más.

Un minuto se convirtió en dos y, finalmente, salí y fui a la ducha para abrirla.

Excepto que del grifo sólo salía un débil chorro en la bañera.

—¿Qué demonios?

Talia saltó del mostrador, mirando por encima de mi hombro.

—Um, eso no es bueno.

—Hijo de puta. —Salí del baño, desnudo, y del departamento.

El armario de los servicios estaba entre los vestuarios. Los habían limpiado, pero por lo demás, los había ignorado, concentrándome en el gimnasio y el departamento. Las habitaciones no eran grandes, y como tenía el baño del departamento, no tenían sentido por el momento.

Talia siguió mi camino, vestida con su sujetador y braga y colocándose su sudadera mientras se apresuraba a alcanzarme.

El ruido me alcanzó primero, el sonido del agua golpeando el suelo. Mi suelo. Al cruzar la puerta, me dirigí al baño de hombres y a la fuente de ese goteo, cuando mi pie cayó en un charco.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Tienes que estar bromeando. —Vadeé el agua, tan caliente que casi hervía, hasta que llegué al armario de los servicios. Abrí la puerta de un tirón.

El agua se derramó desde el fondo del calentador de agua.

—Por el amor de Dios. —Me estiré más allá del cilindro, alcanzando la válvula de cierre. Una vez girada y apagada, me enderecé y me pellizqué el puente de la nariz.

—Oh, mierda. —Talia se encontró con mi mirada—. Lo siento.

Incliné la cabeza hacia el techo. ¿Sería el siguiente en derrumbarse? ¿Cuándo terminarían los desastres?

—¿Cómo te sentirías con un par de invitados en la casa?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

18

Talia

Foster entró en la cocina, con el cabello oscuro revuelto y en ángulos extraños por las veces que se había pasado las manos por él en las últimas horas.

—¿Está dormida? —Le entregué una copa de vino.

—Sí. —Tomó un trago y se apoyó en el mostrador—. Qué desastre.

Asentí y di un sorbo a mi propia copa.

La tarde y la noche habían sido un caos. Habíamos buscado todas las toallas que tenía en el gimnasio y construido un bloqueo para impedir que el agua saliera de los vestuarios. Luego corrió a la ciudad para recoger a Kadence mientras yo me quedaba en el gimnasio, llamando a los dos fontaneros de la ciudad, que tenían otros trabajos. Por suerte, uno de ellos había accedido a dejar la nueva construcción en la que estaba trabajando y acercarse.

Cuando llegó el fontanero, Foster había vuelto con Kadence. Ella y yo habíamos metido todas sus cosas en la parte trasera de mi Jeep y luego habíamos metido toda la ropa de Foster en las maletas.

Después de haber cortado el agua del gimnasio, Foster había vaciado la despensa y la nevera, y luego habíamos partido hacia mi casa, parando para comprar hamburguesas de camino a casa.

—Ese lugar se está desmoronando —dijo—. Estamos saltando de un desastre a otro. Si fuera sólo yo, me encargaría. Pero con Kaddie aquí ahora, no es justo para ella.

—Puedes quedarte aquí.

Suspiró.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Por favor, no te lo tomes mal. Pero no quiero que Kaddie se sienta como una invitada. Necesita un hogar. Necesita su propia habitación donde pueda ensuciar y dejar la cama sin hacer y sólo tener siete años. No puedo decirte lo mucho que aprecio que nos dejes quedarnos. Pero...

—No está en casa. —Pero podría estarlo, ¿no? Todo lo que tenía que hacer era entregarle una llave.

Había aceptado cualquier invitación que le había hecho. Dada la forma en que me había abrazado y besado, Foster me había echado de menos esta última semana tanto como yo a él.

Excepto que no me ofrecí a dejar que se mudaran. Algo me retenía. El mismo algo que me había impedido decirle a Foster que lo amaba.

—¿Por qué compraste el gimnasio y no una casa? —pregunté.

—Por muchas razones. —Exhaló—. Pensé que funcionaría temporalmente. Podríamos quedarnos allí durante seis meses, tal vez un año. Sinceramente, no creí que fuera tan malo. Las fotos que me mostró el agente inmobiliario eran... engañosas.

—Ah. —Sin preguntar, supe a qué agente inmobiliario se refería. Definitivamente no es uno que recomendaría—. Tal vez si el calefactor y el agua y todo sirvieran, funcionaría. Has hecho un buen trabajo de limpieza.

—Igual debería haber comprado una casa. Pero estaba esperando, supongo. Quería llegar aquí y sólo... Quería llegar aquí.

—Querías ver cómo te iba conmigo.

Sus ojos se suavizaron.

—Sí.

—Dijiste que no te ibas a ir. No importaba lo que dijera.

—Lo cual es cierto después de haberte visto esa primera noche. Pero no estaba del todo seguro de qué esperar antes de llegar a Quincy. Cristo, nunca he estado tan nervioso conduciendo hacia una ciudad. Todo el viaje desde Las Vegas fue un desastre. A juzgar por lo que pude encontrar en Internet, sabía que no estabas casada. No parecía que tuvieras novio, pero no estaba seguro.

—¿Y si lo hubiera tenido?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Entonces habría tenido competencia.

La esquina de mi boca se levantó.

—Así que compraste el gimnasio en lugar de una casa.

—Me pareció una decisión inteligente. Una propiedad que podía desarmar si era necesario. Pero debería haber empezado a buscar un lugar permanente antes de que llegara Kaddie. Ese fue mi error. Pensé que sería suficiente, pero ella se merece algo mejor.

—No está tan mal, Foster. Sólo necesita algunas mejoras.

Bebió un largo trago de vino y se pasó una mano por la barba.

—Estaba tan contenta cuando la recogí hoy de la escuela. Durante todo el trayecto al gimnasio, no paró de hablar de los dos amigos que había hecho. Incluso sabiendo que iba a volver a limpiar un desastre, no dije ni una palabra sobre el agua hasta que estuvimos fuera. No quería que esa sonrisa se apagara. Últimamente ha sido difícil sacársela.

—¿Por la mudanza? ¿O por el divorcio?

—Por ambas cosas. En el momento en que Arlo murió, Vivi y yo supimos que el cambio estaba llegando. Finalmente. Podríamos vivir nuestras propias vidas. Quizás fue un error, pero pensamos que sería mejor acelerar todo lo posible para Kadence.

—Arrancar la venda.

—Sólo llegar al otro lado. —Sus ojos se suavizaron—. Llegar a lo bueno.

A mí. Yo era lo bueno.

—Vivienne necesitaba quedarse en Las Vegas.

—Para vender tu casa y Angel. —Me di cuenta de que también había mencionado que había estado planeando una boda. Supuse que era para un cliente o algo así. Pero no. Ella estaba planeando su *propia* boda.

—Vivi y Dex quieren casarse allí. Es su hogar. Lo deja por mí porque quiero estar aquí. Pero creo que ella necesita tiempo para despedirse. Y Dex ha estado arrastrando los pies.

—¿No quiere moverse?

—En realidad no. —Foster se encogió de hombros—. No conozco los detalles. No he preguntado. Pero mencionó que ha sido un punto de tensión.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

En cualquier caso, Vivienne quiere que Kadence esté cerca de mí, y yo no me voy a ir. Ella le dejó claro que su futuro está en Montana. Se subirá a bordo.

—¿Realmente sacrificaría su casa, su vida en Las Vegas, sólo para que pudieras venir a Quincy por mí? —Eso parecía increíble. Desinteresado. No era en absoluto la persona que yo había hecho de Vivienne a lo largo de estos últimos siete años. Tal vez ella no era la enemiga después de todo.

—Como te dije, tiene mucha culpa por lo que pasó. Quiere que sea feliz. Pero sobre todo, quiere que Kadence tenga la mejor vida posible. Vimos esto como una oportunidad para sacarla de una mala situación.

Mi frente se arrugó.

—¿Qué mala situación?

Foster me hizo un gesto con la barbilla para que lo siguiera a la mesa del comedor. Y cuando nos sentamos, se inclinó hacia atrás en su silla para echar un vistazo al pasillo, probablemente para asegurarse de que su hija no estaba espiando.

—El preescolar de Kaddie también ofrecía escuela. Tenía muchos amigos y conocía a los profesores. Así que la mantuvimos inscrita allí el año pasado mientras Vivi pasaba meses investigando escuelas para el primer grado. Solicitamos plaza en las mejores escuelas privadas de la ciudad. Hicimos una entrevista tras otra. Y entramos en la que más queríamos. Profesores de calidad. Un plan de estudios riguroso. Fomentaban las actividades extraescolares como los deportes y la música. Era exactamente lo que buscábamos. Pensamos que sería genial.

Una sensación de temor se introdujo en mis huesos.

—No fue así.

—Fue una pesadilla. —Su mandíbula se tensó—. Los niños de la clase de Kaddie eran brutales. No hay otra forma de describirlo. Eran niños de primer grado. No pensé que tendríamos que preocuparnos por los matones hasta la escuela media. El instituto, si teníamos suerte. ¿Pero primer grado?

—¿Qué ha pasado?

—No nos dimos cuenta lo suficientemente pronto. Kaddie llegaba a casa malhumorada todos los días. No era habitual en ella. Pensamos que era por

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

la escuela en general. Más horas que en el preescolar. Un aprendizaje más intenso. El tamaño de la clase es mayor. Ninguno de sus amigos del jardín estaba allí. Era la niña nueva. Pensamos que le pasaría. No lo hizo.

Cubrí su mano con la mía.

—Es un pensamiento normal para cualquier padre.

—¿Lo es? Es mi niña. Ella estaba miserable, y yo la ignoré. Pensé que era porque no estaba durmiendo la siesta. —La voz de Foster era ronca mientras hablaba, llena de pesar.

—Llegó al punto de que cuando le preguntaba a Kaddie si se divertía en la escuela, me decía que la odiaba. Todas las mañanas, era una lucha para prepararla. Se escondía bajo la cama en pijama. Suponíamos que era porque tenía que llevar uniforme y odiaba la falda. Una vez más, nuestra cagada porque deberíamos haber presionado más, antes, para indagar en lo que realmente le molestaba. Le preguntábamos y no nos explicaba nada. Cuando finalmente lo descubrimos, fue un maldito desastre.

—¿Qué ha pasado?

—Kaddie no hablaba de amigos. Llevaba meses yendo a la escuela y no hablaba de amigos. Pero hablaba de su profesora. Amaba a su profesora. Y la profesora la quería. Durante una reunión, le preguntamos a su profesora cómo le iba y cómo se comportaba. La profesora dijo que Kadence era un ángel. Que era brillante, quizá un poco tímida, y que se concentraba intensamente en sus tareas escolares. Algo que la profesora nunca había visto en un niño de primer grado.

—Eso es algo bueno, ¿verdad?

—Kaddie se concentraba en sus tareas escolares porque era su forma de escapar de los otros niños. Los bloqueaba leyendo libros en un rincón a solas.

—Oh. —Mi corazón se rompió.

—Llegó a casa con una invitación a la fiesta de Halloween. Vivienne y yo nos alegramos mucho. Por fin estaba haciendo amigos. Se estaba adaptando a esta nueva escuela. Así que la llevamos a la fiesta. Los padres la organizaban en su propia casa. Una casa enorme. Habían alquilado unos juegos inflables. Tenían una piscina. Un payaso. Comida para un ejército.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Había gente por todas partes, niños vestidos con sus disfraces. Estuve hablando con algunos de los otros padres, pasando el rato mientras los niños se perseguían unos a otros. Entonces oí un grito desgarrador.

—Kaddie.

Asintió.

—Nunca he corrido más rápido en mi vida. La encontré rodeada por un grupo de niñas. Una de ellas tenía un mechón de pelo en el puño. Le había arrancado un trozo de pelo a mi hija.

Jadeé.

—Oh, Dios mío.

Un brillo de lágrimas llenó sus ojos. Giró su mano para que nos tocáramos palma con palma.

—Se reían de ella. Estaba llorando de rodillas, con la mano en el pelo por el dolor, y se reían de ella.

—Oh, Kadence. —Quería colarme en su habitación y envolverla en un abrazo—. Por eso se toca el lado de la cabeza, ¿no?

Asintió.

—Cada vez que lo hace, quiero gritar.

No había visto a Kaddie hacerlo mucho, pero de vez en cuando se tocaba el cabello. Como si estuviera tocando una vieja herida.

Algo así como si me tocara el corazón.

—Después de eso, todo salió a la luz —dijo—. Nos contó que las otras niñas habían sido malas con ella desde el comienzo del año. Se burlaban de ella y se reían a sus espaldas. Le dijeron que si las delataba, mentirían y nadie la creería porque ella era pobre y ellas ricas.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

—No sé por qué pensaron eso. La maldita escuela tiene un requisito de valor neto. Lo que sea. Pero Kaddie les creyó. Tal vez porque nunca he sido de los que hacen alarde de su dinero. Vivíamos en una bonita casa, pero no era ostentosa. Compraba un vehículo nuevo cada año, pero era una camioneta GMC, no un Ferrari. Ese no es mi estilo. Nunca lo ha sido.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

No, no lo era. Lo cual era parte de la razón por la que lo admiraba. Foster se había vuelto increíblemente exitoso. Podría haber gastado fácilmente su fortuna para compensar lo que le había faltado en su infancia, pero no era el tipo de hombre que despilfarraba el dinero. Diablos, el hombre había comprado un gimnasio destruido en Quincy.

Me recordaba a mis padres en ese sentido. Su riqueza era inmensa. Principalmente tierras e intereses de capital, como el hotel. Pero no hacían alarde de ello. Y nos habían enseñado a todos a ahorrar nuestro dinero.

Y que las cosas buenas de la vida no tienen precio.

—Lo siento.

—Yo también. —Me dedicó una sonrisa triste—. La escuela se disculpó. Tal vez pensaron que lo haría público y les echaría la bronca por permitirlo. La pusieron en una clase diferente. Enviaron a casa informes diarios sobre cómo le iba. Fue mejor. Pero…

—Todavía no era genial. —Kaddie probablemente se había encontrado con esas otras niñas en los pasillos o en el recreo.

—Era el primer grado. ¿Qué iba a pasar cuando estos niños pasaran al instituto? Estaría con las mismas niñas durante años. Yo sólo… No podía pedirle que lo soportara. Así que una nueva escuela era inevitable. Entonces Arlo murió dos semanas después y de repente en lugar de que esa nueva escuela estuviera en Las Vegas…

—Has investigado a Quincy.

—Todo cambió. Para mejor. —Entrelazó sus dedos con los míos—. Tally, hoy subió a la camioneta y sólo habló de sus amigos. De cómo van a jugar al baloncesto cuando empiece y de cómo Maggie le preguntó si podía ir a montar en trineo el fin de semana. Cómo la madre de Maggie iba a llamarme mañana.

Había tanta esperanza, tanta alegría, en sus ojos.

Nunca en mi vida había estado más orgullosa de vivir en Quincy.

Claro, nuestro pueblo tenía sus problemas. Había tenido algunos roces con los niños en la escuela. Eso era inevitable. Pero nuestra comunidad era fuerte. Y si Kadence necesitaba un lugar seguro, lo encontraría aquí.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Sé que el gimnasio no es un lugar para siempre. Necesita un hogar de verdad. Así que mañana, llamaré a un agente inmobiliario diferente y empezaré a buscar. Encontraré un lugar para ella.

—Eres un buen padre, Foster.

Levantó un hombro.

—Este año, me he sentido fracasado la mayoría de las veces. Pero maldita sea, lo estoy intentando.

Este hombre lo pondría todo en juego por la gente que amaba.

Y yo estaba en esa lista.

Foster bebió el resto de su vino, luego dejó la copa a un lado, poniéndose de pie y extendiendo una mano.

—Baila conmigo.

Tomé su mano y dejé que me llevara al centro de la cocina, donde me abrazó. Dimos tres vueltas antes de que su pie descalzo pisara el mío.

—Lo siento.

Me reí.

—Está bien.

Me abrazó más fuerte, balanceándose más que pisando.

—¿Seguro que te parece bien que nos quedemos un tiempo?

—Todo está bien.

—Podríamos registrarnos en el hotel.

—Esto es mejor. —Apreté mi nariz contra su pecho, aspirando su aroma a madera—. Los niños necesitan espacio.

—¿Y tú qué necesitas?

Incliné la cabeza hacia atrás, encontrándome con sus ojos.

—A ti.

Todo lo que había necesitado era él.

Foster acercó sus labios a los míos para besarlos. Las perezosas caricias de su talentosa lengua me debilitaron las rodillas y me estrechó

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

entre sus brazos, acunándome contra su pecho mientras me llevaba arriba para la ducha que no habíamos tomado en el gimnasio.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

19

Foster

—¿Eso es todo? —le pregunté a mi agente inmobiliaria mientras detenía la camioneta frente a la casa de Talia.

—El inventario es bajo.

¿Bajo? Según el correo electrónico que acababa de enviar con los mismos listados que había enviado la semana anterior, el inventario era prácticamente inexistente.

—Sí.

—Lo siento, Foster. Febrero es un mes difícil. Pero se recuperará en la primavera.

—No es tu culpa. —No podía culparla exactamente por esta situación. No era como si pudiera conjurar un hogar decente para Kadence y para mí de la nada.

—Para lo que buscas, creo que una nueva construcción será tu mejor opción.

—Sí. ¿Empezarás a enviarme listados de lotes?

—Por supuesto. Te advierto que no hay mucho.

Por supuesto que no lo hay.

—Te lo agradezco. —Terminé la llamada y me quedé mirando la calle—. Maldita sea.

Esa agente inmobiliaria me la recomendó Talia, porque estaba claro que no iba a recurrir al mismo tipo que me había vendido el gimnasio. Durante las últimas dos semanas, casi había memorizado los listados disponibles en un radio de cuarenta kilómetros.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Mis principales opciones eran un modular que desde fuera parecía en peor estado que el gimnasio. O podía comprar una casa diminuta de dos dormitorios en las afueras de la ciudad, junto a la autopista y el vertedero.

Lo que significa que una vez que saliéramos de la casa de Talia, volveríamos al gimnasio.

O tal vez...

Me quedé mirando la casa de Talia. El revestimiento verde era del color de la salvia del desierto. El ladrillo de la base de la casa era el mismo que habían utilizado para las escaleras del porche cubierto. La luz del sol de la tarde se reflejaba en las ventanas de la buhardilla del piso superior. Y más allá de la puerta principal de madera estaba mi chica.

Llevábamos dos semanas aquí. Cada noche, le decía a Talia que la amaba antes de que se durmiera en mis brazos. Dos semanas y ella no había insinuado decirlo de nuevo. Dos semanas y todavía había algo que la retenía.

Sólo habían pasado dos semanas. Dos semanas no eran nada. Pero dos semanas dedicadas a pensar en mis miedos, me habían hecho un nudo.

Ni siquiera el brutal régimen de entrenamiento con Jasper había ayudado a borrar la montaña de tensión en mis entrañas.

Talia no había hecho ni un solo comentario sobre la mudanza de Kadence y mía. Ni uno. Tampoco nos había pedido que nos quedáramos después de que el gimnasio volviera a la normalidad.

¿Era demasiado pronto para irnos a vivir juntos? Probablemente. Excepto que yo estaba listo para dar saltos hacia el futuro. Talia estaba dando pasos de bebé. Mantenía un escudo, un muro invisible para la mayoría.

Yo no.

Claro, las cosas entre nosotros habían sido increíbles. Cualquier otro hombre no se preocuparía. Pero conocía a Talia Eden mejor que a mí mismo. Y esto simplemente... no era como los días anteriores.

Los días en los que yo había vivido para su próximo aliento y ella había sobrevivido con los latidos de mi corazón.

Salí de la camioneta y me dirigí al interior, quitándome la nieve de las botas antes de sacármelas

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Talia —llamé.

—Aquí dentro.

Al final del pasillo, estaba en la habitación de Kadence con un cesto de ropa sucia sobre la cama y una camisa limpia en sus manos.

—Yo iba a hacer eso.

—No me importa. —Sonrió cuando me puse a su lado, dejando caer un beso en su boca antes de arrancar un par de vaqueros del montón y doblarlos en un cuadrado.

—¿Cómo estuvo tu día?

—Silencioso. —Había trabajado todo el fin de semana y tenía hoy y mañana libres—. Estuvo bien ponerme al día con las tareas domésticas. ¿Qué tal el gimnasio?

—Bien. Jasper está decidido a patear mi trasero todos los días hasta la pelea. —Que se acercaba en menos de un mes. Los nervios empezaban a aparecer. La anticipación.

Hoy habíamos entrenado durante horas, sobre todo practicando técnicas de agarre. Luego habíamos hecho cardio, la cinta de correr y la bicicleta estática, hasta que estuve a punto de caer de rodillas. Pero esa era mi estrategia. Ningún oponente me superaría. Estaría en mejor forma que cualquier hombre que hubiera conocido en el ring.

—Hueles bien. —Talia se inclinó y presionó su nariz contra la manga de mi camisa—. ¿Te has duchado?

—Sí. El fontanero terminó ayer.

—Oh, eso es genial.

¿Dijo eso porque ahora que el agua había vuelto a su cauce, podíamos salir de su casa?

—¿Qué pasa? —Se quedó mirando mi boca fruncida.

—Nada. —Le di otro beso y volví a la lavandería.

El fontanero que había venido a comprobar el calentador de agua, lo había sustituido con bastante rapidez. Pero en el proceso, había encontrado una tubería oxidada y en mal estado.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Ya estaba harto de estas malditas emergencias, así que le había dicho que lo reemplazara. Por supuesto, había sido la tubería principal que conducía al departamento, así que había tenido que arrancar una sección decente de la pared para arreglarla.

Mientras él hacía las reparaciones, yo también había contratado a un electricista para que evaluara el edificio. Lo último que necesitaba era un incendio. El cableado era viejo pero funcionaba, aunque el cuadro eléctrico estaba anticuado y sobrecargado.

Todos los problemas habían sido pasados por alto, o no se habían visto, por el inspector de la propiedad que mi agente inmobiliario había organizado. Y por mí, porque tenía tanta prisa por mudarme, que no me lo había pensado dos veces.

El electricista había arreglado el panel. Yo había tapado los agujeros que había dejado el fontanero con un poco de yeso. Mañana, añadiría masilla a la pared y finalmente pintaría. Hoy era el primer día en el que no había nadie en el gimnasio más que Jasper y yo.

—Probablemente podamos irnos de tu vista mañana —dije, conteniendo la respiración.

Sus manos dejaron de doblar.

—Oh.

—A menos que no quieras…

—Eso será probablemente…

Hablamos por encima del otro, y luego dejamos de hacerlo.

—Habla tú —dije.

—¿Quieres irte? —Mordió su labio inferior.

—¿Quieres que nos quedemos?

Había tanta vulnerabilidad en esos ojos azules, como si tuviera miedo de admitir lo que quería.

Dímelo. Por favor. Sólo dímelo. Vamos, Tally. Suéltalo.

—Quédate un poco más.

No era todo, pero era algo. La atraje hacia mis brazos, presionando mi nariz contra su pelo y respirando su interior.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Está bien. Un tiempo.

—¿Crees que a Kadence le importará?

Me reí.

—Uh, no.

Esta mañana, de camino a la escuela, me había preguntado si podíamos vivir en casa de Talia hasta que encontráramos nuestra propia casa. En parte se debía a que nos habíamos enterado de que su amiga Maggie estaba a una manzana de distancia, y el sábado pasado las habíamos dejado jugar.

Pero la otra parte era Talia.

Mi hija se estaba enamorando.

La envidiaba por eso. Lo que daría por volver al principio, cuando Talia y yo éramos desconocidos, y experimentar de nuevo la magia de enamorarse de ella.

Me soltó y volvió a la colada. Yo guardé todo en los cajones mientras ella colgaba los jerséis de Kaddie en el armario. Cuando terminé antes que ella, me senté en el borde de la cama, observando cómo se movía.

Talia sería una madre increíble. ¿Quería tener sus propios hijos?

Yo quería tener más hijos. Quería ver a Talia crecer con nuestro hijo. Quería una vida en la que los persiguiéramos de un lado a otro y, una vez dormidos, nos deslizáramos en la cama junto a ella hasta el final de mis días.

—¿Quieres...? —Me detuve. Era demasiado pronto.

—¿Quieres qué? —preguntó ella.

—¿Quieres venir conmigo a recoger a Kadence?

—Claro. —Colgó la última sudadera de Kaddie y luego la seguí desde el dormitorio, llevando la cesta al lavadero mientras ella se ponía un par de zapatillas. El pantalón negros que llevaba hoy se amoldaban a sus largas y tonificadas piernas y a la curva de su culo.

Mi polla se agitó detrás de mi vaquero. Esta mujer no tenía ni idea de cómo la deseaba, a cada momento. Pero no me atrevía a tocarla porque si empezábamos, no pararía. Y teníamos que llegar a la escuela.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Cuando Talia buscó un abrigo en el gancho de la entrada, yo se lo arrebaté primero.

—Te has olvidado de las reglas.

Puso los ojos en blanco.

—Oh, ¿lo hice?

—Claramente. —Le tendí el abrigo para que se lo pasara por los brazos.

—Siempre un caballero.

—Para ti. —Una vez le había prohibido ponerse su propio abrigo cuando yo estaba en la habitación. O abrir una puerta. O girar la tapa de un frasco.

—Puedo hacerlo, ¿sabes? —dijo mientras le subía la cremallera de la chaqueta hasta el cuello.

—A pesar de todos sus defectos, mi padre siempre es un caballero. —Aunque siempre había insistido en hacer las pequeñas cosas por ella, nunca le había dicho por qué—. Incluso cuando está furioso con mi madre por haber perdido dos grandes en una noche, la trata con respeto. Abre las puertas. Le tiende el abrigo. Le acerca la silla.

No había aprendido mucho de papá, sobre todo lo que no había que hacer, pero esa había sido una de las buenas lecciones.

—No se trata de quitarte tu independencia —dije—. Sé que puedes subir la cremallera de tu propio abrigo. Abrir tus propias puertas. Pero es una forma de devolverte sólo una parte de lo que tú me das.

Sus ojos se suavizaron.

—Foster.

—Permíteme.

—De acuerdo.

—Gracias. —Con mi dedo bajo su barbilla, la acerqué para darle un beso.

Sus manos se apoyaron en mi pecho mientras se levantaba en puntas de pie, abriéndose para que me deslizara dentro.

Mierda. Mis manos se dirigieron a su culo, mis palmas se amoldaron a sus curvas mientras las apretaba. Malditos sean este pantalón.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Talia gimió, sus brazos se deslizaron alrededor de mi cuello.

Con un rápido levantamiento, la apoyé contra la puerta. Luego presioné mi excitación en su centro, dejándole sentir lo mucho que la deseaba. Lo insaciable que era cuando se trataba de ella.

Estaba a segundos de bajar su pantalón y darle un polvo duro y rápido cuando mi teléfono vibró en mi bolsillo.

—Ignóralo. —La besé de nuevo.

Pero la vibración continuó, y maldita sea, no teníamos tiempo, así que aparté la boca con un gruñido.

Talia se rio y me secó los labios con el pulgar.

—Nos estamos dejando llevar.

—¿Contigo? Siempre.

Soltó una risita y desenrolló los brazos mientras la ponía de pie. Talia no se acercó a la puerta. Esperó a que ajustara mi dolorida polla y la abriera para ella. E hizo lo mismo cuando llegamos a la camioneta, dejándome sostener la puerta mientras ella subía al asiento del pasajero.

Tomé su mano entre las mías mientras cruzábamos la ciudad para llegar a la escuela y ocupábamos nuestro lugar en la fila de recogida.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó.

—Oh. —Saqué mi teléfono, ya que lo había olvidado. Pulsé la notificación de llamada perdida, el timbre del teléfono llenó la cabina—. Era Vivi.

—Hola —respondió—. ¿Ya la recogiste?

—No, estoy esperando en la fila.

—De acuerdo, bien. Quería hablar de algo antes de que llegara.

Miré a Talia, señalando la consola. ¿Quería que le dijera a Vivienne que estaba aquí? Pero ella negó.

—¿Qué pasa?

—Voy a viajar esta noche.

Parpadeé.

—¿Esta noche?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Hay un vuelo a las seis de la tarde que llega a Missoula cerca de la medianoche. Me quedaré allí y luego me levantaré temprano para conducir por la mañana.

—De acuerdo. —Esto fue días antes de lo que habíamos planeado, pero si ella quería venir a Montana antes del fin de semana y ver a Kadence, no discutiría. Kaddie estaría encantada—. ¿Todo está bien?

—Odio esto, Foster. —Una cremallera, como de una maleta que se cierra, sonó de fondo—. Odio esto.

—Sé que lo haces, Vivi.

—No me voy a perder su primer entrenamiento de baloncesto.

Me reí.

—Sólo es un entrenamiento. Estarás aquí para el primer partido.

—Y también estaré allí para el primer entrenamiento.

—Bien. Estará encantada.

—No le digas que voy a ir. He reservado un vuelo de última hora y no quiero que se haga ilusiones, por si acaso.

—¿Por qué no llamaste a la compañía de vuelos chárter y cambiaste tu vuelo?

—Lo intenté, pero me dijeron algo sobre la necesidad de presentar un plan de vuelo con veinticuatro horas de antelación. No sé. Yo sólo... no voy a esperar. No puedo seguir haciendo esto. Es demasiado duro. —Su voz se quebró y las lágrimas serían lo siguiente.

—No llores.

—No estoy llorando.

—Todavía.

—Todavía. —Se le escapó un resoplido—. Quería darte tiempo con Talia. Sé que ella no quiere verme. Pero extraño a Kadence. La extraño tanto que me duele.

Miré a Talia. Su rostro mostraba comprensión. No habló, pero me hizo un leve gesto con la cabeza.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Talia lo entiende. Ven. Quédate aquí. Podemos ver todos el primer entrenamiento de baloncesto.

—Gracias. —Vivienne suspiró—. ¿Cómo va lo tuyo con Talía? ¿Ya te ha dicho que te ama?

Oh, mierda.

Los ojos de Talia se abrieron de par en par por un momento, y luego miró hacia la ventana, con la mandíbula apretada.

Mierda. Mierda.

—Aquí viene Kadence —mentí antes de que Vivienne pudiera decir otra palabra.

—Ack. —Un ruido sordo llegó a través de los altavoces—. Te llamaré en cuanto entre en el auto. Casi se me cae el teléfono tratando de cargar mi maleta.

—De acuerdo. —Terminé la llamada y el silencio que siguió en la camioneta fue asfixiante. *Joder*.

Debería haberle dicho que Talia estaba aquí. No debería haber llamado hasta que Kadence estuviera aquí para ser un amortiguador.

Talia no me miraba. Mantenía los ojos dirigidos hacia la ventana y los hombros encorvados, como si quisiera desaparecer.

Por suerte, Kadence no tardó en correr hacia la camioneta. Talia había trenzado el cabello castaño de Kaddie esta mañana, pero después de un día de escuela y recreo, algunos mechones se habían soltado.

Sonreía al acercarse, mirando por encima del hombro para gritar:

—¡Adiós!

Debería haber hecho que mi corazón se disparara. Excepto que el vacío en la cara de Talia era insoportable.

—Lo siento —susurré mientras Kaddie metía su mochila en la camioneta y se dejaba caer en su asiento. Luego me centré en mi hija—. Hola, bichito.

—Hola, papá. Hola, Talia. Adivina qué. —Kadence se pasó el camino de vuelta a casa hablándonos de una asamblea que habían tenido hoy, en la

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

que un tipo llamado Radical Roy había ido a la escuela para hacer una demostración de diferentes experimentos científicos.

Cuando llegamos a casa, Talia desapareció en su habitación con la excusa de que tenía que hacer su propia colada.

Le dejé espacio, no quería forzar una discusión con Kadence para que oyera. La cena fue tensa en el mejor de los casos. Incluso Kaddie notó que Talia estaba callada, dando respuestas amables pero cortas cada vez que mi hija hacía una pregunta.

Talia no me miró ni una sola vez. Cuando por fin llegó la hora de irse a la cama, no me sorprendió salir de la habitación de Kaddie y descubrir que Talia se había escapado una vez más escaleras arriba.

Comprobé las cerraduras. Apagué las luces. Luego subí las escaleras.

La puerta de su habitación estaba cerrada.

—Talia. —Mis nudillos golpearon la puerta. No hubo respuesta. Giré la manilla y entré de todos modos.

Estaba sentada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho. Había un libro a su lado, pero miraba por la ventana hacia la oscuridad del más allá.

—Has hablado de mí.

—Me preguntó cómo nos iba. Fui sincero.

Las manos de Talia se retorcieron.

—Eso no es asunto de ella.

—Tienes razón. No lo es. Pero no lo hice para herirte. Para cotillear sobre ti. Ella es sólo... mi amiga. He compartido mi vida con ella estos últimos siete años. Y es un hábito que tendré que romper.

—¿Qué más le dijiste?

—Nada. Lo juro. Fue una conversación de dos minutos. Le dije que nos íbamos a quedar aquí mientras se hacía el trabajo en el gimnasio. Quería que supiera que nos acostábamos juntos por si Kadence lo mencionaba. Me preguntó si íbamos en serio. Le dije que sí. Ella sabe que estoy enamorado de ti. Ese fue el alcance de la conversación.

La mirada de Talia cambió de dirección.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Fue una maldita mala suerte que Vivienne hubiera formulado su pregunta de esa manera antes. Porque no había admitido que aunque había dicho *te amo,* Talia aún no lo había respondido.

—No sé qué sentir por ella. —Los hombros de Talia se desplomaron.

—Es justo. —Cerré la puerta y me adentré en la habitación, rodeé la cama para sentarme junto a sus pies.

—No estoy enfadada. No realmente. —Ella suspiró—. Sólo estoy confundida. Un poco herida. Y celosa. Odio que puedas saber cuando está a punto de llorar, y que cuando tiene un problema, seas tú a quien recurre. Y sé que no debería estar celosa. Pero lo estoy.

Dios, fue bueno escucharlo. No es que quisiera que sufriera, pero los celos eran algo. Un sentimiento, bueno o malo. Era algo.

Tomé su mano entre las mías, despegando las yemas de sus dedos de la palma, y luego la apreté contra mi pecho.

—Ella nunca tuvo mi corazón.

—Tuvo siete años.

—Y te daré setenta. —Si eso significara que tendría que vivir hasta los ciento uno, haría todo lo posible para darle ese tiempo.

—Lo superaré —murmuró.

Sí, lo haría. Con el tiempo se daría cuenta de que lo que compartía con Vivienne no era nada comparado con lo que teníamos. Esta noche, se lo recordaría.

Así que continué donde lo habíamos dejado antes.

Y le quité ese pantalón de su cuerpo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

20

Talia

Kadence corrió por el gimnasio, hacia los brazos abiertos de Foster mientras su cola de caballo saltaba detrás de ella. Su brillante sonrisa era contagiosa.

—¿Me has visto?

—Te he visto. Lo has hecho genial. —Le besó la mejilla y le dio una vuelta antes de ponerla de pie para que se lanzara sobre Vivienne.

—Has hecho tres cestas. —Vivi llenó de besos la cara de su hija—. Estoy muy orgullosa de ti.

Kaddie rio y, cuando Vivienne la soltó, me miró con sus bonitos ojos marrones.

—Bien hecho, cariño. —Extendí una mano para chocar los cinco—. Fuiste una superestrella.

El baloncesto de primer grado fue, como mucho, el evento deportivo más dulce que había visto nunca. Las niñas se perseguían de un extremo a otro de la cancha, todas agrupadas mientras quien tenía el balón intentaba regatear. La mayoría de los tiros no se acercaban al aro. Pero Kaddie había clavado tres canastas.

El equipo contra el que habían jugado era el de los chicos de primer grado, y me había emocionado cuando las chicas habían sido aclamadas como victoriosas. No había muchos otros equipos con los que los niños pudieran jugar y el próximo fin de semana se enfrentarían al otro equipo de niñas de primer grado.

A la semana siguiente, jugarían contra los de segundo grado. Luego, en unas semanas, llevaríamos a Kaddie a uno de los pueblos vecinos para que jugara contra su equipo. Esa era la vida de los deportes de pueblo. Los

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

padres se comprometían a hacer viajes por carretera. Y en el camino, se vinculaban entre sí.

Maggie se apresuró a acercarse a Kadence, las dos niñas rieron y susurraron mientras la madre de Maggie se despedía de todos.

—Adiós. Nos vemos en el entrenamiento de la próxima semana.

Foster levantó la barbilla mientras Vivienne le devolvía el saludo. Y yo me limité a sonreír, sin saber cómo encajar en esta mezcla.

—Hola, Talia. —Una mujer con la que había ido al instituto pasó con sus tres hijos. Uno de ellos estaba en el equipo de Kaddie.

—Hola, Lindsey.

No habíamos sido buenas amigas en el instituto, pero cuando tu clase de graduación estaba formada por cincuenta y tres personas, no podías ser muy exigente con los amigos.

Pasaron otras tres personas, que me saludaron mientras se dirigían a la salida.

Después de que pasara el último, me volví hacia Foster, que me miraba.

—¿Qué? —pregunté.

Me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome a su lado para besarme la sien.

—Ya conoces a todo el mundo.

—No todos. Pero casi todos.

Se rio.

—Gracias por venir hoy.

—Por supuesto. —Incluso con Vivienne aquí, no había forma de que me perdiera el primer partido de Kaddie.

—Bien, ¿qué es lo siguiente? —preguntó Vivienne, con la mano unida a la de su hija.

—Helado. —Kaddie dio un respingo—. ¿Podemos tomar un poco? ¿Por favor?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Um… —Foster me soltó y se agachó para hablarle a la altura de los ojos—. Tendré que pasar del helado. No hay azúcar para papá en este momento.

¿Qué? ¿No hay azúcar? Eso era nuevo para mí. Había comido una de las galletas de chocolate de mamá la noche anterior cuando ella había dejado una docena.

Mamá no había sido tan sutil en su visita improvisada. Había querido echar un vistazo a Foster, pero había sido dulce. Y él la había halagado desde el momento en que entró por la puerta hasta que insistió en acompañarla hasta su Cadillac porque la acera estaba helada.

Tal vez por eso se había comido una galleta, por la aprobación de mi madre. O tal vez esta dieta suya era sólo una excusa para reducir al mínimo las interacciones entre Vivienne y yo.

Sentarse con ella en los entrenamientos a principios de semana y durante el partido de hoy no había sido horrible. Pero había sido incómodo.

Vivienne y yo habíamos pasado innumerables horas hablando cuando vivíamos juntos, pero ahora, simplemente… No sabía qué decir. Así que opté por no decir nada. Ella siguió mi ejemplo.

Y Foster estaba en el medio, tratando de comprometerse con los dos, pero no con uno más que con el otro.

Muy incómodo.

—Podemos ir a por un helado —le dijo Vivienne a Kadence—. Luego pasar el rato en el hotel y tener una cena especial.

—¿De verdad tienes que irte mañana, mamá?

Vivienne suspiró.

—Desgraciadamente. Pero volveré pronto.

La sonrisa en el rostro de Kaddie se atenuó.

Si Vivienne echaba de menos a su hija, el sentimiento era mutuo. Desde que Vivienne había llegado hacía cinco días, las dos habían sido casi inseparables. Foster había pasado algún tiempo en The Eloise visitándolas. La otra noche había tenido que trabajar hasta tarde y las había llevado a cenar.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Bien, entonces nos pondremos en marcha. —Vivienne se acercó a Foster y se puso de puntillas para besar su mejilla.

Me tensé.

Era tan automático, tan natural, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Porque lo había hecho. Ese resplandor de envidia se desató, pero me negué a alimentarlo. Un beso en la mejilla no era nada, ¿verdad? Sólo un beso amistoso.

La mirada de Vivienne se dirigió a la mía y sus ojos se abrieron de par en par. Al parecer, había leído los celos en mi cara.

—Lo siento. Yo, um... hábito. Eso ya no es apropiado.

—Está bien —mentí.

La mano de Foster encontró la mía, apretando con fuerza. Me aseguró que superaríamos esto. Descubriríamos cómo coexistir por Kadence.

Le dio a su hija otro abrazo y un beso.

—¿Nos vemos por la mañana? Diviértete con mamá.

—Adiós, papá. Adiós, Talia.

—Adiós, señorita Madden.

Me dedicó su sonrisa de dientes, como hacía siempre que la llamaba *señorita Madden*.

—Me alegro de verte. —Vivienne me lanzó una mirada tan llena de súplica, de disculpa, que sólo empeoró la incomodidad.

Si ella seguía pidiendo perdón en silencio, y si yo seguía levantando la mano, siempre sería incómodo. Alguien —yo— tenía que ceder.

—Que tengas un buen viaje a casa. —Estaría en el trabajo para cuando ella se fuera mañana.

Se fueron primero, dejándonos a Foster y a mí en el gimnasio. Pronto sería la hora del partido del instituto. Mis padres iban a venir a la ciudad para verlo, aunque no tenían ningún hijo jugando. Pero eso era Quincy.

Queríamos a nuestros hijos.

—¿Estás bien? —preguntó Foster.

—No quiero que sea incómodo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No durará. Dale tiempo.

Tiempo.

—Sí —murmuré.

—Vamos. —Me tomó de la mano y me sacó del gimnasio.

—¿A dónde vamos?

—Tengo hambre.

—Tienes hambre. ¿Pero has dicho que no al helado?

Se inclinó para hablarme al oído.

—Ese no es el postre que busco hoy, amor.

Un escalofrío recorrió mi columna cuando aceleró sus pasos.

Tal vez Vivienne se benefició de acaparar a Kadence esta semana. Sin tener que estar confinado en el dormitorio, Foster se había vuelto creativo. El brillo de sus ojos me hizo acelerar el pulso.

Las largas horas que había estado entrenando últimamente habían convertido su ya esculpido cuerpo en una obra de arte. Esos brazos. Esa V de sus caderas. Los abdominales ondulados y ese culo tan firme en el que podría hundir mis dientes.

Yo también tenía hambre.

—Conduce rápido.

Horas más tarde, después de que Foster y yo nos separáramos por fin para ducharnos, mi hambre por él se había convertido en hambre real. Y en lugar de cocinar, habíamos ido al centro a comer en Knuckles.

Knox no estaba trabajando esta noche. Estaba en casa con Memphis y Drake. No pasaría mucho tiempo hasta que tuvieran otro miembro en la familia y Knox ya estaba intentando reducir sus horas en el restaurante para ayudar en casa.

Su ausencia era parte de la razón por la que había sugerido a Knuckles para la cena. El resto de mi familia estaba probablemente en el partido de

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

baloncesto. La visita de mamá de anoche había ido bien, pero me estaba tomando las presentaciones con calma.

Todo el mundo conocía nuestra historia, gracias a Lyla. Papá también había llenado algunos de los vacíos. Mientras ellos seguramente hablaban de nosotros, yo me guardaba a Foster un poco más.

Disfrutaba de nuestra burbuja.

—Háblame de esta pelea —dije mientras me servía una copa de vino.

—Es una defensa del título.

—¿Este Scott Savage está desafiando tu título?

—Sí. Esas han sido todas mis peleas últimamente. Una pelea, tal vez dos, al año. Pero una vez que termine ésta, tendré tiempo para decidir si quiero retirarme o seguir. Si decido seguir, tendré que hacer un pelea dentro de dieciocho meses para que no elijan a un luchador interino por el título.

—¿Qué es eso?

—Básicamente es un marcador de posición. Lo hacen para los luchadores que se lesionan. Les dan un cierto tiempo para volver al ring. Pero si pasan dieciocho meses, entonces pasa a veinticuatro. Si no peleo en ese período de dos años, entonces me quitan el título de campeón de peso medio.

—Oh. —Quitar parecía una palabra muy dura—. ¿Quieres seguir luchando?

—¿Sinceramente? —Alcanzó el otro lado de la mesa, tomó mi mano y unió nuestros dedos como la última vez que habíamos comido aquí—. No lo sé.

—Todavía lo amas, ¿no?

—Lo hago. —Asintió—. Pero los eventos son muy pomposos estos días. Ya lo verás. Es irreal. La prensa es despiadada. Hay tipos como Savage que no hacen más que hablar y esa mierda me irrita muchísimo. Tanto es así que ni siquiera hago mucha prensa estos días. Tengo suerte en ese sentido. Los medios de comunicación todavía me quieren.

—¿Y si no lo hicieran?

PROHIBIDA SU VENTA

—Sería un espectáculo. Al fin y al cabo, lo que más importa a los responsables es vender peleas. En el caso de tipos como Savage, los medios de comunicación se comen su ego y su palabrería. En mi caso, me he forjado una reputación de persona tranquila.

—Polos opuestos —dije.

—Exactamente. Tengo suerte porque funciona. A los medios de comunicación les encanta especular sobre mí y lo que no digo. Ahora mismo hay un montón de rumores sobre por qué estoy en Montana. Ignoro la mayor parte, pero esa llamada telefónica que recibí antes mientras te metías en la ducha... Era mi gerente. Me pone al corriente de lo que pasa, pero me deja en paz a menos que salga de control.

—¿Está fuera de control?

—No es nada. Sólo que hay más especulación de lo normal porque ésta es la última pelea de mi contrato actual.

—Ah. —Tomé un trago de vino—. ¿Cuáles son los rumores?

—Que estoy lesionado. Que estoy recluido para probar nuevas técnicas de lucha en la altura. Estoy en rehabilitación por estrés emocional.

Me reí.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Del divorcio.

—Oh. —Para el mundo, Foster y Vivienne habían sido una pareja real. Era otra capa en este complicado lío. ¿La gente nos compararía en las redes sociales? Si Foster se retiraba, ¿me culparían a mí, la nueva mujer de su vida?

—Lo ignoro, Tally. Tú también deberías.

No había entrado mucho en las redes sociales últimamente. Aparte de mirar el Instagram de Foster, no había explorado mucho. Tal vez debería. O tal vez era mejor seguir su consejo. Lo que encontrara probablemente me haría enojar.

—¿Quieres retirarte? —Le pregunté.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Tal vez. —Su mirada se desvió hacia la mesa mientras miraba sin pestañear el borde de su vaso de agua. Había dejado de beber vino esta semana—. Necesito una razón para luchar. Siempre ha sido así.

—¿No sólo por ganar?

—No es suficiente. No para mí. Al principio, luché para probarme a mí mismo. A Arlo principalmente. A mis padres. Y luego, después de que todo se desmoronó, luché porque mantendría a Vivienne y Kadence a salvo. Para darles una vida. Ahora que Arlo y sus grilletes se han ido, se siente... diferente.

La expresión de dolor en su rostro fue como un puñetazo en las costillas.

Pérdida. Arrepentimiento. Un atleta que mira hacia atrás y se da cuenta de que su carrera está llegando a su fin.

—Lo siento —susurré.

Me dedicó una sonrisa triste.

—No lo estés. Por el momento, eres mi motivación.

—Por eso quieres que vaya.

—Te necesito allí. Necesito ver tu sonrisa cuando termine, gane o pierda. Pero sobre todo, si este es el final, la última pelea, entonces quiero ganarla por ti.

—Ganarás.

—Aunque no lo haga, he ganado la pelea que importa.

—¿Tu pelea por el título?

Sacudió la cabeza.

—Tú. Tú eres la mayor pelea de mi vida.

Oh, cómo lo amaba.

Estaba eternamente enamorada de Foster Madden.

Entonces, ¿por qué no podía decirlo?

Como no podía formar las palabras, me limité a sujetar su mano con más fuerza.

—Has ganado. Lo sabes, ¿verdad? Has ganado.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Todo el cuerpo de Foster se hundió, como si hubiera estado esperando escuchar esas palabras.

No había manera de que pudiera alejarme, no ahora. No había manera de que pudiera dejarlo ir.

Levantó mi mano, tirando de ella más allá de la mesa, obligándome a estirarme mientras llevaba mis nudillos a sus labios. Eso fue todo, sólo un beso.

Pero vi el amor en sus ojos.

Esperaba que él pudiera verlo en los míos.

La camarera llegó con nuestra comida, poniéndola delante de nosotros. Salmón y arroz para Foster. Pasta carbonara para mí.

—Acerca de Vivienne… —dije, necesitando hablar de lo que había pasado antes—. No estoy tratando de hacerlo difícil para ella.

—Lo sé. Ella también lo sabe.

—¿Cuándo se mudará aquí?

—El plan original era este verano. Después de la boda. Ella quiere vender Angel y la casa. Pero estos viajes de ida y vuelta se están volviendo viejos. Ella no lo ha mencionado, pero creo que va a adelantar los plazos. Eso sí, se va a encontrar con el mismo problema que yo con este mercado inmobiliario.

—Entonces supongo que será mejor que dejes de buscar casa. Guarda las buenas casas para ella.

El tenedor se le cayó de las manos, al plato.

—¿Qué estás diciendo?

Lo que había querido decir a principios de esta semana pero había dudado en hacerlo. ¿Por qué no les había pedido que se mudaran cuando lo habíamos hablado antes? ¿Por qué podía hacerlo ahora?

Quizás la visita de Vivienne, quizás esa envidia, me había estimulado. Ahora podía decir que yo también compartía su dirección.

—No quiero que te vayas —dije—. Me gusta volver a casa contigo por la noche. Me gusta despertarme contigo en mi cama.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Me lo dices ahora? ¿En público? ¿Cuando no puedo mostrarte lo que significa para mí?

Mis mejillas se sonrojaron.

—Ya has tomado el postre.

—Habrá más. —Su voz bajó a un estruendo ronco—. ¿Estás segura de esto? ¿De vivir juntos?

Sí. No. Todo esto estaba sucediendo tan rápido, pero al mismo tiempo, se sentía natural. Como si siempre hubiera estado destinado a ser.

Mis padres probablemente tendrían algunas palabras de advertencia, papá especialmente. Mis hermanos se cernirían y mis hermanas invadirían los límites personales.

—Bueno, hola. —Eloise eligió ese momento para deslizarse en la cabina a mi lado.

—Um, hola. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que tenías la noche libre.

—Está conmigo. —Lyla ocupó el espacio vacío junto a Foster, mirándome fijamente.

Le imité la mirada y tomé un trago.

—Tienen que dejar de estar peleadas. —Eloise puso los ojos en blanco.

—No estamos peleadas —dijimos Lyla y yo al unísono.

Sí, lo estábamos.

—Pensé que estarías en el partido de baloncesto del instituto —dije.

—Fue fácil —dijo Eloise—. Íbamos ganando por treinta puntos en el descanso, así que decidimos venir a tomar una botella de vino y algo de comida.

Foster se movió en la cabina, haciendo más espacio para Lyla.

—Acompáñanos.

—Estamos en una cita —argumenté.

Me ignoró.

—¿Quieres un poco de vino? No estoy bebiendo y Talia no se va a terminar esta botella sola.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Fruncí los labios, pero discutir era inútil. Así que me desplacé hacia la pared para hacer espacio.

—No tenemos que quedarnos —dijo Eloise—. Nos veremos mañana.

—¿Qué hay mañana? —preguntó Foster.

Lyla y Eloise compartieron una mirada antes de ponerse de pie.

Me estremecí. Esa era la mirada de una invasión.

—Mañana no —espeté—. Kadence ha estado con su madre toda la semana y no quiero que venga un montón de gente en su primera noche de vuelta..

Era una excusa poco convincente, pero rogué que funcionara.

—Oh, buen punto. —Eloise frunció el ceño—. Entonces el próximo fin de semana.

—No… —Antes de que pudiera terminar mi objeción, ella y Lyla se dirigieron a la mesa vacía que la camarera les había puesto al otro lado de la sala. *Maldita sea.*

—¿Qué fue eso? —preguntó Foster.

Agarré la botella de vino para rellenar mi copa porque definitivamente me la iba a beber.

—La burbuja.

—¿Qué burbuja?

—*Nuestra* burbuja. Está a punto de estallar.

PROHIBIDA SU VENTA

21

Foster

—Me gustaría que Matty estuviera aquí —dijo Talia por segunda vez desde que salimos de la casa—. Siempre es bueno para romper los momentos de tensión.

—Deja de preocuparte. —Agarré su mano del regazo y la llevé a mi corazón—. Esto será divertido. ¿Verdad, Kaddie?

—Claro —respondió mi hija desde el asiento trasero.

Talia cerró los ojos y respiró, como si estuviera rezando silenciosamente—. Nunca me dijiste exactamente lo que te dijo mi padre aquel día que fue al gimnasio.

—No importa. Fue más amable conmigo de lo que merecía.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Nada. —Miré por encima del hombro a Kadence y le guiñé un ojo antes de centrarme en la carretera.

Después de que Lyla y Eloise pasaran por nuestra mesa la semana pasada, Talia había llamado a sus padres para hablar de lo que los Eden habían planeado a nuestras espaldas. Y en lugar de permitir *la invasión*, como la llamaba Talia, los había convencido de que organizaran la cena en el rancho. Había más espacio para todos que en su casa, nuestra casa.

Ella había bromeado que al tenerla en el rancho, podríamos escapar si las cosas iban mal. Pero la cena estaría bien. No importaba cuánta bronca me diera su familia, soportaría cada palabra. Probablemente no gritarían ni me arrojarían a la nieve.

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Sí, podría haber algunos momentos incómodos, pero nos las arreglaríamos.

Tal vez después de una cena familiar, dejaría de contenerse. Incluso después de que me pidiera que me mudara a la casa, seguía existiendo ese trasfondo de duda.

Talia, conteniéndose, apenas, pero lo suficiente para que se note.

Yo, preguntándome si esto era nuestra nueva normalidad.

No lo odiaba.

Pero tampoco me encantaba.

—Aquí a la izquierda —dijo Talia, señalando un desvío de la carretera.

Bajé la velocidad. Había nevado ligeramente durante todo el día, pero la temperatura había rondado justo por encima del punto de congelación, por lo que los copos se habían derretido en las carreteras. El sol se estaba poniendo en el horizonte y el agua de la carretera empezaba a congelarse. Conducir a casa al anochecer sería lento, y sospechaba que las carreteras de la ciudad serían una pista de hielo.

Talia había sugerido que saliéramos lo suficientemente temprano para ver la puesta de sol en el rancho.

—Esto es… vaya —dije, asimilándolo.

El sol proyectaba rayos anaranjados y dorados sobre los prados cubiertos de nieve. Iluminaba las puntas de los árboles de hoja perenne en las estribaciones. Destacaba las imponentes montañas, con sus picos dentados cubiertos de blanco. Aquellas montañas tenían una forma de hacer que un hombre se sintiera libre, pero insignificante al mismo tiempo.

—Bonito, ¿verdad?

—Precioso.

Talia me había descrito el rancho y me había enseñado fotos. Pero las palabras y las fotos no le hacían justicia. No se percibía la crudeza del paisaje ni su escarpada belleza.

—¿Todo esto es parte del rancho? —pregunté mientras pasábamos por debajo de un arco.

PROHIBIDA SU VENTA

—Sí. Se extiende a lo largo de las montañas durante kilómetros. Hay un camino que va de un extremo a otro. Este verano, te llevaré a recorrerlo. Incluso podríamos montar a caballo.

—¿Montar a caballo? —preguntó Kadence—. ¿Puedo ir yo también?

—Por supuesto. —Talia le sonrió—. Les enseñaré a los dos a montar.

—Quizá algún día pueda tener mi propio caballo —dijo Kaddie.

—Tal vez. —Si un caballo o un poni mantuvieran su sonrisa, si fuera algo con lo que Talia y ella pudieran estrechar lazos, le compraría cien.

Al final del camino, apareció una gran casa. Detrás de ella había establos y un granero. Una fila de vehículos estaba fuera de la casa.

Las rodillas de Talia rebotaron cuando me metí en un espacio junto a otro camioneta.

—Oye. —Puse mi mano en su rodilla, mi pulgar acariciando sus vaquero—. Esta es tu familia. Te apoyarán.

Asintió y se encontró con mi mirada.

—Lo sé. Yo sólo…

Quería que fueran amables conmigo.

Algo que no expresaría con Kadence escuchando.

—Todo está bien. —Enganché mi dedo bajo su barbilla, tirando de ella a través de la consola para un beso antes de desabrochar su cinturón de seguridad. Luego salí de un salto y me dirigí a su lado de la camioneta, para abrir las puertas de ambas—. Kaddie, ¿quieres llevar las bebidas?

—Claro. —Se colgó del brazo la bolsa llena de bebidas, zumos y aguas con gas mientras yo, la botella de vino y el ramo de flores para Anne.

La madre de Talia había sido un encanto cuando pasó por casa la semana pasada con galletas. Llevaba una dieta estricta. Nada de alimentos procesados, nada de azúcar refinado para llegar a esta pelea. No me arriesgaría a ganar peso.

Pero cuando me ofreció una galleta de chocolate, me comí dos, no sólo porque estaban deliciosas, sino también porque quería ganarme el favor que pudiera. Tal vez Anne podría ayudar a convencer a Harrison de que yo no era una mala elección para su hija. Y esta noche, independientemente de lo

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

que cenáramos, limpiaría mi plato. Ya le había advertido a Jasper que tendría que exigirme al máximo mañana en el entrenamiento.

Talia me guió por las escaleras del porche hasta la puerta principal. Yo sostenía la mano de Kaddie, asegurándome de que no resbalara. Antes de que pudiéramos llamar, la puerta se abrió de golpe y un hombre alto y ancho ocupó el umbral.

Parecía una versión más joven de Harrison, con los ojos azules de Talia y el mismo cabello oscuro. Griffin. Su hermano mayor.

—Hola. —Besó la mejilla de Talia, haciéndonos señas hacia la entrada—. Vas a querer estar aquí un minuto.

—¿Qué? —preguntó Talia—. ¿Por qué?

—Confía en mí.

Las voces llegaban desde el fondo de la casa, no todas alegres.

—Foster, te presento a mi hermano Griffin —dijo Talia—. Griff, este es Foster y su hija, Kadence.

—Hola, Kadence. Encantado de conocerte, Foster. —Griff extendió una mano, estrechando la mía.

—Igualmente. —Esperé una mirada o que me evaluara.

Éramos más o menos de la misma altura y complexión. Pero él parecía el tipo de hombre que no había construido esos músculos en un gimnasio como yo. Lo había hecho a través del trabajo físico en este rancho, y yo respetaba mucho eso.

La mirada de reojo, la mirada de advertencia, nunca llegó. O no sabía de mí o tenía un aliado inesperado.

—¿Qué pasa ahí dentro? —Talia señaló el pasillo mientras se bajaba la cremallera del abrigo, dejando que le ayudara a quitárselo de los hombros.

—Veamos. —Griffin extendió sus dedos, golpeando cada uno de ellos mientras desgranaba su respuesta—. Eloise invitó a un chico con ella. Por qué pensó que esta noche sería la noche para traer una cita, no tengo idea. Pero el tipo que trajo conoce a Winn.

—¿Cómo? —preguntó Talia.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Porque Winn fue llamada a la tienda hace dos días. El director general atrapó a un idiota metiéndose un pepino en el vaquero.

Me reí.

—Estás bromeando.

—¿Puedes arrestar a alguien por...? No. —Talia levantó la mano—. Esa es la pregunta equivocada para hacer primero. ¿Por qué Eloise está viendo a un tipo que se metería un pepino en el vaquero?

—Ni idea. Al parecer se conocieron en casa de Willie hace unos fines de semana y han tenido un par de citas. —Griffin suspiró mientras la discusión en el pasillo se hacía más fuerte—. Estoy bastante seguro de que lo está dejando.

—¡Esto es asqueroso! —gritó una mujer—. ¿Por qué haces eso? Desafía las normas comunes de higiene básica. Y así no se tratan los productos.

Kadence me miró con los ojos muy abiertos.

Apreté su mano dos veces, un silencioso visto bueno.

Griffin negó.

—Eloise no podría tener peor gusto en hombres.

Lo que significaba que no estaba al final de la lista. *Punto para mí.* Eloise acababa de convertirse en mi favorita de los hermanos de Talia.

Se oyeron pasos. Un tipo alto con una gorra mantenía los ojos dirigidos a la puerta mientras salía a toda prisa. Treinta segundos después, un motor se encendió y los faros parpadearon mientras desaparecía.

—¿Hombre pepino? —Talia soltó una risita.

Griffin asintió.

—Sí.

Esperaba que el ruido disminuyera ahora que Eloise no gritaba, pero el alboroto continuó. La voz que se alzaba por encima de las demás sonaba como la de Anne, pero no podía estar segura, ya que sólo la había visto una vez.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó Talia.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón
the EDENS
THE EDENS #3
PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Ella pensó que sería divertido hacer FaceTime con Mateo para que pudiera unirse a la cena familiar. —Griffin se rio—. Está en un bar, borracho en este momento. Lo que a Knox y a mí nos pareció divertidísimo. ¿A mamá? No tanto. Me gritó cuando le dije a Mateo que se tomara otro trago. Y luego comenzó con un sermón que él nunca recordará cuando salga el sol.

Talia giró la cabeza, captando otras voces.

—¿Y por qué está enfadada Lyla? ¿Aparte de conmigo?

—¿Lyla está enfadada contigo? —preguntó Griffin.

¿Le diría Talia a su hermano por qué estaba peleando con su gemela? Porque no me lo había explicado.

—No es nada. —Talia dio un golpe en la muñeca.

Supongo que no era el único en la oscuridad.

—Oh. Bueno, Lyla está peleando con Knox. —Griffin suspiró—. Como mamá está hablando con Mateo, le pidió a Knox que sazone los filetes. Lyla está de mal humor porque insistió en hacerlo ella. Pero según Knox, lo estaba haciendo mal y... No lo sé. Sólo quiero comer filete esta noche. Con o sin condimento.

Yo también. El bistec fue aprobado por la dieta.

Por debajo de las voces de los adultos había un llanto de bebé.

—Y Hudson no se siente bien —dijo Griffin—. No quiere que lo abrace. Sólo quiere a Winn.

—¿Qué le pasa a Hudson? —Antes de que Griff pudiera responder a la pregunta de Talia, ésta salió volando por el pasillo, probablemente para examinar a su sobrino.

Griff soltó una risa seca.

—Bienvenido a la locura.

—¿Siempre es así?

—Realmente quiero mentir y decir que no. —Tomó la botella de vino de mi mano y la bolsa de Kadence—. Pasen.

Me reí y ayudé a Kadence a quitarse el abrigo antes de quitarme el mío y seguir a Griffin al interior de la casa, donde encontramos a la familia Eden reunida en la cocina.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

La discusión, la conversación, se detuvo.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí.

De acuerdo, tal vez estaba un poco nervioso. Me aferré más a la mano de Kadence.

Harrison se levantó del taburete en el que estaba sentado y se dirigió hacia mí, con la cara dura como el granito.

—Papá —advirtió Talia, sosteniendo a un niño pequeño de cabello oscuro. Hudson, según el resumen de miembros de la familia que me había dado durante toda la semana. Y la mujer que estaba a su lado tenía que ser Winn, la esposa de Griffin y la jefa de policía de Quincy.

Harrison se detuvo ante mí, echándome la mirada de pies a cabeza que esperaba de Griffin. Pero cuando sus ojos se posaron en Kaddie, que se aferraba a mi pierna, su expresión se suavizó. Se inclinó y le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, Kadence. Soy papá Harrison.

—Hola —murmuró.

Harrison se puso de pie, clavó sus ojos en los míos y, después de segundos, me tendió la mano.

—Me alegro de que puedas unirte a nosotros esta noche.

—Gracias por recibirnos. —Le devolví el apretón.

Talia se acercó con Hudson en la cadera y, como Kadence, se inclinó hasta que le pasé un brazo por los hombros.

Le besé la cabeza y luego sonreí a Hudson, que tenía un pulgar en la boca. Sus ojos estaban llenos de lágrimas mientras dejaba caer su mejilla sobre el hombro de Talia.

No es de extrañar que el niño la amara.

—Foster, espero que te gusten los condimentos aburridos en tu filete —dijo Lyla desde el otro lado de la cocina antes de dar un trago a la copa de vino que tenía en la mano.

—No es aburrido, Lyla —regañó Knox, tirando sal sobre la tabla de cortar repleta de costilla—. Simple.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Se perdieron mi cita. —Eloise se desplomó en el taburete que Harrison había dejado libre—. Era un verdadero ganador. ¿Existe el fetiche del pepino?

—¿Papá? —Kadence tiró de mi vaquero—. ¿Qué es un fetiche?

Harrison tosió en su puño para ocultar una risa.

Apreté los labios para hacer lo mismo. Cuando me encontré con la mirada de Harrison, había algo en sus ojos azules. ¿Aceptación tal vez? Eso esperaba.

—Mateo —gritó Anne al teléfono—. *Mateo.*

No hubo más respuesta que los sonidos de un bar: vasos que chocan, un murmullo sordo tapado por la música.

—Está dormido. En. Un. Bar. —Resopló y terminó la llamada.

—Oh, mamá. —Griffin se rio y la atrajo a su lado—. No es tan malo. Todos lo hemos hecho antes. Diablos, en mi vigésimo primer cumpleaños, me desmayé en un bar. Mis amigos me pusieron palomitas en los oídos.

—No estás ayudando. —Le dio un manotazo en el pecho pero le abrazó antes de acercarse a presentarse a Kadence—. Hola, Kadence. Soy Anne. Y tú eres preciosa. Supongo que tú ganas.

—¿Qué gané? —preguntó Kaddie.

—Eres la chica más bonita aquí esta noche. Lo que significa que tienes el trozo más grande de pastel de chocolate de postre.

Los ojos de Kaddie se abrieron de par en par mientras una sonrisa de megavatios iluminaba su rostro.

—Los otros niños están en el salón, jugando. Tenemos juguetes y libros para colorear. ¿Quieres verlos? —le preguntó Anne, tendiéndole la mano.

—Claro. —Con eso, Kadence fue arrastrada fuera de la habitación.

—Anne fue a comprar juguetes para niños grandes esta semana —dijo Harrison—. Podemos enviarlos a casa con ustedes esta noche o dejarlos aquí para que Kadence juegue con ellos cuando nos visite.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sí, estaríamos bien.

—Podemos dejarlos aquí. Eso sería genial.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Cerveza? —preguntó.

—Foster no bebe antes de su pelea —dijo Talia—. Hemos traído algunas aguas con gas para nosotros y cajas de zumo para los niños.

—Te traeré uno. —Harrison le besó la mejilla y luego le susurró algo al oído que la hizo sonreír.

El resto de la noche fue tan ruidosa como el principio. Sólo que en lugar de gritos, hubo risas. Llenó todos los rincones de la casa.

Nunca en mi vida había formado parte de algo así. Una familia animada con un sinfín de historias. Con chistes internos que se extenderían por kilómetros si se escribieran en papel.

Al igual que yo, Kaddie observó con asombro cómo avanzaba la noche. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero nuestra vida había sido tranquila. Demasiado tranquila. Quizá fuera cosa mía, y también de Vivienne, dos padres que habían crecido como hijos únicos.

No quería tranquilidad para Kaddie. Ella necesitaba primos. Y hermanos. Hermanos y hermanas que se burlaran de ella sin piedad como lo hicieron con Talia. Que la molestaran y la hicieran reír hasta que se agarrara los costados.

Sí, Kadence necesitaba hermanos.

Teniendo en cuenta cómo adulaba Talia a sus sobrinos, tal vez llegaríamos a eso más pronto que tarde. El retiro empezaba a sonar como una muy buena idea.

Después de la comida, nadie se apresuró a terminar la conversación. Nos sentamos en la mesa de los Eden, rodeados de platos vacíos. Kadence tenía la barbilla cubierta de chocolate del pastel de Anne. Me estaba limpiando con la servilleta cuando sonó el teléfono.

—Lo siento. —Winn lo sacó de su bolsillo y se puso de pie, apretándolo contra su oído—. Habla la jefa Eden.

Griffin la observó apresurarse por el pasillo con preocupación en su mirada.

—Probablemente sea la estación.

—Si la llaman, ¿quieres quedarte aquí? —preguntó Anne.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No, llevaré a los niños a casa. Los bañaré y los meteré en la cama.

—Iré contigo y te ayudaré —dijo Eloise—. Ya no tengo una cita.

El silencio se apoderó de la sala, un contraste tan marcado con la energía bulliciosa de hace unos momentos, mientras esperábamos que Winn regresara. Cuando lo hizo, su rostro tenía una máscara seria. Una policía que se iba a trabajar.

—Tengo que irme —le dijo a Griffin, caminando hacia el respaldo de su silla para besar a Emma—. Llegaré tarde.

—Ten cuidado —dijo.

—Lo haré. —También lo besó, y luego se dirigió a la silla de Harrison, donde Hudson estaba dormido sobre el hombro de su papá. Winn besó a su hijo y luego sus ojos se dirigieron a los de Talia.

Se produjo una conversación tácita, pero al final de la misma, Talia también se puso de pie.

—Será mejor que nos vayamos.

—¿Qué...? —Antes de que pudiera terminar la frase, sonó su teléfono y supe sin preguntar que era el hospital. No estaba de guardia. Pero en una ciudad de este tamaño, eso probablemente no importaba.

Algo había pasado esta noche y no eran buenas noticias.

Winn salió primero de la casa, y sus luces traseras desaparecieron para cuando cargamos a Kaddie en la camioneta. Después de despedirnos apresuradamente, nos pusimos en camino, lentamente, por la carretera helada.

—¿Qué dijo el hospital? —pregunté, manteniendo la voz baja porque Kaddie estaba escuchando.

—Un accidente.

Nada más hablar, doblamos una esquina y el destello de luces rojas y azules llenó el cielo nocturno en la distancia.

Mi agarre en el volante se hizo más fuerte a medida que nos acercábamos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Kadence, cierra los ojos. —Talia se volvió, asegurándose de que mi hija obedeciera—. Mantenlos cerrados hasta que te diga que los abras, ¿de acuerdo?

Kaddie gimió.

—Tengo miedo.

—Está bien, bichito. —Era una maldita mentira. Al acercarnos a la escena, nada de esto estaba bien. Dos vehículos volcados en la cuneta. Fragmentos de metal y cristales esparcidos por todas partes—. ¿Dónde están las ambulancias?

Talia señaló hacia la carretera, donde parpadeaban más luces.

—Han salido un minuto antes de llamarme.

Nos habíamos adelantado a la escena.

—¿Quieres que me detenga?

—No con Kadence aquí. Los paramédicos saben lo que hacen. Sería mejor que estuviera en el hospital cuando lleguen las ambulancias.

Una camioneta con la marca Eden en el lateral, la de Winn, estaba al final de una fila de autos de policía. Winn estaba de rodillas junto a la puerta del lado del conductor de un todoterreno volcado. Otros tres agentes se apiñaban junto a ella.

En la nieve, incluso en la oscuridad, pude ver el chorro de sangre.

—Ciérralos bien, Kadence —dijo Talia.

Empezó a llorar, pero cuando me arriesgué a mirar por el retrovisor, sus ojos estaban cerrados mientras avanzábamos por la carretera.

El otro vehículo era una camioneta. Debió de rodar varias veces porque el exterior estaba diezmado, la caja retorcida, el frontal y los laterales destrozados hasta parecer un trozo de chatarra. Había huellas en la nieve a su alrededor, pero ningún agente.

Porque no había ninguna vida que salvar en esa camioneta.

Había sangre por todas partes.

La gente no se alejaba de los choques así.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Estiré un brazo a través de la cabina, poniéndolo sobre el hombro de Talia.

Al igual que Winn, su expresión era seria, con la barbilla alta. Entraría en el hospital y se enfrentaría a lo que fuera.

Qué fuerza tenía. Yo entraba en un ring, sabiendo que mi oponente iba a intentar derribarme. Talia lucharía con la misma fuerza, sabiendo que había algunas batallas que no podía ganar.

Una ambulancia pasó a toda velocidad, con las luces encendidas y la sirena sonando. Menos de un kilómetro después, otra la siguió. Y poco después, un camión de bomberos.

—Es todo el equipo de respuesta a emergencias —susurró Talia.

Seguí agarrando el volante y conduje hacia la ciudad, respirando un poco más tranquilo cuando llegamos a Quincy y salimos de la autopista.

—¿Quieres que te lleve?

—No, vamos a casa. Tengo que cambiarme. —Empezó a quitarse el abrigo antes de que hubiéramos estacionado. Y una vez que estaba contra el bordillo, salió volando de la camioneta, corriendo hacia el interior.

—Papá, ¿está bien Talia? —preguntó Kadence mientras le desabrochaba el cinturón de seguridad. El bonito rostro de mi niña estaba pálido.

—Sí, ella está bien. Pero puede que haya gente herida esta noche, así que va a ir al hospital a curarlos. —Por favor, Dios, deja vivir a quienquiera que estuviera en ese todoterreno. Todo lo que podía imaginar era a Kaddie en su asiento, atrapada bajo el peso de un vehículo. Así que la abracé fuerte mientras la llevaba dentro.

Acabábamos de quitarnos los abrigos cuando Talia bajó las escaleras vestida con su uniforme azul. Llevaba el cabello recogido en una coleta.

—No sé cuánto tardaré.

—Sólo vete. Estaremos aquí.

Forzó una sonrisa a Kadence y luego desapareció en el garaje.

Partiendo hacia los horrores que la esperaban en el hospital.

PROHIBIDA SU VENTA

22

Talia

Después de cerrar la cortina alrededor de la cama de mi paciente, salí al pasillo y respiré por lo que me pareció la primera vez en doce horas.

Eran las 7:17 de la mañana y había estado de pie toda la noche. La adrenalina había alimentado las largas horas, pero estaba disminuyendo rápidamente y se avecinaba una caída.

Pronto. Pero todavía no.

Los pasillos eran casi silenciosos. Dos enfermeras estaban sentadas detrás del mostrador, murmurando. Todo el mundo murmuraba hoy. Una nube gris y sombría se cernía bajo el techo, absorbiendo cualquier alegría o felicidad del aire.

Hoy no sería un día feliz.

El doctor Anderson salió de la sala de cuidados intensivos de al lado, con un aspecto tan agotado como el mío. Me dedicó una sonrisa triste y se paró a mi lado.

Ahora estábamos los dos solos, para atender a nuestros pacientes durante unas horas más antes de irnos a casa.

El doctor Herrera y el doctor Murphy se habían ido alrededor de las tres de la mañana para ducharse y dormir un poco. Volverían pronto para relevarnos y cubrir los turnos normales.

—¿Cómo está? —preguntó, bajando la voz.

—Devastada. En shock. Pero está estable. Le gustaría ver a sus hijos.

—Es comprensible. —Asintió—. La hija está durmiendo ahora mismo. Cuando se despierte, hablaremos de ponerlas en la misma habitación. Pero

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

no quiero hacerlo a menos que estemos seguros de que ambas están fuera de peligro. Lo último que necesitamos es que una de ellos tenga un mal momento y que la otra esté allí para presenciarlo.

—Bien. ¿Y el hijo?

El doctor Anderson cerró los ojos. Su barbilla temblaba. En mis años aquí, nunca había visto llorar a este hombre. Era tan estoico como mi padre, el pilar en el que todos podíamos apoyarnos.

Puse mi mano en su brazo.

—Está vivo. Eso es lo que importa.

—Lo sé. —Suspiró—. Pero anoche fue la noche más difícil de mi carrera.

—Lo siento.

—Yo también. Creo que me pondré un abrigo y daré una vuelta alrededor del edificio. Tomar un poco de aire fresco.

—Buena idea. —Esperé a que se fuera antes de caminar hacia la habitación del paciente que acababa de dejar. La habitación donde había un niño sedado y dormido. Pasando la cortina cerrada, me paré a los pies de su cama y estudié su dulce rostro.

Parecía tranquilo. Le dejamos mantener esa paz todo el tiempo que pudimos. Porque se despertaría en una pesadilla.

Sus dos piernas habían sido cortadas en el accidente de la noche anterior. Y por si fuera poco, su padre había muerto.

Su familia, compuesta por cuatro personas, volvía a casa después de pasar un día en la estación de esquí de Whitefish. Una camioneta que circulaba en sentido contrario, probablemente a demasiada velocidad para el estado de la carretera, chocó contra una placa de hielo negro y provocó una colisión frontal.

Ambos vehículos habían rodado hasta la cuneta.

El padre de este niño, así como el conductor de la camioneta, habían muerto en el impacto.

Los doctores Anderson, Murphy y Herrera se habían centrado en atender a los niños. La hija había sido operada de urgencia para reparar

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

una herida punzante en el abdomen. Su brazo estaba roto y tendría unas cicatrices que le durarían toda la vida.

Me dejaron con la madre, a la que reanimé tres veces durante la noche. Una costilla rota le había perforado el pulmón. Su muñeca destrozada estaba entablillada, pero necesitaría la intervención de un especialista para fijar los huesos correctamente. Todo el lado derecho de su cuerpo se estaba poniendo morado y la estábamos vigilando para ver si había alguna hemorragia interna. Sus constantes vitales se habían estabilizado a las dos de la mañana y estaba despierta.

Pero esas heridas no eran nada comparadas con su corazón roto.

Había perdido a su marido, y cuando salieran de este hospital, todo su mundo sería diferente.

Un accidente absurdo y horrible.

Todo porque el otro conductor estaba drogado con pastillas para el dolor y borracho.

Winn había pasado por aquí cerca de las cuatro de la mañana para comprobar el estado de todos. Y para recoger los informes de toxicidad de la sangre del laboratorio. Yo había estado con ella cuando los leyó. El color se le había ido de la cara y sus ojos se habían inundado cuando me dejó ver los detalles.

Sus propios padres habían muerto en un accidente de auto. Revivirlo tuvo que ser horrible.

Pero conocía a mi cuñada lo suficiente como para saber que sería tan estoica como el doctor Anderson. Como papá. No se derrumbaría hasta que estuviera en casa con Griffin.

En cualquier caso, había llamado a mi hermano y le había dicho que tenía que llevar a los niños con mamá y luego ir a la comisaría, porque su mujer lo necesitaba.

El peso de esta tragedia se posó sobre mis hombros, amenazando con hacerme caer de rodillas. Los médicos de las grandes ciudades tenían casos como éste semanalmente. Diariamente. ¿Cómo lo soportaban?

En la facultad de medicina, habíamos pasado tiempo siguiendo a los médicos en Seattle. Algunos habían sido amables y complacientes con las

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

preguntas de los estudiantes. Otros se habían mostrado arrogantes y molestos con nuestra presencia. Pero había un médico que recordaba con claridad. Había sido frío. Tenía ese aire, como si se hubiera desprendido de toda emoción. *El robot.*

¿Siempre había sido tan mecánico? ¿O había sido su mecanismo de adaptación?

Me ardía la garganta y me escocía la nariz, pero, como había hecho durante las últimas doce horas, lo aparté. Mis lágrimas no le devolverían las piernas a este niño. Ni a su padre.

Lo que esta familia necesitaba de mí era mantenerlos vivos. Así que me recompuse, volví al trabajo y comprobé a los tres pacientes. Luego salí de la pequeña unidad de cuidados intensivos y me apresuré a ir al otro lado del hospital, a revisar a los demás pacientes. Cuando terminé mis rondas, volví a ver a los niños y a su madre. Todos estaban descansando.

Las dos enfermeras de turno volvían a tener la cabeza inclinada en una conversación tranquila en el puesto de enfermería, así que me acerqué. Cuando se dieron cuenta de que estaba frente a ellas, se separaron.

—Lo siento, Talia —dijo la mujer rubia—. Estábamos hablando de... Rachel.

—Rachel. ¿Por qué?

Los dos compartieron una mirada. Entonces la rubia me hizo un gesto para que me acercara y me susurró:

—El otro conductor era el hijo de Rachel.

Jadeé, mi mano voló a mi boca.

—¿Qué?

Ella asintió.

—Era una especie de... Tenía algunos problemas de adicción.

Problemas de adicción. ¿Qué tan graves? Claramente, lo suficientemente graves como para que su adicción le llevara a beber y tomar demasiadas pastillas. Lo suficientemente graves como para matar a un padre de dos hijos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Hoy no había tenido mucha simpatía por los problemas del hijo de Rachel.

—No tenía ni idea —dije.

Rachel no hablaba conmigo. No confiaba en mí. Nunca habíamos sido nada parecido a amigas. Diablos, apenas me toleraba como su compañera de trabajo. No, en su vida, yo era una molestia. Eso iba en ambos sentidos.

Excepto que mi corazón estaba con ella.

—Pobre Rachel. Me pregunto si hay algo que podamos hacer por ella.

Las enfermeras compartieron otra mirada.

—¿Qué? —pregunté. ¿Qué me estaba perdiendo?

—Es muy dulce de tu parte pensar en ella, Talia —dijo la otra mujer—. Pero...

Pero Rachel me odiaba.

Llevaba años intentando conquistarla. Y ahora, al ver las miradas de esas enfermeras, me di cuenta de que era inútil.

—Si se organiza algo para ella, por favor, háganme saber cómo puedo contribuir. Aunque sea con algo de dinero por debajo de la mesa.

—Puedo organizar algo —dijo la rubia.

—Gracias. —Me alejé y me encontré con el doctor Anderson en el pasillo.

Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío del exterior y parecía haber encontrado otro estallido de energía. O se le daba bien fingirlo.

—Lo necesitaba. ¿Por qué no te tomas un pequeño descanso? Te lo has ganado.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Insisto.

Un paseo al aire libre también podría darme un empujón, así que me dirigí a los vestuarios para ponerme el abrigo. Con las prisas por salir de casa anoche, no había traído comida y, como no había comido desde la cena, saqué unos cuantos dólares del bolso para comprar un plátano y un café con leche en la cafetería.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Llevaba mi bocadillo y una taza humeante —nada tan bueno como los espressos de Lyla, pero serviría en caso de apuro— mientras atravesaba el vestíbulo hacia la salida. Pero un cabello rubio y canoso me llamó la atención y me detuve ante las puertas correderas.

Rachel.

¿Qué hacía en la sala de espera? ¿Por qué estaba en el hospital? Oh, Dios. Alguien se lo había dicho, ¿no? Alguien le había informado de la muerte de su hijo. No estaba esperando una actualización, ¿verdad?

Mi estómago se desplomó, mis pasos fueron de plomo, mientras cambiaba de dirección. Ella estaba sentada en una silla tapizada con brazos de madera y un conjunto de revistas en la mesa a su lado.

—Rachel —dije en voz baja, tomando el asiento frente al suyo.

Apartó su mirada del suelo y levantó la vista. El desgarro de sus ojos enrojecidos respondió a mis preguntas. *Ella lo sabía.* Su moño estaba despeinado con mechones sueltos en las sienes y alrededor de las orejas.

—Lo siento mucho —dije—. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Puedo llamar a alguien?

Inclinó la cabeza hacia un lado, parpadeando dos veces como si no tuviera ni idea de quién era yo. Entonces, la niebla se disipó porque la Rachel que yo conocía volvió a su sitio. La mirada que me dirigió estaba impregnada de veneno. Hizo que las otras miradas que me había dirigido en el pasado parecieran suaves tranquilizadores.

—Vete a la mierda. —Su labio se curvó.

Me tensé, pero guardé silencio. Aceptaría los insultos, las maldiciones, si eso la ayudaba a superar el dolor de la pérdida de su hijo.

—Trabajaba para ustedes —espetó—. Era uno de los hombres contratados.

En el rancho. Debe haber trabajado para papá. O tal vez Griffin.

—De acuerdo.

—Tu hermano lo despidió porque fue a trabajar con resaca.

—Oh. Yo... Lo siento mucho. —¿Qué más podía decir?

Se burló.

PROHIBIDA SU VENTA

—Fue después de su fiesta de cumpleaños. Acababa de cumplir veintiún años. La mitad de las personas que salieron a emborracharlo eran sus otros empleados. ¿Y lo despiden por una resaca? Tu doble moral es enfermiza.

Tu. Dijo "tu", como si yo tuviera algo que ver con las operaciones del rancho. Yo no estaba al tanto del personal que contrataban, y mucho menos tenía que ver con su despido. Pero me quedé callada, tragándome las ganas de aclararlo.

—Afirmaron que todavía estaba borracho. Que había ido al trabajo alterado. —Todo su cuerpo empezó a temblar—. Mi hijo no era un borracho. Era un montón de mentiras. Probablemente porque tu hermano no quería pagarle lo que valía.

Nada de eso sonaba a Griffin. Pagaba a sus contratados sueldos competitivos, normalmente por encima del precio del mercado local. La mayor parte del personal del rancho llevaba años allí por los beneficios que ofrecía. Pero más allá de eso, Griffin y papá siempre habían tratado a su personal con un inmenso respeto por su duro trabajo.

Si el hijo de Rachel había sido despedido, probablemente fue porque no había estado haciendo ese trabajo.

¿Cuándo había contratado Griffin a su hijo? Desde que me mudé a casa, no recordaba haber oído que hubiera tenido que despedir a alguien. No siempre me mantenía informada, pero conocía a mi hermano. Griff odiaba despedir a los hombres. Le habría molestado lo suficiente como para estar notablemente malhumorado por ello.

Lo más probable es que el hijo de Rachel fuera despedido antes de que yo me mudara a casa desde Seattle. Antes de que empezara a trabajar en el hospital.

No había tenido ninguna oportunidad con ella, ¿verdad? Me habría odiado a pesar de todo, simplemente por mi apellido.

—Te paseas por aquí como si fueras algo especial —se burló—. Cuando en realidad sólo eres una princesita mimada. ¿Sabías que el hospital tuvo que hacer cambios en el presupuesto para poder pagar tu sueldo? Mi hermana trabajaba en Recursos Humanos. Su puesto fue eliminado cuando

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

te contrataron a ti. Al igual que otros tres puestos de trabajo. Puestos que habrían aligerado la carga de *mi* persona—.

Mi boca se abrió. ¿Qué?

—No lo sabía.

¿Cómo iba a saber que tendrían que hacer recortes para pagarme? No me pagaban mucho. Y además, era sólo temporal, ¿no? Porque el doctor Anderson se iba a retirar y, por lo que yo sabía, no lo iban a sustituir. Por eso estaba aquí. Para aprender. Para entrenar.

Para ser la doctora durante los *próximos* treinta años.

Por eso la junta directiva había tomado la decisión de traer a otro médico.

Excepto que la lógica detrás de su decisión no le importaba a Rachel. Estaba demasiado ocupada odiándome.

—Y pensar —se burló— si hubiéramos traído un médico decente, quizá mi hijo estaría vivo.

Me estremecí, el aire salió de mis pulmones como si me hubiera golpeado en el estómago. No podía creer que la muerte de su hijo fuera culpa mía.

No, lo hizo. Estaba ahí, en su mirada, la culpa.

—Hemos tenido más muertes en este hospital desde que empezaste que en años. Porque hemos tenido que contratar a una Eden. —Rachel se puso de pie y luego se fue, dejándome sola en la sala de espera, sin poder respirar.

Una parte de mí, en el fondo de mi corazón, sabía que esas eran palabras de ira. Que una madre estaba arremetiendo y que yo había sido un blanco fácil. Pero la otra parte de mí, cruda y vulnerable, cansada y triste, se preguntaba si tenía razón.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

¿Era una mala doctora? Después de la facultad de medicina, no había solicitado la residencia en ningún otro lugar que no fuera el Quincy Memorial. Pero si hubiera ampliado mi búsqueda, ¿habría recibido otras ofertas? ¿O me habrían considerado insuficiente?

Mi café estaba frío cuando el doctor Anderson me encontró en la sala de espera, atrapada en esa misma e incómoda silla.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Talia, ahí estás. Bien. No estaba seguro de si habías llegado ya de tu descanso.

—Lo siento. —Me obligué a ponerme de pie. Mis rodillas se sentían débiles. La cabeza me daba vueltas—. ¿Necesitas algo?

—No. Sólo quería decirte que el doctor Herrera llegó, así que eres libre de irte a casa. Te veré el lunes.

—Oh, claro. —Asentí pero no me moví. El agarre de mi café era tembloroso, y si no fuera por la tapa, se habría derramado sobre mi mano.

—Oye. —Se acercó, tocando mi codo—. ¿Estás bien?

—Sólo una larga noche.

—Sí, lo fue. Descansa un poco, Talia.

—Tú también.

A última hora de la noche, me dijo que había salvado la vida de esa madre. Que sus hijos podrían conservar a uno de sus padres porque yo había estado allí para tratarla. Dijo que era importante que el doctor Murphy le ayudara con el niño y que había sido un alivio confiar en mí con la madre.

Era una buena doctora. No me habría dejado con esa mujer si no confiara en mí. Si no creería en mí.

—Soy una buena doctora —susurré para mí.

El consuelo no impidió que las lágrimas se desbordaran. Pero parpadeé y me contuve mientras recogía el bolso y las llaves de la taquilla y me dirigía a casa.

Estacioné en el garaje, y en el momento en que el Jeep se apagó, las lágrimas cayeron como un maremoto. Cayeron por mi rostro mientras sollozaba, con el pecho temblando incontroladamente.

En un momento, estaba agarrado al volante, entregando mi dolor a la oscuridad. Al siguiente, la puerta del Jeep estaba abierta y un par de brazos fuertes rodeaban mi cuerpo.

Foster me arrastró a la casa, sus labios contra mi cabeza mientras murmuraba:

—Tally.

Dolía. Dios, me dolía. Todo mi cuerpo se partía en dos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Me acunó contra su pecho, abrazándome con fuerza.

Mientras sollozaba por las vidas que no pude salvar.

Y las vidas que tenía.

PROHIBIDA SU VENTA

23

Foster

—Respira —murmuré contra el cabello de Talia mientras la abrazaba en medio de nuestra cama—. Respira.

Seguía llorando, acurrucada tan fuerte en mi pecho que era como si intentara meterse dentro de mi cuerpo. Lloraba tan fuerte que su cuerpo se estremecía con cada sollozo. La parte delantera de mi camisa estaba empapada por sus lágrimas. Y mi corazón... *joder*. Mi corazón apenas podía soportar esto.

No podía ser la primera vez que pasaba una noche dura en el hospital. ¿Quién la había sostenido después de esas noches? ¿Quién había estado aquí para ella cuando debería haber sido yo?

—Respira, amor. —Necesitaba que dejara de llorar. Necesitaba que respirara. Mis brazos se apretaron más, deseando poder tomar este dolor y absorberlo—. Estará bien.

Ella asintió, con sus puños agarrando mi camisa y retorciéndola en su agarre.

—No puedo...

Parar. No podía parar.

—Dentro y fuera.

—Lo siento —tartamudeó.

—No pasa nada. —Le di un beso en la cabeza, mantuve los brazos cerrados, hasta que los sollozos se convirtieron en gemidos. Su pecho se agitó con hipo y el torrente de lágrimas acabó por remitir.

—Lo siento —dijo, saliendo de mi abrazo, para sentarse sola, con las piernas cruzadas en el colchón.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Mejor? —Le acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y atrapé una de las últimas lágrimas con el pulgar.

—Ugh. —Moqueó, secándose las mejillas. Luego cerró los ojos, dejando caer la cara sobre sus manos—. Lo siento.

—¿Por qué sigues disculpándote?

—Por llorar.

—¿Y? —Tiré de sus muñecas, de sus manos hacia abajo hasta que pude ver su cara.

Respiró entrecortadamente.

—No me gusta llorar delante de la gente.

—No soy gente. Soy el hombre que te ama. Con o sin lágrimas.

Suspiró, con los hombros caídos. Luego miró detrás de ella hacia la puerta abierta del dormitorio.

—¿Dónde está Kadence? No habrá visto eso, ¿verdad? Mierda.

—Ella no está aquí. Sólo estamos nosotros. La madre de Maggie la invitó a otra cita para jugar. La dejé unos diez minutos antes de que llegaras a casa.

—Uf. —Talia volvió a cerrar los ojos—. Demasiado para vivir en mi caparazón emocional.

—¿Eh? —¿De qué estaba hablando?—. ¿Es algún tipo de terminología médica para poner distancia entre tú y tus pacientes?

—Oh, no. Es algo que dijo Lyla. Es por lo que tuvimos esa discusión.

El argumento que no me había contado mucho.

—Dijo que tengo un caparazón emocional. Se alegró de que vinieras a la ciudad porque, desde que estás aquí, he mostrado más emociones en unos días que en años. Sea lo que sea que eso signifique. Muestro emociones todo el tiempo, pero aparentemente no las feas que ella quiere ver. Nos peleamos por eso. Por eso no hemos hablado.

Acaricié su cara, con el pulgar recorriendo su pómulo. Pero mantuve la maldita boca cerrada. No le iba a gustar que tuviera que darle la razón a Lyla.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Parece esto una cáscara emocional? —Talia levantó la mano, con la barbilla temblando de nuevo.

Mi pulgar seguía acariciando su piel mientras mis labios permanecían cerrados.

Talia estudió mi cara y luego sus ojos se abrieron de par en par.

Maldita sea. No lo había escondido.

—Tú también lo crees, ¿no? —Su barbilla tembló—. ¿Que vivo en una cáscara emocional?

—No, no creo que vivas en una cáscara emocional. —Tomé su cara entre mis manos, acercándola para darle un beso—. Te ríes. Intentaste arrancarme la cabeza el día que lo hicimos en el ring. Alegría. Afecto. Confianza. Muestras emociones, Tally. Supongo que lo que Lyla quería decir era que no siempre dejas que los demás vean cuando luchas.

—Eso no es…

Le puse un dedo en los labios.

—Por ejemplo, acabas de disculparte tres veces por llorar.

Su cuerpo se relajó.

—Es mi culpa —dije—. Lo asumo.

Ella se burló.

—¿Cómo es que mi indisponibilidad emocional es tu culpa?

—Porque antes no eras así. —Le sonreí tristemente—. ¿Recuerdas aquella vez que derramaste lejía en mi vaquero favorito? Te encontré en el lavadero de tu departamento, llorando por una mancha blanca del tamaño de una moneda de diez centavos en la rodilla.

—Te encantaba ese vaquero. Me encantaba ese vaquero. Hacían que tu trasero se viera fantástico.

Me reí.

—Y lo seguí usando, con mancha y todo.

Ese vaquero me habían acompañado durante mucho tiempo, sobre todo para poder mirar esa mancha blanca y pensar en Talia. Demasiados años, demasiados lavados, y se habían vuelto tan raídos que un día,

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

mientras trabajaba en el jardín, se me rompió la rodilla. Tuve que tirarlo. Había sido un miserable bastardo durante una semana después de eso.

—No quiero encerrarme —susurró.

—Suelta tu escudo, amor. Baja las manos. Hasta el final.

—Tengo miedo.

—Expresa tus temores. Sácalos a la luz. Enfrentémoslos, juntos.

Tardó un momento en encontrar mi mirada.

—¿Vas a romper mi corazón otra vez?

—Nunca. —Moriría primero.

—¿Me dejarás?

—Nunca. —No de buena gana. No hasta el final.

—¿Dejarás de amarme?

—Nunca. —Mi amor por ella no tenía fin. La amaría en este mundo y en el siguiente—. Nunca, Tally. Nunca.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te amo. Sólo a ti. Siempre a ti—.

Victoria.

Esta pelea se acabó.

—Te amo, Talia Eden.

Cerró los ojos, respirando como si introdujera esas palabras en las fibras de su ser, y luego se arrastró hasta mi regazo, dejando que la abrazara de nuevo.

Le besé la frente.

—Este uniforme no es el mismo que usaste anoche. —Los de anoche habían sido su azul bebé habitual. Este era verde azulado, desteñido por demasiados viajes a la lavandería.

—Tuve que cambiarme.

—¿Quieres contármelo? —le pregunté.

—Quiero ser una buena doctora —dijo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Lo eres.

—Es fácil dudar de uno mismo después de las noches en que la gente muere.

Mierda. La abracé más, escuchando mientras me contaba lo del accidente. Sobre la enfermera que la odiaba y el hijo que había muerto.

—Lo lamento—dije cuando terminó.

—Yo también.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo estás haciendo. —Se acurrucó más—. Necesito ducharme. Comer algo. Ver a Kadence. Me vendrían bien algunas de sus sonrisas hoy.

Que ella quisiera a mi hija era, bueno... joder. No me merecía a Talia Eden.

Pero ella era mía para mantenerla.

—Ve a ducharte. Luego necesitas descansar.

—Estoy agotada. —Bostezó—. Pero no sé si podré dormir.

—Vamos. Sube. —La levanté de la cama y le bajé la cremallera del abrigo. Luego la ayudé a quitarse la bata, llevándola al cesto mientras ella se retiraba al baño.

No tardó mucho en ducharse, y cuando salió, con una toalla enrollada alrededor del torso, le coloqué mi camiseta del trébol de la suerte por la cabeza.

Volvió a bostezar cuando la dirigí hacia la cama. Y dos minutos después de haberla acurrucado a mi lado, estaba fuera.

Se durmió el brazo. Se me dobló el cuello. Su cabello húmedo empapó la manga y el hombro de mi camisa. Pero maldita sea, no me moví durante tres horas mientras ella dormía. No hasta que mi teléfono vibró en mi bolsillo con un mensaje de la madre de Maggie diciendo que podía venir a buscar a Kadence en cualquier momento.

En el momento en que me moví, el cuerpo de Talia se sacudió. Sus ojos se abrieron de golpe como si estuviera despertando de un mal sueño.

—¿Estás bien?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Ella asintió, sus ojos parpadeando el sueño.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Unas horas. ¿Quieres volver a dormir? Tengo que ir a buscar a Kaddie.

—Iré contigo. —Se movió para salir de la cama, pero la agarré por los hombros, manteniéndola pegada a mi lado mientras la besaba, lenta y profundamente.

—Te amo —dije al separarme.

Ella sonrió.

—Te amo.

—Ahí está mi chica. —Mi Tally, la persona más fuerte que había conocido. Incluso después de todo lo que había pasado anoche, hoy llevaba una sonrisa. Por mí. Por Kadence.

Me quité mi camiseta húmeda mientras ella se secaba el cabello. Luego, todavía con mi camiseta de la suerte y vaquero, llevamos a Kadence al centro de la ciudad para pasear por Main y entrar en Eden Coffee para tomar algo.

Mientras Kaddie y yo nos sentábamos en una mesa compartiendo un croissant, Talia y Lyla se escabulleron a la cocina. Cuando salieron, Talia me echó un vistazo y sonrió.

Supongo que eso significaba que su pelea había terminado.

—Papá, ¿podemos ir al cine? —preguntó Kadence, con los labios cubiertos de chocolate.

—Claro —respondió Talia por mí mientras se unía a nosotros en la mesa—. El cine aquí no es tan grande como los que probablemente estás acostumbrada. Pero es bastante divertido. Suelen poner una película para niños. Y hacen las mejores palomitas.

—¿Mejor que las mías? —Resoplé—. Demuéstralo.

Ella se rió, musicalmente y con dulzura. Una risa, desprevenida y libre.

Se acabaron las dudas.

Los tres fuimos al cine. Paramos en la pizzería para recoger la cena y llevarla a casa. Y después del baño de Kadence, Talia y yo metimos a mi hija en la cama antes de retirarnos al sofá.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Cómo te sientes? —pregunté mientras ella se inclinaba a mi lado, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Mejor. Gracias por lo de hoy.

—No hay de qué —dije—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Qué hacías antes? Si tuviste un día difícil en el hospital, ¿qué hacías?

—A veces iba al rancho. Daba un paseo. Otras veces, simplemente venía aquí.

—¿Sola?

—Sí —murmuró—. Pero ya no.

—No, ya no. —Me moví, dispuesto a llevarla arriba a la cama, pero el sonido de los pasos llegó desde afuera un segundo antes de que sonara el timbre—. ¿Quién es?

—¿Una suposición? Alguien con el apellido Eden. —Talia se puso de pie—. Estoy seguro de que las noticias del accidente están por toda la ciudad.

Así que su familia había venido a ver cómo estaba.

Me siguió hasta la entrada.

Excepto que no era un Eden en el porche. Desbloqueé la cerradura y abrí la puerta, haciendo un gesto a nuestra visitante para que entrara.

—Vivienne, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Está todo bien?

Esta última era una pregunta estúpida.

Su rostro era blanco como el hueso. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Los círculos oscuros debajo de ellos parecían moretones.

—Lamento molestarte —le dijo a Talia. Entonces levantó la vista hacia mí. En el momento en que nuestras miradas se cruzaron, su rostro se contorsionó y sus ojos se inundaron de lágrimas—. Lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Por venir aquí?

Vivienne tenía previsto estar aquí la semana que viene. Había reservado un vuelo a Quincy para quedarse aquí con Kadence mientras Talia y yo íbamos a Las Vegas para la pelea.

—No, es... Dios mío, Foster. No sabía dónde más ir.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Qué está pasando? —Mi voz era demasiado alta, pero maldita sea, estaba empezando a preocuparme.

Talia se acercó a mi lado y su mano se deslizó entre las mías. Mi pulso se calmó al instante.

Hasta que Vivienne habló.

—Es Dex. No es lo que parece. —Ella tragó saliva—. Estamos en problemas, Foster. Estoy en problemas.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

24

Talia

—Pasa. —Le hice un gesto a Vivienne para que entrara, moviéndome para hacer espacio.

El agarre de Foster en mi mano se tensó mientras arrugaba su frente.

—Lo siento. —Una lágrima cayó de la mejilla de Vivienne, y aterrizó en el suelo—. Lo siento mucho.

Estaba al borde de la histeria. Los dedos le temblaban tanto que no podía agarrar la cremallera de su abrigo. Lo intentó cuatro veces antes de que Foster interviniera finalmente, ayudándola a quitarse la chaqueta y la sostuvo mientras luchaba con sus zapatos.

—¿Has volado? —preguntó Foster.

Ella asintió.

—Hasta Missoula. Luego alquilé un auto y conduje hasta aquí.

—Deberías haberme llamado. —Foster frunció el ceño—. Llamar al charter.

—Lo siento. —Su voz se quebró. Lo miró a él y luego a mí. Lo que vio en nuestros rostros fue suficiente para llevarla al límite. Vivienne enterró la cara entre las manos, los sollozos ahogados sacudían sus hombros, hasta que Foster la atrajo hacia su lado.

—Me estás preocupando, Vivi —dijo, mirándome con una pregunta tácita.

¿Esto está bien?

Asentí.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Tal vez lo había pasado por alto antes, o tal vez había estado demasiado metida en mi propia cabeza para darme cuenta, pero la forma en que la abrazaba era la forma en que mis hermanos me abrazaban. Era sólo un abrazo. Le dio un cuerpo fuerte en el que apoyarse, nada más.

No fue nada parecido al consuelo que me había dado antes. No había intimidad en ese abrazo.

Eran… amigos.

Tal vez, con el tiempo, podría volver a ser amiga de Vivienne.

En algún momento, la había perdonado. Había sucedido tan silenciosamente que no me había dado cuenta hasta ese momento. La incomodidad podría persistir durante un tiempo, pero no odiaba a Vivienne. No le guardaba rencor por los años que había pasado con él.

Y Foster, bueno… Creo que lo había perdonado hace meses. En el momento en que hicimos ángeles de nieve en mi jardín.

—Vivi —dije—. ¿Quieres ver a Kadence?

Se apartó del lado de Foster, utilizando la manga de su camisa para secarse la cara. Luego asintió.

—Por favor. ¿Está dormida?

—Sí. Pero ya sabes cómo es ella —dijo Foster—. Podríamos poner heavy metal en el pasillo y ella se dormiría.

La comisura de la boca de Vivienne se levantó.

—Te mostraré su habitación —dije, guiando el camino a través de la casa.

—Tienes una hermosa casa. Kadence habla de ella a veces. Le encanta estar aquí.

Sonreí por encima del hombro.

—Me alegro. Me gusta tenerla aquí.

Llegamos a la puerta y me aparté para que Vivienne pudiera entrar en la habitación de Kaddie. Pero no entró. Se quedó en el umbral mientras una tristeza diferente, dulce y solitaria en lugar de dolorosa y desesperada, llenaba su mirada.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Siento que la estoy perdiendo. O una parte de ella. Pero si tengo que compartirla, me alegro de que sea contigo. —Antes de que pudiera responder, entró en la habitación, dirigiéndose directamente a la cama donde Kadence estaba acurrucada en sus mantas como un burrito. Vivienne se inclinó y le dio un beso en la frente, y luego susurró algo antes de dejar que su hija durmiera.

Se enderezó cuando volvió al pasillo. Sollozaba pero había dejado de llorar.

—¿Podemos hablar en el salón?

—Claro. —Asentí, y cuando giramos, Foster estaba de pie a unos metros de distancia.

—¿Necesitas un trago? —preguntó.

Vivienne negó.

—¿Tally?

—Estoy bien. —Me acerqué a su lado y dejé que me tomara de la mano, tirando de mí hacia el salón.

Foster y yo nos sentamos en el sofá, tan cerca que nuestros muslos se tocaban. Y Vivienne se sentó frente a nosotros en mi sillón de lectura favorito.

—¿Qué pasa, Vivi? —preguntó Foster—. ¿Qué pasa con Dex?

Estaba sentada muy recta, con las manos juntas en el regazo y la barbilla baja. Era una mujer que se preparaba para un interrogatorio, lista para hacer su confesión.

—Empezaré por el principio.

Por mí. Foster conocía su historia porque había estado allí. Pero apreció que me incluyera también.

—Dex y yo nos conocimos en Angel hace unos tres años. Vino con un amigo común para aprender a boxear. Yo estaba trabajando en el gimnasio. Todo era parte del gran plan de papá. Tenía a su yerno para enseñar y entrenar, a ese luchador exitoso del que papá podía decir que era su protegido. Y su hija estaba en la oficina, desperdiciando el título de profesora

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

que había obtenido para dirigir la parte comercial del gimnasio. El gimnasio era la familia perfecta de papá. Todo mentiras y manipulación.

La animosidad se coló en su tono. Vivienne miró un punto invisible en la alfombra como si se imaginara la cara de su padre.

»Por suerte, papá no estaba muy presente. Y nunca se interesó por la contabilidad o el marketing. Lo que significaba que tenía la oficina para mí la mayor parte del tiempo. Era perfecto cuando Kadence era un bebé.

—Montamos una zona de juegos. Vivi mantenía a Kaddie en la oficina, y yo estaba cerca para ayudar —dijo Foster.

—Cuando empezó el preescolar, se sentía sola. Tal vez por eso no descarté a Dex la primera vez que vino a la oficina y coqueteó conmigo. Porque estaba sola y, bueno... nadie había coqueteado conmigo en mucho tiempo.

—¿Sabía que tú y Foster estaban casados? —pregunté. Incluso si Dex hubiera sabido que era una farsa, parecía un movimiento audaz perseguir a la esposa de Foster Madden.

—Fue inofensivo. —Se encogió de hombros—. Y durante un año, eso fue todo. Dex iba al gimnasio todos los lunes, miércoles y viernes a la hora del almuerzo. Hacía ejercicio. Iba a las duchas. Luego, antes de irse, entraba en la oficina y me hacía un cumplido sobre mi cabello, mi camisa, mis orejas o mi risa. Es hermoso. Me sentía halagada. Y me hacía sentir deseada.

Foster suspiró. Había mucha culpa en ese suspiro. La razón por la que se había sentido indeseada era porque Foster siempre me había amado.

Puse mi mano en su rodilla y me incliné más. No había nada de lo que pudiera sentirse culpable. Nunca podría haber sido el hombre que Vivienne necesitaba.

Porque era mío.

—En algún momento, el coqueteo se volvió más serio —dijo Vivienne—. Ni siquiera puedo precisar cuándo, pero nuestras conversaciones eran diferentes.

—Ya no era inofensivo —dije.

—Desarrollamos sentimientos el uno por el otro. —Sonrió—. Hasta que un día que Foster no estaba en el gimnasio, me preguntó si podía verme.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Sabía que yo estaba casada, pero dijo que no podía dejar de pensar en mí. Así que empezamos una aventura.

—No —dijo Foster—. No fue una aventura.

—¿No fue así? —preguntó ella.

—Lo sabía —dijo—. Lo entendía.

—Hasta hoy, nunca me había sentido avergonzada. Me enamoré de Dex, y sí, no era como me hubiera gustado empezar una nueva relación, pero no teníamos muchas opciones, ¿verdad? Pero hoy… —Tragó con fuerza—. ¿Estaba tan desesperada por encontrar el amor que lo inventé? ¿Estaba tan sola que pasé por alto todas las banderas rojas? Él me persiguió. Activamente. Sabía que era una mujer casada y me persiguió de todos modos. Sí, nuestro matrimonio era una farsa. Pero él no lo sabía. No en ese entonces.

—Vivienne, si no lo sabías, yo tampoco —dijo Foster—. Esos días que fue al gimnasio, yo sabía quién era. Sabía por qué iba a la oficina. ¿Crees que lo dejaría entrar ahí si pensara que te está utilizando?

Vivi cerró los ojos.

—Creo que… Creo que ninguno de nosotros conocía al verdadero Dex. Como tampoco conocíamos al verdadero Arlo.

Foster se puso rígido ante la comparación.

—¿Qué ha pasado?

—Dex y yo llevamos años juntos. —No respondió a la pregunta de Foster, sino que continuó la historia para mí—. No quería arriesgarme a que mi padre se enterara y empeorara nuestra situación, así que lo mantuvimos en secreto. Al principio, Dex pensó que la razón por la que nos escabullíamos era por Foster. Que éramos infelices en nuestro matrimonio pero que seguíamos juntos por Kadence. Pero no podía tener ese secreto sobre nuestras cabezas para siempre.

Así que le había contado lo del chantaje.

»Le conté a Dex la verdad unos seis meses antes de que muriera papá —dijo—. No estaba muy contento de que le hubiera mentido, pero lo superamos. Luego papá murió y fuimos libres.

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

Libre. Era el mismo término que había utilizado Foster.

—¿Cómo es que todo esto te lleva a venir a Montana llorando? —preguntó Foster. Había sido paciente, dejando que Vivienne me contara la historia, pero esa paciencia se estaba agotando.

El cuerpo de Vivienne se encogió en la silla.

—Dex no quiere mudarse. Básicamente se ha negado a hacerlo. Hemos discutido por ello tantas veces que he perdido la cuenta.

—No me dijiste eso —dijo—. Dijiste que sólo estaba arrastrando los pies.

—Tenías que estar aquí —le dijo.

Conmigo.

—Estaba molesto por el cambio de trabajo —dijo Vivienne.

Foster se burló.

—Trabaja a distancia para una empresa tecnológica con sede en Houston. Nada de su trabajo iba a cambiar, salvo la dirección de su oficina en casa.

—Lo sé. —Vivienne levantó las manos—. Pero a pesar de todo, cada vez que sacaba el tema de la mudanza, nos peleábamos. No le gustaba que me mudara para acomodarme a ti, aunque le decía que era lo mejor para Kadence.

La mandíbula de Foster se apretó. Me había dicho que Dex era un buen tipo, pero a juzgar por la tensión que le invadía el cuerpo, pensaba que esa opinión estaba cambiando.

—La verdadera razón por la que no quería mudarse es porque no puede dejar Las Vegas —dijo Vivienne.

—¿No puede? —preguntó Foster.

Vivienne inhaló con dificultad y se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

—Dex se metió con un corredor de apuestas. Apostó mucho dinero en una carrera de caballos y perdió. Yo no tenía ni idea. Pero, al parecer, mi padre se enteró.

Foster se inclinó.

PROHIBIDA SU VENTA

—Papá sabía que Dex y yo estábamos juntos. No sé cómo o cuándo se enteró, pero lo sabía. Así que se acercó a Dex al respecto.

—¿Y qué? ¿Lo amenazó? —preguntó Foster.

Vivienne negó.

—No. Papá sólo le ofreció a Dex la oportunidad de ganar más dinero. Dijo que nunca permitiría que tú y yo nos divorciáramos, así que si Dex iba a ser siempre mi pieza secundaria, bien podría hacerse rico en el proceso.

—Maldita sea. —Foster se pasó una mano por el cabello—. Peleas. Dex apostó por las peleas, ¿no?

—Sí. Papá lo llevó a una pelea clandestina y ha estado yendo desde entonces. Empezó más o menos cuando le dije la verdad sobre el chantaje. Tal vez la razón por la que fue en primer lugar fue porque estaba enojado conmigo. No lo sé. Pero incluso sabiendo todo lo que le había contado sobre esas peleas ilegales, Dex fue con papá. Le fue bien al principio. Ganó la mayoría de sus apuestas.

—Porque Arlo le decía exactamente por quién apostar. —La mandíbula de Foster se tensó—. Joder. Entonces ese viejo bastardo murió.

Vivienne ni siquiera se inmutó ante ese último comentario. Dudaba que fuera la primera vez que Foster maldecía el nombre de Arlo.

La habitación se quedó en silencio. Vivienne no necesitaba explicarlo. Nuestras mentes iban todas en la misma dirección. Cuando Arlo había muerto, Dex no habría sabido por quién apostar.

—¿Qué tan metido está, Vivi? —preguntó Foster.

—Casi tres millones de dólares. —Ella tragó saliva—. Seguía perdiendo. Seguía pidiendo prestado, prometiendo ganar a lo grande. Arlo le había enseñado lo suficiente sobre la lucha, así que era sólo cuestión de tiempo. Estaba en una racha perdedora.

Una racha de tres millones de dólares de pérdidas. *¿Quién seguía dándole dinero a ese idiota?* Estudié a Foster, esperando a ver si iba a explotar. Su rostro era de granito. Sus ojos tormentosos estaban enfurecidos. Pero ni siquiera respiraba, y mucho menos hablaba.

—Dex vendió su casa. Se mudó conmigo después de que Kadence llegara aquí —dijo Vivienne.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Eso al menos debería darle algo de tiempo, ¿no? —pregunté—. ¿Cuánto pagó?

Vivienne volvió a mirar la alfombra.

—Él, no lo puso para su deuda. Tomó ese dinero y lo puso en otra pelea.

—Hijo de puta. —Foster se puso de pie y caminó hacia la chimenea para apoyar los brazos en la repisa—. Me estás jodiendo.

—Apostó por tu pelea.

—Por supuesto que sí —murmuró Foster—. Bueno, al menos es probable que gane.

Vivienne se estremeció.

—Apostó por la victoria de Savage. Las probabilidades son de dos a uno. Es el favorito.

Así que Dex había apostado por Savage con la esperanza de obtener un pago mayor. A pesar de que Foster probablemente iba a ganar.

Foster se enderezó.

—Dime que estás bromeando.

—No lo sabía. —Los ojos marrones de Vivienne se llenaron de más lágrimas—. No hasta esta mañana. Un tipo vino a la casa y amenazó a Dex. Yo estaba en la cocina, preparando el desayuno. Oí gritos y golpes. Cuando llegué al salón, Dex estaba arrodillado en el suelo. El hombre tenía una pistola en la cabeza. Dijo que o Dex recibía el dinero o estaba muerto. Para darle una motivación extra, prometió matarme primero. Y hacer que Dex lo viera.

Jadeé.

Vivienne estaba temblando.

—Hice las maletas y me fui.

Foster se quedó congelado, con la mirada perdida en la chimenea. Los músculos de los hombros y la espalda estaban contraídos.

—¿Tres millones de dólares? —le pregunté a Vivienne.

—Sí. —Atrapó una lágrima antes de que pudiera caer—. Lo siento. Lo siento mucho. Puedo vender la casa y darle a Dex mi mitad. Vender mi auto.

PROHIBIDA SU VENTA

Con suerte, el hombre que ha estado al frente de Dex me dará tiempo para liquidar todo, pero no lo sé. Parece que esperan que les pague inmediatamente después de la pelea.

La pelea era en dos semanas. No podría vender propiedades en ese tiempo.

—¿Quién es el hombre al que Dex ha estado pidiendo prestado? —preguntó Foster.

—Tony Sabbatini.

—Cristo. —Cerró los ojos.

—¿Quién es Tony Sabbatini? —pregunté, mirando fijamente entre los dos.

—Un hombre al que le devuelves dinero —dijo Vivienne en voz baja—. Uno de los conocidos de papá.

—Te daré el dinero —dijo Foster—. Entonces terminaremos con esto.

—No es tan sencillo. —Su rostro palideció—. Dex no lo aceptará. Ya he sugerido que nos lo prestes.

—Es un maldito imbécil —esperó Foster.

—Está celoso —dijo ella—. No lo admite, pero está celoso. Dijo que prefería morir a vivir en deuda contigo el resto de su vida.

Foster levantó la barbilla.

—Es su elección.

—¿Incluso si eso significa que vienen a por mí? —preguntó—. Lo siento. Sé que estás enfadada. Yo también estoy enfadada. Pero, Foster… lo amo.

Su amor, y el orgullo de Dex, podrían hacer que ambos murieran.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Las manos de Foster se cerraron en puños.

—¿Qué me pides que haga, Vivienne?

Su barbilla tembló. Y aunque susurró la palabra, fue tan fuerte como un disparo.

—Pierde.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

PROHIBIDA SU VENTA

274

Simply Books

DEVNEY GARNET PERRY

FLATS

ROUND 5

the EDENS

THE EDENS #3

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

DEVNEY GARNET PERRY

25

Foster

Más allá de los impecables ventanales de nuestra suite del hotel, el Strip de Las Vegas estaba en plena actividad. Gente de todo el mundo viajaba hasta aquí para deleitarse con la sensación de Las Vegas. Personalmente, nunca me había atraído mucho.

Siempre me había gustado el paisaje desértico de los alrededores y los vibrantes colores de la puesta de sol sobre las mesetas rocosas. Los turistas podían quedarse con el brillo y el destello de estos enormes casinos. Podían disfrutar de las campanadas y los tintineos de máquinas tragamonedas. Una noche aquí, y estaba listo para volver a casa.

Los brazos de Talia se deslizaron alrededor de mi torso mientras acomodaba su pecho a mi espalda. Me besó la espalda antes de apoyar su mejilla en mi hombro. Permanecimos en silencio, observando el tráfico y la gente paseando por las aceras.

Habíamos pasado mucho tiempo así en los últimos nueve días.

Abrazados. Contemplando el futuro. Preparándonos para otra pelea.

Pensé que habíamos terminado. Pensé que habíamos ganado.

Pero supongo que, después de todo, había otra ronda.

—Me siento atrapado —dije.

—Lo sé. —Sus brazos se tensaron—. Lo siento.

Suspiré.

—Yo también.

—¿Qué dijo Vivienne esta mañana?

—Nada. No hablé con ella, sólo con Kadence antes de la escuela.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Era extraño no hablar con Vivienne. Durante todo nuestro matrimonio, podía contar con una mano el número de veces que habíamos peleado. Éramos amigos. No había pasión entre nosotros. Tal vez por eso había sido tan fácil vivir juntos. Habíamos sido cómodos compañeros de habitación.

En todos nuestros años, nunca había estado tan enfadado con ella. Lo que me había pedido, la posición en la que me había puesto, era imposible.

Pierde.

Era igual que el padre.

Después de nuestra conversación sobre Dex, me puse tan furioso que tuve que salir del salón. Subí las escaleras y paseé por el dormitorio. Cuando Talia subió, supo que estaba a punto de perder el control. No me había preguntado cuando me fui al gimnasio. Se había quedado con Kadence. Y Vivienne.

Aquella noche pasé horas golpeando una bolsa hasta que la niebla roja desapareció de mi vista. Luego me senté en el ring, solo, preguntándome qué tenía que hacer.

La historia se repetía. Fue hace siete años. Y en lugar de que Arlo Angel me jodiera la vida, era mi ex mujer.

Más de una semana después, todavía estaba furioso. Decepcionado. Confundido. Dudaba que mi amistad con Vivienne volviera a ser la misma.

Aparté la mirada de las ventanas y me giré, atrayendo a Talia hacia mi pecho para oler su cabello. Cítricos y coco y mi chica. ¿Tenía idea de cuánto la necesitaba? ¿De lo mucho que la reconfortaba?

Al menos no me enfrentaba solo a este desastre.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —preguntó.

—Jasper y yo hemos quedado a la una. Estaba pensando en ir a la casa, ver lo que queda que quiero empacar. Pero no quiero arriesgarme a encontrarme con Dex.

Podría matar al hijo de puta.

¿Y si Kadence hubiera estado allí? ¿Y si el matón de Tony Sabbatini hubiera entrado en la casa con mi hija allí? ¿Y si hubieran amenazado su vida también?

PROHIBIDA SU VENTA

¿Cómo pudo Vivienne considerar ponerse del lado de Dex? Mis músculos se tensaron.

—Mierda, estoy enfadado.

Talia me soltó, poniendo su mano en mi mandíbula apretada.

—Vamos a hacer algo. Dar un paseo en auto. Alejarnos del hotel.

—Sí. —No ayudaría. Nada había ayudado. Pero besé su frente de todos modos y dejé que me llevara a la ducha.

Había sido un milagro esta semana. No tenía muchas palabras en este momento. Todo lo que decía parecía salir con mordacidad, así que me había quedado callado. Pero Talia había permanecido a mi lado, manteniéndose firme.

Como había sido un imbécil malhumorado, intenté compensarlo con orgasmos. La follé contra la pared de la ducha. La trabajé con fuerza hasta que gritó, deshaciéndose alrededor de mi polla. Luego le lavé el cabello y el cuerpo antes de cerrar el agua y envolverla en una toalla.

—Te amo —le dije mientras se cepillaba el cabello húmedo en el lavabo.

—Yo también te amo. —Me sonrió a través del espejo—. No importa lo que decidas, te amo, cariño.

Le di un beso en el hombro y fui al armario para vestirme con uno vaquero y una camiseta gris lisa. Talia terminó de secarse el pelo y se puso un pantalón y una camiseta negra. Luego salimos hacia el primer piso, dejando la suite.

Habíamos volado a Las Vegas la noche anterior. Pasé demasiadas noches sin dormir, y estaba agotado cuando recogimos el auto alquilado y nos dirigimos al hotel. Quería registrarme en la suite, enterrarme en Talia durante un rato y, con suerte, dormir.

Pero el vestíbulo estaba lleno de gente. Incluso un lunes por la noche había una aglomeración, y como este era el hotel en el que se celebraría la pelea el sábado, mi foto aparecía en varias pantallas. Firmé autógrafos durante casi una hora antes de llegar al ascensor.

No había estado de humor anoche y seguro que no lo estaba esta mañana, así que me puse una gorra y gafas de sol, manteniendo la barbilla baja mientras Talia y yo salíamos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Cuando el aparcacoches me vio, sus ojos se abrieron de par en par. Talia me apretó la mano mientras yo refunfuñaba en voz baja. Pero sonreí, estreché la mano del chico y firmé la hoja de salida mientras él se apresuraba a recoger nuestro Tahoe.

En el momento en que estábamos dentro, respiré.

—Odio Las Vegas.

—Pensé que te gustaba esto.

—Eso fue antes de vivir en Montana. —Agarré su mano y me la llevé a los labios para darle un beso. Pasamos por un Starbucks para comprar café y sándwiches para el desayuno, y luego salimos de la ciudad. Lejos del Strip. Lejos del tráfico. Simplemente... lejos.

Cuando regresamos a la ciudad ya habían pasado casi dos horas. Había planeado volver al hotel, pero al pasar por una salida, Talia me indicó que me desviara.

—Ve por allí —dijo.

—Tally, no. —Me tensé. Esta era la salida que nos llevaría hacia Angel. No había otra razón para que fuéramos por este camino.

—Por favor —dijo cuando no frené—. Quiero verlo.

Suspiré, pero no le negaría esto. Había venido a Las Vegas por mí. Pero tal vez ella también tenía sus propios demonios a los que aporrear mientras estaba aquí. Así que conduje por el camino conocido hacia Angel, con el temor y el odio metiéndose en mi sangre a cada paso. Hasta que estacionamos en el gimnasio junto a unos cuantos autos.

Este maldito lugar. Una vez fue un santuario. Luego una cárcel. Sólo Vivienne sabía que yo odiaba este edificio. Lo habíamos fingido. Habíamos fingido una buena relación con Arlo.

Talia no hizo ningún movimiento para salir del todoterreno, así que yo tampoco lo hice. En su lugar, nos quedamos mirando la pared de bloques de hormigón a través del parabrisas.

La pintura blanca era casi cegadora bajo el sol de la mañana. Siempre había pensado que era un tono demasiado brillante, pero Arlo había insistido en el blanco porque era limpio.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

A diferencia de su alma sucia.

Incluso cuando Vivi lo había convencido de que le diera una nueva capa hace unos años, sólo había estado de acuerdo siempre que lo mantuviera blanco y no tocara la pared que bordeaba el estacionamiento. Esa misma pared tenía mi atención en ese momento. También la de Talia.

Un par de enormes alas de ángel estaban pintadas en todos los colores del arco iris sobre esa superficie blanca y descolorida.

—La madre de Vivienne pintó esas alas —dijo Talia—. Seguramente lo sabes.

Asentí. Las había pintado el verano anterior a su muerte por cáncer de mama.

—Hay un cuadro de Kadence de pie entre ellas.

Era la foto favorita de Vivi.

La advertencia de Arlo acerca de no pintar esta pared había sido inútil. Vivi nunca habría borrado esas alas. En lugar de eso, su plan era marcharse. Seguir fingiendo que el nuevo propietario se quedaría con las alas para siempre.

Dudaba que Vivienne volviera aquí después de mudarse a Quincy. Sería demasiado duro ver cómo desaparece el recuerdo físico de su madre.

—No lo ha dicho, pero creo que una parte de Vivienne desea que nos quedemos aquí —dije—. En Las Vegas.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Talia.

—No. —Montana había dejado una impresión duradera este invierno. También la familia Eden. Quincy era mi futuro.

Vivienne no quería discutirlo, porque era demasiado importante para mí.

—Estoy tan jodidamente enfadado con ella. —Mis molares rechinaron—. Ella va al extremo por la gente que ama. No se da cuenta de que va demasiado lejos.

Como cuando dejó que Arlo nos empujara a un matrimonio. No había sido por ella. Seguro que no había sido por mí. Lo hizo por Kadence.

Vivienne se mudaría a Montana por mí. Por Kadence.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Y sacrificaría nuestra relación porque estaba enamorada de Dex.

—Me pregunto si Arlo te habría chantajeado si la madre de Vivienne hubiera estado aquí para detenerlo —dijo Talia.

—No lo sé, amor.

—Yo tampoco. —Talia alcanzó el pomo de la puerta y salió del todoterreno.

Respiré hondo y la seguí, reuniéndome con ella delante del capó y tomé su mano. Luego, juntos, entramos en el gimnasio.

Angel no era más que una caja cuadrada de un edificio. En cierto modo, se parecía mucho al edificio que había comprado en Quincy, aunque era tres veces más grande. En lugar de un departamento, había dos oficinas.

Arlo tenía una, aunque rara vez se sentaba detrás de su escritorio. Lo utilizaba para las conversaciones a puerta cerrada con los boxeadores, incluido yo. Los asuntos que no quería que nadie escuchara, como cuando pedía dinero.

El despacho de Vivienne era el más grande de los dos, con dos grandes ventanas de cristal que daban al espacio del gimnasio. Esas ventanas estaban hoy oscuras.

Había tres rings distribuidos uniformemente por la sala. Dos chicos jóvenes estaban en el ring central, uno practicando sus golpes mientras otro sostenía las almohadillas. A lo largo de la pared del fondo había filas de pesas y tres bicicletas estáticas.

—No ha cambiado mucho —dijo Talia.

—En absoluto. —Tiré de su mano, llevándola hacia una sección abierta de colchonetas.

—Huele igual. Como a sudor, goma, lejía, metal y colonia.

La colonia de Arlo. El hombre se había ido, pero ese aroma impregnaba estas paredes.

Me soltó la mano y giró en un lento círculo. Entonces una sonrisa apareció mientras señalaba el suelo.

—Fue justo aquí. Aquí estaba sentada cuando te vi por primera vez.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Te vi en el momento en que entraste. —Me estiré para tomar su codo y acercarla. Había sobrevivido estos últimos nueve días, abrazándola. Si estaba a mi alcance, entonces estaba en mis brazos.

—Hoy está tranquilo. —Talia miró a su alrededor. El espacio estaba limpio y vacío.

—Es temprano. —Las horas de más actividad solían ser las tardes y las noches. Era cuando la gente venía para las lecciones y sparring. El aspecto social en Angel era tan adictivo como la propia lucha.

En Angel no había un horario fijo de clases. Hombres y mujeres venían cuando querían trabajar. Y normalmente, había otra persona aquí, lista para trabajar con ellos.

Principalmente era boxeo con algo de artes marciales para los que estábamos interesados. Los ejercicios eran la base sobre la que se construía todo. Había instructores, como yo, que se aseguraban de enseñar la técnica adecuada. Pero lo que hacía grande a un boxeador era el tiempo de perfeccionamiento de esas técnicas. Y el tiempo en el ring no tenía precio.

Si querías mejorar, peleabas contra gente que era mejor que tú. Gente que te presionaba. Y durante muchos años, el hombre que más había presionado había sido yo.

¿Me quedaba algo? ¿O había agotado mis fuerzas?

Un hombre salió del vestuario.

—¿Foster?

—Hola. —Levanté la barbilla. ¿Cómo se llamaba? Había demasiados chicos jóvenes entrando y saliendo estos días. Había dejado de intentar seguir la pista, de mantener las apariencias, después de la muerte de Arlo.

Diablos, incluso había dejado de entrenar aquí. Jasper tenía un amigo que tenía un gimnasio. Allí es donde me reuniría con ellos esta tarde.

Arlo ya era historia. Había dejado a Vivienne para dirigir este lugar. Y para seguir adelante con Dex.

—Me preguntaba si te veríamos por aquí. —El tipo extendió la mano, con una brillante sonrisa en su rostro bronceado—. Estoy deseando que llegue la pelea del sábado. ¿Estás listo?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Eso espero. —Forcé una sonrisa.

¿Y si simplemente no apareciera? ¿Y si no hubiera habido pelea?

¿Y si pudiera irme y no mirar atrás?

—¿Estás aquí para hacer ejercicio? —Señaló un ring.

—No. Sólo estoy de paso, para comprobarlo.

—Y será mejor que nos vayamos. —Talia le dedicó una sonrisa amable—. No querrás llegar tarde al encuentro con Jasper.

—¿Sigue entrenando contigo? —preguntó el hombre

—Sí.

El tipo abrió la boca pero extendí una mano para estrechar la suya de nuevo antes de que pudiera alargarla.

—Me alegro de verte —le dije mientras nos seguía hacia la salida.

—Sí, sí. Lo mismo digo, hombre. Estaré allí el sábado.

—Te lo agradezco. —Con un gesto, mantuve la puerta abierta para que Talia saliera, y luego nos retiramos al todoterreno.

—La última vez —dijo.

Asentí.

—La última vez.

Pasara lo que pasara, sabía en mis huesos que no volvería a Angel. Tal vez por eso había insistido en que nos detuviéramos.

Una despedida.

Terminar esto de la forma en que había comenzado.

Talia y yo.

—Tienes que comer algo —dijo.

—No tengo hambre. —Nada sonaba bien en este momento. Nada más que una comida hecha en la cocina de Talia. O una cena en Knuckles.

—Quiero una hamburguesa con queso —dijo.

—No, no quieres. —Me reí—. Quieres que te traiga una hamburguesa con queso, probablemente dos, y cuando no te las comas, lo haré yo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Ella soltó una risita.

—Tal vez.

Y me reí por primera vez en días.

—Si vomito sobre Jasper mientras entrenamos, te culparé a ti.

—Estoy dispuesta a tomar una por el equipo.

Equipo.

—Somos un equipo. Tú y yo.

—¿Qué quieres hacer con la pelea? —Era la primera vez que me hacía esa pregunta. En lugar de presionar, me dio tiempo.

—No lo sé —admití—. No hablé contigo la última vez que pasó esto. Dime qué hacer.

—No puedo. —Sonrió tristemente.

—Entonces no te voy a comprar una hamburguesa con queso.

La risa de Talia llenó el taxi y algo de esa rabia, la frustración, se disipó. Independientemente de lo que pasara el sábado, me iría de aquí con esta mujer.

—¿Quieres que te deje en el hotel mientras voy a encontrarme con Jasper? ¿O quieres mirar? —pregunté.

—Mirar.

—Buena respuesta.

Paramos en un restaurante para comer hamburguesas con queso. Después de que ella se comiera una y yo la otra, nos dirigimos al gimnasio. Jasper estaba esperando con un grupo de chicos que había visto en mi tiempo de entrenamiento aquí.

Era diferente que en lo de Arlo. Su fantasma no estaba flotando a mis espaldas, listo para clavar el cuchillo más profundo. Podía relajarme aquí. Dejar de mirar por encima de mi hombro.

Jasper había sido el que sugirió un cambio de escenario tras la muerte de Arlo, demostrando una vez más que tenía línea directa con mis emociones.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Cómo estás? —preguntó mientras me unía a él en el ring para estirar durante unos minutos.

—Bien.

—Mentiroso.

—Sabes que odio la mierda de la prensa. Me pone de los nervios. —Especialmente con un imbécil como Scott Savage.

Era la verdad, pero sólo una parte de la historia. Confiaba en Jasper con mi vida, pero no le había contado el lío de Vivienne y Dex. Se pondría lívido, y yo necesitaba que se mantuviera concentrado. Uno de nosotros tenía que concentrarse en la pelea.

Se lo contaría más tarde, después de que yo mismo le diera sentido. Después de averiguar qué hacer.

—¿Cuándo es tu primera rueda de prensa? —preguntó.

—Mañana. —Durante el resto de la semana, añadiría varias apariciones a mi agenda, todas ellas encaminadas a la pelea de este fin de semana. El jueves tenía reuniones con mi agente y mi representante para hablar de un nuevo contrato. El viernes era el pesaje.

Pero hoy necesitaba entrenar. Así que golpeé el suelo y me puse de pie de un salto, y luego caminé hasta el borde del ring, y me apoyé en las cuerdas mientras me inclinaba para hablar con Talia, que había acercado una silla justo al otro lado.

—¿Necesitas algo?

—Estoy bien. —Sacudió la cabeza—. Haz lo tuyo. Guarda un poco de energía para mí después.

Sonreí.

—Quizá más que un poco.

Dos horas después, estaba empapado de sudor, mis músculos estaban calientes y sueltos, y parte de la niebla de mi mente se había despejado.

Jasper había traído a otros chicos del gimnasio, quizá intuyendo que lo que yo necesitaba era quemarme. Hice una ronda de sparring tras otra. La mayoría no había sido muy competitiva, pero mi último lucha había sido con el propio Jasper y me había presionado mucho.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Te has guardado para el final, ¿eh? —me burlé, bebiendo una botella de agua—. Te aseguraste de que estuviera sin aliento antes de que subieras.

Jasper se rio, arrastrando una mano por su cabello oscuro y sudoroso.

—Ese era el plan, pero con la velocidad a la que te mueves hoy, no era necesario. ¿Cuántos golpes al cuerpo has dado? ¿Dos? ¿Tres? Savage te va a comer vivo.

Se estaba burlando de mí. Estaba funcionando.

—Eres un idiota. —Puse las manos en las caderas, con el pecho temblando de risa—. Más de tres.

—Siete —dijo Talia desde su banco. En su regazo había un bolígrafo y una libreta que había sacado de su bolso. Levantó el papel y lo sostuvo para que lo viera.

Una hoja llena de marcas.

Una fila para cada uno de los asaltos de sparring.

—¿Ves? —Le sonreí a Jasper.

—¿Cuántos conseguí, Talia? —le preguntó.

—Um... nueve.

—Mierda —murmuré mientras Jasper y todos los chicos que me miraban reían.

—Eso no tiene precio. —Jasper me dio una palmada en el hombro—. La mantendremos cerca.

Clavé mis ojos en los de Talia, esos azules brillando mientras sonreía.

—Sí, así es.

Todas las dudas, preocupaciones y temores que había tenido sobre esta pelea se desvanecieron.

Al principio, le había dicho que ganaría esta lucha por ella. Que ella era mi motivación. Nuestro pasado estaba lleno de suficientes promesas rotas. No iba a añadir otra. Así que le hice una seña para que se acercara, la encontré en las cuerdas y me puse en cuclillas.

—No voy a perder esta pelea —dije lo suficientemente bajo como para que sólo ella lo oyera.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Se llevó una mano al corazón.

—No, no lo harás.

Era como si ella hubiera sabido desde el principio que esa sería mi decisión, pero me había dado tiempo para darme cuenta por mí mismo.

Había una manera de salir de esto. Puede que a ninguno de los dos les gustara, pero no podían quejarse. No después de lo que habían hecho. Dex y su orgullo podían irse a la mierda.

—Ya resolveremos el resto —dije.

—Después de ganar.

—Por ti.

—Ya has ganado, cariño. —Talia se acercó a mi costado y las yemas de sus dedos rozaron el tatuaje de Garnet Flats en mis costillas.

Un solo toque y el futuro se me pasó por la cabeza.

Garnet Flats. Una casa construida en el rancho de su familia. Un hogar lleno de amor y risas.

Esta noche tendríamos una conversación en el hotel sobre las pastillas que tomaba cada mañana. Si estaba lista, irían a la basura. Llenaríamos la casa de nuestros sueños con niños. Haríamos de Kadence una hermana mayor. Y yo adoraría a esta mujer por el resto de mis años.

—No ganes esta pelea por mí —susurró—. Gana por *ti*.

Ganar esta pelea por la que nunca debí haber perdido.

—Entonces habré terminado. Entonces me retiraré.

—Pero todavía no.

Sonreí.

—Todavía no.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

26

Talia

El estadio estaba en plena ebullición. Las luces brillaban en todas las direcciones. La música retumbaba como un trueno. O tal vez eso era sólo mi corazón.

—Voy a vomitar. —Ni siquiera me molesté en susurrar. Todo el mundo a mi alrededor estaba de pie, riendo y gritando para que se les oyera mientras hablaban. La multitud se deleitaba con el espectáculo.

Mientras tanto, yo parecía ser la única persona en un complejo con capacidad para doce mil personas, que estaba realmente sentada en su asiento.

Me temblaban las manos. El sudor se acumulaba en mis sienes, no por el calor sino por los nervios. Respiré con fuerza, oliendo a cemento y cerveza y al tipo que estaba detrás de mí que llevaba demasiada loción.

Las sillas junto a la mía, una a cada lado, estaban vacías.

Foster había invitado a sus padres esta noche, pero habían optado por no venir. Su madre había dicho que sus peleas eran demasiado violentas. Su padre había dicho que lo verían mejor en casa a través de la televisión. Agradecí que se hubieran negado porque no iba a ser una buena compañía esta noche. Además, los veríamos la semana que viene antes de volar a casa.

Así que me senté sola, con las rodillas rebotando, rezando para que estos asientos de primera fila quedaran vacíos. Era poco probable, pero la idea de entablar una pequeña conversación con desconocidos me provocaba ansiedad, así que no pensé en las sillas.

A mi derecha, un hombre calvo con un traje negro levantó la mano en señal de saludo antes de volver a su conversación. El manager de Foster. Lo

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

había conocido el jueves en una reunión. Probablemente el agente de Foster también andaba por ahí cerca.

Ni siquiera me molesté en sonreír cuando la gente pasaba. Estaba demasiado nerviosa para sonreír. ¿Estaba Foster bien? ¿Estaba estirando o calentando? ¿Estaba bebiendo suficiente agua?

Su pesaje había sido ayer por la mañana y había estado rehidratándose desde entonces.

Llamar a los últimos cuatro días intensos sería un eufemismo. Foster había pasado a un modo diferente desde que llegamos a Las Vegas. Él había entrenado más duro. Se esforzó más. Se concentró más. Tuvo conferencias de prensa y reuniones.

Me quedé a su lado en todo momento. Cada vez que le ofrecía espacio, me tomaba de la mano y me mantenía cerca sin decir nada.

Así que me quedé, observando con asombro cómo el hombre que amaba se preparaba para su última pelea profesional. La culminación de su carrera. Si estaba molesto, Foster no lo había dejado ver.

La pelea de esta noche había sido su centro de atención. Las únicas pausas en su concentración habían sido para llamar a Kadence. Y a última hora de la noche, en la oscuridad, con las luces de Las Vegas entrando por la ventana de nuestro hotel, cuando se había perdido en mi cuerpo y se había dejado llevar.

Era el final.

Y un comienzo.

Mis rodillas rebotaron más rápido. ¿Se arrepentiría de esto? ¿Extrañaría esta energía? Pulsaba a través del edificio, rebotando de pared en pared hasta que se acumuló en el centro de todo.

El octógono.

Incluso vacío, el ring de ocho lados era intimidante. Los que estaban sentados en los niveles más altos de las gradas verían la acción desde las enormes pantallas que colgaban en lo alto. Millones de personas lo verían desde la comodidad de sus hogares, incluida mi familia.

Y yo estaría aquí, sentada en primera fila, esperando no vomitar en la televisión.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

No había estado tan nerviosa antes de hacer el MCAT. No había estado tan nerviosa en mi primer día en el Quincy Memorial. No había estado tan nerviosa al traer a ese bebé al mundo hace tantos años.

Se me revolvió el estómago y cerré los ojos, deseando que el mareo remitiera.

Cuando los abrí, Chase, el joven que me había acompañado antes a mi asiento, caminaba hacia mí. Era el asistente del manager de Foster o algo así. ¿Foster necesitaba algo?

Había pasado la mayor parte de la tarde y la noche en el vestuario. Me quedé contra la pared, haciendo todo lo posible por no estorbar mientras una persona tras otra entraba a hablar con él. Luego, con el paso del tiempo, cuando el estadio se abrió y la gente entró en las gradas, Foster me dio un largo beso de despedida.

En la mano de Chase había una libreta y un bolígrafo. Su sonrisa era amplia, la de un niño que disfrutaba cada minuto de esto. Envidiaba su entusiasmo desenfrenado. En mi mente se agitaban demasiados temores como para disfrutar del espectáculo.

Si Foster perdía, sería un golpe duro. No quería ese tipo de decepción para él. No después de todo lo que había pasado para llegar aquí. No después de todo lo que había decidido.

Chase miró por encima de su hombro y yo seguí su mirada.

—¿Qué? —Jadeé y me puse de pie.

Lyla se apresuró a acercarse, con los brazos abiertos para un abrazo.

Detrás de ella, Eloise se quedó con la boca abierta mientras lo asimilaba todo.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté, abrazando a mi hermana con fuerza.

Eloise se unió al abrazo del grupo.

—Foster no quería que te sentaras sola.

Así que había llevado a mis hermanas a Las Vegas para que se sentaran a mi lado.

Oh, cómo amaba a ese hombre.

—Me alegro de que estén aquí —dije, abrazándolas más fuerte.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Estás bien? —preguntó Lyla.

Sacudí la cabeza.

—Nerviosa.

—¿Puedo ofrecerles algo, señoritas? —preguntó Chase cuando nos separamos de nuestro abrazo—. ¿Bebidas? ¿Comida?

—Bebidas —dijo Lyla.

—Y comida —añadió Eloise.

—Por supuesto. —Asintió, luego extendió el papel y el bolígrafo—. De parte del señor Madden.

Miré la hoja. La parte superior estaba en blanco, pero había un ligero oscurecimiento debajo de la página, así que pasé a la siguiente. Y encontré la nota de Foster.

Te amo, Tally. Hazme un favor. Lleva la cuenta de cuántas veces golpeo a Scott Savage.

Me reí, con los ojos desorbitados mientras apretaba el cuaderno contra mi corazón.

—¿Qué? —preguntó Lyla.

—Nada. —Sólo Foster sabiendo que no había manera de que pudiera sentarme sin hacer nada esta noche.

—Volveré con bebidas y aperitivos —dijo Chase—. Mándame un mensaje si quieres algo más.

Asentí, esperando a que se alejara, luego me senté entre Eloise y Lyla.

—Va a ganar —dijo Lyla, tomando mi mano.

Eloise agarró la otra, apretando fuerte.

—Y luego nos vamos de fiesta.

Me aferré a mis hermanas mientras pasaban los minutos y la expectación era cada vez mayor. Más personas ocuparon sus sillas. El árbitro entró en el ring, dando una vuelta alrededor del borde. Luego se unió a él un locutor, que llevaba un micrófono y estaba acompañado por tres cámaras.

—Esto es intenso —dijo Lyla—. ¿Estás respirando?

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

No. Tragué un poco de aire.

Las luces de la arena se atenuaron. Los focos hicieron un bucle alrededor de la sala antes de centrarse en el ring mientras el locutor se llevaba el micrófono a la boca.

—¡Señoras y señores, estamos en directo desde Las Vegas! Es la hora.

El público gritó. Los vítores animaron al locutor, que no hizo más que aumentar el volumen, y el ambiente pasó de eléctrico a enloquecido.

Había cinco peleas esta noche. Foster y Scott Savage sería el evento principal, teniendo lugar el último.

Asistir a las cuatro primeras fue una agonía. La gente que nos rodeaba animaba y gritaba, animando a los boxeadores durante los cuatro primeros peleas. Lyla y Eloise comían y bebían cócteles mientras yo tenía que obligarme a respirar.

La espera fue una tortura. Me aferré a la nota de Foster mientras Chase seguía trayendo comida y bebidas, ninguna de las cuales toqué, hasta que finalmente, la cuarta pelea terminó y el ring se preparó para el evento principal.

—Aquí vamos —dije, cerrando los ojos. *No dejes que se lastime.*

Tal vez otra mujer habría rezado por una victoria. Pero lo único que me importaba era que Foster saliera del ring.

Las luces giraron hacia un túnel. Scott Savage salió caminando con al menos diez personas en su séquito. Hinchó el pecho, gritando y golpeando un puño contra el esternón mientras subía al ring.

—No puedo esperar a que este tipo pierda —dijo Lyla, acercándose para que pudiera oírla.

—Mira. —Eloise señaló a la derecha mientras Foster salía de otro túnel.

Jasper con cara de piedra caminaba a su lado. Detrás de ellos estaban los otros chicos que había conocido en el vestuario, así como el manager y el agente de Foster.

Lo que dijera el locutor se desvanecía mientras yo mantenía mis ojos pegados a Foster. Y su atención se centraba por completo en el ring, hasta que Jasper le dio un codazo y levantó la barbilla en mi dirección.

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Los ojos de Foster se fijaron en los míos.

Te amo, dije.

La comisura de su boca se curvó.

—Oh, Dios mío, vas a salir en la televisión. —Lyla se rio—. Espero que Knox esté grabando esto.

No podía pensar en la televisión en este momento. Sólo mantuve mi atención en Foster, sin importarme lo que dijeran de mí. Sin importarme si sabían quién era yo.

Foster frunció el ceño a Savage cuando entró en ring, se dirigió a su propia esquina y se desvistió hasta quedarse sólo con un short negro ajustado que mostraban la fuerza de sus muslos y su perfecto su culo. Cada músculo de su cuerpo estaba definido. Sus abdominales se tensaron cuando se estiró. Sus brazos, muy tensos, se alzaban al estirar los hombros.

El locutor no dejó de repetir la lista de patrocinadores, de nombrar a los jueces y de presentar al árbitro.

Después de que Foster estirara, rebotó sobre las puntas de los pies, manteniendo el cuerpo caliente. Su rostro estaba inexpresivo mientras un camarógrafo se acercaba. Sus ojos estaban entrecerrados. Tenía las muñecas vendadas en rojo y los nudillos cubiertos con guantes.

Por favor, no hagas lastimes.

—Presentamos al indiscutible campeón mundial de peso medio de la UFC —El locutor arrastró cada palabra mientras hablaba, casi como una canción—. El Puño de Hierro. Foster Madden.

Lyla y Eloise aplaudieron, vitoreando con miles de personas mientras se ponían de pie de un salto.

Me puse de pie, con el corazón acelerado, mientras Foster levantaba un brazo, saludando al público. Rodeó su mitad del ring y luego regresó a la esquina donde Jasper estaba subido en una grada, inclinado sobre el borde.

—Y nuestro retador —dijo el locutor.

No escuché nada de lo que vino después porque todas las personas a mi alrededor comenzaron a *abuchear*. Incluso Lyla y Eloise se taparon la

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

boca con las manos, abucheando a Scott Savage, que se ajustaba la cintura de su pantalón corto blanco.

Savage se pavoneó durante su presentación, agitando las manos para animar al público y burlarse de Foster.

Una mujer vestida con pantalón corto y un sujetador deportivo rodeó el ring con un número uno gigante. Las dos puertas del octógono, una frente a la otra, estaban abiertas, y mientras el locutor pasaba la última página de notas en su mano, la gente empezó a salir del ring.

La multitud se calmó mientras la gente tomaba asiento.

Estábamos debajo de las pantallas de televisión y no podíamos ver lo que mostraban. No es que mirara. Mi atención se centró en el momento en que el árbitro hizo señas a Foster y a Savage para que entraran en el centro del ring.

Foster le tendió la mano para que se la estrechara.

Savage se dio la vuelta y se alejó.

—Imbécil —murmuré, lanzando una mirada a Savage antes de sacar mi bloc de notas. Llevar la cuenta de las veces que Foster le dio un puñetazo iba a ser un placer para mí.

Mis latidos eran frenéticos mientras el árbitro asentía. Entonces resonó una campana en el espacio y comenzó el primer round, ambos hombres se enfrentaron y maniobraron alrededor del ring.

Cinco segundos de evaluación mutua, y luego Savage pasó primero a la ofensiva. Atacó a Foster con dos golpes que parecían descuidados y salvajes. Foster bloqueó uno y esquivó el otro. Luego Savage intentó una patada circular con la pierna delantera que Foster atrapó con un codo.

Tuvo que doler porque Savage saltó de forma extraña durante el resto del asalto, y cuando llegó a su esquina, incluso desde la distancia pude ver el huevo que se formaba en la parte superior de su pie.

Foster parecía relajado y tranquilo mientras hablaba con Jasper. Completamente en control mientras comenzaban el segundo round. Excepto que todavía tenía que hacer una marca en mi cuaderno de notas.

—Vamos, cariño —susurré.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Savage dio un golpe con su brazo derecho que se desvió.

Foster se agachó, fallando, y cuando se levantó, su jab izquierdo se estrelló justo en el ojo de Savage antes de que su puño derecho conectara con el riñón de Savage.

La sangre brotó de un corte en la ceja de Savage, que se tambaleó hacia atrás justo al terminar el round.

Dos. Dibujé dos marcas nítidas en la página. Cuando levanté la vista, Foster estaba de pie en el centro del ring, con el pecho subiendo y bajando. Y en lugar de dirigirse a Jasper, que estaba esperando, Foster me miró fijamente.

Levanté el bloc de notas y dos dedos.

Levantó uno.

¿Qué significa eso? ¿Una ronda más? ¿Un golpe más?

Guiñó un ojo y luego se acercó a Jasper, que le echó un chorro de agua al protector bucal de Foster. Cuando volvió al centro, de pie y preparado, Savage se unió a él de nuevo. El corte en la frente estaba vendado.

—Gana esto, Foster —dije, acercándome al borde de mi silla.

El árbitro les dio la señal y se lanzaron directamente al tercer round, dando vueltas y zigzagueando, tratando de conseguir un golpe.

Savage lanzó un centro, poniendo todo su peso en él, y todo lo que Foster tuvo que hacer fue inclinarse hacia atrás. El guante de Savage apenas rozó la nariz de Foster.

Y entonces atacó. Un jab de izquierda a la nariz seguido de un uppercut de derecha a la barbilla. La izquierda de Foster volvió a oscilar, esta vez conectando con la mandíbula de Savage. Y luego la derecha, que se estrelló en la sien de Savage.

Cuatro golpes y Savage cayó al suelo.

El árbitro se precipitó, probablemente para impedir que Foster saltara sobre Savage y le diera más puñetazos.

Pero Foster se limitó a situarse por encima de su oponente, mirando hacia abajo mientras Savage intentaba empujar hacia arriba con un codo sólo para caer de nuevo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Knockout.

—¡Sí! —Me levanté antes de darme cuenta de que estaba de pie. Mis brazos estaban en el aire, el bloc de notas cerrado en un puño.

Lyla y Eloise gritaban, ambas saltando a mi lado.

Las lágrimas cayeron por mi rostro mientras Foster se abalanzaba sobre Jasper, recibiendo una palmada en la espalda.

Mis pulmones se expandieron, pudiendo respirar plenamente por primera vez en horas. El corazón se me salió de la garganta. Y aplaudí y me uní al frenesí cuando anunciaron la victoria de Foster.

Un campeón. Ese hombre era un campeón. Y era mío.

La celebración continuó hasta que las luces del estadio se encendieron con fuerza y la gente de las secciones superiores empezó a salir del centro. Lyla, Eloise y yo nos quedamos en nuestros asientos, esperando hasta que Foster pudo atravesar la puerta y bajar del octógono.

Nos abalanzamos el uno sobre el otro. Sus brazos me rodearon mientras yo lo abrazaba con fuerza. Enterró su rostro en mi pelo. Y por encima del ruido, apenas oí su susurro:

—Ganamos.

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

PROHIBIDA SU VENTA

27

Foster

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—¿Ya se ha dormido Kadence? —preguntó Talia cuando bajó las escaleras y se reunió conmigo en la cocina, donde yo estaba terminando de lavar los platos de la cena. Llevaba puesta una de mis camisetas, cuyo dobladillo le llegaba a medio muslo. Tenía el cabello mojado por la ducha y la cara limpia, con las mejillas sonrosadas.

En toda mi vida, nunca había visto una mujer más hermosa. Nunca lo haría.

—¿Qué? —Se acercó—. ¿Qué es esa mirada?

—Nada. —La atraje hacia mi pecho—. Sí, está dormida.

—Maldita sea. Me siento mal por llegar tarde a casa.

—Ella entiende que estabas trabajando.

Talia apoyó su mejilla contra mi pecho, sus brazos rodeando mi cintura.

—No me sueltes.

—Nunca. —Besé la parte superior de su cabeza.

Empecé a balancearme de un lado a otro, no como un baile lento, pero lo suficiente como para que ella se moviera conmigo.

Hoy había sido el primer día de Talia en el trabajo desde que volvimos de Las Vegas ayer. En los días transcurridos desde la pelea, habíamos sido inseparables, y cuando se había levantado para ir a trabajar esta mañana, había intentado no dejar que se notara mi decepción.

—Hoy te he echado de menos.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Se movió, apoyando su barbilla en mi esternón para encontrarse con mi mirada.

—Yo también te he echado de menos. Pero me alegro de que estemos en casa.

—Lo mismo digo.

Las Vegas era historia. Los últimos días que pasamos allí fueron una buena forma de despedirnos.

El domingo después de la pelea, había tenido reuniones y citas, sobre todo para la prensa. Talia y yo habíamos decidido no anunciar mi retirada. Aprovecharíamos la ola de la victoria durante un tiempo y luego nos alejaríamos discretamente.

Los dos habíamos pasado el lunes en nuestra habitación de hotel celebrándolo, pidiendo servicio de habitaciones y pasando el día en la cama. Luego, el martes, habíamos conducido hasta el desierto para hacer una excursión al amanecer. Esa noche salimos a cenar con mis padres y ayer por la mañana hicimos las maletas y volamos a Montana. Kadence estaba tan feliz de tenernos en casa como nosotros de estar aquí.

—Mi manager me envió un correo electrónico hoy, preguntando por un nuevo contrato —le dije a Talia.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Voy a ignorarlo hasta la próxima semana. —Ser el campeón durante unos días más. Disfrutar de este tiempo en casa.

Entonces, dar el siguiente paso.

—¿Qué pasó en el hospital? —La esperaba en casa desde las seis, pero me mandó un mensaje diciendo que le había surgido algo y que tenía que quedarse hasta tarde.

—No estuvo mal, sólo mucho trabajo —dijo—. Un tipo entró en Urgencias justo antes de que yo tuviera que irme. Se había quemado la mano mientras intentaba cocinar una cena de aniversario para su mujer.

—Es un aniversario que no olvidarán.

—No, no lo harán. Su mujer fue muy comprensiva al respecto y no paró de disculparse una y otra vez. Fue muy dulce.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Cómo fue con Rachel?

—No estaba allí. —Talia había confesado ayer en el vuelo que estaba ansiosa por volver al hospital después del accidente. No había visto a Rachel desde su encuentro en la sala de espera—. Se tomó licencia.

—¿De verdad? —Dejé de moverme—. Quizá sea lo mejor.

—Me siento fatal por ella. No puedo imaginar lo que sería perder a su hijo. No importa los problemas que pudiera tener, seguía siendo su hijo.

Me estremecí, sin querer pensar en ese horror.

—El rumor entre el personal de enfermería es que no volverá.

Por el bien de Talia, esperaba que fuera cierto.

—Dale tiempo.

—Hoy he tenido una larga charla con el doctor Anderson.

—¿Sobre qué?

—Todo. —Apretó su mejilla contra mi corazón, mi señal para reanudar el balanceo—. Me llamó para hablar. Supongo que mientras estábamos fuera, otra de las enfermeras le habló de Rachel. Había escuchado lo que Rachel me dijo en la sala de espera y pensó que la razón por la que no estaba en el trabajo era porque había renunciado, no porque estaba de vacaciones.

—¿Y cómo fue?

—Bien. —Me abrazó más fuerte—. Me dijo que los recortes presupuestarios no tenían nada que ver con mi puesto. Que la razón por la que despidieron a la hermana de Rachel fue porque era mala en su trabajo.

Eso es lo que había sospechado.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho. —Levantó la vista y sonrió. Una sonrisa llena de luz que iluminaba la habitación—. Me dijo que era una buena doctora.

—Porque lo eres. —Le acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja.

—A veces es bueno que te lo digan —dijo—. Hemos elegido una fecha para mi examen. Se va a volver un poco loco con el tiempo de estudio añadido, pero...

—Lo resolveremos. Lo que necesites.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—Me llama Talia. Todo el mundo me llama Talia. —Hizo una pausa—. Me preocupaba que fuera porque no creían que fuera una doctora lo suficientemente buena. Estoy segura de que, pase lo que pase, siempre tendré dudas, pero daré lo mejor de mí.

—Sí, lo harás. —Apoyé mi mejilla en la parte superior de su cabeza, balanceándome un poco más rápido y haciéndonos girar en un círculo lento.

—¿Qué pasó en su día?

Cerré los ojos.

—Recibí una llamada de Dex.

Talia se puso rígida y se zafó de mi agarre. La sonrisa había desaparecido y esa arruga de preocupación estaba entre sus cejas.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Te lo estoy diciendo. —Me reí y la volví a estrechar entre mis brazos, sujetándola con fuerza mientras se retorcía.

—Habla —dijo, pellizcando mis costillas.

—Aunque creo que hoy fue la última vez que hablaré con Dex.

—¿Qué ha dicho?

—Vete a la mierda.

Se quedó boquiabierta.

—¿En serio?

—Sí. —Sacudí la cabeza—. Más de tres millones de dólares y todo lo que obtengo es *vete a la mierda*.

Antes de la pelea, había hecho una dura llamada a Tony Sabbatini. Había sido un conocido de Arlo y, aunque nunca había conocido al hombre, había oído los rumores de sus vínculos con la mafia.

Tony era dueño de varios casinos en Las Vegas, todos ellos turbios. Dex se había jodido de verdad al involucrarse con la familia Sabbatini, pero lo único que me importaba era la seguridad de Vivienne. Así que antes de subir al octágono con Savage, había hecho un trato.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Tres millones más lo que Dex perdería apostando en mi pelea. Había pagado la deuda de Dex por completo. A cambio, Vivienne debía ser olvidada.

Tal vez Tony aún iría tras Dex. Me importaba un carajo. Si el ego de Dex estaba herido porque yo había pagado, podía pudrirse en el infierno. Lo había hecho por Kadence.

Había pagado para que mi hija no perdiera a su madre.

—¿Por qué llamaría Dex si no es para dar las gracias? —preguntó Talia.

—Para decir *vete a la mierda*.

Ella frunció el ceño.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Está fuera de nuestras vidas.

—¿Y la de Vivienne?

—Le dijo a Kadence esta noche que casi había terminado de hacer las maletas. Kaddie preguntó si Dex iba a venir también y Vivi le dijo que habían terminado.

—Entonces se acabó. —Talia exhaló—. ¿Hablaste con Vivienne?

—No. Sólo escuchaba mientras ella hacía FaceTime con Kadence.

La conversación con Vivienne era tan tensa ahora como antes de la pelea. Aparte del intercambio de logística para Kadence, la comunicación era corta. Ella me había herido. Y aunque se había disculpado profusamente, no deberíamos haber aterrizado aquí.

Vivienne se había quedado en Quincy mientras Talia y yo estábamos en Las Vegas. Cuando habíamos llegado a casa, habíamos cambiado el avión y ella había volado de vuelta a la ciudad para empezar a hacer las maletas.

Desde esta mañana, nuestra casa estaba en el mercado. También Angel.

Esas habían sido mis condiciones. Si yo iba a pagar la deuda de Dex, Vivienne iba a sacar su culo de Las Vegas.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Después de la pelea, cuando Talia y yo habíamos vuelto a la suite del hotel, había llamado a Vivienne. Me contestó llorando, pensando que la vida de Dex había terminado, hasta que le dije que había pagado su deuda. Cuando le dije que esperaba que se mudara y pronto, había aceptado inmediatamente.

Fue un progreso. Incluso habíamos conseguido algunos bienes inmuebles en Quincy.

Eloise había escuchado algo en el hotel: una pareja mayor de la ciudad se iba a mudar a Missoula para estar más cerca de sus nietos y pondría su casa en venta. Bendita sea la guía telefónica local. Talia había buscado su número y los había llamado. Una hora más tarde, mi agente inmobiliaria estaba redactando el contrato de compraventa.

Estaba pagando en efectivo más quince mil dólares para acelerar su mudanza. Sería ajustado, pero si el calendario funcionaba perfectamente, la casa estaría vacía cuando llegara el propio camión de la mudanza de Vivienne.

La casa estaba a cinco manzanas. Kadence cambiaría de casa, pero al menos esas casas estarían cerca.

—¿Qué crees que pasará con Dex? —preguntó Talia.

—No lo sé. Existe la posibilidad de que vayan a por él. Pero el hecho de que me haya llamado hoy… —El hecho de que todavía estaba vivo—. Simplemente no lo sé.

—¿Crees que estaremos bien?

Había miedo en su voz, así que la abracé más fuerte.

—Estaremos bien.

Gracias a Arlo. Ese bastardo confabulador había sido útil después de todo.

Arlo había guardado un libro. No era más grande que un cuaderno y lo había guardado en la caja fuerte de Angel. Dudaba que Vivienne lo supiera. Tampoco lo compartiría con Talia. Cuanto menos supiera cualquiera de ellas sobre sus conexiones, mejor.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

En ese pequeño libro negro, había guardado nombres y números. Información sobre el circuito de lucha clandestina. Detalles sobre los grandes jugadores y los corredores de apuestas en Las Vegas.

Después de años y años, ese libro se había convertido en la póliza de seguro de Arlo.

Me había hablado del libro una vez, y sólo una vez. Una noche que yo estaba seguro de que no recordaba. Una noche en la que le regalaron una botella de whisky y, en lugar de llevársela a casa, la abrió en el gimnasio. Los chicos se habían ido, dejándonos sólo a nosotros dos.

Y había tenido ese libro abierto en su escritorio.

Todas las apuestas que había hecho, todos los contactos que había conocido, figuraban en su pequeña y pulcra escritura. Había llenado más de tres páginas con información sobre la gente de Tony Sabbatini.

Arlo me había dicho que si alguna vez le ocurría algo sospechoso, que el libro se enviara a las autoridades federales.

La información podía estar desfasada. No me importaba. Le dije a Tony que Arlo tenía una lista de nombres. Me pidió que nombrara algunos, así que dije los que podía recordar. Después de la muerte de Arlo, tomé ese libro y lo mantuve oculto. También había hecho el viaje a Montana.

Al parecer, los nombres que había recitado habían sido suficientes. El abogado de Tony me había remitido un contrato de inversión ficticio para un negocio que estaba seguro de que sólo existía sobre el papel. Y junto con mi transferencia multimillonaria, esta mañana, había dejado el libro de Arlo en el correo al propio Tony como gesto de buena fe de que no quería tener nada que ver con su mundo.

Con un poco de suerte, eso fue el final.

Tal vez fue una tontería creer que había terminado. Pero ahora estaba cubriendo mis propias apuestas. Estaba apostando por el hecho de que estaba fuera de Las Vegas, y pronto, sería otro luchador de la UFC olvidado y retirado.

—Era mucho dinero —dijo Talia.

—Es sólo dinero. —Había cosas más importantes—. Además, ¿para qué lo necesito? Me voy a casar con una doctora.

PROHIBIDA SU VENTA S.B.

Ella arqueó las cejas.

—¿Casarte?

—Si alguna vez decides usar tu anillo.

—Espera. —Los ojos de Talia se abrieron de par en par—. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Algo así. —Sonreí, dejándola ir para buscar en mi bolsillo la bolsa de terciopelo—. Esto ha estado en mi bolsillo durante meses. Puedo volver a guardarlo. Hacer una propuesta elegante con flores, velas y fuegos artificiales. O puedo ponértelo en el dedo y bailar en la cocina. Probablemente te pise un par de veces. Luego te diré lo mucho que te amo y te llevaré arriba a nuestra cama.

—¿Lo has guardado en el bolsillo todo este tiempo? —susurró.

—Hasta que te apetezca llevarlo.

—Esta noche. —Ella levantó su mano, sus dedos temblando—. No es una propuesta elegante.

—Gracias a Dios. —Me costó abrir la bolsa. El anillo estaba caliente por haber estado en mi bolsillo todo el día. Lo saqué antes de deslizarlo finalmente en su dedo.

Donde siempre había estado destinado a estar.

—Oh, Dios mío. —El diamante brilló en la luz apagada mientras ella lo sostenía, con esa sonrisa cegadora en su rostro de nuevo. Luego se puso de puntillas y sus labios rozaron los míos—. Te amo, cariño.

—Te amo, Tally. —Fundí mi boca con la suya y mi lengua pasó por su labio inferior. Mi mano se movió por debajo del dobladillo de mi camisa, deslizándose por la suave piel de su cadera. Entonces la alcé en mis brazos, omití el baile por completo y la llevé arriba como había prometido.

Victoria.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Epílogo

Talia

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Un mes después...

—¡Papá! —Kadence corrió por Eden Coffee. Sus botas nuevas golpeaban el suelo mientras su trenza se balanceaba entre sus hombros.

Foster se deslizó de su silla justo a tiempo para atraparla y ella se lanzó sobre él.

—¿Cómo estuvo?

—Muy divertido. —Rio cuando él le hizo cosquillas en el costado—. ¿Podemos ir de nuevo, Talia?

—Por supuesto. —La había llevado a montar a caballo al rancho esta mañana. Ella se había enamorado instantáneamente de Neptune.

—¿Mañana?

—¿Seguro? —Me reí—. Mientras no llueva. —O nieve.

La previsión meteorológica de abril era una apuesta. Podía hacer sol y calor un día y al siguiente una ventisca y quince centímetros de nieve. Pero si hacía buen tiempo, llevaría a Kadence al rancho y la dejaría montar.

—¿Quieres un bocadillo? —preguntó Foster, dejándola en el suelo.

—De acuerdo.

—Dile a Lyla. —La empujó hacia el mostrador, donde Lyla esperaba con una sonrisa. Luego se acercó, inclinándose para darme un beso—. ¿Estuvo bueno?

—Realmente bueno. Fue divertido.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Había sido idea de Foster que hoy llevara a Kadence sola al rancho. Desde que se habían mudado a mi casa, habíamos pasado muchas horas juntos, pero era raro que Kadence y yo tuviéramos tiempo a solas. Así que había decidido quedarse y reunirse con Jasper aquí para tomar un café mientras teníamos unas horas a solas.

—¿Quieres comer algo? —preguntó.

Arrugué la nariz y negué.

—No tengo hambre.

—No has desayunado.

—Comí en el rancho —mentí. Esta noche, después de que Kadence fuera a casa de Vivienne, le diría por qué no me sentía bien. Pero no con gente aquí—. Hola, Jasper.

—Hola, Doc. —Jasper levantó una mano.

—Foster me ha dicho que te vas a quedar un tiempo.

—Sí.

—No puede vivir sin mí —se burló Foster.

Jasper negó, su pecho se agitó con una risa silenciosa.

Agradecía que el amigo de Foster hubiera decidido quedarse. Foster no habría hecho una petición tan grande, pero cuando Jasper se había ofrecido a mudarse, no había habido ninguna objeción.

Jasper se había puesto en contacto con los propietarios de la cabaña que había alquilado. En lugar de prorrogar su acuerdo, le habían ofrecido vender la propiedad. Con él aquí, significaba que Foster no estaba tan solo durante el día.

Yo estaba trabajando mucho y estudiando para mis próximos exámenes. Y aunque Foster se estaba adaptando bien a la vida de retirado, cuando Kadence estaba en la escuela, agradecía que tuviera a Jasper para hacerle compañía.

Por el tiempo que Jasper decidiera quedarse.

—Voy a saludar a Lyla y a buscar agua —le dije a Foster, dándole unas palmaditas en los abdominales antes de pasarlo por el mostrador.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Lyla le tendió un vaso para llevar a Kadence, cuyos ojos se abrieron de par en par al ver el montón de nata que había encima.

Kaddie se lo llevó a los labios y bebió un sorbo. Espuma blanca se pegó a su nariz.

—Qué rico. *Definitivamente* deberías pedir chocolate caliente.

—Buena sugerencia. —Me reí mientras llevaba con cuidado su taza hacia la mesa de Foster, luego apoyé mi cadera en el mostrador, mi hermana hizo lo mismo por su lado—. Hola.

—Hola —dijo ella—. Escuché que la llevaste a dar un paseo.

—Sí. Fue bonito. —Sonreí mientras Kadence iba a la mesa y Foster le limpiaba la nariz—. ¿Qué pasa hoy aquí?

—No mucho. —Lyla suspiró—. Estoy a punto de salir. En realidad estaba pensando en invitar a Jasper a cenar.

—¿Qué? —Me enderecé y bajé la voz—. ¿De verdad?

—No lo sé. —Me dedicó una sonrisa exagerada—. Es sexy. Y un poco gruñón y melancólico.

—Justo tu tipo.

—Exactamente. ¿Pero sería raro?

—¿Por qué iba a ser raro?

—Es el mejor amigo de Foster.

—¿Y?

—Y… —Respiró profundamente—. ¿Qué pasa si vamos a cenar y luego empezamos a salir y va muy bien durante un tiempo, pero luego empieza a decaer hasta que finalmente decidimos terminar, pero yo sigo enamorada de él, pero él no está enamorado de mí y no es como si pudieras odiarlo porque es el mejor amigo de tu prometido, así que sería incómodo.

—Vaya. —Levanté las manos—. Has pensado demasiado en el futuro.

—Me gusta mucho. Tú y Foster desaparecieron en la habitación del hotel después de la pelea, pero esa noche… salimos todos y lo pasamos genial.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—¿Pasó algo? —Esto era nuevo para mí. Por supuesto, había estado bastante consumida por Foster, así que no había preguntado. Y Lyla y Eloise se habían ido al día siguiente porque ambas habían tenido que volar a casa por trabajo.

Lyla abrió la boca para contestar, pero entonces el timbre de la puerta tintineó y ambas nos giramos mientras Vivienne entraba.

—Retén ese pensamiento. —Levanté un dedo y volví a la mesa donde Vivi se inclinó para besar la cabeza de Kadence.

—¿Qué tal el día? —Vivienne le preguntó a Kadence.

—Bien, mamá. Vamos a ir a montar otra vez mañana.

—Eso es genial. —Vivienne le sonrió y luego me miró—. Gracias por llevarla.

—Fue un placer.

Vivienne miró a Foster pero no le dio mucho.

—Hola, Foster.

—Hola.

Esperó el contacto visual o una sonrisa o algo, pero eso fue todo. Así había sido entre ellos durante el último mes.

—Así que, yo... Supongo que los veremos por la mañana.

—Sí. —Asintió—. Tráela cuando quieras.

Kadence se quedaba esta noche en casa de Vivienne. No había rutina ni estructura en su acuerdo de custodia. En general, Kadence pasaba un día con su madre y otro con nosotros. Por ahora funcionaba, así que Foster y Vivienne no habían presionado para hacer cambios.

Si fuera necesario establecer un horario, lo discutiríamos cuando llegara ese momento.

Se me encogió el corazón cuando Vivienne miró a Foster. La culpa estaba grabada en su rostro. Así es como me miraba desde que llegó a Quincy. Era extraño ser su defensora ahora.

Había empezado a llamarme más para hablar del horario de Kadence, aunque Foster no trabajaba. Pero yo lo entendía. Ella no entendía el enojo de mi parte. Y Foster, bueno... no estaba listo para dejarlo pasar.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Todavía no.

Lo único que me importaba era que Vivienne estuviera aquí porque eso hacía feliz a Kadence. Dex era historia, y cuando le había preguntado si había tenido noticias de él, me había dicho que no, con lágrimas en los ojos. Pero Vivienne sabía que era lo mejor. Se había marchado sin lamentarse.

Sólo con un corazón roto.

Desde que Foster se retiró, los únicos que se pusieron en contacto con nosotros desde Las Vegas fueron sus padres. Estaban planeando visitarlo este verano.

—Bien, pequeña. —Vivienne extendió su mano—. ¿Nos vamos?

—Déjame buscar una tapa. —Me dirigí al mostrador donde Lyla tenía una preparada.

Un temporizador sonó y ella asintió hacia la parte de atrás.

—Tengo que atender eso. ¿Podrías gritar si entra alguien más?

—Claro. —Le llevé la tapa a Vivienne para que la pusiera en la taza de Kadence, y después de que Foster besara a su hija en la mejilla, vimos cómo se iban.

—¿Vas a estar enojado con ella para siempre? —preguntó Jasper cuando la puerta se cerró.

—No. —Foster se pasó una mano por el cabello—. Es hora de dejarlo ir, ¿no?

Me senté en el asiento vacío junto al suyo y le tendí la mano.

Tomó la mío, su dedo tocó mi anillo de compromiso mientras tarareaba. *Es hora de dejarlo ir.*

—Ya que están los dos aquí… yo, um… necesito hablar sobre algo. —Jasper miró más allá de Foster, hacia donde Lyla había estado de pie. Luego se sentó más erguido, haciendo una pausa como si estuviera pensando cuidadosamente sus palabras—. Yo, eh, bueno… La he cagado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Foster.

Por favor que no sea nada malo. Había sido un mes de felicidad. No estaba preparada para más drama.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Como que… Yo, um… Mierda. —Jasper se frotó la mandíbula. Luego cerró los ojos y soltó—: Me casé con tu hermana.

—¿Qué? —Se me cayó la mandíbula—. ¿Te casaste con Lyla?

—Eh, no exactamente.

Sonó otro tintineo en la puerta, pero no me volví. Estaba demasiado ocupada mirando el mostrador vacío. ¿Cómo diablos se habían casado? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué no me lo había dicho Lyla? Habíamos estado hablando de él hacía unos minutos. Ese habría sido el momento perfecto para decirme que se había *casado con* Jasper Vale.

—Oh, uh, hola. —Eloise estaba a mi lado. Cuando me di vuelta para mirar hacia arriba, sus mejillas estaban sonrojadas.

—Hola. —Salí de mi estupor—. Jasper acaba de decirnos que…

—Dios mío, ¿lo has dicho? —gritó Eloise—. ¿Cómo pudiste? Acordamos mantener el secreto hasta que se anulara.

—Espera. —Foster se inclinó hacia adelante, señalando entre los dos—. ¿Se casaron?

—Ahora todo el mundo se va a enterar. ¡Ah! Maldita sea. No volveré a beber. —Eloise se dio vuelta y corrió hacia la puerta.

—Eloise, espera. —Jasper salió disparado de su silla, corriendo para alcanzarla.

Lo que nos dejó a Foster y a mí mirándonos el uno al otro, estupefactos.

—¿Acaba de suceder? —preguntó.

Lo único que pude hacer fue asentir.

Mierda. Mis padres iban a enloquecer.

—¿Se fue Jasper? —preguntó Lyla mientras volvía al mostrador con un trapo en las manos—. Maldita sea. Supongo que tendré que invitarlo a salir otro día.

Me estremecí.

—Lyla, creo que será mejor que te sientes.

PROHIBIDA SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Bueno, eso fue interesante. —Tiré mis llaves al mostrador mientras entrábamos en la casa. Luego revisé mi teléfono por décima vez desde que salí de la cafetería. Eloise aún no me había contestado.

Dejé el teléfono a un lado y me bajé la cremallera del abrigo, pero antes de que pudiera quitármelo, Foster estaba allí, plantándome un beso en el cuello mientras me lo quitaba de los hombros.

—Hoy recibí una llamada del arquitecto —dijo.

—¿Un sábado?

Se encogió de hombros, quitándose el abrigo.

—Supongo que estaba trabajando en los planos.

—¿Y?

—Debería tenerlos hechos el lunes. Quería ver si podíamos reunirnos y repasarlos juntos.

—Podría ser durante mi descanso para comer.

—Averiguaré si eso funcionará.

Una emoción ahuyentó el malestar de mi estómago.

No perdimos tiempo después de volver de Las Vegas para empezar a planear nuestro futuro. Mis padres habían insistido en organizar una fiesta de compromiso en The Eloise para que más miembros de nuestra familia pudieran conocer a Foster. A la mañana siguiente, fuimos al rancho y pedimos comprar un trozo de tierra.

Por supuesto, mis padres habían dicho que no; en su lugar nos habían regalado quinientas hectáreas.

Habíamos contratado a un arquitecto local para que empezara a diseñar la casa de nuestros sueños, y nuestros planes de boda estaban en plena marcha para el verano. La esposa de Knox, Memphis, la estaba planeando por nosotros.

Esa era la vida con Puño de Hierro, Foster Madden. A tope.

—Es estupendo que trabaje tan rápido —dije—. Tal vez si tenemos suerte y consigue terminar el diseño, podamos conseguir que el constructor empiece antes de lo previsto. Sería estupendo poder mudarnos antes de que nazca el bebé.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Sí, eso… —Foster parpadeó—. ¿Qué acabas de decir?

Sonreí y me dirigí al perchero para sacar la bolsa de plástico que había guardado en un bolsillo esta mañana. Y lo que era más importante, lo que había dentro.

—Sucedió más rápido de lo esperado.

Menos mal que a los dos nos gustaba lo rápido.

Después de la pelea en Las Vegas, había dejado de tomar mis píldoras anticonceptivas. Foster me había preguntado si estaba preparada, y yo había asumido que tardaría un tiempo. Pero aquí estábamos, un mes después, y estaba sucediendo.

Agarró la prueba, mirando el signo más, en la pequeña pantalla, y luego a mí. De nuevo al signo más, de nuevo a mí. Cambió su mirada tantas veces que estaba segura de que le daría dolor de cabeza.

—Estás embarazada.

—Estoy embarazada.

Cerró los ojos, apretando la bolsa con el puño. Luego me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia su pecho mientras enterraba su cara en mi cabello.

—No va a parar, ¿verdad?

—¿Parar qué?

Se inclinó hacia atrás, enmarcando mi cara con sus manos.

—No parará hasta que todos mis sueños se hagan realidad.

Sonreí, inclinándome para susurrar contra sus labios.

—Nunca.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Epílogo II

Foster

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

—Mierda. —Siseé cuando la aguja atravesó mi piel.

—No te muevas. —Talia frunció el ceño y volvió a clavar la aguja, introduciendo el hilo de sutura en mi carne mientras me cosía el corte de la ceja.

—Mierda, eso duele.

—Deberías haberme dejado darte lidocaína.

—No. Si no vas a tener drogas hoy, entonces yo tampoco.

—Es la cosa más tonta que he... —Hizo un gesto de dolor, su cara se contorsionó cuando le llegó otra contracción. Una de sus manos cayó sobre su vientre—. Oh, hijo de puta.

—Respira, amor. —Puse mis manos en sus costados, conteniendo mi propia respiración mientras ella soportaba la contracción.

—Ay. —Ella gimió cuando pasó, poniéndose de pie.

—Doctora Madden. —La enfermera que estaba contra la pared se cruzó de brazos—. Por favor. Déjame llamar al doctor Murphy para que suture a su marido.

—No, estoy bien, Abbi. —Talia la despidió con un gesto y dio otro punto—. Dos más y hemos terminado.

La enfermera frunció el ceño pero se quedó callada. Abbi era nueva en Quincy Memorial. Había empezado hace unos seis meses como nueva enfermera jefe en sustitución de Rachel, que se había ido de la ciudad poco después del accidente de su hijo.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO su corazón

Talia adoraba a Abbi. No había muchos días en los que no llegara a casa del trabajo y se deshiciera en halagos hacia la enfermera.

Me encantaba que Abbi llamara a Talia doctora Madden. Talia no necesitaba el título, pero estaba encantado igualmente. Se lo había ganado, pasando la escuela de medicina y la residencia. Y aprobando sus exámenes y obteniendo su licencia. Ahora era una médica de cabecera, preparada para una larga y maravillosa carrera.

El doctor Anderson incluso había fijado la fecha de su retiro. Sabía, como todos nosotros, que cuando dejara de trabajar, Quincy estaría en buenas manos. Las manos de Talia.

—Bien, hecho. —Talia ató rápidamente la última puntada y cortó el hilo sobrante. Luego untó un poco de pomada sobre el corte—. ¿Dónde está ese vendaje?

—Yo lo haré. —Abbi lo sostuvo en su mano, acercándose para echar a Talia—. Tienes que estar en la otra habitación. Ahora.

—Bien. —Talia se quitó los guantes y los tiró a la basura. Luego puso una mano debajo de su vientre, como si estuviera sosteniendo al bebé dentro por unos minutos más.

—Iré justo detrás de ti —dije.

Talia salió por la puerta y yo estaba a punto de saltar de la cama cuando Abbi me fulminó con la mirada.

—Siéntate —ordenó.

No necesitaba una venda. Me habían golpeado mucho más fuerte y había tenido cortes mucho más profundos que éste, pero no iba a discutir. La mujer era robusta, y si quería bloquear mi salida, sería una oponente formidable.

Así que golpeé con los dedos la cama, esperando a que me pusiera la venda sobre los puntos. Luego me escabullí y salí corriendo de la habitación, dirigiéndome tres puertas más abajo, donde Talia se había puesto una bata de hospital y estaba conectada a un montón de monitores mientras permanecía en la cama.

—¿Qué necesitas? —pregunté, corriendo a su lado.

Miró mi camisa.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

—No me entusiasma tener este bebé mientras mi marido tiene sangre por toda la camisa.

El algodón blanco era lo que llevaba puesto en el gimnasio cuando Kadence me había golpeado.

Eché un vistazo a la habitación, deseando como un demonio haber pensado en meter mis propias cosas en su bolsa de bebé. Pero no tenía nada. Así que me llevé la mano a la nuca y me arranqué la camiseta.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. —Abbi entró en la habitación y le echó una mirada.

La enfermera que conectaba los monitores de Talia se puso de un violento tono rojo.

—¿Puede alguien, por favor, traerle a Foster una bata? —Talia puso los ojos en blanco cuando le sobrevino otra contracción que le hizo apretar los dientes.

Tomé su mano, frotando sus nudillos.

—Tú puedes.

Ella asintió, sus dedos apretaron los míos hasta que se le pasó.

—¿Ves esto? —Abbi señaló la pantalla de un monitor—. Eso mostrará las contracciones.

—De acuerdo.

Otra mujer se deslizó en la habitación llevando una bata azul.

—Aquí tiene, doctora Madden.

—Gracias. —Talia le sonrió y esperó a que me la pusiera.

—¿Y ahora qué? —pregunté, pasando mis dedos por el cabello de Talia.

—Ahora, esperamos. —Ella suspiró—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Bien.

—Todavía no puedo creer que te haya golpeado. Campeón de peso medio, derribado por una niña de segundo grado.

Me reí.

—Nunca superaré esto.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

Hoy, después de la escuela, había recogido a Kadence y habíamos ido al gimnasio. Su actividad de verano había sido montar a caballo en el rancho con Talia. Pero a medida que el embarazo de Talia avanzaba y el otoño se convertía en invierno, habíamos decidido que los caballos no eran una opción. Así que en lugar de montar a caballo, Kadence me había pedido que le enseñara kickboxing.

Habíamos estado practicando por las tardes. Probablemente no duraría mucho más con la proximidad de la temporada de baloncesto. Pero había sido algo divertido.

Nuestra casa en Garnet Flats estaba terminada y acabábamos de mudarnos. Me encantaba el espacio, la tranquilidad del campo, pero estaba más lejos de la casa de Vivienne. Había puesto cierta distancia entre mi hija y yo.

Así que, kickboxing.

Esta tarde había estado distraído. Talia había llamado antes y había dicho que había tenido contracciones, pero que eran muy espaciadas, por lo que no era necesario ir corriendo al hospital.

Por supuesto, mi mujer estuvo trabajando hasta el momento en que dio a luz a nuestro bebé.

Habíamos estado en las colchonetas y yo tenía mi teléfono cerca. Había ido a comprobarlo por décima vez, agachado, justo cuando Kadence había dicho:

—Mira esto, papá.

Boom. Su puño había conectado con mi nariz.

No es gran cosa. Excepto que me había tomado desprevenido y me había tropezado, y luego caí hacia un lado antes de chocar con una fila de pesas.

Eso sí que había dolido. No es que lo dijera mientras mi mujer estaba de parto.

—La gente solía llamarte coordinado —Talia sonrió—. Menos mal que te has retirado.

—Sí, menos mal.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

No podía faltar lo que teníamos por delante. El trabajo duro, los años atrapados bajo el pulgar de Arlo, habían valido la pena si esta era mi recompensa.

—¿Kadence está bien? —preguntó Talia. Cuando habíamos llegado antes, Kaddie estaba llorando. Pero Vivi se había reunido con nosotros para llevarla cinco minutos después de que atravesáramos las puertas de Urgencias.

—Está bien. Vivi la calmará. Probablemente volverán esta noche dependiendo de cómo salga esto.

—Para conocer a su hermano. —Talia se pasó una mano por el vientre.

—Está muy emocionada.

—Todos lo están. ¿Crees que nacerá antes de medianoche?

No lo sé.

—Sí.

Talia esperaba que no naciera hasta mañana porque era el cumpleaños de su padre. Quería que nuestro hijo y su padre compartieran el mismo día especial. Harrison también lo esperaba.

Me incliné para besar su frente.

—Te amo.

—Te am…

La línea del monitor se disparó.

—Respira, amor. —Le tomé la mano durante esa contracción y la siguiente y la siguiente. Hasta que pude sostener a nuestro hijo, Jude Matthew Madden, que se unió a nuestra familia casi a medianoche.

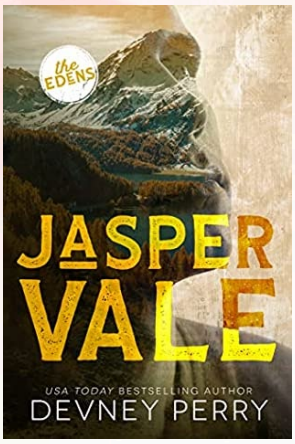
PROHIBIDA S.B. SU VENTA

FLATS

PRÓXIMO LIBRO

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

THE EDENS #3



El orgullo de Eloise Eden es el hotel de su familia en Quincy, Montana. El sueño de su vida es ser dueña de The Eloise Inn. Todo lo que tiene que hacer es demostrar a sus padres que es la personificación de la responsabilidad. Que sus días de ser engañada y tomar decisiones imprudentes son historia. Está tan cerca que puede saborearlo.

Hasta que después de un fin de semana en Las Vegas, vuelve a casa casada con un desconocido.

Jasper debe haberla hechizado con esos ojos profundos como el alma, porque después de una sola noche juntos, despertaron como marido y mujer. Su única esperanza es mantener este matrimonio en secreto hasta que se anule. Entonces fingirá que nunca ha ocurrido.

Excepto que Jasper le ruega que siga casada. Que finja durante tres meses para poder acompañarlo a una boda. Tal vez ella haya perdido la cabeza por aceptar. Pero su melancólico marido parece desesperado. Sólo son tres meses, ¿verdad? Entonces se despedirá de Jasper Vale y, con un poco de suerte, dirá hola a su nuevo hotel.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

DEVNEY GARNET PERRY

ACERCA DE LA AUTORA

Devney es la autora superventas del USA Today de la serie Jamison Valley.

Nacida y criada en Montana, le encanta escribir libros de su atesorado estado original. Tras trabajar en la industria tecnológica durante casi una década, abandonó las reuniones y los horarios de los proyectos para disfrutar del más lento ritmo de estar en su casa con su marido y dos hijos. Escribir un libro, sin contar varios, no era algo que esperara hacer nunca. Pero, ahora que ha descubierto su verdadera pasión por escribir romance, no tiene planes de parar nunca.

PROHIBIDA S.B. SU VENTA

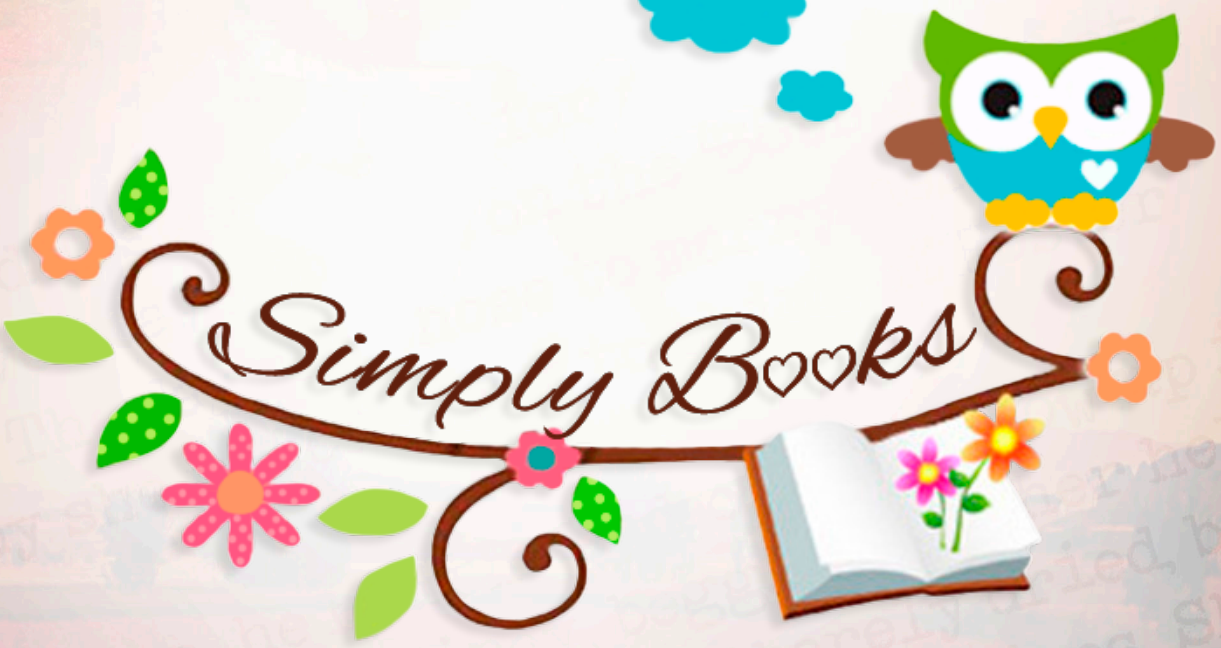
FLATS

NO DEJARÁ DE LUCHAR HASTA QUE HAYA GANADO *su corazón*

the EDENS

THE EDENS #3

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR
LA LECTURA Y COMPRAR LOS
LIBROS DE TUS AUTORAS
FAVORITAS



320

DEVNEY GARNET PERRY